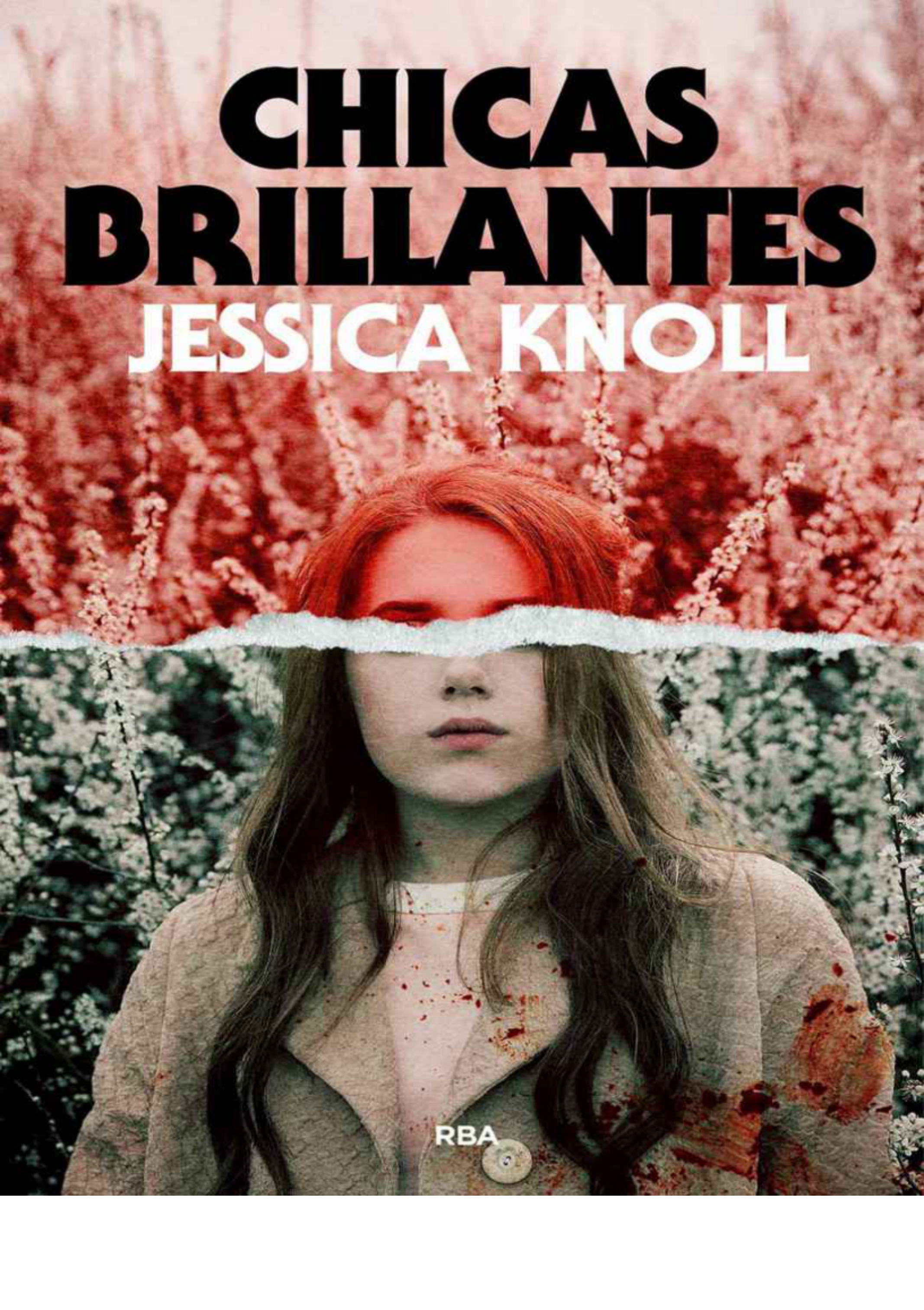

CHICAS BRILLANTES
JESSICA KNOLL
RBA

CHICAS BRILLANTES

JESSICA KNOLL

Traducción de Víctor Manuel García de Isusi

RBA

Título original inglés: *Bright Young Women*.

Esta edición ha sido publicada gracias a un acuerdo con los editores originales,
Marysue Rucci Books, un sello de Simon & Schuster, LLC.

Avda. Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.
rbalibros.com

Primera edición: agosto de 2024.

REF.: OBDO362
ISBN: 978-84-1132-825-8

EL TALLER DEL LLIBRE • REALIZACIÓN DE LA VERSIÓN DIGITAL

PARA C.
NO HABRÍA PODIDO ESCRIBIR
LA ÚLTIMA LÍNEA SIN TI.

PAMELA

MONTCLAIR, NUEVA JERSEY DÍA 15.825

«Puede que tú no me recuerdes, pero yo nunca te he olvidado», empieza la carta escrita con esa cursiva que ya no enseñan en los colegios. Leo la frase dos veces con una sensación punzante de asombro. Han transcurrido cuarenta y tres años desde lo que me pasó con el tipo al que hasta los periódicos más respetados denominaron «asesino sexual estadounidense típico» y mi nombre hace tiempo que no es sino una nota a pie de página en esa historia.

Había mirado por encima el remitente antes de meter una uña por debajo de la solapa engomada del sobre, pero ahora lo sujeto a un brazo de distancia y pronuncio en alto el nombre que aparece en él, enfáticamente, como si alguien que me hubiera escuchado perfectamente la primera vez me hubiera pedido que respondiera una segunda vez a la misma pregunta. La escritora de la carta se equivoca. Yo tampoco la he olvidado, por mucho que esté soldada a un recuerdo que preferiría no guardar.

—¿Has dicho algo, guapa?

Mi secretaria se ha alejado de su escritorio rodando hacia atrás en su silla, a lo Michael Jackson, y la tengo enmarcada por la puerta de mi despacho con una solícita inclinación de cabeza. Janet me llama «guapa» y a veces «niña», a pesar de que solo tiene siete años más que yo. Si alguien se refiere a ella como mi ayudante administrativa, frunce los labios hasta que se le ponen blancos. Ese es el tipo de pretensión climática actual que a Janet no le hace ninguna gracia.

Se queda mirando cómo le doy la vuelta adelante y atrás, atrás y adelante, al sobre de bordes azul oscuro, produciendo un vientecillo que me mueve el flequillo. Debe de parecer que me estoy abanicando, a punto de desmayarme, porque corre a mi lado y me pone la mano en la espalda. Busca a tientas sus gafas de lectura, que cuelgan de su cuello de una cadenita de diamantes de imitación, y, en cuanto se las pone, asoma su afilada barbilla sobre mi hombro para ver a qué se debe mi reacción.

—Tiene fecha de hace casi tres meses —comento un tanto molesta. Que las mujeres que debieran haberlo sabido fueran siempre las últimas en enterarse fue la razón de que mi médico me aconsejara que redujera mi ingesta de sal durante buena parte de los años ochenta—. ¿Cómo es que me llega ahora?

¿Y si es demasiado tarde?

Janet pone mala cara al ver la fecha: 12 de febrero de 2021.

—Puede que los de seguridad la marcaran. —Se acerca a mi escritorio y localiza el sobre que he dejado encima del protector de mesa que parece de cuero pero es sintético—. Ajá. —Subraya el remitente, en la esquina superior izquierda, con una de sus uñas cuadradas—. Es que es de Tallahassee. Seguro que la marcaron.

—Mierda —digo entre dientes.

De pie, e igual que aquella noche, mi cuerpo empieza a moverse sin consentimiento consciente por parte de mi cerebro. Me descubro preparándome para marcharme a pesar de que apenas acaba de pasar la hora de la comida y tengo una mediación a las cuatro.

—Mierda... —repito, porque esta parte tirana de mí ha decidido que no solo voy a cancelar la tarde de hoy, sino que mañana a las seis voy a faltar a la clase de *spinning*.

—¿En qué te puedo ayudar?

Janet se dirige a mí con esa combinación de preocupación y resignación que no había percibido en mucho tiempo; esa mirada de la gente cuando ha pasado lo peor de lo peor y, en realidad, nadie puede hacer nada por ti —ni por ti ni por nadie—, porque alguno de los tuyos ha muerto antes de tiempo y de forma inoportuna y no hay manera de predecir si tú serás la siguiente, y, antes de que te des cuenta, tanto el doliente como el consolador están observando el abismo con la mirada perdida.

Los mismos pensamientos de siempre se apoderan de mí de una forma visceral, a pesar de que hayan pasado ocho administraciones presidenciales, tres procesos de destitución, una pandemia, de que hayan caído las Torres, de Facebook, de Elmo Cosquillas, del té helado de Snapple —ellas jamás llegaron a probarlo—. No obstante, tampoco es que sucediera en una era remota. Si hubieran sobrevivido, tendrían la edad de Michelle Pfeiffer.

—Creo que voy a ir a Tallahassee —digo, incapaz de dar crédito a mis palabras.

TALLAHASSEE, FLORIDA
14 DE ENERO DE 1978
SIETE HORAS ANTES

Los sábados por la noche, manteníamos las puertas abiertas mientras nos preparábamos. Las chicas entraban en uno de los dormitorios con algo puesto y salían con algo más corto. Los pasillos eran tan estrechos y estaban tan restringidos como los de un acorazado, se oía comentar quién estaba haciendo qué, adónde iba a ir y con quién. La laca para el pelo y el barniz de uñas agujereaban nuestra capa de ozono personal, mientras el estruendo de los secadores de pelo aumentaba la temperatura entre cuatro y cinco grados en el termómetro analógico de la pared. Abríamos las ventanas de par en par en busca de aire fresco y nos burlábamos de la música que llegaba del bar de al lado —los sábados por la noche tocaba música disco, es decir, para viejos—. Era estadísticamente imposible que nos sucediera algo malo con Barry Gibb piando con su altísimo falsete, nada que fuera a impedirnos ver amanecer, pero nosotras éramos lo que los modelos matemáticos consideran «casos aparte».

Una voz remilgada acompañó el golpeteo de nudillos en mi puerta:

—Creo que va a nevar.

Levanté la vista de los horarios de actividades voluntarias que tenía en mi secreter de segunda mano y vi a Denise Andora en el umbral con una pose muy femenina, con las manos en las caderas.

—Buen intento. —Y me reí.

Denise pretendía que le prestara mi chaquetón de zalea. Aunque el invierno de 1978 había traído un frío tal a la península que había acabado con las azaleas de la frontera con Georgia, nunca hacía el frío suficiente como para que nevara.

—¡Por favooor, Pamela! —Denise juntó las manos como si rezara y repitió su súplica por encima de sus uñas rojas, con una urgencia que iba en aumento—: ¡Por favor, por favor, por favor! ¡Nada de lo que tengo me pega!

Y se dio la vuelta para demostrarlo. Solo recuerdo lo que llevaba aquella noche porque más tarde salió una descripción detallada en el periódico: un jersey fino de cuello vuelto metido por dentro de unos pantalones vaqueros de botones, un cinturón de ante y unas botas de ante marrones a juego, pendientes de ópalo y su adorada pulsera de abalorios de plata. Mi mejor amiga era tan alta como la luna y pesaba menos que yo de niña, pero en mi último año de instituto había aprendido a controlar mi envidia como si se tratara de una migraña. Lo que provocaba aquel dolor que me hacía ver las estrellas era mirar de cerca a Denise cuando mi amiga decidía que necesitaba la atención de los hombres.

—No hagas que te lo implore —comentó mientras golpeaba el suelo con el pie—. Roger les ha preguntado a algunas de las otras si iba a salir esta noche.

Dejé mi lápiz.

—Denise… —Tono de advertencia.

Hacía tiempo que había perdido la cuenta de las veces que Denise y Roger lo habían dejado, pero volvían a enrollarse noches después, en cuanto unas pocas cervezas y sus profundas miradas de enamorados les hacían olvidar las cosas tan terribles que se habían dicho unos días antes. Esta última ruptura, no obstante, no parecía tanto una ruptura, sino un corte con un cuchillo de cocina sucio. Y eso, literalmente, había infectado a Denise, que estuvo casi una semana vomitando todo lo que comía y tuvo que pasar unos días en el hospital porque estaba deshidratada. Cuando la recogí frente al hospital me juró que había conseguido desintoxicarse de Roger para siempre. «Y he tirado de la cadena dos veces para asegurarme», había comentado riéndose débilmente mientras la ayudaba a levantarse de la silla de ruedas en la que la habían sacado del hospital y a sentarse en el asiento del copiloto.

Denise se encogió de hombros con una indiferencia repentina y sospechosa, y se acercó a mi ventana.

—Solo hay unas manzanas hasta la Casa Turq… la noche en la que dicen que van a caer diez centímetros de nieve. Hará un poco de frío, pero… —Giró la manija de la ventana y puso las palmas de las manos en el cristal, imprimiendo en él unas huellas que no tardarían en dejar de tener correspondencia viva…—, puede que Roger se preste voluntario para calentarme.

De repente, me miró con los hombros rectos, en aquella habitación gélida. A menos que sus padres vinieran a visitarla el fin de semana,

los sujetadores de Denise se morían de asco en el cajón.

Noté cómo mi fuerza de voluntad caía en picado.

—¿Me prometes que lo llevarás a la tintorería? Limpieza en seco.

—Sí, doña Pam Perfecta. —Y taconeó como un soldado.

«Pam Perfecta» era el mote —no especialmente afectuoso— que me había puesto y que había sacado de aquellos famosos anuncios de televisión que se emitían en horario de máxima audiencia y en los que salía una mujer, con un flequillo que parecían plumas, hablando del espray vegetal que le ahorraba tiempo, dinero y calorías. «Cocinando con PAM —proclamaba mientras deslizaba un pescado de escamas plateadas de una sartén a un plato—, ¡la comida siempre queda PAM perfecta!».

Denise era la primera amiga que había hecho en la Universidad Estatal de Florida, pero, recientemente, nuestra amistad se había estancado. La podredumbre que afectaba al liderazgo panhelénico siempre había sido el favoritismo, con los anteriores presidentes jugando siempre al límite con el reglamento para beneficiar a alguno de los hermanos mientras permitían que sus amigos íntimos se fueran de rositas. Cuando me presenté al puesto y gané, sabía que Denise esperaría indulgencia teniendo en cuenta que mi nombre aparecía en lo más alto del organigrama del comité ejecutivo. Sin embargo, estaba yo tan empeñada en hacerlo mejor que los que me habían precedido, en que me recordaran por ser una líder justa e imparcial que, ese trimestre, Denise recibió más amonestaciones que ninguna otra hermana. Cada vez que se saltaba la reunión que el capítulo celebraba los lunes o posponía alguno de los servicios comunitarios que le correspondían, parecía que me estaba provocando para que la expulsara. Las demás nos observaban como si fuéramos dos ciervos de cola blanca que acabáramos de bajar la cabeza y estuviéramos a punto de trabar nuestras cornamentas en una pelea. La tesorera, una finalista de Miss Florida con el pelo caoba que había crecido cazando en el condado de Franklin, siempre decía que era mejor que una de las dos se rindiera antes de que acabáramos peleándonos de verdad y una de las dos tuviera que ser despellejada. Había visto hacerlo en las cacerías.

—Venga, llévate el chaquetón —concedí.

Denise se acercó a mi armario dando saltitos y con una sonrisa infantil de oreja a oreja que hizo que me sintiera como una arpía. Cerró los ojos mientras se ponía el chaquetón con forro de seda. Yo tenía unas cuantas prendas preciosas que me quedaban como una

segunda piel gracias a que mi madre había dedicado la vida a cosas como esas y puede que a mí también me alegrara tanto como a Denise ponérmelas si la mitad de mi armario me quedara como a ella. Resulta que yo tenía una cara redonda —muy irlandesa— que contradecía a mi figura. Porque eso era lo que yo tenía, una «figura», no un cuerpo. La incoherencia entre mis mejillas redondas y pecosas y mis proporciones de chica de calendario era tal que a menudo sentía que debería disculparme por ello. Mi belleza dependía mucho de quién me estuviera mirando y de dónde me encontrara.

—¿Puedes cerrar la ventana antes de irte? —le pedí después de golpear el secreter con la palma de la mano para impedir que una ráfaga de viento se llevara mis horarios marcados con colores. Denise se acercó a la ventana e hizo un intento sobreactuado de bajarla —con gruñido incluido— para hacerme ver que estaba haciendo lo imposible por complacerme.

—Está atascada —me dijo—. Será mejor que vengas conmigo para que no mueras congelada planeando la trigésimo tercera campaña anual de donación de sangre. ¡Qué forma de morir!

Suspiré, pero no porque quisiera asistir a una ruidosa fiesta de fraternidad y no pudiera porque, en efecto, tenía que organizar la trigésimo tercera campaña anual de donación de sangre. Suspiraba porque no sabía cómo hacer que mi amiga entendiera que no quería ir, que nada me gustaba más que quedarme allí sentada, en mi secreter con rayones, un sábado por la noche, con la puerta abierta al alboroto y dramatismo de las treinta y ocho chicas que se estaban preparando para salir. Sentía que había cumplido con la labor para la que me habían elegido si, al final de la semana, todas podían poner música, pintarse los ojos y chincharse unas a otras de una punta a otra del pasillo —que era lo que oía desde mi habitación—. Cómo nos dábamos por saco unas a otras. Las que tenían que afeitarse sus enormes pies y las que nunca deberían bailar en público si tenían intención de procrear algún día.

—Te lo pasarías mejor conmigo —le solté, pero ni yo misma me lo creí.

—Mira —empezó antes de darse la vuelta para cerrar la ventana sin esfuerzo alguno en esta ocasión, con su largo pelo moreno moviéndose por detrás de ella como la capa de un superhéroe—, no dentro de mucho, esas tetas que tienes te llegarán por la cintura y, ese día, mirarás atrás y desearás…

Denise terminó con un chillido que mi sistema nervioso apenas

registró. Pertenecíamos a una hermandad y teníamos veintiún años, no gritábamos porque algo estuviera terriblemente mal, sino porque las luces del sábado por la noche nos emocionaban y nos volvían despreocupadas. Sin embargo, desde entonces, he acabado odiando ese día que todo el mundo anhela a lo largo de la semana por su falsa sensación de seguridad y por su hipócrita promesa de libertad y diversión.

Fuera, en el jardín delantero, dos de nuestras hermanas resoplaban mientras levantaban un paquete envuelto de las dimensiones aproximadas del póster de una película, con las mejillas enrojecidas por el frío y el esfuerzo, con las pupilas dilatadas como si algo las atormentara y las emocionara al mismo tiempo.

—Ayudadnos —nos dijeron resoplando a Denise y a mí cuando nos acercamos a ellas, en nuestro pequeño jardín, bordeado de macizos de colas de pavo real con sus brotes rosados para disuadir a los clientes del bar de al lado de aparcar en nuestra propiedad cuando el aparcamiento del bar estaba lleno. El truco paisajístico funcionaba tan bien que ninguno de los estudiantes que pasaban por allí, de camino al Pop Stop para comer algo antes de que cerrara, se había acercado a echarles una mano.

Me coloqué en el centro, me agaché y levanté la base cogiendo el paquete por debajo, pero Denise se llevó los dedos a la boca y soltó un silbido que detuvo en seco a dos estudiantes que pasaban por el callejón. El truco paisajístico, no obstante, no había conseguido que la gente dejara de atajar por el callejón, y la verdad es que lo comprendía; las manzanas de Tallahassee eran tan largas como las avenidas de Nueva York y a Denise le encantaba que así me lo pareciera.

—Nos vendría bien un poco de ayuda —les dijo Denise mientras se echaba para atrás ese pelo oscuro que había pasado horas domando para que resultara sedoso y sacaba la cadera (el sueño de todo autoestopista hombre).

Vi cómo unas uñas de chico mordidas cogían nuestro envío ilícito a centímetros de las mías y de inmediato me vi liberada del peso. Pasé a la cabeza de la operación para dirigirlos por los tres escalones que subían a la Casa —«Con cuidado…», «Un poco a la izquierda… ¡No, no, a la otra izquierda!»— y por la puerta doble. Acabábamos de pintarla de azul aciano para que combinara con las rayas del papel de pared

del vestíbulo, donde, en aquel momento, se congregaban las demás hermanas —las que habían estado haciendo palomitas en la cocina; las que habían estado amontonadas en el sofá de la sala de juegos para ponerse al día con el culebrón *As the World Turns* viendo los capítulos que habían grabado; y las que iban a salir por la noche, con los rulos en el flequillo y las uñas recién pintadas—. Todas querían ver a qué venía aquel alboroto y evaluar arteramente a aquellos porteadores que habíamos encontrado en la calle, que eran al menos ocho años mayores que nosotras, pero más jóvenes que los profesores que nos invitaban a cenar día sí y día también.

Discutimos unos instantes porque no nos poníamos de acuerdo acerca de qué hacer a continuación. Denise insistía en que los chicos siguieran escaleras arriba, pero a los únicos hombres a los que se les permitía llegar al segundo piso era a los familiares en días de mudanza y al encargado del mantenimiento.

—¡Venga, Pamela! —imploró Denise—. Sabes bien que, como lo dejemos aquí, lo recuperarán antes de que lleguemos a hacer un trato.

Aunque la mercancía estaba envuelta en una sábana, todas sabíamos que se trataba de una fotografía enmarcada de nuestra queridísima fraternidad vecina, en la que salían todos los miembros de alguna de las promociones, muy serios, con traje y corbata, y con su escudo de armas —la serpiente de cascabel y las dos espadas— en el centro. Llevábamos meses robándonos la fotografía mutuamente entre ambas hermandades y dejando en su lugar un recuadro de hollín que no se podía limpiar ni con una solución de amoníaco.

Denise me miraba con los ojos brillantes, con la raya pintada, como diciendo: «¡Sabes muy bien que estoy en lo cierto!». Más de una década después, cuando por fin fui madre, aprendí a reconocer este truco con facilidad: lo de pedir algo que sabías que no tenías permitido en una sala llena de personas que querían que lo tuvieras, y no había manera de negarse a menos que no te importase lo más mínimo que todos pensasen que eras una bruja.

Solté un sonido de burla que me salió de lo más profundo de la garganta. ¡Pero cómo se atrevía a preguntarlo siquiera! Denise abrió la boca y su expresión se congeló por la decepción. Aquella mirada también la conocía. Era la típica mirada de Denise cada vez que se topaba con mi yo de presidenta del capítulo después de tantos años de tratarme únicamente como amiga.

—¡Hombre en la Casa! —grité.

Denise me cogió por los hombros y me sacudió contenida y

juguetona; casi había logrado engañarla. Nos vimos arrastradas por las demás chicas, que se movían como un banco de peces, un único cuerpo vibrante que se estrechaba en la escalera, recuperaba su forma en el descansillo y se volvía a estrechar en los pasillos. Durante todo el recorrido, íbamos gritando «¡Hombre en la Casa!», no al unísono, sino como voces individuales y cavernosas que competían las unas con las otras. Habíamos sacado eso de la canción de Paul McCartney «Band on the Run», que una de las hermanas, nadie sabía nunca quién había sido, cantaba como «Man on the Run», y, así con una modificación más, había nacido el chiste de la Casa: «¡Hombre en la Casa!». Era tan pegadizo que, a la mañana siguiente, sentadas a desayunar y a pesar de lo que había sucedido la noche anterior, oí a alguien tararear el estribillo. En ese momento había montones de hombres allí, en la Casa, algunos de azul, otros con bata de laboratorio, otros con ropa de calle, cortando cuadraditos de las alfombras ensangrentadas y cogiendo molares de entre los flecos con tenazas. Y, entonces, alguien cantó la canción a pleno pulmón: «¡Hombre en la Casa! ¡Hombre en la Caaasaaa!» y todas empezamos a reír, risotadas de verdad que hicieron que algunos de los invitados uniformados en nuestra casa se detuvieran en la escalera y nos miraran con el ceño fruncido o con cara de reproche.

Llevaron la fotografía a la habitación número 4, la de las que habían dado el golpe. Los porteadores entraron con escepticismo antes de cerrar la puerta con los talones y apoyar el preciado trofeo a los pies de una de las dos camas. Si querías entrar en esa habitación, tenías que hacerlo de lado, y ni aun así creo que habría logrado entrar yo, no con mi figura.

—¿No tenéis un desván o algo así? —preguntó uno de los chicos.

Y lo teníamos, pero Denise les explicó que lo de colgar la fotografía en tu habitación era como colgar una cornamenta. Algunas de las chicas con menos pecho estaban apretujándose por la puerta, apenas entreabierta, con la cámara para hacerles una foto a las heroínas de la habitación 4, que posaban junto a su presa con una sonrisa, con las manos convertidas en pistolas y apoyadas una en la espalda de la otra como los ángeles de Charlie. En unas horas, el Acusado intentaría entrar en esa habitación, pero se encontraría con una gran resistencia debido a la fotografía de la clase del 48 —aún recuerdo que aquel era el año que las chicas les habían birlado a los chicos y veo aquellos

pelos engominados y las gafas de pasta—. Hoy en día, Sharon Selva es cirujana maxilofacial en Austin y Jackie Clurry es profesora titular del departamento de Historia en la misma universidad que fue presa del terror aquel invierno de 1978; todo gracias a una estúpida broma.

Denise fue decidida hasta la lamparita de ámbar que las chicas tenían encima de un montón de revistas viejas, desenroscó la tulipa y tiró del cable hasta donde alcanzaba y se acuclilló junto a la fotografía para examinarla con la bombilla desnuda, actuando de manera similar a aquellos que van a la playa con un detector de metales. Sacudió la cabeza sorprendida y gritó airada:

—¡Pero si hasta sus fotos de los años cuarenta tienen cristal de museo!

Durante dos años habíamos permitido que los chicos de la Casa Turq —que es como abrevian su nombre debido al color de las puertas y contraventanas— pensaran que estaban tomando parte en el clásico juego de robos amistosos que hacía generaciones que tenía lugar entre sororidades y fraternidades hermanas. Lo que no sabían era que habíamos estado cambiando los cristales de gran calidad de sus fotografías por los de plexiglás de las nuestras antes de proponerles el intercambio. Había sido Denise la que se había dado cuenta de la diferencia cuando éramos estudiantes de segundo año.

«Este cristal es maravilloso», nos había dicho entre dientes, y las mayores se habían reído, porque Robert Redford era maravilloso, pero... ¿un cristal? Denise nos había llevado hasta la pared en la que teníamos las fotografías y nos había destacado las diferencias —«Fijaos en cómo se han descolorido nuestras fotos»—. Los de la Casa Turq utilizaban un cristal carísimo, del tipo que se usa para los cuadros de los museos, y que protegía sus fotografías de todos los elementos dañinos, como el sol o los ácaros. Denise estudiaba dos carreras, Bellas Artes y Filología Hispánica —lo primero era lo que siempre había querido hacer y lo segundo lo había añadido a la mezcla el verano anterior, después de leer en el *Tallahassee Democrat* una noticia sobre la construcción de un museo vanguardista dedicado a Salvador Dalí en el San Petersburgo de Florida—. Denise había cambiado de inmediato su plan de estudios y había empezado a estudiar Filología Hispánica y había pasado el verano posterior a su vigésimo cumpleaños en el campus, estudiando el equivalente a dos años de créditos. El propio Dalí iba a volar a los Estados Unidos para entrevistar a los candidatos a formar parte del personal del museo, y Denise pretendía sorprenderlo hablando en su idioma natal. No es de

extrañar que él quedara fascinado con ella en cuanto la conoció; la contrató como ayudante del galerista para que comenzara a trabajar el lunes siguiente a su graduación.

—Dudo mucho que lo sepan siquiera... —siguió diciendo la Denise de segundo año, lo suficientemente lista como para ser consciente de que no era ella la que tenía que proponerlo.

Ya en aquel tiempo había —y sigue habiendo— numerosas disparidades entre la vivienda de las fraternidades y la de las sororidades, pero esa de la que nuestra presidenta de aquel curso no dejaba de hablar era de cuantísimo aportaban los exalumnos griegos a sus organizaciones. A lo largo de las generaciones, los integrantes de las fraternidades habían acabado teniendo una economía mucho mejor que las hermanas de las sororidades, por lo que sus casas eran mucho mayores, tenían un mobiliario mucho mejor, aire acondicionado de última generación y: «Tal y como nuestra hermana de vista de lince Denise Andora nos destacó —comentó la presidenta en la reunión del siguiente lunes—, ¡hasta tienen un cristal mejor que el nuestro!».

El plan se aprobó esa misma noche y tengo entendido que las chicas siguen con él aún hoy en día. Denise golpeteó el cristal resistente y sin reflejos con las uñas y soltó un gruñido casi sexual antes de decir:

—Dios, qué bueno es.

—¿Quieres que te dejemos a solas con el cristal, Denise? —le preguntó Sharon con tono socarrón.

—¡A la mierda Roger! —exclamó Denise y le plantó un beso a la límpida superficie—. Este cristal y yo vamos a tener una larga y feliz vida juntos.

A veces, cuando obtengo un resultado desfavorable en un juicio y me pongo a pensar que es posible que la justicia no sea sino una falacia. Recuerdo que Salvador Dalí murió seis horas antes de que al asesino de Denise lo sentaran en la silla eléctrica; el 23 de enero de 1989 —búscalo—. La muerte de uno de los artistas más famosos y excéntricos de la historia sirvió para que la ejecución de un mierda del centro de Florida no fuera una de las principales noticias de aquel día y seguro que el Acusado recorrió el camino hasta la cámara de ejecución consciente de ello, de que le habían despojado de su titular. Más que su libertad, más que tener la oportunidad de vengarse de lo que le hice, lo que él quería era espectáculo. En días malos como este me gusta pensar que Denise está ahí arriba, donde sea que van las mujeres estupendas cuando mueren, y que, desde allí, consiguió tirar

de los hilos; que consiguió restar importancia a la muerte de su asesino igual que este se la llevó de aquí antes de tiempo. La venganza es un plato que se sirve frío. Las zorras de *As the World Turns* nos lo dejaron bien claro.

El futuro... Mi sobrina siempre estaba pensando en el futuro.

Tía de una de las asesinadas
en la Universidad Estatal de Florida, 1978

15 DE ENERO DE 1978
CINCO MINUTOS ANTES

Tuvo que haber algo más aparte de los pinchazos de hambre para que me despertara, pero, en aquel momento, lo único que quería era bajar y prepararme un sándwich de mantequilla de cacahuete y volver a la cama de inmediato.

Salí de la cama, me estiré y gruñí cuando me vi en el pequeño espejo ovalado pegado a la pared. Me había quedado dormida completamente vestida, con el libro de texto como almohada. Después de colgar el horario de actividades voluntarias en el tablón de anuncios que había junto a los cuartos de baño, había seguido leyendo para la clase de Pensamiento Político Estadounidense del lunes por la mañana y, ahora, mi mejilla tenía impresa una parte de la Enmienda de Igualdad de Derechos. Me froté la mejilla con la parte baja de la palma de la mano, pero, en vez de irse, las palabras de Alice Paul me dejaron un manchón.

Los beneficios de ser la presidenta del capítulo empezaban por tener para ti sola el dormitorio del gran balcón que había sobre la escalinata de entrada a la casa… y terminaban ahí. La ventana saliente, la privacidad, hacía que algunas chicas creyeran que querían presentarse al cargo, hasta que se paraban a pensar en cuánto trabajo que nadie te iba a agradecer ibas a tener que hacer, además de la propia carga de trabajo del curso. Para mí era al revés. Las reuniones, los presupuestos, la dirección, los litigios, por pequeños que fueran… eso era lo que a mí me atraía. Me deprimía tener tanto tiempo libre y me daba pavor salir, quedar, los chicos, todo. Mi figura me había ayudado a asegurarme un novio respetable de primer curso y, aunque no se puede decir que me volviera loca besarlo, lo mantenía por conveniencia.

La araña de cristal que había en el techo del vestíbulo tenía un temporizador y se apagaba automáticamente a las nueve, pero cuando salí de mi habitación, minutos antes de las tres de la madrugada, el

vestíbulo estaba bañado de una luz platino. Aún hoy, nadie se explica cómo fue posible, pero que la araña estuviera encendida me salvó la vida. Si hubiera girado a la derecha al salir de la habitación y me hubiera dirigido por el estrecho pasillo a las escaleras de atrás, que eran las que teníamos estipulado utilizar a deshoras, no lo habría contado.

Bajé por las escaleras principales, con la mano en la barandilla de hierro forjado —una de las partes más antiguas y bonitas de la casa—. En el vestíbulo pasé uno o dos minutos trasteando con el interruptor de la luz, pero no conseguí nada. Lo añadí a la lista de tareas de por la mañana —que cada vez era más larga—: llamar al de mantenimiento a primera hora, antes de que las exalumnas...

«¡No te quedes ahí! —gritó una mujer—. ¡Haz algo! ¡Haz algo!».

Oí cómo en la parte de atrás de la casa se rompía un cristal. Y otro. Y otro.

Me miré los pies —llevaba las zapatillas de pana que jamás volvería a ponerme— y me fijé en que, por alguna razón, se movían hacia el alboroto que provenía de la zona de la casa que daba a Jefferson Street. En cuanto doblé la esquina y llegué a la sala de juegos y vi que se trataba de la televisión, que alguna de las hermanas se había dejado encendida con un episodio antiguo de *Te quiero, Lucy* —ese en el que Lucy no deja de ofrecerle a Ricky objetos para que los rompa en vez de pegarle a ella—, me di cuenta de que algo iba mal.

Aun así, seguí adelante, apagando todas las luces de la sala de juegos, recogiendo los platos que había en la mesa de centro, pegajosos por los restos del pastel de *ganache* de Jerry's. Se me habían llenado los ojos de lágrimas porque soy una de esas personas que solo llora cuando está enfadada. El «Alumni Tea & Tour» empezaba a las nueve en punto de la mañana... ¡¿y así era como dejaban la sala las chicas?!

La coleta se me había ido aflojando mientras dormía, así que no dejaba de quitarme el pelo de los ojos. En un momento dado, me di cuenta de que se debía a que había una corriente de aire gélido en la estancia. Giré sobre mis talones y entrecerré los ojos para enfocar la puerta de atrás a través del umbral de la sala de juegos. Estaba abierta. «Putas crías», pensé, porque eso era lo que pensaría normalmente, aunque en esta ocasión parte de mí sospechara que algo horrible estaba pasando, en ese mismo instante, encima de mi cabeza. «Putas crías borrachas», pensé una vez más, actuando para mí, aferrándome a los últimos segundos de normalidad antes de oír el...

El golpe seco. El golpe.

Me detuve. Dejé de moverme. De respirar. De pensar. Era como si todas mis funciones se hubieran apagado para desviar recursos a mis oídos. Oí unos pasos apresurados por encima de mí. En el piso de arriba alguien corría a una velocidad inhumana, incomprensible.

Era como si aquellos pies tuvieran un imán en la planta y el níquel que llevaba yo en el pelo me arrastrara hacia ellos… más allá de la pared de las fotografías, por debajo de la grieta mal arreglada del techo y, por fin, hasta ese punto que quedaba entre el armario de los abrigos y las puertas de la cocina, donde los pasos se detuvieron. Igual que yo. Me encontraba a la sombra de la escalera principal, con la puerta doble de entrada a unos cuatro metros. Yo había calculado que habría poco más de tres y medio, pero cuando el detective midió la distancia, ni una hora después, me di cuenta de que me había quedado corta al calcular el espacio que nos separaba.

La araña de cristal se movía a uno y otro lado, inquieta, pero brillante. Cuando el hombre bajó las escaleras y salió corriendo por el vestíbulo, tendría que haberme costado verlo. Sin embargo, la araña fue mi archivista, proporcionándome una imagen clara y completa del hombre en el momento en que se detuvo, se inclinó y agarró el pomo de la puerta principal. En la otra mano tenía lo que parecía un bate de béisbol de niño, con la punta envuelta con una tela oscura que parecía que se arqueara y se retorciera. Era sangre, pero, en aquel momento, mi cerebro no me permitió que me diera cuenta de ello. El hombre llevaba un gorro de lana calado hasta las cejas. Tenía la nariz afilada y recta; los labios, finos. Era joven, esbelto y guapo. No estoy aquí para negar los hechos, ni siquiera los que me disgustan.

Durante un momento breve e intenso, me sentí muy enfadada. Conocía a aquel hombre del vestíbulo; era Roger Yul, el novio bumerán de Denise. No podía creer que Denise lo hubiera subido a escondidas al piso de arriba. Esa era una violación naranja del código de conducta, con implicaciones que podrían llegar hasta la expulsión.

Entonces me fijé en que todos los músculos del cuerpo de aquel hombre se tensaban, como si percibiera que lo estaban observando. Con un lento giro de su cabeza, se concentró, como un ave rapaz, en un punto que quedaba un poco más allá de mi hombro. Me sentí paralizada por un miedo palpitante que aún hoy se apodera de mí en mis pesadillas y que deja inerte mi espina dorsal y ahoga mi chillido en las paredes ásperas de mi garganta… Ambos permanecimos allí, alerta e inmóviles, hasta que de repente, como si acabara de

golpearme una bola de derribo de alivio, me di cuenta de que el hombre no podía localizarme allí donde me encontraba, a la sombra de la escalera. Aunque yo pudiera verlo a él, él no podía verme a mí.

Y no era Roger.

El hombre abrió la puerta y se marchó. La siguiente vez que lo vi llevaba traje y corbata, y tenía seguidores y al *New York Times* de su lado; y, cuando me preguntó dónde vivía, por ley, no me quedó otra que darle la dirección de mi casa a un hombre que había asesinado a treinta y cinco mujeres y que había huido de la cárcel en dos ocasiones.

De pronto me di cuenta de que me estaba dirigiendo a la habitación de Denise, dispuesta a leerle la cartilla. Jamás he sido capaz de explicar adecuadamente aquello a la policía, ni en el juicio, ni a los padres de Denise..., ni a mí misma; que, aunque sabía que la persona que había visto en la puerta no era Roger, no había ido corriendo a llamar a la policía, sino que había subido a reprender a Denise.

Cuando iba por la mitad del pasillo, la puerta de la habitación número 6 se abrió y una estudiante de segundo curso llamada Jill Hoffman salió tambaleándose, encorvada, y se dirigió al cuarto de baño que había al final del pasillo. Estaba borracha y corría al baño a vomitar.

La llamé por su nombre y la chica se volvió, aterrorizada, como si pensara que iba a enfadarme con ella porque llevara el lado derecho de la cara descolgado, dejando a la vista el hueso, tal y como las revistas nos decían que nos resaltáramos las facciones con colorete. Jill intentaba hablar, pero unos gruesos reguerones de sangre impedían que moviera la lengua.

Corrí por el pasillo moviendo los brazos de manera extraña y graznando para que todas se levantaran. Una de las chicas abrió la puerta y, adormilada, preguntó si se estaba quemando la casa. Guie a Jill hasta los brazos de esa chica y, con firmeza, le ordené que entraran en su habitación y cerrara la puerta con llave. Por el rabillo del ojo vi que alguien entraba en la habitación de Jill y gritaba que necesitábamos un cubo. Lo que pensé en ese momento es que teníamos que limpiar las manchas de sangre que Jill había dejado en la alfombra antes de que se secaran. En aquel instante, eso me pareció lo más lógico.

Entré en la habitación número 12, a la derecha del pasillo, y les

grité a las chicas que había allí que llamaran a la policía. Cuando me preguntaron por qué, tuve que pararme a pensar. No recuerdo haberlo dicho, pero el autor de uno de los libros de crímenes reales más éticos que se ha escrito sobre nuestra historia así lo asegura. «Han mutilado ligeramente a Jill Hoffman», es lo que, al parecer, les respondí, calmada, y luego fui hasta el baño sin darme prisa, cogí un cubo que teníamos debajo del lavabo y me dirigí a la habitación de Jill, pensando que iba a frotar una mancha de sangre que había en la alfombra.

La habitación de Jill estaba empapada, con las mantas y las sábanas encharcadas en una especie de líquido aceitoso, oscuro, y con las cortinas amarillas salpicadas de tantísima sangre que parecía que pesaran muchísimo más que hacía diecisiete minutos y que fueran a ceder los ganchos de los que colgaban. Eileen, su compañera de habitación, estaba sentada en su cama, sujetándose la cara, que también tenía mutilada, y gimiendo: «Mamá…» con su acento de campesina. Eileen era una leal oyente del programa de radio del pastor Charles Swindoll y, aunque yo no era en absoluto religiosa, había conseguido que me enganchara. El hombre siempre decía que la vida era un diez por ciento lo que te sucede y un noventa por ciento cómo reaccionas a ello.

Puse el cubo debajo de la mandíbula de Eileen y le aparté las manos de la cara. Tuve que hacer fuerza. En la base de metal del cubo llovió sangre y saliva, que suenan mucho más densas que el agua.

—Toma —le dije a una alumna de primer curso que me había seguido hasta allí. La chica apartó la mirada y reprimió una arcada, pero sujetó el cubo hasta que llegó la ambulancia—. No dejes que se cubra la cara o se ahogará.

A continuación, fui a la habitación que quedaba a la izquierda de la de Jill y Eileen, en dirección a la mía. Era como hacer la ronda del capítulo los lunes por la noche. La cuenta empezaba por delante.

La mayoría de las chicas se despertaban sobresaltadas cuando irrumpía en su habitación y encendía la luz, y se tapaban los ojos con las manos y se limpiaban los restos de baba de la comisura de los labios con la lengua. Aunque parecían molestas por la interrupción, al menos estaban vivas. No sé por qué, pero de pronto empecé a preguntarme si Jill y Eileen se habrían peleado y el asunto se les había ido de las manos. Fue justo entonces cuando entré en la habitación número 8. En la habitación número 8 vivía una chica que se llamaba Roberta Shepherd. Su compañera de habitación estaba fuera, pasando

el fin de semana en la nieve. A diferencia de las demás, Robbie no gruñó ni se quejó cuando le pedí que se despertara y que encendiera la luz.

—Robbie —repetí con mi voz de institutriz, esa que todas utilizaban para burlarse de mí a mis espaldas—, lo siento, pero tienes que levantarte.

Entré en la habitación, con la adrenalina cumpliendo con las funciones del valor…, pero resultó que no era necesario ser valiente. Robbie estaba dormida y tenía las mantas subidas hasta el mentón. Me acerqué a ella y le toqué en el hombro y le expliqué que Jill y Eileen habían tenido un accidente y que la policía llegaría de un momento a otro.

Al ver que no respondía, la sacudí un poco, y entonces vi el garabato rojo en la almohada. Sangre de la nariz. Le palmeé el hombro, confiada, y le dije que a mí también solía sangrarme la nariz cuando algo me preocupaba.

De la nada apareció un hombre uniformado a mi lado, gritándome a voz en cuello:

—¡Un médico! ¡Llamad a un médico!

Salí al pasillo sintiéndome dolida en un primer momento y furiosa acto seguido. ¿Quién era aquel hombre para gritarme en mi propia casa? Era como si, en el breve espacio de tiempo que había pasado en la habitación de Robbie, el pasillo se hubiera transformado en un sitio surrealista, abarrotado, lleno del zumbido de las radios de los inútiles guardias del campus, que no eran mucho mayores que nosotras. Las chicas vagaban por el pasillo con abrigos de invierno por encima del camisón. Alguien comentó, con convicción, que los iraníes nos habían bombardeado.

—De la habitación de Denise sale un olor raro —me informó Bernadette, nuestra Miss Florida y, como tesorera que era, la segunda al mando.

Juntas doblamos el recodo del pasillo y esquivamos a dos guardias que estaban allí, parados, con la boca abierta, sin hacer nada. Me pregunté si Denise se habría olvidado de cerrar su paleta de pintura antes de salir. A veces le pasaba y de su habitación salía un olor similar al de un escape de gas.

Denise era de esas personas a las que no les gusta nada que les digan lo que tienen que hacer. Era terca y talentosa, creída y sensible. Nuestra amistad no había sobrevivido al cargo al que había decidido presentarme por voluntad propia, un cargo que me obligaba a

asegurarme de que todas cumplían las normas —por inútiles o arcaicas que le parecieran a ella—. No obstante, seguía queriéndola mucho. Seguía deseando que tuviera esa vida estupenda para la que estaba destinada, aunque me tocaba aceptar que era muy posible que yo no fuera a formar parte de ella.

Lo supe en cuanto entré en su habitación. Lo supe. No estaba preparada para perderla tan pronto. Denise estaba dormida de lado, con las mantas por encima del hombro. La habitación debía de estar a unos 18 grados y olía muy mal, como a cuarto de baño.

Bernadette tiraba de mí y me pedía que esperáramos al médico, pero me zafé de su agarre.

—Duerme muy profundamente —le dije furiosa, con la voz entrecortada. No sabía qué era lo que quería decir Bernadette con eso de que esperáramos al médico, pero, fuera lo que fuera, estaba equivocada.

—Enseguida vuelvo —me dijo Bernadette, que se golpeó con fuerza el hombro contra el marco de la puerta cuando se volvió para salir corriendo al pasillo.

Como si hubiera estado esperando a que nos quedáramos solas, repentinamente, Denise levantó una mano. Un saludo rígido.

—¡Denise! —Me reí como si estuviera loca (hasta a mí me lo pareció)—. Código Sujetador, tía, que hay policía por todos lados.

Me acerqué a ella y, aunque seguía intentando convencerme de que aún estaba dormida, soñando, algo me decía que no era así y la cogí entre mis brazos. El pelo, ese pelo moreno suyo, parecía lleno de costras, pero, a diferencia de las de Jill y Eileen, me pareció que estaba seco y suave mientras lo acariciaba y le repetía que tenía que vestirse. No tenía ni un solo rasguño en la cara. Desde luego, a Denise le habría gustado dejar este mundo sin cicatrices.

Le quité las mantas —seguro que tenía calor— y descubrí que, a pesar de que llevaba su camisón preferido, las bragas estaban hechas una bola en el suelo, junto a un bote volcado de laca para el pelo de la marca Clairol. No alcanzaba a comprender cómo era posible, pero la boquilla estaba embadurnada de una sustancia oscura y de un coágulo de pelo oscuro y rizado, el tipo de pelo que se queda en la cuchilla cuando te la pasas justo antes de ir a la playa.

Noté una mano en el hombro. Tiraba de mí para que me quitara de en medio. Aquel hombre volvía a estar a mi lado, el que me había gritado. Sacó a Denise de la cama y la dejó en el suelo. Le dije cómo se llamaba y que era alérgica al látex; razón por la que tenía que andarse

con cuidado con las pinturas que guardaba en la habitación.

—Me alegro de saberlo —me dijo él, y de inmediato le perdoné porque estaba siendo cuidadoso con Denise mientras le pinzaba la nariz y ponía su cara justo encima de la de ella.

Denise había vuelto a quedarse dormida y, cuando se despertara de nuevo, le contaría que el hombre que la había salvado era muy guapo y no llevaba alianza. ¿Sería lo mismo un médico que un doctor? Denise era de las que acaban con un doctor. Puede que esta fuera la historia de cómo había conocido a su marido y que, algún día, no dentro de mucho, yo la estuviera contando en su boda.

15 DE ENERO DE 1978
LAS 3:39

El agente de policía que estaba arriba nos pidió que bajáramos, y una vez abajo, el de la planta baja nos pidió que subiéramos. En el piso superior nos encontramos con un policía diferente, y este nos dijo, exasperado, que nos quedáramos en algún sitio y que no nos moviéramos de ahí, que estábamos molestando. Fue así como tomé la decisión y nos recluimos en el palacio presidencial.

Mi habitación tenía unas ventanas dobles que iban de suelo a techo y que quedaban justo encima de la barandilla blanca con las letras griegas en bronce. Con las cortinas recogidas, desde las ventanas se veía el camino de entrada, de ladrillos blancos, donde Denise había dibujado nuestras arremolinadas letras griegas con una tiza industrial a principio del semestre.

Alguien tiró de la barra con la que se abrían las cortinas y la habitación se llenó de luces azules y rojas.

—Ha llegado otra ambulancia —dijo.

Un anuncio que no era necesario.

Algunas chicas se acercaron a la ventana para ver la ambulancia. Debíamos de ser unas treinta en mi habitación, apiñadas, y el olor —a crema de noche y a aliento de cerveza— se me ha quedado incrustado en algún nervio olfativo.

—Tres ambulancias.

—Siete coches de policía.

—Yo cuento seis.

—Seis, sí. Ya me siento mucho mejor.

Bernadette y yo nos dividimos para hacer un recuento en el sentido de las agujas del reloj y otro al revés, y fuimos recopilando cuanta información pudimos: quién había visto algo, quién había oído algo. Una de las chicas no iniciadas nos dijo que se trataba de un robo y que deberíamos ir a ver si faltaba la televisión. Otra insistía en que nos habían atacado los rusos y que el país iba a entrar en guerra.

—No creo que sea eso lo que está pasando —le dije y le apreté la rodilla para confortarla.

Bernadette y yo nos reunimos para comparar notas. Incluso por la mañana, en el cuarto de baño, a solas con su rizador de pelo, Bernadette llevaba los labios pintados de un color cereza brillante. Era sorprendente ver lo pálidos que los tenía en ese momento y me quedó claro que era consciente de que no llevaba su color característico; se mordía el labio inferior de tal manera que acabó haciéndose sangre. Aún llevaba la blusa con cuentas con la que había empezado la noche. Aquello resultó ser un detalle crucial.

—No podía desabrochármelo —me dijo Bernadette mientras señalaba el botón de su blusa de cuentas.

Me incliné y cogí la tela con el pulgar y el índice. Una de las decoraciones de cristal se había quedado atrapada en el ojal.

—He llamado a la puerta de Robbie para pedirle ayuda —siguió diciendo—. Ya sabes que tiene unas tijeras para tela. —Robbie estaba estudiando Marketing de Moda—. Me ha respondido medio dormida que eran las tres de la madrugada. Entonces he mirado su reloj porque sabía que estaba exagerando y le he dicho: «Las tres menos veinticinco, Robbie», y ella ha respondido: «Bueno, ¿quieres que te ayude o no?». —Bernadette exhaló como si no pudiera creer sus propias palabras—. ¡¿Cuándo ha pasado todo esto?! ¡¿Cómo es que no he oído nada?! Entonces estaba bien... Cuando me he marchado... ¡estaba bien!

—Iremos a verla al hospital en cuanto nos dejen salir de aquí, te lo prometo.

Todo lo que prometía aquella madrugada me parecía posible ahora que había llevado a cabo un reconocimiento. Un extraño había entrado en la Casa, muy probablemente para robarnos, pero se había encontrado con algunas de las chicas y se había asustado. Los allanamientos de morada no eran precisamente infrecuentes. Nadie había intentado hacernos daño y, aunque Jill y Eileen tuvieran cortes y sangre, esas cosas no solían ser tan malas como parecían en un primer momento. Es como cuando te cortas la parte trasera del tobillo en la ducha y empiezas a sangrar como si te hubieras cortado una arteria principal. Tenía que ser eso, de lo contrario, tal y como había señalado Bernadette, habríamos oído algo. Me limpié las manos en los muslos, con la sensación de haber aliviado mis preocupaciones por el momento.

Me pareció que pasábamos horas en mi habitación, pero no

pudieron ser más de veinte o treinta minutos, porque los pájaros no habían empezado a piar todavía cuando entró un nuevo agente de policía. Habíamos caído todas en una especie de estupor apático, pero, en cuanto el extraño entró, todas nos frotamos la cara y nos sentamos para prestarle atención. Estábamos acostumbradas a las reuniones y los anuncios, y me dio la sensación de que el agente no se esperaba que tuviéramos aquella actitud tan unánime, todas sentadas en el suelo. Se quedó parado un rato, como si tuviera miedo escénico.

—¿Ya saben algo? —decidí preguntarle.

El policía asintió y me dio la sensación de que se sentía agradecido porque le hubiera recordado para qué había entrado allí. Tenía los hombros anchos y el pecho prominente, un chico de la zona con una placa. Apenas se le oía. Tuvimos que inclinarnos hacia delante para entender lo que estaba diciendo.

—Ahora mismo hay mucha gente en esta planta y van a pasar aquí bastante tiempo, así que vamos a llevarlas a la planta de abajo.

Levanté la mano, no para que me dieran la palabra, sino para anunciar que iba a hablar. Así era como se hacía en el capítulo. Si tenías algo que decir levantabas la mano, pero no era necesario que nadie te diera la palabra. No estábamos en clase y aquí no éramos alumnas. Yo siempre decía que éramos socias que llevábamos la Casa como si fuera un negocio.

—¿Qué pasa con las demás chicas? ¿Cómo se encuentran?

—Están en el Hospital Tallahassee Memorial.

—¿Todas?

Asintió con expresión diáfana y sincera.

Aquel alivio resultaba estabilizador, y no solo porque fuera la respuesta que quería oír, sino porque era una respuesta. En el mes siguiente, un mes lleno de incertidumbre, lo que quería, lo que todas queríamos, era claridad. ¿Qué había pasado? ¿Quién lo había hecho? ¿Qué debíamos hacer ahora?

—¿Cuándo podremos llamar a nuestros padres para contarles lo que ha sucedido? —pregunté.

El agente torció la boca, pensativo.

—Puede que dentro de una hora. Ese será, más o menos, el tiempo que nos llevará tomarle las huellas a un grupo tan grande como este.

En ese momento, las chicas rompieron filas con sus preguntas y objeciones, indisciplinadas, pero razonables. Lo permití; me daba la impresión de que todas nos habíamos ganado unos momentos de desorden. Instantes después, me levanté y fui al centro del círculo.

Todas se pidieron silencio unas a otras.

—¿Nos van a tomar las huellas? —pregunté calmada, pero con la voz de preocupación de una portavoz—. ¿Por qué?

—Es el procedimiento habitual.

—¡¿Cómo que el procedimiento habitual?! —insistí, perdiendo la paciencia.

—El procedimiento habitual en el escenario de un crimen. No se toman solo las de los agresores.

—¿Agresores? ¿Quiere decir que ha habido más de uno?

—¿Cómo dice...? No, no. Bueno, es posible. No lo sabemos.

—Entonces..., ¿no han detenido al culpable de esto?

—Hay muchos agentes buscándolo.

Frustrada, me pellizqué el puente de la nariz.

—¿Podemos, al menos, volver primero a nuestras habitaciones para cambiarnos?

—No.

Inmediatamente, y como respuesta a un coro de quejas por tener que ir de un lado para el otro sin pantalones delante de tantísimos hombres, el agente se fue encogiendo y retirándose y nos dijo que nos daba cinco minutos para que nos hiciéramos a la idea.

—Podéis cogerme todo lo que necesitéis —les dije a las chicas y me dirigí al armario (que contenía prendas deseadas por una de las chicas que no estaba allí con nosotras), pero me detuve cuando oí que llamaban a la puerta.

En esta ocasión, otro agente de policía asomó la cabeza.

—¿Quién de ustedes ha visto al agresor? —preguntó.

Me volví.

—Yo —respondí.

—Pues tiene que venir conmigo ahora mismo.

—¿Puedes hacerte cargo tú mientras estoy con él? —le pregunté a Bernadette, que asintió, con aquellos labios desnudos fruncidos con decisión.

Me apresuré hacia la puerta, ansiosa por ayudar, por resolver aquello para poder ir a ver a Denise al hospital y volver a la Casa a toda prisa, antes de que llegaran las exalumnas. ¡Podía llamar a mi novio! Brian no perdía la oportunidad de cumplir con sus promesas de alumno de primer curso y los chicos podrían arreglar la Casa mientras las chicas se duchaban y se vestían. No me cabía duda de que las exalumnas se alarmarían cuando supieran que habíamos sufrido un incidente por la noche —un intento de robo, al parecer—, pero les

impresionaría que la visita siguiera en pie sin ningún problema. Imaginé que hablaban con el consejo de gobierno y le explicaban que las jóvenes del capítulo de la Universidad Estatal de Florida habían demostrado un aplomo extraordinario ante una experiencia terrible. Seguí al agente a la planta de abajo, llena de esperanza.

LAS 4:00

A su nariz. De verdad, todo se reducía a su nariz. Era su rasgo más distintivo y el más fácil de describir para la estudiante de Bellas Artes que se prestó voluntaria para hacer un primer boceto forense del chico que yo había visto. Recta y afilada, como el pico de un pájaro asesino prehistórico. Labios finos. Un hombre bajito. En diecisiete meses me deleitaría repitiendo aquella misma descripción ante un jurado; me cansaría de oír lo guapo que era… y a ningún hombre le gusta que digan de él que es bajito.

El gorro que llevaba le tapaba las orejas y las cejas. La estudiante de Bellas Artes, una alumna de segundo curso que se llamaba Cindy Young, se esforzó con el gorro, que tuvo que borrar en un par de ocasiones. Con el primer intento pareció que llevara un gorro de baño y con el segundo, un casco.

—Normalmente se me da mejor —comentó Cindy con la frente perlada de sudor.

Como yo, como todas las que vivíamos bajo aquel techo, era una perfeccionista, pero la cuestión es que la mano le temblaba tanto que le resultaba imposible trabajar al nivel al que estaba acostumbrada.

—Veamos… —murmuró el sheriff Cruso mientras se sentaba en el sofá de la sala de estar formal y se inclinaba sobre el boceto de Cindy.

Yo estaba sentada en el suelo, junto a ella, para darle ánimos, con las piernas extendidas por debajo de la mesa baja y con la espalda apoyada en la base rizada del sofá. El sheriff Cruso tenía la rodilla justo junto a mi cara y me pareció inapropiado lo excitada que me sentía porque estuviéramos así sentados. ¡Pero si ni siquiera me gustaba el sexo! Denise siempre decía que eso no era problema mío, sino de Brian.

El sheriff entregó el boceto al detective Pickell —con doble ele—, que estaba de pie detrás del sofá.

—Échale una ojeada —le dijo.

Pickell y Cruso parecían más o menos de la misma edad, mucho

más jóvenes de lo que deberían ser un sheriff y un detective; y aunque Cruso era negro, era evidente que era él quien estaba al mando. Aquello era muy inusual en la década de los setenta, y no solo en Florida, sino en cualquier parte. Durante generaciones, los sheriffs del sur eran blancos, de mediana edad y un tanto incultos, acérrimos defensores del *statu quo*. No obstante, a medida que los crímenes aumentaban en las zonas rurales y las actitudes raciales cambiaban, los votantes tendían a apoyar a candidatos más jóvenes y cultos. Cruso había estudiado Criminología en la Universidad A&M de Florida y era el primer sheriff negro del condado de Leon, un logro que la ciudad de Nueva York no alcanzaría hasta 1995.

El detective Pickell puso el dibujo debajo de una de las lamparitas de mesa para verlo mejor.

—Está muy bien, Cindy.

—¿Puedo lavarme ya las manos? —preguntó Cindy, que permanecía sentada con las palmas de las manos, ennegrecidas por el carboncillo, apoyadas bocarriba en la mesa para no manchar el mobiliario de color crema de la sala de estar formal.

Seguíamos preocupadas por el precioso sofá de la preciosa sala mientras que, arriba, la sangre de Jill se había filtrado por el colchón y acabaría arruinando los muelles.

—Sí, puedes. —El sheriff levantó la cabeza. Luego, por encima del hombro, se dirigió al detective—: ¿Puedes ir a ver si está todo preparado para que la señorita Schumacher nos guíe por la casa?

Pickell fue al vestíbulo, después de rodear a las chicas que había allí, todas en fila para utilizar el cuarto de baño del piso de abajo después de que les hubieran tomado las huellas en el comedor. Se tapaban la cara para que la policía no viera que estaban llorando —me estaban estropeando las mangas de todos los jerséis—. La prensa escribiría que nuestros gritos se oían desde el exterior de la Casa; no fue la más ofensiva de sus invenciones, pero yo me lo tomé muy a pecho. Contuvimos nuestro horror de tal manera en todo momento que me sentí orgullosa. Llegué a pensar que, ya que nos había tocado vivir aquello, por lo menos todo el mundo recordaría que éramos fuertes y valientes. Por aquel entonces eras fuerte y valiente si no armabas un escándalo. No obstante, los periodistas escribieron lo que les vino en gana sobre nosotras independientemente de si era verdad o no. Hoy en día pienso que tendría que haber permitido que todas se pusieran a gritar.

El sheriff Cruso me miró y me dedicó una sonrisa amigable. Sí que

era guapo, sí, a diferencia del Acusado, que solo resultaba atractivo por las barbaridades que había cometido. El sheriff Cruso andaría por el metro ochenta y cinco y tenía la mandíbula muy bien definida y las mejillas angelicales. No tardé mucho en descubrir que siempre vestía botas de vaquero.

—Y este Roger Yul, ¿cómo es?

Les había contado la verdad al sheriff y al detective; que en un primer momento estaba tan sorprendida de ver un hombre en la casa en mitad de la noche que me había parecido que se trataba de Roger, el exnovio de Denise. Yo estaba estudiando Derecho y era la hija de uno de los abogados mercantilistas más importantes de Nueva York y, a lo largo de los años, había aprendido un par de cosas sobre el proceso de las investigaciones criminales. Sabía que las fuerzas de la ley estaban entrenadas para fijarse en esa primera impresión, pero me equivoqué al dar por hecho que eran capaces de reconocer cuándo un cerebro se había equivocado, de comprender que, en una situación como aquella, en la que el mundo se te pone patas arriba, las neuronas y los mensajes químicos van a mil por hora.

—Es el típico tío incapaz de decidirse —respondí con tanta paciencia como pude—, pero el hombre que vi en el vestíbulo no era Roger.

—¿Qué quiere decir con eso? Con eso de que es incapaz de decidirse —me preguntó, ignorando descaradamente la segunda parte de mi frase.

Me daban ganas de resoplar, de tener una pataleta como un bebé de dos años. «Está perdiendo el tiempo; el mío, el suyo ¡y el de todos! ¡Salgan ahí a buscar al hombre de la nariz recta y el abrigo bonito!», pensé, pero mantuve la compostura.

—Pues a que a veces quiere estar con Denise y a veces prefiere estar sin pareja. No obstante, insisto, el hombre que he visto en el vestíbulo no era Roger.

—Y ahora —siguió a la suya—, ¿quiere o no quiere estar con Denise? —Y me sonrió como diciendo «Ya he entendido que no era Roger, pero contesta a la pregunta».

Yo no solía caerles bien a los hombres.

—Ella lo dejó antes de las vacaciones de Navidad, pero ahora mismo está claro que él quiere volver; pero no le diga a Denise que se lo he dicho. Bastante tiene ya con lo que ha pasado. —Puse los ojos en blanco con la esperanza de que el sheriff entendiera que no era mi intención tocarle las narices…; aunque quizá sí que lo fuera.

Pero el sheriff no se rio e hizo aquello que hacía cada vez que le mencionaba a Denise: parpadear y dejar de mirarme durante un instante.

El detective Pickell volvió.

—Ya podemos hacer el recorrido —dijo—; pero, primero, Pamela, tiene que quitarse las zapatillas para que podamos descartar sus huellas y no confundirlas con las del intruso.

Me llevé el pie al regazo y me quedé mirando las suelas de goma manchadas de sangre con la curiosidad de un arqueólogo. Nunca me había fijado en que tenía los arcos tan marcados.

Volví sobre mis pasos para ellos, empezando por la puerta de atrás. Allí donde había oído el golpe seco, Pickell cortó una cinta adhesiva negra y marcó la alfombra. Repitió el mismo procedimiento en el punto del vestíbulo desde el que había visto al intruso bajar las escaleras y detenerse ante la puerta principal. Nos pidieron que no quitáramos las marcas hasta que ellos nos dieran permiso, pero la verdad es que nunca llegaron a hacerlo ni se molestaron en devolvernos las llamadas. Justo antes de que todas volvieran a sus casas para pasar las vacaciones de verano, arranqué la cinta en silencio, presa de un ataque de rabia.

El detective me pidió que me colocara en el sitio exacto donde había visto al intruso y que pisara la punta de la cinta métrica. Cuando llegó a la puerta principal, comprobó la distancia que había y dijo en voz alta:

—Cuatro metros.

El sheriff asintió, satisfecho, como si acabaran de confirmarle algo inevitable.

—Es mucha distancia para ver algo a oscuras —dijo.

—Pero es que el vestíbulo no estaba a oscuras —comenté antes de señalarle la araña, mi maravillosa lámpara de cristal.

—Sigue sin ser una gran iluminación en mitad de la noche —insistió el sheriff, a pesar de que, siendo objetivos, estaba claro que se equivocaba; ambos teníamos los ojos entrecerrados mientras la mirábamos— y no quiero descartar tan rápido su instinto inicial.

«Es un pecado ser persuasivo cuando estás equivocado», solía decir mi padre. En realidad, era una advertencia. Una vez que dispones de las herramientas para conseguir tener la razón, un buen abogado debe utilizarlas no solo con sabiduría, sino también con ética.

«Aun así —añadía siempre acompañando el comentario de un guiño—, los mejores abogados saben cuándo transigir y llegar a un

acuerdo».

—Sheriff Cruso —empecé a decir despacio, como si me estuviera viniendo algo a la cabeza—, una de mis hermanas de la sororidad, Bernadette Daly, que es la tesorera, la segunda al mando —me interesaba que le quedara claro que se trataba de una fuente fiable—, ha ido a la habitación de Robbie a las dos y treinta y cinco de la mañana y ha estado allí unos minutos. Me ha contado que Robbie estaba bien en ese momento. Cuando yo he bajado, la televisión estaba encendida, con un episodio de *Te quiero, Lucy*. Cuando la he apagado, justo salían los créditos. Dado que cada episodio dura media hora, eso ha debido de ser alrededor de las tres de la madrugada. Aproximadamente un minuto después, he oído el golpe seco.

El detective estaba recogiendo la cinta métrica, acortando la distancia entre la puerta principal y el lugar donde me encontraba. Miraba a su superior, como si quisiera comprobar si al sheriff le parecía importante lo que yo estaba diciendo.

—Eso significa que todo ha debido de ocurrir en unos veinte minutos. —Habían sido diecisiete, según el informe del escenario del crimen, que debía de estar pudriéndose en algún lugar del Museo de Archivos de Florida—. ¿Cómo es posible que una sola persona haya logrado hacerles a esas cuatro chicas lo que les hizo en apenas veinte minutos? ¿Y si han sido dos, Roger y el individuo que usted ha visto?

Contuve el aliento. No podía creer lo que estaba diciendo el sheriff y no tenía ni idea del daño que acababa de causar con esas palabras, simplemente intentando captar su atención.

—Interesante —comentó el detective después de un momento, ya que el sheriff no había mordido el anzuelo—. Por favor, recuérdeme el nombre de la hermana que ha hablado con Robbie Shepherd.

—Bernadette Daly —dije despacio y lo deletreé.

El detective lo anotó y luego se acercó al sheriff, susurrándole algo al oído con la cabeza vuelta de tal manera que yo no pude leer sus labios.

El sheriff asintió muy serio a lo que fuera que el detective le había susurrado y me dijo:

—Gracias, Pamela. Eso es todo por ahora. Si quiere, puede llamar a sus padres. —Y empezó a subir las escaleras.

—Pero, por favor, utilice el teléfono de la cocina —añadió el detective antes de seguir al sheriff escaleras arriba.

Estaba claro que habían acabado conmigo y que ninguno de ellos iba a darme, por voluntad propia, información sobre las chicas

heridas. Tendría que preguntarlo. Retrocedí unos pasos para observar al sheriff y al detective mientras subían.

—Voy a tener que llamar a los padres de las chicas que se han llevado al hospital —comencé—. Necesito informarles sobre lo sucedido y cómo se encuentran. Es una de las responsabilidades que asumo al jurar el cargo de presidenta del capítulo. —Sonreí mientras decía aquello con la esperanza de infundir a mis palabras la sensación de buena voluntad que tan a menudo me decían que me faltaba. Durante mi primer año en la Casa, la presidenta anterior del capítulo me había reprendido por la forma en que contestaba el teléfono: «¿Hola?» en vez de «¡Hola!». Aquella era la diferencia entre «¿Qué quieres?» y «¿En qué puedo ayudarte?».

El sheriff Cruso estaba pulsando el interruptor de la araña que había en la planta de arriba, oscureciendo e iluminando el vestíbulo como si fuera una luz estroboscópica. No sé por qué, pero aquello me hizo pensar en Studio 54, donde Denise siempre me pedía que la llevara, ¡como si yo tuviera alguna oportunidad de que me abrieran la cuerda de terciopelo cuando ni siquiera dejaban entrar a Warren Beatty!

—¿Qué les digo a sus padres? —insistí con una sonrisa forzada: «¡Siento mucho ser tan molesta!».

Tenía los ojos secos y me picaban por la falta de sueño, y empezaba a pensar que, como el sheriff no dejara de encender y apagar la araña, me iba a dar un ataque.

Me respondió sin mirarme:

—Todas las chicas están en el Hospital Tallahassee Memorial, señorita Schumacher.

LAS 5:00

Cuando llegué al teléfono de la cocina, los números del dial estaban manchados de tinta y yo, rebosante de una especie de emoción perversa, añadí mis huellas al marcar el número de mi casa. Mis padres habían gastado muchísimo dinero para ignorarme, y siempre fantaseaba con que me sucediera algo horrible que los obligara a ocuparse de mí de alguna forma que no pudiera sustituirse con algo que compraran o contrataran.

Con cada triste tono, inventaba una excusa nueva. Era muy temprano, y mis padres acostumbraban a dormir profundamente. Puede que no oyeran el teléfono porque algún vecino estuviera haciendo obras en su casa. Aunque fuera domingo. A las cinco de la mañana. O puede que no estuvieran en casa. A veces se iban de viaje y daban por hecho que el otro se habría acordado de avisarme, si bien no había ningún precedente al respecto. Éramos una familia muy olvidadiza.

Saltó el contestador y me planteé dejar la espantosa noticia en un mensaje. Sin embargo, era tan raro tener lo que yo tenía en aquel momento —el informe de un acontecimiento cataclísmico que pondría en marcha sus agotadas baterías de padres a la primera—, que decidí guardármelo hasta que consiguiera hablar con ellos.

Colgué el teléfono de golpe, con mucha fuerza, lo cogí y volví a colgarlo de malas formas. Más fuerte aún. Me arrepentí de inmediato. ¿Y si alguien me había visto perder los nervios? Pero aquella cocina de tamaño industrial estaba desierta y limpia como si se tratara de la sala de un hospital, lo que me satisfacía, por un lado, pero me inquietaba, por el otro. Había abandonado los platos sucios en la sala de juegos, donde estaba teniendo lugar toda la acción. ¿Debía inventar una razón para que la policía viniera a la cocina y viera que, en realidad, no éramos un grupo de chicas desordenadas que solo sabíamos mascar chicle, sino que éramos adultas responsables? ¿Que si yo decía que no era Roger el hombre que había visto en el vestíbulo

es que no era él?

Abrí el directorio de la sororidad y busqué los datos de Roberta Shepherd. Quería comenzar por alguien que no tuviera la cara tremendamente destrozada, pero tampoco quería empezar con Denise. Albergaba la esperanza de que, mientras llamaba a los padres de las otras chicas, me llegara más información acerca de cómo se encontraba ella.

—Residencia de los Shepherd —respondió una voz masculina de tal manera que me hizo pensar que acababa de coger el teléfono de la mesita de noche, como si la gravedad tirase de su voz hacia el fondo de su garganta. Era el padre de Robbie.

—¿Señor Shepherd? —pregunté.

Tosió por culpa de la típica flema matutina y, a continuación, respondió formalmente:

—Sí, al habla.

Solté el aire con fuerza y empecé con lo único que les importa a los padres:

—Antes que nada, Robbie está bien. Soy Pamela Schumacher, la presidenta del capítulo de la casa en la que reside su hija. Le llamo porque ha ocurrido un incidente. Un intruso ha entrado en la Casa y ha herido a algunas de las chicas. Las han llevado a todas al Hospital Tallahassee Memorial para que les echen un vistazo.

El señor Shepherd fue directo al grano:

—¿La han violado?

—¡No! —respondí en el mismo tono que él, sintiendo una cierta madurez por mi parte al hablar de violación sin que me temblara la voz. No podía dejar de pensar en las bragas de Denise hechas un gurruño en el suelo mientras declaraba con orgullo (¡con orgullo!)—: No la han violado.

—Espera, que cojo una estilográfica.

El señor Shepherd anotó la dirección del hospital y me dio las gracias educadamente por haberles llamado.

«Bueno, no ha sido tan duro», pensé…, pero el pensamiento fue como si me hubiera echado un mal de ojo a mí misma.

A la madre de Eileen se le cayó el teléfono cuando le expliqué que su hija había sufrido algunas heridas en la cara, y fue su hermano pequeño quien recogió el auricular y siguió con la conversación.

Los padres de Jill exigieron, enfadados, hablar con la persona que estuviera al mando. «¡Yo estoy al mando!», les respondí igual de enfadada.

Colgué y conté cinco respiraciones profundas antes de marcar con fuerza el número de teléfono de la casa de los Andora, en Jacksonville. Ni siquiera tuve que buscar el teléfono de los padres de Denise en la A, lo tenía memorizado desde que íbamos juntas al instituto.

Aún era temprano, pero, al igual que el señor Shepherd, la señora Andora respondió tras el segundo tono, aunque sabía muy bien que los Andora no tenían teléfono en el dormitorio.

—¿Y bien? —preguntó tras suspirar profundamente, lo que me llevó a pensar que había estado esperando esa llamada—. ¿Qué tal está?

¿Quién se me habría adelantado? Puede que los Shepherd. Denise y Robbie eran de Jacksonville. Se llevaban un año, pero seguro que sus padres habían coincidido alguna vez.

—Soy Pamela —le avisé—. Está en el hospital, pero se va a poner bien.

Hubo una pausa larga, como en una negociación, como si me estuviera dando tiempo para retirar lo que acababa de decir.

—¿Quién está en el hospital?

—Denise... —respondí, no muy segura de mí misma—. Se la han llevado hace un rato.

—¿D-Denise? —balbuceó—. ¿Por qué? ¡¿Por qué han tenido que llevarla a un hospital?!

—Pensaba que lo sabía...

—¿Saber el qué?

Las palabras me abandonaron, así que la mujer se repitió, pero con un tono tan estridente que me aterrorizó:

—¿Saber el qué, Pamela?

—Como me ha preguntado qué tal estaba, como si ya lo supiera...

—¡¿Saber el qué?! ¡¿El qué?!

La señora Andora gritaba.

Me dieron ganas de pedirle que parara, que iba a asustar a los gatos. Tenían cuatro y eran muy nerviosos.

De repente me vi aferrándome a la encimera con ambas manos y con la barbilla en el pecho, con el teléfono dando vueltas en el suelo de la cocina y preguntándome cómo coño había acabado el teléfono dando vueltas en el suelo de la cocina.

Lo recogí y comenté, optimista:

—Ha habido un incidente.

Me paré a pensar que con eso resumía bien lo que había sucedido, pero enseguida me di cuenta de que la señora Andora no me estaba

prestando atención. Había apartado el auricular y estaba explicándole a gritos al señor Andora que Denise había tenido un accidente de coche.

—No —dije. De pronto me sentía increíblemente cansada. Deseé poder colgar el teléfono y abandonar aquella conversación, tanta confusión, y que otra persona les explicara tanto a ellos como a mí lo que había sucedido. Y deseé poder echarme a dormir toda una semana —. No ha sido un accidente de tráfico, sino un robo. Más o menos. No está claro.

—¿Un robo? ¿Qué es lo que me estás contando, Pamela? ¿Cómo es que no lo sabes? ¿Dónde estás? ¿Estás con Denise? ¿Puedo hablar con ella? ¡Es Pamela, Richard! ¡No, Richard! ¡Para...!

El padre de Denise se puso al teléfono y, furioso, me preguntó:

—¡Por amor de Dios, Pamela, ¿qué está pasando?!

—Denise está bien —insistí—. Ha habido un incidente en la Casa. Ha entrado alguien. Algunas de las chicas están heridas y las han llevado al hospital para cuidar de ellas. Denise ha tenido suerte, de verdad. Sus heridas son muy poca cosa.

—Dios mío... —dijo el señor Andora mientras la señora Andora zumbaba a su alrededor, diciéndole qué era lo que tenía que decirme, qué era lo que tenía que preguntarme—. Y ¿en qué hospital?

Repetí la dirección del Tallahassee Memorial por enésima vez: el 1300 de la carretera de Miccosukee. Y no la he olvidado a pesar de que hayan pasado cuarenta y tres años.

Cuando colgué a los Andora me sentía agotada pero aliviada. Lo había hecho. Lo más difícil ya estaba hecho. Sin embargo, en ese momento sonó el teléfono y resonó por toda la casa. Me tapé un oído. ¿Siempre había sonado tan agudo nuestro teléfono? Lo cogí a toda prisa, más interesada en que dejase de sonar que en responder.

—Soy Linda Donnelly —dijo la voz al otro lado de la línea. El nombre me resultaba familiar, pero no alcanzaba a saber de qué—. Soy residente en prácticas en el Tallahassee Memorial. ¿Con quién hablo?

—Con Pamela Schumacher. Soy la presidenta del capítulo de esta Casa.

—Ah, ya sé quién eres. ¿Te acuerdas de mí?

Intenté recordar algún tipo de pista, pero era como si mis recuerdos se hubieran fundido, como los relojes de la reproducción del cuadro de Dalí que Denise tenía en su habitación.

—Soy vuestra consejera estudiantil. Pertenecí al capítulo del 67.

—Ay, perdone. —Me sentía fatal. No podía creer que se me hubiera olvidado el nombre de uno de los miembros de la junta de asesoras. La noche..., la mañana..., el momento del día en que nos encontráramos... No podía ir a peor.

—Perdonada. Por lo que he visto aquí, habéis tenido una noche de locos. ¿Necesitáis algo? ¿En qué puedo ayudaros?

—Es usted muy amable, doctora Donnelly —respondí con una deferencia extravagante, con la esperanza de compensar la metedura de pata que suponía no haber sabido quién era—. Me gustaría pensar que nos van a dejar ir a ver a las chicas pronto. De hecho, ¿podría indicarme el número de las habitaciones en las que están?

Una pausa de medio segundo.

—Eileen y Jill están en el quirófano ahora mismo, pero te daré los números cuando hayan salido y se les haya asignado una habitación.

—Gracias. ¿Y Denise y Robbie?

Otra vez la misma pausa, pero esta vez noté miedo en ella. Se percibía hasta por el teléfono.

—¿Te refieres para identificarlas?

Me sudaba tanto la mano que podría habérseme resbalado por la encimera de acero inoxidable. Limpié con el codo las marcas que había dejado.

—¿Cómo que para identificarlas?

—Para identificar los cadáveres.

—A ver..., estoy confundida —respondí molesta. Ahora bien, no podía estar confundida porque, de lo contrario, jamás habría utilizado ese tono con una exalumna. Debía de haber entendido lo suficiente como para saber que me perdonaría, aunque lo que acababa de suceder formaba parte del reino de lo imperdonable.

—Robbie y Denise han fallecido de camino al hospital —respondió la doctora Donnelly fríamente—. ¿No te lo han dicho?

Había un calendario en la pared con un círculo alrededor del día en el que estábamos. «El domingo en el que se juega la Super Bowl», recordé. Denise tenía que preparar la salsa untable para la fiesta que íbamos a dar después. Iba a tener que decirles a las chicas que nos habíamos quedado sin un plato.

—Me han dicho que estaban bien...

—¿Quién? —El tono de voz de la doctora Donnelly exigía una respuesta.

—El sheriff.

—Que se ponga. Ahora mismo —me ordenó la doctora,

impaciente. Me recordó a mi propio tono de voz—. ¿Tenéis por ahí a alguien que abogue por vosotras? ¿A algún representante de la universidad o algo por el estilo?

Aturdida, negué con la cabeza. Entonces recordé que no podía verme.

—No.

—Me pasaré por allí dentro de una hora, que es cuando acaba mi turno. ¿De acuerdo? Y, ahora, por favor, ¿puedes pedirle al sheriff que se ponga?

—Sí. —Dejé el teléfono, pero me di cuenta de una cosa y volví a cogerlo—. Bueno, no, ahora mismo no; tengo que llamar a los padres de Robbie y de Denise.

—Eso es trabajo del sheriff.

—No, no, es que… acabo de hablar con ellos y les he dicho que sus hijas estaban bien. Tengo que ser yo quien les diga que no es así.

—¿Les has llamado y les has dicho…? —La doctora se quedó callada, absorbiendo el espantoso impacto de lo que acababa de hacer—. Vale. No tardaré en llegar. Tienes que quedarte ahí y esperarme, ¿de acuerdo, Pamela? Os vamos a ayudar.

No podía dejar de negar con la cabeza. No podía quedarme allí después de lo que había hecho.

—¿Pamela?

Le mentí:

—De acuerdo.

Ese momento me viene a la mente cada vez que estoy en mi restaurante italiano favorito, cuando el pedicurista pone el temporizador de los cinco minutos de masaje o cuando estoy colgando las decoraciones de Navidad. «No mereces sentirte dichosa —me recuerda ese momento—, con todo el daño que provocaste».

—¡¿Sí?! —gritó la señora Andora cuando cogió el teléfono la segunda vez—. ¡Vamos de camino! ¡Estamos saliendo por la puerta!

—Señora Andora —le dije con un tono de voz que parecía que mis palabras pesaran como una losa—, soy Pamela. —Tragué saliva—. He recibido noticias.

—¡Enseguida estamos allí y hablamos con los médicos! —La señora Andora fue muy brusca. Me di cuenta de que había notado mi tono de voz y de que no iba a permitirme que le dijera lo que le tenía que decir—. ¡¿Estás tú allí, en el hospital?!

—No.

—¡Entonces, no sabes nada, Pamela!

—Sí lo sé. Lo siento..., pero lo sé.

La señora Andora tiró el teléfono contra la pared. Me consta porque vi el agujero que dejó cuando asistí al funeral de Denise a la semana siguiente. El sonido que produjo la mujer fue como un grito de guerra masculino, gutural, sanguinario; me hizo retroceder unos pasos y chocar con la esquina de la encimera. Gemí porque la esquina era muy puntiaguda y me había pinchado el hígado o un riñón, uno de esos órganos importantes y delicados. Me quedé escuchando cómo la señora Andora, una mujer muy femenina, sufría de aquella manera tan masculina y grotesca hasta que el señor Andora se puso y me soltó con voz ahogada, como si se tratara de un contestador automático de esos a los que llamas para pedir ayuda o aliviar tus penas:

—Ahora mismo no podemos atender al teléfono. —Y colgó.

Crucé las puertas de lamas y salí al brillante vestíbulo. Allí pregunté por el sheriff Cruso con un tono de voz afectado, para nada amenazador, porque ya me había mirado como si fuera a ser la bestia de sus pesadillas. Era su responsabilidad saber aquellas cosas, pero resulta que yo me había enterado antes que él de que dos de las chicas no habían sobrevivido. Pensaba: «Me lo voy a llevar a un rincón. Voy a decirle en privado que Robbie y Denise están muertas». No quería avergonzarlo delante de sus subordinados. Así es como estaba programado mi cerebro por aquella época y así es como casi llegué a vivir.

LAS 8:00

La decisión de visitar la Universidad Estatal de Florida no había tenido nada que ver con mi interés en dicha institución, sino más bien con mi intención de provocar a mi madre.

En 1968, la universidad fue escenario de protestas antibelicistas y antisegregacionistas en el paseo del legado. En otoño, los estudiantes llevaban pantalones vaqueros azules como muestra de solidaridad con la comunidad homosexual de Tallahassee. La revista *Newsweek* llegó a describir la UEF como «la Berkeley del sur». Todo esto se detallaba en un folleto dirigido a mi padre, que llegó por correo junto con una invitación para él y su familia para que fueran a visitar el campus con todos los gastos pagados. Lo estaban cortejando con la esperanza de alejarlo de su cómoda oficina en Park Avenue y que se uniera al floreciente departamento de la Facultad de Derecho de la universidad. Yo aún estaba en el instituto.

Antes de que mi madre tirara la invitación a la basura, la rompió en pedazos con una expresión que solo había visto en una ocasión anterior, cuando un vecino nos trajo un bizcocho de zanahoria para agradecerle una carta de recomendación que le había escrito. En cuanto cerró la puerta, mi madre empapó el bizcocho con lavavajillas, apretando el bote con ambas manos como si el bizcocho estuviera en llamas. Desde ese momento, la Universidad Estatal de Florida adquirió una cualidad inflamable en mi mente, algo que sabía que activaría todas las alarmas de mi madre y captaría su atención.

Dos años después, cuando llegó la hora de elegir universidad, mencioné la UEF a mi madre.

—Eso está muy lejos —me dijo con un tono de voz una octava más alto de lo habitual.

«Interesante», pensé yo, que decidí presionar en aquel punto débil de la preocupación parental, desafinada hacía mucho tiempo.

—¡Pero es que ofrecen algo llamado prácticas externas! —exclamé entusiasmada de corazón mientras buscaba en las páginas del folleto

que les había pedido. Aunque solo fueras estudiante de Derecho, tenías la oportunidad de obtener créditos trabajando en los juzgados del edificio Capitol, que estaba a unas pocas manzanas del campus.

—¿Por qué ibas a querer ir a «la Berkeley del sur» cuando tienes notas como para ir a la verdadera Berkeley? —contraatacó. Mi madre nunca contraatacaba; a ella, todo lo que yo quisiera hacer le parecía bien.

Lo que acababa de decir era la pura verdad, pero hice el gesto como si no me lo pareciera.

—Eres demasiado inteligente para ir a una universidad estatal —añadió un tanto desesperada.

Aquello me llevó a bajar el folleto y examinar a mi madre… como si alguien me la hubiera cambiado por la noche. Siempre me había considerado intuitiva, pero, aunque hubiera sido la persona más negada del mundo, estaba claro que había algo en Florida que agitaba profundamente a Marion Young. Y puede que nunca lo hubiera descubierto de no ser porque la muerte de Denise rompió el sello proverbial de la vasija de los secretos de nuestra familia.

Así, preparé una visita al campus con el dinero que había ganado trabajando en el departamento de contabilidad de la firma de abogados de mi padre, pero no porque lo necesitara —mi padre ganaba muchísimo dinero y la familia de mi madre tenía muchísimo más—, sino porque mi madre estaba tan en contra de la UEF que se negó a pagar el viaje. Disfruté de cada segundo de la lucha por mi primera elección de universidad con mi preciosa y ocupadísima madre, que a menudo parecía que estuviera demasiado enredada en sus funciones, aficiones y clubes femeninos como para prestar atención a lo que me sucedía. Mi hermana me llevaba ocho años y se había ido de casa cuando yo aún estaba en cuarto de primaria. A menudo estaba sola y me aburría como una ostra, y no lo digo en broma. Me aburría tanto que hasta yo me asustaba de algunos de los lugares a los que llegaba mi cerebro.

Ahora bien, cuando vi las torres góticas del edificio Westcott, a la sombra fresca de los robles cubiertos de musgo y más viejos que la propia universidad, me sucedió algo curioso: fue como si, de pronto, lo viera todo con claridad. Era como si alguien me hubiera estado cambiando el dial de la radio toda la vida, intentando sintonizar alguna emisora… y, de repente, toda esa estática hubiera desaparecido al cruzar la frontera del condado de Leon. Simplemente, me sentía en armonía con aquel lugar. Puede sonar a una idea ñoña de esas que ves

en uno de esos carteles de madera que cierto tipo de mujeres compran por impulso en alguna tienda de venta al por mayor de mobiliario y decoración para el hogar, y cuelgan en su cocina, pero lo cierto era que me sentía en paz, tanto que me resultaba raro e incluso me daba cierto miedo, como cuando los pájaros se callan en el bosque al percatarse de la presencia de un depredador agazapado tras la maleza. En ese momento me dije que eran los nervios. Después de todo, elegir dónde pasar los próximos cuatro años era una decisión muy importante.

Elegir dónde vivir, en cambio, no fue nada complicado. La Casa —como nos referíamos a ella, como si fuera la primera que hubiera existido— tenía la reputación de ser la mejor sororidad del campus. Denise y yo aparecimos en la semana de elección de nuevos integrantes de las fraternidades esperando grandeza sureña y un edificio de estilo colonial georgiano, con columnas blancas sujetando el tejado a dos aguas y fantasmas con forma de enagua en el desván. Sin embargo, el edificio, con planta en forma de ele, que estaba en West Jefferson Street, bien podría haber sido un edificio de oficinas o incluso un almacén. En la puerta del bar que había al lado, había un anciano borracho fumando, tambaleándose de lado a lado y gritando con beligerancia a las chicas que entraban en la Casa que tuvieran cuidado.

—¡Gracias, señor! —le gritó Denise.

El hombre se protegió los ojos del sol con la mano y sonrió al ver que la única chica que le había hecho caso era también la más bonita de todas.

—¡No le animes! —le soltó por lo bajo a Denise una de las chicas que iba por delante de nosotras.

Denise me sujetó por el codo y me dijo:

—Ya verás.

Justo en ese momento, la chica que la había reprendido calculó mal la altura de los escalones, tropezó y entró dando tumbos por la puerta doble, abierta de par en par para dar la bienvenida a la clase del 78. Más tarde descubriríamos que los escalones de la entrada estaban mal hechos y que el último de ellos era casi tres centímetros más alto que los demás. El anciano borracho llevaba un buen rato viendo cómo las novatas, con sus tacones de aguja, tropezaban y malograban así sus opciones de que les hicieran una oferta.

A pesar de que el edificio careciera de atractivo, me sentí muy cómoda nada más entrar en la Casa. Otras sororidades nos habían

ofrecido limonada, pero aquí lo que había era café solo, un café tan fuerte que salí con una contracción en la mandíbula. Las hermanas llevaban unas plaquitas con su nombre en la blusa junto con pines de búhos o de calaveras y eran cercanas, afectuosas y pretendían cambiar el mundo. Se cogían de la mano y se sentaban unas en el regazo de otras mientras nos contaban sus experiencias en la Casa y los lazos que habían trabado. Hablaban de las habilidades de liderazgo y de gestión financiera que habían adquirido, de la comunidad que les daría trabajo y de que las admitían en programas de graduación muy competitivos, en escenarios dominados por hombres pero en los que valientes exalumnas habían empezado a infiltrarse ya en los años cincuenta, tejiendo una intrincada red de la que valernos una vez nos hubiéramos graduado. Notaba a Denise temblando a mi lado mientras nos contaban todo aquello. ¡Yo también quería pertenecer a aquel sitio!

Nos dieron material de lectura —un artículo titulado *Cómo discriminar a las mujeres sin siquiera esforzarse*, de una investigadora llamada Jo Freeman—. «Alimento para el cerebro», lo llamaban ellas. Denise y yo volvimos a los dormitorios y devoramos hasta la última palabra.

El argumento de la autora se basaba en una investigación realizada con graduados de la Universidad de Chicago, pero reconocí en él sombras de mis propias experiencias en su conclusión, que era que las mujeres que quieren avanzar en su carrera se enfrentan a una discriminación insidiosa, una discriminación pasiva; no solo al sexismo, sino a una falta absoluta de respuesta. Se trataba de desanimarlas ignorándolas, lo que la autora denominaba «desnutrición motivadora».

Pensé en aquel concepto —«desnutrición motivadora»— mientras miraba el auricular del teléfono, colgado, después de haber llamado a los padres de todas, que respondieron al segundo tono. Los míos, en cambio, siguieron sin responder cuando los llamé por segunda vez.

Cuando aquel agente grande y nervioso había entrado en mi habitación y nos había dicho que las chicas habían llegado al hospital y cuando el sheriff Cruso me lo repitió, lo cierto es que, técnicamente, ninguno de los dos había mentido; el Tallahassee Memorial tenía un depósito de cadáveres en el sótano.

Robbie había muerto en la cama; Denise, de camino al hospital. No

se puede decir que la policía conspirara para ocultarnos su muerte —por definición, una conspiración sugiere maldad, una acción coordinada—. Ni siquiera puedo decir que lo que hicieron fuera una negligencia, porque, ¿cómo va a ser algo una negligencia cuando no es responsabilidad de nadie? No era obligación del Departamento de Policía de Tallahassee ocuparse de un montón de chicas de sororidad vestidas con camisón y abrigos y jerséis de invierno que no dejaban de gimotear; su trabajo era dar con la persona que había hecho aquello antes de que hiciera daño a alguien más, y es ahí donde, como sus predecesores del oeste…, metieron la pata y, en vez de arreglarlo, se quedaron mirando, silbando por el hueco que tenían entre las palas, mientras se hundían cada vez más. Todo esto debería haber terminado en el estado de Colorado años antes, pero aún me faltaba mucho para enterarme de eso.

Eran las ocho de la mañana y el sol empezaba a descongelar la hierba, mientras la policía seguía rebuscando por el piso de arriba como ratas mutantes por las paredes. Yo me encontraba en la cabecera de una de las dos largas mesas del comedor y comuniqué a la Casa que Denise y Robbie habían muerto.

—¿Por qué? —preguntó alguien a quien ya no le quedaban lágrimas. Era un «por qué» pronunciado entre dientes, presa de una indignación que exigía una respuesta.

Más tarde, leí sobre nosotras en la prensa, sobre cómo habíamos transmitido ese «por qué» cuando asistimos a la iglesia esa misma mañana. Los periodistas querían mostrarla como una pregunta retórica, como si la hubiéramos gritado melodramáticamente, pero desde el primer momento se trató de una pregunta seria. ¿Por qué había ocurrido aquello? Algún día obtendríamos una respuesta, y no será la que tú crees. Aquí y ahora, quiero que olvides dos cosas: que el Acusado no era una persona especial y que lo que sucedió no sucedió porque sí.

Aun así, nadie entendía cómo las supervivientes eran Eileen y Jill, con esas caras sanguinolentas que habíamos visto, con los tímpanos rotos, con dolores en la mandíbula que durarían toda la vida…, y que Denise y Robbie hubieran muerto, cuando parecía que estaban simplemente durmiendo. Unos años después, el periodista Carl Wallace publicaría su trascendental libro superventas sobre nuestro caso y citaría al sheriff Cruso asegurando que, si Jill y Eileen seguían

vivas hoy en día, se debía a que el Acusado estaba muy cansado después de haber matado a Robbie y a Denise. Mira, esta es una buena dieta, apúntatela. Yo perdí casi dos kilos y medio en cuatro días después de leer aquello.

—¿Pretenden que sigamos viviendo aquí? —preguntó Bernadette, cuyos ojos de reina de la belleza estaban hinchados y brillantes, como si hubiera recibido un par de puñetazos en una pelea de bar.

—No creo que vuelva a conciliar el sueño aquí en la vida.

—¿Y quién va a limpiarlo todo? ¿La policía? ¿La universidad?

—¿Ya lo sabe la universidad? Me… me refiero a lo que ha pasado. ¿Tenemos que ir a clase mañana?

—Escribid vuestras preguntas —les dije mientras cogía papel y boli— para que no las olvidemos. Yo me encargaré de que nos las respondan.

Respuestas. Respuestas. Eso era lo único que queríamos. Incluso si nos hubieran explicado que la policía se hacía las mismas preguntas que nosotras y que estaban trabajando para responderlas nos habría servido de ayuda. Mientras los bolígrafos recorrían los papeles, alguien levantó la mano y dijo:

—Deberíamos ir a la iglesia. A la de Denise.

Yo sabía que Denise ya no iba a la iglesia, que solo lo fingía para que sus padres y los demás no le preguntaran nada al respecto. Había unos cuantos periodistas reunidos fuera y pensé que protegería nuestra imagen que contaran que habíamos acudido a Dios en aquel momento tan duro. Aquello era lo que hacían las buenas chicas del sur. Me daba miedo que, si nos miraban el tiempo suficiente, se dieran cuenta de que no éramos buenas; no, al menos, como se espera de las jovencitas. Hoy en día ya nadie lo es.

—Vayamos a la iglesia —dije, convencida de que íbamos a conseguir aprovecharnos del sistema.

LAS 10:00

Boris Wren, el jefe de seguridad del campus, nos estaba esperando cuando volvimos de misa. Llevaba un traje arrugado que le quedaba grande y el pelo engominado hacia atrás, y le habían quedado restos de gel pegajoso en las sienes que parecían insectos de patas largas atrapados en ámbar. Prácticamente nada resultaba reconfortante en el desaseado jefe de seguridad del campus, y, aun así, me sentí como si quisiera lanzarme en sus brazos como muestra de gratitud por su presencia allí. Allí estaba una persona con un título impresionante y, sin duda, con un plan, que podría decirnos qué coño estaba pasando, que podría decirnos qué íbamos a tener que hacer a continuación. Me sentía tan aliviada que aquellos momentos me resultaron vertiginosos.

—Me gustaría decirles que estoy aquí para tranquilizarlas —comentó el señor Wren—, pero, en realidad, estoy aquí para asustarlas aún más.

Alguna gimió. Alguna tosió. A alguna se le cayó el pañuelo al suelo y se golpeó la cabeza al agacharse para recogerlo, lanzando un quejido de dolor. ¿No había sufrido ya bastante?

—Anoche —prosiguió el señor Wren—, aproximadamente media hora después de que esa persona huyera de su residencia, entró en un apartamento para estudiantes que hay fuera del campus, en Dunwoody Street, y le dio una paliza de muerte a otra estudiante.

Me llevé las manos a la nuca y bajé la barbilla al pecho. «Protégete el cuello». Eso es lo que hay que hacer cuando te ataca un oso. Denise me lo enseñó mientras conducíamos por el Parque Nacional de Ocala, de vuelta a casa de nuestros padres. Los osos negros tienen sus guaridas en los pinos de la arena y había carteles de advertencia por todas partes. «Lo que tienes que hacer es tumbarte boca abajo, abrir las piernas y ponerte las manos en la nuca, y no te enfrentes a él, nunca, jamás, aunque te esté arrancando los brazos».

—Pero... ¿ha sobrevivido? —me oí preguntar.

—Está en el hospital con las demás, pero eso es todo lo que sé de

momento.

Uno de los agentes de policía cerró de golpe una de las puertas del piso de arriba y Bernadette me agarró el brazo con tantísima fuerza que me dejó los dedos marcados.

—Sea quien sea esta persona —siguió diciendo el señor Wren, que ahora hablaba entre dientes, como si le repeliera el miedo que sentía —, está enferma. Es un depravado que debería haber pedido ayuda médica para solucionar su problema hace mucho tiempo. No podemos descartar que esta sororidad no fuera su objetivo principal, o las chicas que ha atacado, o que vaya a volver o que Dios sabe cuánto tiempo lleve planeando esto. El nivel de amenaza es altísimo.

Lo que recuerdo de aquel momento es la manera en la que nos aferrábamos las unas a las otras, desesperadas, clavándonos las uñas como si nos fuera la vida en ello. En la Casa éramos afectuosas, pero ahora se trataba de comprobar que estábamos todas allí, que estábamos oyendo aquello, viviendo aquello. De la noche a la mañana nos habíamos caído por el espejo. Denise solía contarme que Dalí se privaba de sueño y se quedaba mirando este o aquel objeto hasta que era capaz de imaginar que era otra cosa, hasta que veía su verdadera naturaleza. Yo temblaba, delirando de miedo, viendo la Casa como lo que era en realidad: un tanque para aves acuáticas en temporada alta.

—Les recomiendo que eviten llevar nada que las identifique como miembros de esta casa. Ni camisetas ni pines. Si tienen pegatinas en el coche, quítenlas. Vayan en grupo, al menos, de tres. Y, de momento, no anden a solas con ningún hombre.

—¿Ni con nuestro novio? —preguntó una de las chicas.

El señor Wren ahogó una exclamación, lo que llevó a algunas de las chicas a soltar grititos.

—En especial, con sus novios.

La expresión de miedo en el rostro del hombre ante la idea de que estuviéramos a solas con nuestros novios me hizo plantear si mi propia sombra podría estar implicada en aquel plan para acabar con nosotras.

—Pero ¿qué se supone que tenemos que hacer? —pregunté—. ¿Dónde vamos a dormir?

—Hemos hecho un pedido de cerraduras de seguridad, pero tardarán unos días en llegar —respondió el señor Wren.

Cerraduras. Así era como iban a ayudarnos, con cerraduras.

—Otras sororidades han pedido a las fraternidades que destaquen miembros que las protejan durante la noche —comentó el señor Wren.

—Pero si acaba de decirnos usted que no vayamos con nuestros

novios... —destacó Bernadette.

—He dicho que no los vean a solas. En grupo es diferente.

—Y ¿no podemos ir a algún otro sitio? —pregunté, sintiéndome insultada porque sabía que la respuesta iba a ser negativa, porque, de lo contrario, sería lo primero que nos habría ofrecido. Me costaba mucho imaginar que a las esposas de Stepford, a prueba en Alpha Delta Pi, en su gran mansión de ladrillo, no fueran a rescatarlas en caballos blancos—. ¿A dormitorios que estén vacíos? ¿O a un hotel?

—A algunas de ustedes podría llevarlas a los alojamientos para exalumnos, pero no tenemos presupuesto para pagarles un hotel a todas. Si pueden ir ustedes a casa de familiares o amigos que vivan cerca, es, desde luego, lo que les recomiendo.

—Mañana es lunes —señalé nerviosa mientras me apretaba las manos—. ¿Saben nuestros profesores lo que ha sucedido? ¿Nos penalizarán por no asistir a clase? —Nunca dejaba de tener presentes las notas, ni siquiera en un momento como aquel.

—Se lo preguntaré —respondió el señor Wren de manera tan improvisada que no me lo podía creer. No es que no lo hubiera hecho todavía, sino que ni siquiera se le había pasado por la cabeza hacerlo. Pero ¿es que nadie más consideraba apremiante aquella situación? Porque yo empezaba a sentirme tan agobiada que podría explotar en cualquier momento.

—¿Y qué pasa con ellos? —E hice un gesto en dirección a la ventana delantera, aunque la prensa no solo se había instalado allí, sino también frente a la puerta lateral, donde nos habían abordado cuando habíamos salido para ir a la iglesia. Toda idea de que fueran a tratarnos con amabilidad se hizo trizas cuando nos siguieron hasta la iglesia y nos gritaron mientras volvíamos a la casa—. ¿Pueden estar ahí? ¿Pueden molestarnos de esa manera?

El señor Wren me pidió que le diera el bloc con nuestras preguntas y preocupaciones; se las llevaría al rector e intentarían contestarlas y resolverlas lo mejor posible. No volví a saber nada del señor Wren, pero, a lo largo del siguiente año, un par de mis preguntas quedaron respondidas una y otra vez: sí, la prensa podía estar allí —y allí donde nosotras estuviéramos—; y, sí, también podía molestarnos de esa manera.

La doctora Linda Donnelly volvió a llamar esa misma mañana.

—¡No he podido ni acercarme a la Casa! —me explicó sin aliento

—. ¡Toda la calle es un escenario! No habléis con la prensa. Eso lo tenéis claro, ¿verdad?

—Por supuesto —aunque no lo había tenido claro hasta que me lo había dicho ella—. Ahora mismo estoy intentando buscar un sitio en el que podamos quedarnos. —Y le expliqué la situación.

—Voy a hacer unas llamadas —me dijo.

Levanté la cortina de la cocina con el lateral de la mano para ver cómo estaba la situación en aquellos instantes. Fruncí los labios, incómoda. Había varios coches patrulla aparcados en uno y otro sentido en el césped y las furgonetas de los medios conformaban un patrón estampado por detrás de la barrera de madera de la policía; los enviados de las cadenas, fríos y preparados, sujetaban micrófonos con cajitas de colores. Por unos instantes, todo aquello me llevó a pensar que aquella era una noche de sábado normal y corriente desde que había abierto el bar de al lado. Cuando su aparcamiento se llenaba, los que llegaban después no dejaban de aparcar en nuestro jardín delantero.

«Debería llamar a la policía», pensé, hasta que me di cuenta de que estaría llamándola para quejarme de los suyos. Emití un sonido que supongo que era una risa. Sonó el teléfono.

—¿Doctora Donnelly?

—¡Pamela! —Era una voz de hombre, una voz que había oído mil veces y que, aun así, no era capaz de reconocer—. ¡Llevo toda la mañana intentando dar contigo!

De pronto recordé que tenía novio, alguien que me amaba y que estaba preocupado por mí como lo estaban los demás padres por sus hijas.

—Brian —mi voz salió ronca y empecé a llorar.

—¿Estás bien? ¿Estás herida?

—No, no…, estoy bien, pero Denise…

—Ya me he enterado.

—¿Cómo? —Busqué a mi alrededor algo con lo que sonarme la nariz, pero lo único que encontré fueron las manoplas a cuadros que utilizaban las cocineras para servirnos la comida. Se me cerró uno de los orificios nasales, me sentí avergonzada y me soné con una de las manoplas.

—Ha venido la policía y se ha llevado a Roger esposado.

Roger vivía en la Casa Turq, al final del mismo pasillo en el que Brian tenía su habitación.

—¡Esposado! ¡Pero si les he dicho que no era Roger! Les he

explicado que me sorprendió ver a un hombre en la Casa a esas horas y que se parecía ligeramente a Roger, pero…

—¿Lo has visto?

—Justo cuando estaba a punto de salir por la puerta.

—Y ¿te ha visto él? ¿Te… te ha hecho algo?

—¿Cómo…? ¡No! Acabo de decirte que no estoy herida.

—Gracias a Dios.

Me dio la sensación de que Brian se quitaba un enorme peso de encima. Lo que había sucedido era malo, pero era un alivio para mí y, por lo tanto, para él, que nada hubiera cambiado. Me lo imaginé cerrando los ojos y dejándose caer en la banqueta almohadillada de la alcoba, donde tenían el teléfono. El cable era muy corto y los de la fraternidad siempre le decían en broma que era el único lo bastante alto como para hablar sentado. Me gustaba que fuera alto, pero me gustaba aún más que aquella fuera una cualidad que los demás valoraban. Me gustaba que llevara cinturones bordados con el escudo de su club de campo de Alabama, pero aún más que llevara su pelo rubio oscuro desgreñado. Me gustaba que los demás supieran que mi novio era alguien físicamente imponente, alguien que no era ni demasiado cuadriculado ni un bohemio. Sé que sonará raro, pero me gustaba que, al lado de Brian, no solo me sentía a salvo, sino que podía pasar por normal. Si me hubieras conocido en aquella época, te darías cuenta de que esto no tenía ningún sentido, porque yo era tan normal que parecía una parodia.

—Oye, tengo que dejarte —le dije—, que no quiero tener la línea ocupada y, además, tengo que buscar un sitio en el que quedarnos a dormir.

—Llámame cuando quieras. Estoy contigo. Te quiero.

—Yo también te quiero.

Sentaba tan bien poder decirle aquello a alguien… y oír que alguien te lo decía a ti…

La doctora Donnelly me puso en contacto con una exalumna llamada Catherine McCall, de la promoción del 37, una matemática que había trabajado para el Gobierno, pero que ya estaba jubilada y que vivía en Red Hills con su marido, que era editor, a unos treinta kilómetros del centro de Tallahassee. La señora McCall me dijo que para ella sería un placer acoger a tantas de nosotras como le fuera posible y que me ayudaría a encontrar alojamiento para las demás.

Eran en torno a las cinco de la tarde cuando los pasos del piso de arriba empezaron a ir a menos y la policía dejó subir a hacer una maleta a aquellas chicas cuyas habitaciones ya había investigado. Mientras yo llenaba la mía con jerséis y bragas, el sol se escondía por detrás de las torres gemelas de ladrillo del edificio Westcott. Imaginé sus rayos en la barandilla gótica, aguantando allí un rato más por mí. No sabía cómo esperaban que sobreviviera al anochecer.

A lo largo del día me había sentido mal al pensar que el sheriff Cruso estaba en nuestras habitaciones, tocando nuestras cosas, abriendo nuestros cajones. Sin embargo, cuando la policía desapareció de la casa, una semana después, tuve que contenerme y no salir corriendo detrás de ellos e implorarles que volvieran. «¡No me dejen al cargo, por favor! ¡Ya no me siento capaz de hacerlo sola!».

Abrí las cortinas, que nos había regalado una exalumna que se había casado con el dueño de la cadena de tiendas de telas más importante de toda Florida. Estaba buscando el Bronco de color azul vaquero de Brian. Él y parte de sus hermanos de la Casa Turq iban a llevarnos a Red Hills, a la casa de la señora McCall. Se suponía que allí nos esperarían dos guardias de seguridad armados, pero resultó que solo había uno.

—Ha llegado Brian —les comuniqué a las chicas que iban a venir conmigo.

Abajo, Bernadette miraba por las ventanas con incertidumbre.

—¿Cómo vamos a pasar por ahí? —Se refería a la creciente multitud de periodistas, que se multiplicaban en nuestra puerta de atrás a cada minuto que pasaba.

Sacudí el abrigo y saqué la capucha.

—Vamos a tener que correr. Cubríos la cabeza como si estuviera lloviendo. Al menos, en eso tenemos práctica. —En la UEF, podías salir de la Casa con un sol radiante y llegar a clase empapada.

El agente de policía que estaba apostado en la puerta trasera nos abrió la puerta y corrimos bajo la tormenta con los flashes de las cámaras provocándonos la misma súplica que los relámpagos: «Por favor, que no me caiga a mí». Un poco más adelante, intentando escapar de aquel avispero, nos cogimos unas a otras por los hombros, como si estuviéramos en la conga de una boda. Oí a una mujer gritar de malos modos: «¡Atrás! ¡Atrás, coño!», y por un instante temí haber sido yo. Cuando me dieron la invitación para entrar en la Casa, en el primer curso, iba acompañada de la advertencia de que sonriera más, de que no pusiera tanto los ojos en blanco y de que añadiera un poco

de color a mi armario. Miré más allá de la cabeza de Bernadette y me alegré de identificar a quien lo había dicho: una mujer con un abrigo de angora camel y el pelo rubio y en punta saliendo de una gorra de chico de los periódicos, como las que llevaba Jane Birkin. Agitaba un cigarrillo encendido por delante de ella y tanto los cámaras como los reporteros saltaban a un lado y otro para evitar que los quemara.

Bernadette se metió de un salto en el asiento trasero del coche de Brian, pero, antes de que me diera tiempo a entrar a mí, alguien me cogió por el codo y me tiró hacia atrás.

—¡Es ella! —gritó emocionado.

En ese instante un flash estalló a escasos centímetros de mi cara y me dejó aturdida. No veía bien y no podía moverme. Lo que sucedió a continuación solo lo oí y lo olí...

Un hombre lanzó un chillido agudo, respiré un aire acre y me soltaron. Trastabillé mientras intentaba deshacerme de los puntitos de colores que notaba en los ojos agitando la mano como si fueran una nube de mosquitos.

—¡Cuidado con eso, señora! —gritó un hombre.

—Entra —me susurró al oído la mujer de la gorra.

Aunque el flash me había cegado, sabía que era ella porque el aliento le olía a tabaco. Me empujó al asiento trasero del coche y oí que cerraba la puerta de golpe y a Brian, muy nervioso, preguntándome si estaba herida. Me froté los ojos, parpadeé para deshacerme de las constelaciones de puntitos y vi que el hombre con el que estaba pensando en casarme necesitaba oírme decir que no, que no lo estaba.

LAS 19:00

La señora McCall abrió la puerta. Llevaba una camisola con un cinturón y tenía el pelo por los hombros, completamente cano y muy rizado. Suspiró al ver el estado en que nos encontrábamos, allí, de pie en su porche, entre las columnas corintias, con los chicos detrás, cargados con nuestras maletas y nosotras delante, desanimadas y despeinadas.

—Qué experiencia tan difícil os ha tocado vivir —comentó con aire fatalista, como si, en el mundo en que vivíamos, lo sucedido en las últimas veinticuatro horas no solo fuera atroz, sino inevitable. Entrecerró los ojos al ver algo por encima de mi hombro—. ¿Esperamos a alguien más?

Nos volvimos y vimos que estaba hablando con el agente de policía que nos había escoltado bajo las sombrías carreteras arboladas.

—Solo a mí, señora —respondió el policía, que estaba recién afeitado, era muy alto, desmadejado, y no tendría más de veinticinco años.

Las palmeras enanas hicieron un fuerte ruido debido a una repentina ráfaga de viento y el policía se llevó la mano a la pistolera y escaneó los alrededores tan quieto y alerta que me metió el miedo en el cuerpo.

La señora McCall frunció el ceño.

—¿Cómo os gusta el café?

Una vez en el vestíbulo, que tenía el techo en forma de cúpula, nos pidió que dejáramos allí el equipaje. Nunca vi en la casa a nadie más que al señor y a la señora McCall, pero alguien lo subió todo al piso de arriba y lo llevó a las habitaciones en las que íbamos a dormir. En el comedor, que estaba presidido por un crucifijo de bronce en el que Jesucristo tenía la boca contraída de dolor, nos recibieron con boles de una melosa sopa de ternera y cebada.

Escribí letras en la espuma de mi cena mientras los demás hablaban de todo menos de lo que había pasado: del frío, del

novedoso sistema de puntuación que hacía que cada vez fuera más difícil sacar un sobresaliente, del frío, del nuevo y feo edificio Capitol. Denise decía que era un castigo de la arquitectura brutalista a Tallahassee, demasiado alto y demasiado gris; la idea de la modernidad que tenía el hombre.

Bajé la vista y me di cuenta de que me habían retirado el bol y de que el señor McCall había apurado su copita de jerez y había empezado a beber algo con una sombra amarronada más oscura que había enrojecido su nariz y la había vuelto bulbosa.

—Si el hermano de tu fraternidad necesita un abogado, avisadme —le dijo a Brian—, que tengo uno buenísimo.

Brian asintió diligentemente.

—Sí, señor. Se lo diré a Roger.

En aquel momento, sentía una furia creciente. No contra las personas que me acompañaban..., pero la copa de cristal en la que estaba bebiendo el agua, el busto de mármol de algún pariente esclavista que me miraba desde su pedestal entre las ventanas..., eso quería hacerlo trizas.

—No puedo creer que se lo hayan llevado esposado —comenté furiosa—. Le he dicho al sheriff Cruso que estaba segura de que no era Roger.

—El sheriff tiene que pensar en las elecciones —expuso el señor McCall, saliendo en su defensa.

—Este caso puede darle la victoria fácilmente si atrapa al culpable —añadió Brian con una sonrisa irónica. El padre de Brian era congresista en Orlando y Brian sabía mucho de estrategias de campaña.

—¿Sabéis qué? —empezó a decir el señor McCall con los labios aceitosos por el tuétano de la ternera—, que no me importaría darle una buena tunda a ese animal en cuanto lo atrapen.

Aquel hombre era cristiano.

—¿Quién quiere café con el postre? —preguntó la señora McCall con una sonrisa estudiada.

—Que me den veinte minutos a solas con él en una habitación —convino Brian con una actitud salvaje que me revolvió el estómago.

Con el paso de los años, aquello se convirtió en una especie de test de Rorschach. Había hombres que chasqueaban los nudillos mientras me informaban de lo que le harían al Acusado si tuvieran oportunidad, pensando quizá que oír aquello me reconfortaría. No obstante, lo único que conseguían era que pensara que no había tanta

diferencia entre el hombre que le había hecho aquello a Denise y la mitad de los hombres con los que me cruzaba por la calle a diario.

La señora McCall fue a la cocina. Oí fragmentos de su conversación a través de la puerta batiente con alguien cuya única contribución fue una serie de «sí, señora» y «no, señora».

No tardó en volver con los cafés en unas tazas de porcelana pintadas a mano, con un poco de alcohol para las chicas, solos para Brian y para el señor McCall, que tenían pensado pasar la noche en vela, vigilando los diferentes accesos de la casa.

—Para que durmáis bien —nos dijo la señora McCall mientras servía el mío.

En algún momento de la cena, un reloj dio la hora en la casa. Siete veces. Hice el cálculo. Denise llevaba muerta dieciséis horas y aún no había hablado con mi madre. Bebí de golpe el fuerte café como el que se toma una cerveza bien fría en un día de calor.

—¿Puedo llamar por teléfono? —pregunté.

La señora McCall se levantó y me guio a una salita informal, «un sitio más cómodo que el salón para hablar de lo que tuviera que hablar», me aseguró.

En aquel momento ansiaba hablar con mis padres, pero no quería pasar de nuevo por el calvario de intentarlo y que esta vez tampoco lo cogieran. Si no respondían en esta ocasión, la tercera..., me daba la impresión de que me desintegraría. Daba igual que estuvieran en Nueva Jersey y que no tuvieran forma posible de saber lo que había sucedido —la noticia no llegaría al *Tallahassee Democrat* hasta el lunes por la mañana—, lo que me dolía era que las personas que de verdad querían a sus hijos estaban en sintonía con las señales de angustia de estos y que yo iba a tener que aceptar que la antena de mis padres nunca estaba enfocada en mi dirección.

Pero, si contestaban, iba a ser un subidón contarles a qué había sobrevivido. A veces, cuando cruzaba una intersección con mucho tráfico o cuando me encontraba en lo alto de una escalera, me preguntaba cómo reaccionarían si me embistiera otro coche o si me cayera por las escaleras. Me imaginaba en un hospital, con mi madre arrodillada a mi lado, llorando e implorando que la perdonara. Debería haber estado ahí. Debería haberme prestado atención. Me avergonzaba admitir que esto era lo que más anhelaba en mis momentos más privados; me daba la sensación de que subrayaba una

parte de mi naturaleza que resultaba innatamente invisible.

—¿Has acabado de hablar?

Era Brian, apoyado en el quicio de la puerta de la salita, que estaba entrecerrada. Mi taza de café estaba vacía y yo respiraba despacio y superficialmente. No sabía cuánto tiempo había estado allí sentada, mirando los muchos diplomas que tenía la señora McCall. La mujer era matemática y había trabajado para el Departamento de Estadística del Gobierno durante muchos años asignando valores numéricos a las tendencias locales para que los funcionarios supieran cuál era la mejor manera de repartir los fondos; la única mujer del edificio Capitol que había tenido línea directa con el gobernador.

—Aún no.

—Me gustaría que hablases con mi padre —me dijo Brian, que se coló por el resquicio de la puerta.

Brian era una de esas personas altas que habían aprendido a colarse por el resquicio de la puerta de viejas mansiones del sur como esta, con sus vestíbulos abovedados y puertecitas con el dintel biselado. Brian había crecido en Orlando, pero era descendiente de una antigua estirpe de Birmingham, donde su familia aún pertenecía al club de tiro que sus tatarabuelos habían ayudado a fundar. Había sido cortés hasta resultar servil durante toda la noche después de fijarse en la manera en la que el señor y la señora McCall se habían quedado mirando su pelo largo y sus pies en sandalias de cuero. «Soy un buen chico, solo que llevo ropa de autoestopista», se leía en su cara cada vez que se ponía de pie cuando alguna de las mujeres se levantaba de la mesa.

—¿Con tu padre? —Lo miré como si acabara de sugerir que me pusiera en contacto con John Lennon.

—Existe una cosa que se llama Programa de Asistencia a las Víctimas. Supongo que Florida tendrá uno de los mejores del país, porque empezó aquí hace ya unos cuantos años. Puedes hacer una solicitud y pedir una compensación por los daños que haya sufrido la Casa.

Asentí. Sí, claro, hacer algo así me pegaba. Mi barbilla empezó a temblar y mi mundo volvió a romperse en pedazos; había un largo pelo moreno serpenteando en mi jersey. Yo era rubia.

—¿Te asusta cómo vaya a tomárselo tu madre? —me preguntó Brian con un tono de voz más amable.

Brian había coincidido con mi madre en una ocasión. Le pareció muy guapa. Ella lo llamó Byron y, después, Brad.

—Más o menos… —susurré mientras las lágrimas que se acumulaban en mis ojos desenfocaban esa última parte de Denise atrapada en mi jersey.

—Ya sé que no os lleváis muy bien —comentó sin ningún atisbo de malicia.

No obstante, la frase hizo que se me aclararan las ideas. Nunca nadie sabría el poco interés que mis padres tenían en mí. Era un tema del que ni siquiera hablaba con Denise.

—Parece que estemos jugando al gato y al ratón —dije con tono irónico.

En realidad, llevaba allí sentada un rato, preguntándome si debería esperar al lunes, cuando la noticia se hubiera publicado. Cuando mis padres se hubieran hecho a la idea de lo gorda que era la tragedia, se quedarían esperando mi llamada junto al teléfono. Puede que incluso respondieran al segundo tono, como la madre de Denise. Pero no podía quedarme ahí, lamentándome, con Brian mirándome como si supiera algo que me había costado tanto mantener en secreto. Levanté el auricular.

Mi padre era un hombre pequeño y sonriente, con la cara roja como la de Papá Noel. No creo que lo hubiera visto enfadado más de un par de veces en la vida, y en ambas ocasiones fueron enfados que descargó contra objetos inanimados. La esquina de su escritorio se había llevado algún que otro puñetazo alguna de las veces en las que se golpeaba en el dedo gordo con una de sus patas.

Ya me había dado por vencida y estaba a punto de colgar cuando respondió, y me quedé tan sorprendida que, por unos instantes, no supe por dónde empezar.

—¿Hola? —dijo una segunda vez.

—Estás en casa.

—¿Te has olvidado algo? —preguntó confundido.

—Papá…, soy yo —respondí con aspereza.

—¡Cariño! —Se rio por la confusión—. ¡Creía que eras Wanda!

Wanda era la señora de la limpieza.

—Os he estado llamando —continué, acalorada—. ¿Dónde habéis estado?

Brian me hizo un gesto, bajando las manos, como si me pidiera que me calmara.

—Pues hemos estado aquí.

—¿Por la mañana también?
—¿A qué hora has llamado?
—A eso de las cinco.
—Ah, ¿eras tú? —Acto seguido, levantó la voz—: ¡Marion! ¡Que era Pammy la que llamaba esta mañana!
Habían oído el teléfono. Habían oído que sonaba el teléfono antes de que hubiera salido el sol y no se habían levantado para responder, a pesar de que tenían dos hijas que ya no vivían bajo su techo. No tardaría en descubrir que mi madre tenía sus razones para mantenerse alejada de mí y, aunque acabaría forjando una conexión inesperada con mi padre, jamás podría quitarme de la cabeza la imagen de ambos en la cama, bien tapados, cuando yo más los necesitaba.
Miré a Brian, que asintió, un voto de confianza. No pensaba seguir su consejo, que sonara inteligente, segura y capaz, que era lo que me había indicado mientras marcaba el número de mi casa. Era un buen consejo para una persona que tuviera unos padres normales, pero yo estaba herida y necesitaba que mis padres me prestaran atención por lo menos esta vez. Iba a hacer que lo sucedido sonara lo peor que pudiera, tan malo como había sido en realidad.
—Ha pasado algo terrible, papá.
A mi frase le siguió una pausa ansiosa y la saboreé.
—¿Le digo a tu madre que venga?
No permití que dejara el teléfono.
—Un hombre entró ayer por la noche en la Casa y atacó a unas cuantas chicas. Denise está muerta.
—¡Pamela! —gritó mi padre. Sentí que la carga que había llevado hasta entonces en el corazón se aligeraba—. ¡¿Estás herida?!
—No, yo no, pero vi al agresor. Soy la única que lo ha visto, papá.
—¡Qué bien que nunca hayas necesitado gafas! —En ese momento me pareció un comentario un tanto curioso, pero más tarde me di cuenta de que era su cerebro de abogado el que hablaba; nadie de la defensa podría siquiera sugerir que mi vista no era lo suficientemente buena como para haberlo visto bien e intentar que mi identificación se considerara poco fiable—. Espera, que voy a buscar a tu madre.
Oí cómo pronunciaba el nombre de mi madre y arrastraba los pies hacia dondequiera que se encontrara ella. La espera pareció mucho más larga de lo que fue en realidad. Sentía todas las cosas que había querido decirle desde que era niña bullendo en mi interior.
—No te olvides de explicarle la cantidad de precauciones que has tomado —me susurró Brian durante aquella espera, pero yo iba a

hablarle de todo menos de eso.

—Pamela. —Era evidente que estaba nerviosa, como si yo fuera la figura de autoridad y ella fuera la que se había metido en un buen problema y lo supiera muy bien—. ¿Qué ha sucedido?

—Mamá —y al pronunciar aquella palabra me eché a llorar—, ¿dónde estabas?

—Pues estábamos...

—¿Dónde estabas? ¡¿Dónde estabas?! —No paraba de repetir la pregunta y mi voz fue convirtiéndose en un rugido feroz, ronca por lo dolida que me sentía—. ¡Eres mi madre! ¡Eres mi madre y tienes que responder al teléfono! ¡Tienes que responder al puto teléfono! —Levanté la vista y vi que Brian miraba al suelo, respetuoso, como si me estuviera cambiando de ropa y quisiera darme privacidad. Aunque habíamos hecho el amor, jamás me había visto desnuda.

Al otro lado de la línea oí que mi madre lloraba. Llevábamos toda la vida bailando lo mismo, una danza en la que yo pedía poco y recibía aún menos; pero aquel fue el momento en que cambié los pasos de baile de mi madre. A partir de entonces, jamás fue capaz de seguirme el ritmo, pero lo intentó.

Esa noche, el sueño me tomó por sorpresa, me sujetó por los hombros y me liberó exactamente a las 2:59. Aún no entendía el significado de esos dígitos, ni la cantidad de horas de sueño que iban a robarme a lo largo de los siguientes cuarenta y tres años. En ese momento solo sabía que era tarde, que estaba oscuro, que el viento sacudía las contraventanas y que Bernadette no parecía respirar. Le di un codazo en el costado y soltó un gritito.

—¿A qué ha venido eso? —me preguntó.

—¿Estás despierta?

—Pues claro.

Me incorporé como por resorte y sentí el pulso martilleando en el puente de mi nariz.

—¿Por qué? ¿Has oído algo?

—No..., pero anoche tampoco oí nada...

Busqué a tientas la lamparita y a punto estuve de tirarla y de rayar la mesilla de nogal. La encendí. Me levanté de la cama a toda prisa y abrí de golpe la cortina —que tenía un patrón de chinería azul y blanco igual que la alfombra y el asiento de la sillita que había en la esquina— para comprobar que el agente de policía larguirucho y

asustado no estaba despatarrado en la escalinata de entrada con la garganta cortada. Pero no, su cabello relucía al reflejo de la luz mientras escudriñaba los campos de derecha a izquierda y de izquierda a derecha. Aquellos campos eran demasiado extensos para que una sola persona los controlara... pero, a decir verdad, lo que había pasado... había ocurrido en una casa llena y con vecinos en todas partes. Quizás lo que parecía inseguro era, en realidad, lo seguro. Quizá no debería volver a dormir por las noches.

Me tropecé con uno de los zapatos de Bernadette y me golpeé la espinilla con la parte baja de la cama. Me dejé caer de bruces sobre el edredón y me encogí en posición fetal, gimiendo de dolor. Denise no era una loca del orden, pero daba la sensación de que fuera consciente de que mi inclinación al orden y a la organización tenía que ver con algo más profundo, por lo que hacía lo imposible por estar a la altura. Si Denise estuviera allí, conmigo, sus zapatos estarían en el armario y no tirados por el suelo. Si Denise estuviera allí, conmigo, me habría sacado el tema de qué pintaba aquella sillita solitaria en una esquina, demasiado pequeña para un adulto y demasiado lujosa para un niño. Si Denise estuviera allí, conmigo, me habría hecho reír con sus opiniones, con sus observaciones, con esa lente tan particular con la que veía el mundo.

—¿Y si fue Roger? —susurró Bernadette.

Por un momento sentí como si estuviera tragando cristales. Entonces recordé:

—Es imposible. —Y me giré para mirarla. En la pared de al lado había un cuadro de la Virgen María con una túnica azul, rezando con los ojos elevados hacia el cielo—. Yo lo vi, ¿recuerdas?

Bernadette agarró el edredón, que era de una tela áspera y costosa, y abrió la boca, pero solo salió media vocal. Luego la cerró con fuerza.

—¿Sí? —le pregunté mientras la aprensión iba haciendo acto de presencia en mis intestinos.

Negó con la cabeza. «No». No iba a decirlo. «No».

Me senté y me deslicé hacia el pie de la cama. Me puse las manos en las rodillas. Bernadette apartó la mirada.

—Sabes que todo lo que me digas es una confidencia hasta que me des permiso para hablar de ello, ¿no?

Había empezado a decir eso desde que asumí el cargo de presidenta —como si fuera un sacerdote o algo parecido— y me había dado cuenta de que funcionaba, seguramente, por eso de «hasta que me des permiso». Era como compartir el poder.

—Una vez… —Bernadette cerró los ojos—, Roger y yo…

Resulta que había sucedido en el coche de él, aparcado justo delante de la Casa, después de haber ido a ver una peli. Él le había puesto la mano en la nuca mientras se besaban, con suavidad primero…, hasta pasado un rato. Entonces, le había llevado la cara hasta su entrepierna y la había mantenido allí hasta que ella había empezado a llorar. A Bernadette se le había llenado la nariz de mocos y no podía respirar, y, por un momento, tuvo claro que, aunque por accidente, iba a matarla.

—Fue el curso pasado —continuó Bernadette, que seguía sin mirarme. Empezó a llorar—. Denise y él habían tenido esa gran pelea en la Gala de Invierno, ¿recuerdas? Esa vez que estuvieron un mes sin hablarse.

Sí, lo recordaba.

—Bueno, la cuestión es que me pidió una cita poco después. —Bernadette se secó las lágrimas—. Yo no quería que se supiera. A ver, que habían roto…, pero estaba claro que Denise quería volver con él y yo no quería tener que lidiar con eso.

«Con eso». Con el ego magullado de Denise…, con su ira… No sé.

—No tenemos por qué contárselo a la policía, ¿verdad? —Bernadette por fin me miró y vi la desesperación en sus ojos hinchados—. Perdería mi título si esto se supiera.

Me di cuenta de que estaba a punto de decir que no creía que fuera necesario; no quería darle al sheriff Cruso una razón más para sospechar de Roger. Sin embargo, esconderle algo así a las autoridades me parecía poco ético, como si, en cierto modo, estuviéramos conspirando para proteger a una persona que no se lo merecía del todo.

—¿Tienes inconveniente en que se lo cuente a mi padre? Es abogado. Un muy buen abogado.

Bernadette respondió sin pensar:

—¿Te importaría que te dé una respuesta por la mañana?

Nos miramos con expresión honesta. Estábamos agotadas y se nos notaba en la cara. Desde luego, si la respuesta no era «no» ahora, tampoco lo sería por la mañana, cuando estuviéramos lúcidas.

—En absoluto.

Porque la razón por la que aquello que les decía —eso de que, si me contaban algo en confianza, necesitaría su permiso para compartirlo— funcionaba, era porque yo siempre mantenía mi palabra.

JACKSONVILLE, FLORIDA, 2021
DÍA 15.826

El aeropuerto de Jacksonville es mucho más nuevo y bonito que el de Newark. No es solo que tengan mejores opciones para comer y que todos los sensores de los baños funcionen; sus suelos son de brillante terrazo blanco y se extienden hasta donde alcanza la vista, en vez de ser una especie de alfombra que me ralentiza mientras intento avanzar con mi maleta de ruedas, haciendo lo imposible por llegar a la cola de Hertz antes que los demás pasajeros de clase ejecutiva.

Es pasada la medianoche cuando me abrocho el cinturón de seguridad del todoterreno de tamaño medio que he alquilado. El coche huele a desinfectante. La asistente del aparcamiento escanea el código de barras de mi reserva y, con una sonrisa genuina, me desea que disfrute del viaje. Bebe de un vaso para café en el que pone «La vida con Jesús es una aventura maravillosa» escrito con una cursiva angulosa como la que me ha traído aquí. Se levanta la barrera.

Desde Jacksonville, hay un largo y aburrido recorrido en coche por una amplia autopista que va encaminándose imperceptiblemente hacia el norte hasta llegar a Tallahassee. Me pongo Blue Öyster Cult y tamborileo el volante a ritmo. Estoy tan nerviosa que siento como un dolor. Apenas hay coches a esta hora y los pinos se apelotonan al otro lado de la ventanilla. De pronto, siento un pinchazo de miedo al darme cuenta de que tengo ganas de hacer pis. Hay carteles cada treinta kilómetros aproximadamente anunciando áreas de descanso interestatales, pero bajo ningún concepto voy a meterme en una ratonera como un baño público en mitad de la noche, en mitad de la nada, donde los caimanes y los osos encontrarían mi cadáver antes que un guarda forestal. ¡Ni de puta coña!

Paro en el arcén y me desabrocho los pantalones del traje, que son de lana. La primavera acaba de empezar y el clima es húmedo y templado, pero las rodillas me sudan mientras me bajo los pantalones y me acuclillo sobre la hierba. He dejado la puerta del conductor

abierta a modo de protección, aunque no es que vaya a necesitarla; la noche está oscura como la boca del lobo y lo único que se oye en la autopista es el penetrante pulso de los insectos en los árboles.

Ni oigo el coche ni veo sus luces, así que, en un primer momento, me da la impresión de que el tipo ha salido del bosque.

—Perdón.

Me pongo de pie, me subo los pantalones a toda prisa y miro a derecha e izquierda, arriba y abajo, intentando dar con el hombre del que ha salido esa voz. Lo localizo por encima del capó de mi coche, junto a la puerta del copiloto, una silueta sin rostro. Podría tener diecinueve años o noventa. No sé su edad, a duras penas puedo valorar su estatura, no sé de dónde ha salido y tampoco me queda claro si la puerta del copiloto está cerrada. Me planteo lanzarme al asiento del conductor, pero ¿qué le impediría a él abrir la puerta del copiloto y entrar y ponerme un arma en la cara? «Conduce, puta. Haz todo lo que te diga».

—Me ha asustado —le suelto a la oscuridad como si fuera boba. Me corre orina por el muslo.

—¿Necesita ayuda? —Su tono de voz es dulce; seguro que lo está fingiendo—. Me refiero al coche. Soy mecánico.

—No, gracias. —Me paro a pensar que acabo de darle las gracias a la persona que podría asesinarme y me enfurece pensar en lo tonta que he sido. Me paro a pensar en lo que hay que hacer si te ataca un tiburón —algo leí hace mucho tiempo—, preocupada por si lo necesitara —estuve a punto de mudarme a un pueblo costero que se jacta de ser el segundo del mundo con la tasa de seres humanos atacados por tiburones más alta del mundo—. Si uno se te echa encima, tienes que clavarle las uñas en los ojos y en las agallas; tienes que enfrentarte a él y demostrarle que no eres una presa.

—Váyase —le suelto al borroso desconocido—. Estoy llamando a la policía. —Levanto el móvil para que vea que acabo de marcar el número de la policía y que he pulsado la tecla de llamada.

El hombre se ríe.

—Esa llamada jamás va a hacerse —dice.

Miro la pantalla y compruebo que, en efecto, no hay tono.

—Por eso le he ofrecido ayuda —dice con una voz cantarina que me hace un nudo en la garganta.

Acto seguido, se da la vuelta y empieza a cruzar la autopista. Me doy cuenta de que viajaba en el otro sentido y que ha aparcado en la mediana. Por eso ni lo he visto ni lo he oído. Puede que sea verdad

que ha pensado que tenía algún problema. Puede que de verdad sea mecánico. O puede que sea un tiburón y que yo acabe de demostrarle que no soy ninguna presa.

Subo al coche y vuelvo a la autopista quemando rueda. Golpeo la consola central del coche hasta que la música se apaga. Tengo que concentrarme. Conduzco el resto del camino en silencio. No dejan de temblarme las manos. Y no paran ni cuando llego a Tallahassee sin contratiempos. Janet me ha enviado un correo electrónico justo antes de despegar para decirme que les ha llamado para avisarles de que iba de camino y que el hombre que amenaza con matarme sigue vivito y coleando.

DÍA 1

Por la mañana, llevé una de esas delicadas tazas de porcelana al porche, que estaba protegido con mosquiteras, y me quedé escuchando las ranas y las aves costeras, que sonaban como salidas de una película de Disney. La razón por la que sé cómo canta un playero sigue deprimiéndome hasta el día de hoy, pero eso ya te lo explicaré a su debido tiempo.

Aunque estaba lúcida por primera vez en unas veintiocho horas, el problema era el gran volumen de pensamientos que ocupaban mi cabeza. Estaba haciendo una lista mental de todo lo que tenía que comprar en el centro comercial Northwood antes de ir a ver a Jill y a Eileen al Tallahassee Memorial. Flores, puede que una manta suave para la dura cama del hospital. Amarilla para Eileen, azul para Jill. Me había fijado en que eran colores que vestían mucho respectivamente. También pensaba en lo que Bernadette me había contado sin mirarme a los ojos por vergüenza, y también pensaba en Denise y en todas las personas con las que ella trataba a lo largo del día. La mujer que le había vendido el complejo vitamínico que hacía que su pelo estuviera sano y fuerte; la familia del perro que Denise paseaba de vez en cuando para sacarse un dinerillo; la dependienta de su tienda de ropa preferida de Tallahassee, que siempre le separaba prendas que creía que le gustarían. Me preguntaba quién le contaría a toda esa gente que Denise estaba muerta y si debería ser yo.

—¿Te importa que me una a ti?

La señora McCall estaba en el umbral. Llevaba un jersey de color crema, una blusa azul con cuello y pendientes de perla. En una mano tenía un libro finito y en la otra un gran vaso de poliestireno para café, del que asomaba el mango de una cucharilla. Habría dado lo que fuera por cambiárselo por mi delicada taza de porcelana, que ahora no contenía sino un sorbo frío.

Me levanté, educada.

—Buenos días, señora McCall.

Movió el libro como diciendo: «Siéntate».

—¿Has dormido?

—Sí —respondí, a pesar de que me latía la cabeza como cuando te faltan horas de sueño—. La habitación es muy cómoda. Gracias por su hospitalidad.

—Se te da bien —comentó mientras se sentaba en la mecedora—. Lo de infundir confianza en las personas para que piensen que lo que dices es verdad aunque no lo sea. Hay gente que a eso le llama «mentir».

Contuve el aliento, preguntándome si me iba a dar un golpe en la muñeca de esa manera tan singular en que lo hacen las mujeres sureñas; con un guiño y un látigo.

—Es gente que tendría que pensar mejor lo que dice. —Removió su café y enarcó una ceja, como preguntándome si no me lo parecía.

Respiré hondo.

—En realidad, me ha preguntado si he dormido, no si he dormido bien.

La señora McCall levantó su vaso de poliestireno para brindar por mis palabras. Durante un rato nos quedamos escuchando el canto de un playero que no alcanzábamos a ver.

—Me he pasado toda la noche pensando en ti —dijo mirando los matorrales blanqueados por el sol—. En qué consejo darte. —Me tendió el libro. *Guía de un matemático para la teoría del cisne negro*—. ¿Sabes qué es? —me preguntó mientras yo cogía el libro y recorría con el pulgar la sencilla portada.

Eso del «cisne negro» era un término del que solo había oído hablar en relación con el ballet. Negué con la cabeza.

—La teoría del cisne negro habla de sucesos improbabilísimos y sorpresivos pero que, de haberse examinado la situación con mayor detenimiento, podrían haberse predicho. El hundimiento del Titanic es un buen ejemplo. O la Primera Guerra Mundial. Son resultados a los que nos referimos como «casos aislados» en el modelo económico.

Estudié la portada del libro con aire apenado y recordé el suspiro de la señora McCall la noche anterior, cuando nos vio en el porche de su casa. Me había parecido detectar en él una pizca de inevitabilidad; como si algo estuviera pasando en el mundo, una fuerza que se precipitaba con precisión newtoniana hacia el objeto que conformábamos nosotras.

—Pero no todos los «cisnes negros» son malos —añadió la señora McCall—. Hay gente que utiliza esta teoría para jugar en bolsa y

hacerse asquerosamente rica. —Sopló su café y, con los labios arrugados como melocotones, lo sorbió despacio y con cuidado—. Lo que viene a decir la teoría es que, en realidad, nada puede predecirse, así que tienes que estar dispuesto a contar con la suerte en todo lo que haces. El asunto puede salir catastróficamente mal, pero también puede salir tan bien que resulte profundamente transformador.

Le di las gracias por el libro y le dije que tenía muchas ganas de leerlo, aunque no se me ocurría nada que me apeteciera menos que otra transformación profunda.

El hospital Tallahassee Memorial no parecía un lugar para personas enfermas. La fachada estaba bordeada con sombras azuladas y la nueva ala de neurología era pionera tratando lesiones cerebrales traumáticas y demencia. Me invadió una sensación de desasosiego al pensar en Denise, con los labios azules en el sótano de un edificio que parecía sacado del futuro.

—Esa es la señora Neilson —les expliqué a Bernadette y a las demás mientras nos acercábamos a una señora con aires puritanos que no dejaba de retorcer el pañuelo de seda que llevaba al cuello.

Su sonrisa, tímida y esperanzadora, hizo que el corazón me diera un vuelco. Siempre había parecido que Eileen no encajaba del todo en la Casa; era muy probable que su madre le hubiera aconsejado que se abriera más.

—El color favorito de Eileen —comentó la señora Neilson con una mano en la mejilla.

Llegábamos con una manta y unos tulipanes amarillos. Nos abrazó. Olía a tabaco y a todos los perfumes que había utilizado para intentar ocultarlo. Luego bajó la voz, como si fuera a hablarnos de alguna conspiración:

—Me gustaría hablar con todas vosotras antes de que entréis a ver a Eileen. —Hizo un gesto como para que la siguiéramos unos metros por el pasillo, como si su hija no debiera oír lo que estaba a punto de pedirnos—. Le he dicho a Eileen que ibais a venir a verla y está muy emocionada. También está un poco avergonzada por su cabello, así que no os quedéis mirándolo ni comentéis nada al respecto.

—Claro que no, señora Neilson —dije.

—Pero eso no es todo. A ver…

La mujer hizo una pausa para ajustar el nudo del pañuelo y ordenar sus pensamientos. Era una versión más angulosa y nerviosa de

su hija. En más de una ocasión había oído a Eileen hablar con ella por teléfono, cómo le insistía para que dejara de preocuparse: estaba haciendo amigos, tenía citas; se lo estaba pasando muy bien en la Casa.

—Eileen no recuerda lo que sucedió el sábado por la noche. Cree que ha sufrido un accidente de tráfico.

Recurrí a mi compostura lo antes que pude, pero no pude evitar tartamudear:

—E-entonces..., ¿no deberíamos hablarle d-de...? Y... y... ¿piensa que es la única herida?

—Cree que Jill conducía porque sabe que Jill también se está recuperando en el hospital.

—Pero... ¿piensa decírselo alguna vez? —pregunté sorprendida.

Imaginé que Eileen se pasaría la vida entera sin saber lo que había sucedido en la Casa de Seminole Street. Sentí que me desmayaba al pensar en todo lo que haría falta para mantener aquella mentira.

La señora Neilson se cortó el cuello con el pañuelo. El arañazo era de color rosa oscuro. Tuve que resistirme a las ganas de apartarle la mano. No soportaba tener que ver más sufrimiento.

—Supongo que se lo diremos antes o después, sí..., pero, de momento, la idea es no provocarle más dolor. Tiene la mandíbula cosida y no puede gritar.

Cuando me entrevistan acerca de este tema —algo que tampoco pasa a menudo—, el periodista siempre quiere saber lo de la boca de Eileen, abrochada con cuerdas de metal, formando una mueca, con los dientes rotos a la vista. Me anima a hablar de la incisión roja en forma de herradura que tenía en la oreja izquierda, untada con vaselina, y en que las ventanas tenían doble cerradura por su seguridad, de forma que aquella habitacioncita blanca apestaba a sangre y a saliva, como la consulta de un dentista después de extraer unas muelas del juicio.

Pero de lo que quiero hablar es de la manera en que Eileen nos miró cuando entramos en la habitación, con un remordimiento desesperado que me persigue aún hoy en día. Estoy segura de que, si hubiera podido hablar, se habría disculpado por el estado en el que teníamos que verla.

El hermano mayor de Eileen estaba de pie junto a la cabecera de la cama, con aire protector, comiendo una magdalena de avena sin servilleta. Reconocí la bolsa de la compra doblada en la pequeña

papelera que había a sus pies. Alguien les había traído magdalenas de Swanee's, la sofisticada pastelería francesa que había en Main Street con ese cartel de la puerta en el que ponía «Bonjour!». ¡Vaya, tendría que haber pensado en eso!

—Eileen, mira quiénes han venido a verte —le dijo su hermano.

Eileen nos recibió con un sonido que se pareció mucho a un relincho.

Bernadette se sentó delicadamente a los pies de la cama, una actitud tan contraria a la costumbre que teníamos de tocarnos en la Casa que en aquel mismo instante descubrí que teníamos que lamentar la pérdida de algo más. Siempre nos apiñábamos las unas en la cama de las otras, descalzas, acusándonos unas a otras de oler a sudor o de que nuestros pies rascaran. Nunca habíamos tenido que preocuparnos por si le hacíamos daño a alguien.

—Eileen, te echamos de menos en la Casa —comentó Bernadette y me miró acusadoramente como diciendo: «¡Tú eres la presidenta! ¡Di algo!».

Yo estaba allí, de pie, recalibrando mis pensamientos, como si se me hubiera fundido un fusible.

—¡Te hemos traído algo con lo que animar la habitación! —dije con un tono tan agudo que hasta a mí me dolieron los oídos.

Intenté desatar la cinta amarilla que sujetaba la manta amarilla —había tenido que ir a tres sitios para encontrarla—, pero mis dedos no cooperaban con lo que mi cerebro les estaba pidiendo que hicieran. El hermano de Eileen se acercó para ayudarme, pero no era él quien tenía que hacer aquello, sino yo. Ni siquiera le había traído nada para comer. Me llevé la cinta a la boca y la roí hasta que la rompí. Eileen aleteó con las manos a los lados, nerviosa, mientras yo extendía la manta y la remetía en las esquinas inferiores con precisión agresiva.

—¡Hala, mucho mejor! —exclamé.

Eileen miró afectuosamente la manta para que me sintiera mejor.

—¿Qué necesitáis que os traigamos? —preguntó Bernadette—. ¿Revistas? ¿Un rompecabezas?

—¡Un rompecabezas! —gritó la señora Neilson como si se tratara de una novedad—. ¡Eso será divertido!

Oí algo de alboroto en el pasillo; una mujer elevaba la voz en señal de alarma. De golpe noté el pulso en los oídos y se me emborronó la vista. ¡El desconocido del vestíbulo me había encontrado!

—No se preocupe —le dijo la señora Neilson al guardia de seguridad, que se había puesto delante de la puerta cuan grande era

—, déjela pasar.

En la habitación entró la mujer que había apartado a la prensa con el cigarrillo, la de la gorra de chico de los periódicos; aunque ese día llevaba su pelo rubio escondido en una boina ladeada a lo parisino. Aunque esa mujer iba a acabar formando parte de mi vida, en ese momento no sabía ni cómo se llamaba.

—Siento haber tardado tanto —se disculpó con la señora Neilson mientras le tendía una bolsa de papel marrón hecha un rollo—. Me he perdido cuando intentaba regresar al hospital. —La mujer se fijó en la manta amarilla y comentó—: ¡Qué bonita! Por qué no cogéis una magdalena, ¡he traído demasiadas!

—Voy a salir un momento —dijo la señora Neilson mientras se marchaba de la habitación con la bolsa de papel marrón debajo del brazo como si se tratara de un bolso de noche.

La mujer de la boina se acercó a la cama, se inclinó sobre Eileen y le examinó la cara.

—¿Qué te parece, más vaselina?

Eileen asintió ansiosa. A los pies de la cama, la manta subía y bajaba a medida que la mujer cubría los labios de nuestra compañera con vaselina, que iba cogiendo con un bastoncito. Eileen estaba encogiendo los pies.

—¿Pertenecéis a la sororidad de Eileen? —La mujer tapó el frasco de vaselina y tiró el bastoncito a la papelera, que estaba llena de bolitas de algodón y gasas con ese blanco grisáceo de los fluidos corporales expuestos al aire.

Aunque tenía claro que mi cara debía estar de ese mismo mal color, hice un esfuerzo por levantar la barbilla y adelantar la mano.

—Soy Pamela Schumacher, la presidenta del capítulo.

Intenté sonreír, pero me salió una mueca de dolor. Nadie te dice lo doloroso que es tener miedo; es como si una abeja te picara por todo el sistema nervioso central.

—Yo soy Martina Cannon —dijo ella mientras me daba un tenso apretón de mano—, pero casi todo el mundo me llama Tina.

Era casi tan alta como Denise y me sonrió…, no sé…, como con reverencia, aunque, hoy en día, después de tantos años, sé que no era eso; era un optimismo que se batía en duelo con el miedo. Cuando Tina me vio, vio su última esperanza.

—¿Es usted familia de Eileen? —le pregunté. De pronto, quería saberlo todo de aquella mujer tan guapa con aquella amplia selección de gorros estilosos. Me pareció que tendría treinta y pocos. Puede que

fuera una prima o una tía joven.

—No, no. —Tina se dio cuenta de que el sol le empezaba a dar directamente en los ojos a Eileen y se acercó a la ventana para ajustar la persiana.

Fruncí el ceño:

—¿Es enfermera?

—Tan solo estoy ayudando a las familias. —Y acompañó la respuesta de una sonrisa evasiva que me enfureció.

Eileen levantó las manos e imitó el movimiento de quien escribe. Su hermano le tendió un bolígrafo y un bloc, en el que leí mensajes de su nuevo mundo de palabras sueltas: «Calcetines», «No», «Sí», «¿Día?». Nos quedamos esperando mientras garabateaba la palabra, tras lo cual le tendió el bloc a su hermano para que la leyera en alto. El joven leyó el mensaje y su gesto se tensó:

—Pamela, Eileen quiere saber si Denise y Roger volvieron anoche.

Debí de poner una cara que era la representación viviente del miedo. Todas debimos de hacerlo, porque me di cuenta de que Eileen se estaba asustando.

—Díselo, Pamela —me soltó Bernadette mientras me miraba presa del pánico.

Recordé lo que me había dicho la señora McCall sobre la gente que debería pensar mejor lo que decía.

—Desde luego, Roger está muy arrepentido de haber cortado con ella. —Una vez más, había eludido una pregunta sin mentir.

Eileen no podía sonreír, pero me dio la sensación de que se alegraba.

Olí a la señora Neilson antes de verla. Otro cigarrillo y otra capa empalagosa de perfume.

—¿Qué tal lo lleváis? —preguntó al entrar.

Tosí cubriéndome la boca con el pliegue del codo. Vi que Eileen tensaba los omóplatos, se relajaba y volvía a tensarlos. Me di cuenta de que intentaba toser pero no podía con la boca así cosida. Le lloraron los ojos y una especie de baba espesa empezó a caerle por la comisura de la boca y a acumularse en el hueco de la clavícula. La señora Neilson miró a su alrededor en busca de algo con lo que secar aquel líquido. Vi que se le pasaba por la cabeza utilizar la manta que le habíamos traído a su hija, pero, al final, se quitó el pañuelo de seda que llevaba al cuello.

—Creo que es hora de que Eileen descanse —dijo la señora Neilson con aquel tono de voz terrible y roto. Acariciaba la mejilla de su pobre

hija como sin duda debía de haberlo hecho cuando era un bebé.

Ahora bien, quiero que tengas clara una cosa sobre Eileen, y es que, cuando salió del hospital y le creció el pelo del lado izquierdo de la cabeza, se dio cuenta de que le quedaba mejor corto, que le daba un aire más duro e interesante. Se mudó a Tampa para estudiar en la Facultad de Empresariales y, para superar su miedo a los desconocidos, empezó a conducir un taxi por la noche. Conoció a su marido cuando lo recogió para llevarlo de casa al aeropuerto —él solo la veía de espaldas y ella lo llamaba a él «señor»—. Al parecer, en un momento dado, ella se dio la vuelta y se rieron a carcajadas. Eileen podría haber elegido ver el mundo como un lugar feo y hostil, pero era muy hábil en su día a día, una cualidad de la que pocas personas disponen. El mes que viene se cumplirán veinticuatro años desde que se casó con su alma gemela.

—¡Nos vemos pronto, Eileen! —me despedí con un tono de voz tintineante y salí al pasillo y me agaché y apoyé las manos en las rodillas.

Durante unos instantes no tuve claro si iba a llorar o a vomitar. Hice ambas cosas.

Me encontraba tan mal que no era capaz de recordar dónde había aparcado el coche que nos había dejado la señora McCall, y Bernadette y las demás no me sirvieron de mucha ayuda porque, al llegar, las había dejado en la entrada del hospital, como hacen los hombres cuando su esposa lleva tacones.

Estábamos a punto de salir hacia la Casa en el coche de la escolta policial cuando Tina apareció e insistió en llevarnos, aunque tuvo que pasar parte de lo que llevaba en el coche al maletero para que cupiéramos cómodamente —botes de champú y latas de refresco, periódicos viejos, una bolsa de *pretzels* medio llena—. Me sorprendió que condujera despacio, como alguien mayor; aunque, probablemente, se debiera a que no conocía la ciudad.

—¡Joder! —exclamó cuando nos pilló el tercer semáforo en Miccosukee Street.

—Si no te importa... —protesté tímidamente.

Las chicas me habían cedido el asiento del copiloto y del frenazo me fui hacia delante hasta que mi frente chocó contra el parabrisas. Respiraba por la boca. ¡Menuda presidenta de tiempos de guerra tan electrizante estaba hecha!

—¿Por qué hay tantos semáforos en rojo en esta calle? —preguntó Tina como si exigiera una respuesta—. ¿Y por qué son así?

En Florida, los semáforos están colgados horizontalmente. A mí siempre me había parecido que eso los dotaba de un aire de consciencia, como si se tratara de robotitos que no dejaban de guiñarte el ojo y parpadear. «Son adorables», había dicho Denise en una ocasión. Recuerdo que me reí con admiración y que le dije que aquel comentario, desde luego, era digno de un artista.

—Es por los huracanes —explicó Bernadette, siempre tan «Miss Florida». Por el viento.

El robotito abrió su ojo verde y seguimos nuestro camino.

—Ha sido todo un detalle que hayáis ido a visitar a Eileen y que hayáis seguido el juego —comentó Tina—. Aunque, todo sea dicho, no estoy de acuerdo con la decisión de la familia de no contárselo. Eso solo sirve para infantilizarla.

Esa palabra nueva y exótica brotó de los labios de Tina y activó una parte de mí que buscaba la atención de mujeres liberadas y glamurosas, mujeres como Denise y la propia Tina, que, a su manera, me recordaban a mi madre.

—¿Qué significa exactamente —Bernadette hizo una pausa, repasando la pronunciación en su cabeza—... infantilizar?

—Es cuando tratas a adultos perfectamente capaces como si fueran niños —respondió Tina—, y es algo que suele hacerse con las jóvenes.

—La cuestión es que quieren evitar que se ponga histérica —apunté, defendiendo a la familia. Tuve que hablar con los ojos cerrados y chupándome los labios, que estaban secos, entre palabra y palabra. Agité una mano sin ningún objetivo en particular—. Ya ha visto lo que ha sucedido al final.

Tina soltó una risita burlona.

—¿Y qué? —me dijo—. ¿Cuál es el problema de ponerse histérica? Después de todo, lo que le ha pasado es suficiente para provocar histeria.

—Nosotras tenemos más dignidad —respondí mientras levantaba la cabeza, no sin realizar un gran esfuerzo.

«Nunca dejes que te vean sudar», me decía siempre a mí misma, pero me fijé en el residuo lechoso que mis glándulas habían dejado en la ventana.

—Déjame decirte algo basado en mi experiencia —empezó Tina mientras estiraba los dedos sin soltar el volante—, te llamarán histérica por mucha dignidad que tengas. Por lo tanto: haz lo que te salga de ahí abajo.

—A la derecha —le indiqué cuando llegamos al stop en la

intersección de Copeland, porque estaba claro que Tina no era de por allí.

Tina se acercó a la entrada trasera de la Casa a una velocidad tremendamente respetuosa, aunque la calle estaba prácticamente desierta. Unas nubes densas y bajas habían cubierto el sol y no había nadie caminando sobre las hojas caídas y las piñas en ninguno de los caminos que conectaban Seminole Street con las verjas del sur de la universidad. El padre de alguna alumna lanzó apresuradamente la maleta de su hija en el maletero de su coche familiar, aparcado frente a la casa Delta, se apresuró a ocupar el asiento del conductor y le gritó a su hija que tenían que ponerse en marcha cuanto antes. Sentí un cosquilleo en la nuca. Solo en esa manzana había tres sororidades, una hamburguesería, un bar muy popular y una iglesia aún más popular. Era una zona donde siempre había actividad, pero en ese momento parecía abandonada y devastada por la guerra, como si estuviera siendo asediada. Todos huían ahora que podían.

Tina aparcó junto a la acera, en paralelo a la barricada metálica con la que la policía había cerrado la parte trasera de la Casa. El agente de guardia se agachó para identificarnos, pero se enderezó y se calmó al ver que se trataba de un coche lleno de mujeres.

—Chicas, ¿vais a sentiros seguras aquí de noche? —nos preguntó Tina.

Había policías y técnicos forenses por toda la Casa, pero se habrían ido a cenar, con las uñas llenas de sangre y la mente deseando desconectar con unas cervezas frías. Envidiaba que para ellos aquello fuera solo una parte de su vida... y no toda su vida.

—Porque, si no es así, podría ayudaros.

—No vamos a quedarnos —respondí—. Solo tenemos que recoger unas cuantas cosas más antes de volver a casa de la señora McCall. Ella es una exalumna de la sororidad.

—Y ¿cómo vais a llegar a su casa?

—La policía nos llevará —dije antes de abrir la puerta del coche—. Gracias por traernos.

Tina me puso la mano en la rodilla de golpe.

—Pamela, ¿puedes quedarte un momento?

No tenía energías para enfrentarme a nada, así que les hice un gesto con la cabeza a mis hermanas como diciendo: «Id, que enseguida voy yo».

Tina y yo nos quedamos en silencio, sentadas en el coche, observando cómo Bernadette y las demás se cogían del brazo y se

acercaban al agente que estaba junto a la barrera, que les pidió una identificación. Las chicas rebuscaron en sus bolsos para sacar la cartera.

—¿La universidad os está proporcionando algún tipo de apoyo? —preguntó Tina con una especie de, a mi entender, preocupación parental—. ¿Profesionales con los que hablar?

—¿Se refiere a loqueros?

Tina sonrió por la palabra que había utilizado.

—Sí, me refiero a *loqueros*. Y trátame de tú.

—No. Bueno, no lo sé... Apenas han pasado dos días.

—Bueno, pues yo conozco a gente, por si lo necesitáis.

—¿De esto era de lo que querías hablar conmigo?

—No, pero quería que lo supieras —insistió mientras se ajustaba mejor el abrigo de angora para resguardarse del tremendo frío que hacía. Parecía una prenda cara, pero la llevaba con hilos y bolitas. Denise se habría acercado para echarle una ojeada a la etiqueta y ver a qué se estaba enfrentando.

—Tú fuiste quien lo vio, ¿verdad? Eso es lo que dice el periódico.

Tragué saliva. Me sentía incómoda:

—No puedo creer que el *Democrat* haya publicado eso.

En ese momento aún pensaba que la noticia seguía siendo local.

—Pamela —Tina pronunció mi nombre con determinación—, lo he leído en el *New York Times*.

Fue como recibir un mazazo. Imaginé el periódico..., con mi fotografía..., en las escaleras de entrada de todas las casas del vecindario en un radio de treinta minutos.

—¿Pueden hacer eso? ¿Está permitido?

—Carece de ética, pero no es ilegal. —Tina echó mano al paquete de caramelos de mentol que siempre llevaba en el salpicadero; uno en el coche y otro en el bolso, como no tardaría en descubrir.

—Heriste a ese periodista —dije, recordando el grito que dio el hombre y el olor a pelo chamuscado.

—Lo lastimé —me corrigió, meneando un cigarrillo y ofreciéndome el paquete.

Negué con la cabeza y ella se encogió de hombros: «Tú misma».

—Haz que todos los que quieran entrevistarte se lo ganen. Y, digas lo que digas, no les des un titular. Deberías haber visto cómo hablaba ese tipo de ti y de tus amigas antes de que salierais.

Oí el sonido de un mechero al encenderse y vi cómo se ponía bizca para conseguir llevar la llama a la punta del cigarrillo.

—¿Qué decía?

—Que no deberíais haberos hecho tan conocidas.

—¿Conocidas? —Estaba confundida—. ¿Qué quiere decir eso?

—Que si hubierais estado en la cama a las diez no os habría pasado esto.

Aquello me llegó al alma.

—¡Pero todas estábamos en la cama!

—¿Podrías decirme qué aspecto tenía el agresor? —Tina me lanzó una mirada de preocupación, con los ojos enrojecidos—. Te juro que te explicaré a qué viene esto, pero quiero que seas tú la que me diga qué aspecto tenía.

Me habían pedido tantas veces que lo describiera que empezaba a sentir que ciertos aspectos de mi relato eran más un obstáculo que una ayuda, que debería simplificarlo, dejar de lado el momento en que pensé que era Roger o hacer una acusación en voz alta. Nadie te dice que las historias más veraces son las más desordenadas, las menos manejables, y que tendrás ganas de omitir las partes en las que la gente se rasca la cabeza y añadir esas en las que te abordan como si no te hubieran entendido bien. Se necesita una gran voluntad para ser un testigo fiel y constante. Yo la tenía.

—Al principio lo confundí con Roger. Uno que salía con Denise. Antes. Y no solo con ella. Había quedado con algunas de las chicas..., por lo que me estoy enterando. —Negué con la cabeza. No tenía fuerzas para lidiar con eso en ese momento—. Pero enseguida me di cuenta de que, en realidad, no era Roger. El hombre que vi era mucho más bajo que Roger.

Tina se llevó el cigarrillo a la boca rápidamente y entrecerró los ojos como si el humo le molestara.

—¿Qué más? ¿Recuerdas algo más?

—Su nariz. —Me llevé los dedos a la mía para representar la suya—. Era como un pico. Muy recta y afilada. Y tenía los labios muy finos.

Tuve la sensación de que Tina necesitaba procesar eso. Cerró los ojos. Levantó la comisura de los labios, pero no me pareció una sonrisa.

—Lo sabía —susurró casi para sí misma, como si estuviera satisfecha.

Abrió los ojos y se inclinó hacia mí con el cigarrillo entre los dientes. Logré contener la tos hasta que me empezaron a lagrimear los ojos. Me gustaba estar allí con ella y no quería que pensara que no era

capaz de lidiar con su forma de ser o con lo que me estaba diciendo.

—Por eso he venido —me dijo—. Cogí un avión en cuanto me enteré de lo que había sucedido. Porque lo sabía.

Tina desdobló un trozo de papel y alisó las arrugas con la palma de la mano. Me recordó a los folletos que las fraternidades repartían para sus fiestas de caridad hasta que me lo entregó. No, no era un folleto para una fiesta.

Leí su prosaico nombre por primera vez en ese papel, pero hace algunos años juré dejar de utilizarlo. Y no se trata de una abstinencia simbólica de mi parte: «Su nombre se ha mencionado incontables veces y el nuestro se ha olvidado, blablablá». A ver, sí, que puede que haya parte de eso; pero a quien quiero que recuerdes cada vez que digo «el Acusado» no es a él, sino a la taquígrafa judicial de veintidós años vestida para triunfar con aquella blusa con lazo en el cuello. Ella fue la que hizo las transcripciones oficiales no por su nombre legal, como los abogados acreditados en el caso, sino por la combinación de letras más honesta que su sensible oído y sus dedos voladores fueron capaces de producir: el Acusado.

Lo que la gente olvida —o, mejor dicho, la parte de la narrativa que la prensa decidió embarrar— es que, aunque el Acusado se representó a sí mismo en su caso de asesinato, no era abogado. Cualquiera puede defenderse por su cuenta, litigar en su propio caso, sin haberse graduado en Derecho o saber nada de leyes. No obstante, la historia vendería mucho más si lo representaran como alguien que no necesitaba asesinar para divertirse y que tenía perspectivas tanto en su vida romántica como en la laboral. Incluso hoy en día sigo admirando a esa taquígrafa judicial de cara inocente, un año más joven que yo, porque es una de las pocas personas intocables que hizo su trabajo de forma completamente objetiva. La verdad de lo que sucedió se encuentra en esas transcripciones, donde él es «el Acusado» y el Acusado no dice más que chorradas.

Desde el cartel de SE BUSCA que sostenía en mis manos aquella tarde lúgubre en el coche alquilado de Tina, el Acusado me devolvía la mirada con unos ojos oscuros y vacíos. No me malinterpretes, eran unos ojos que daban miedo, pero lo que realmente me aterroriza aún hoy en día, lo que me enfurece, es que no había nada excepcionalmente inteligente detrás de ellos. Una serie de ineptitudes a escala nacional y una actitud indolente hacia los crímenes contra las mujeres crearon una especie de túnel secreto por el que un tipo que había abandonado la universidad, un tipo con severos problemas

emocionales, se movió con impunidad durante gran parte de los años setenta. Porque los representantes de las fuerzas de la ley prefirieron que recordáramos a un imbécil como si fuera alguien brillante a adoptar una actitud crítica respecto al papel que desempeñaron en aquel caso, que parecía una barraca de feria. Y estoy harta de verlos en documentales tremendamente exitosos y elogiados por la crítica, con su camisa planchadita y su sombrero de vaquero, sentados en sus cómodas sillas de cuero, hablando de la inteligencia, el carisma y la astucia de un misógino del montón. Esa no es la historia. Esa no es la historia.

—Este es el hombre que viste —me dijo Tina—. Hace cuatro años, asesinó a mi amiga Ruth.

RUTH

ISSAQUAH, WASHINGTON
INVIERNO DE 1974

—No me gusta eso de que vayas a casa de una desconocida —me dijo mi madre cuando señalé el anuncio en la oficina de correos.

El Grupo de Duelo Complejo se reunía cada jueves, por la tarde noche, de seis a ocho, en casa de una terapeuta, allí en Issaquah, en un barrio llamado Squak Mountain. Las palabras «Sin hombres» estaban subrayadas dos veces en rojo.

—Solo somos mujeres —respondí ansiosa.

—Aquella chica también vivía en una casa donde todas eran mujeres —me recordó mi madre mientras se subía el asa del bolso al hombro y se dirigía a la puerta—. Vámonos, Ruth, que tengo que llegar a la tintorería antes de que cierre.

Empecé a seguirla, pero me detuve, volví hasta el cartel y arranqué una de las tiras con el número de teléfono de la terapeuta. Por si acaso.

—¿Y si me llevas tú en coche? —le sugerí de camino a casa, después de pasar por la tintorería.

Habíamos llegado antes de que cerraran y el sastre estaba allí aquel día. Las cosas le estaban saliendo bien a mi madre, algo que, según ella, no era lo normal, lo que, a su vez, hizo que sucediera algo que sí que no lo era: que mi madre fuera flexible.

—Podríamos ir juntas y asegurarnos de que realmente es lo que dice el cartel.

—Pero ¿qué es el «duelo complejo» exactamente? —Lo dijo como si dudara de que algo así existiera.

Me encogí de hombros.

—No sé, supongo que te lo explicarán cuando estemos allí.

—Pero ¿y si resulta que tú no lo padeces? Habrás ido hasta allí para nada.

Yo no sabía qué era el duelo complejo, pero estaba segura de que lo padecía.

Squak Mountain estaba a solo unos minutos de la casa de mis padres, donde había vivido desde que mi padre muriera el verano anterior. Issaquah se encuentra a unos treinta kilómetros del centro de Seattle, a los pies de las tres montañas que forman las estribaciones de las cascadas. Hay árboles de hoja perenne por todo el vecindario, que aíslan cada hogar y forman una barrera natural contra el ruido. Incluso en las calles más transitadas con zonas de aparcamiento hay una sensación tranquilizante de aislamiento que supongo que forma parte de su atractivo.

—Nunca sabes qué te puedes encontrar aquí —comentó mi madre mientras girábamos a la derecha en una curva empinada.

Se supone que Squak Mountain es uno de los vecindarios más difíciles de catalogar porque hay casas de muchos tipos, desde ranchos de lo más cutres a mansiones de estilo Reina Ana, pasando por propiedades con vistas impresionantes al lago Sammamish y casas que ni siquiera tienen jardín. La casa de la terapeuta no era ni de las mejores ni de las peores; era una casa de estilo noroeste con vistas al bosque. Había varios coches aparcados en el camino de entrada y mujeres jóvenes que se saludaban y se abrazaban en el porche. Me había perdido las dos primeras sesiones porque mi madre necesitaba más tiempo para decidir si podía confiar en que asistiera a un grupo de duelo complejo sin una carabina, y ahora me sentía como esa chica a la que cambian de colegio en mitad del curso. Si quería hacer amigas, tenía trabajo por delante.

—¿Quieres entrar y comprobar cómo es antes de que empiece? —Contuve el aliento y recé para que no aceptara mi oferta.

Mi madre observó a las mujeres que veíamos desde el coche.

—No veo a ningún asesino con un hacha.

Mi madre no acostumbraba a hacer chistes y me quedó claro lo que pretendía. Me estaba haciendo la pelota por si acaso sentía tentación de traicionarla. Me reí tranquilamente y tuve la sensación de que ella también se relajaba un poco.

Sin embargo, en cuanto salí del coche, me pidió que tuviera cuidado.

—¡Y usa la cabeza! —añadió, que era lo que en realidad quería decir—. Por favor, Ruth, usa la cabeza.

La terapeuta se llamaba Frances. Tendría más o menos la edad de mi madre y tenía el pelo castaño, rizado y cortado en cuña. No llevaba ni

maquillaje ni joyas, excepto un anillo en el meñique, que no vi hasta que las mujeres no empezaron a hablar y a llorar, momento en que la terapeuta se llevó la mano al mentón. Quizá mi piel mejorara si dejaba de tocarme la cara.

—Sírvete —me dijo Frances señalando las pastas y el café que había preparado en una bandeja en la entrada.

Me esperaba una decoración más rústica, más a juego con el exterior de la casa, que era de piedra y madera; en cambio, el interior era como estar en Marruecos —porque, claro, con todas las veces que había estado en Marruecos, cómo no iba a saberlo—. Había plantas reales y de plástico en las esquinas, vasijas de barro, brillantes alfombras afganas de nudos en sillas de patrones coloridos y tantos cuadros en las paredes que no sabría decir ni de qué colores eran.

Cogí una pasta.

—¿Son *pignoli*?

Frances enarcó las cejas.

—Debes de ser italiana.

—Polaca hasta la médula —respondí—, pero tengo una buena receta de *pignoli*..., aunque hace tiempo que no la hago.

Le di un mordisco a la pasta y cerré los ojos, extasiada.

—¿Está buena?

—¡Dios mío! —Y me reí un poco—. Tengo que empezar a hacer estas pastas de nuevo. ¡Se me había olvidado cuánto me gustan!

Mi madre no entendía por qué una pasta tenía que llevar almendra y mucho menos por qué eran tan caros los piñones.

Frances sonrió y se tocó la comisura del labio, donde debía de haberme quedado alguna miga. Me sonrojé y me la limpié, pero Frances hizo un comentario que sirvió para que dejara de sentirme avergonzada:

—La mayoría de los días yo salgo con el desayuno puesto. Ven, que te presento a las demás.

Había unas diez mujeres agrupadas en una esquina del salón, de rodillas, con la cabeza baja. «Están rezando...», pensé y me sentí decepcionada. Se podría decir que del instituto católico al que asistía... me habían echado.

Cuando nos oyó entrar, el grupo se abrió y dejó a la vista a la líder de la congregación, una mujer sentada en un puf y con las solapas de la blusa abiertas para exhibir tres tajos finos que tenía en el esternón.

En el alfeizar había un gato negro que se limpiaba las garras a lametazos.

—Nixon es un cabrón —le dijo la mujer herida a Frances.

La mujer tenía el pelo largo y de color amarillo limón y lo llevaba peinado con raya al medio, y las cejas oscuras y los ojos de color marrón oscuro, como si en su interior hubiera algún tipo de lucha para determinar si era o no era rubia. Con la blusa así abierta, quedaba claro que tenía el suficiente poco pecho como para no necesitar sujetador.

—Hay una pomada antibiótica debajo del fregadero —comentó Frances—. Chicas, esta es Ruth.

La herida hizo un chiste:

—Bienvenida a la fiesta, Ruth.

Luego se levantó y fue a la cocina. Era alta y había algo en ella que hacía que pareciera deportista; no sé, puede que fuera que tenía la piel curtida por el viento, como si acabase de bajar de correr por la montaña. Debí de quedar como una idiota cuando le di las gracias mientras pasaba por mi lado. Oí su risa grave a medida que se alejaba por el pasillo.

Las otras mujeres se dispusieron alrededor de la mesa de centro, sentadas en cojines florales, hablando animadamente, sorprendentemente alegres para haber perdido recientemente a una persona querida. Había una pizarra en un caballete con una lista. Las dos primeras entradas que había en ella estaban tachadas.

1. ~~Una cosa que hacías que siempre me hacía reír...~~
2. ~~Una cosa que hacías que siempre me enfadaba...~~

Frances me hizo un gesto para que me sentara y ella se sentó a la cabecera de la mesa. Todas se quedaron calladas sin necesidad de que nadie lo pidiera.

—Quiero presentarme brevemente de nuevo y hablar de lo que hacemos aquí —dijo. Las demás me miraron y me ofrecieron sonrisas educadas, de ánimo—. Me llamo Frances Dunnmeyer y organicé este Grupo de Duelo Complejo hace diez años, cuando murió mi marido y me sentía como si nadie fuera capaz de entender por lo que estaba pasando. Mi esposo no era una mala persona, pero tampoco teníamos un buen matrimonio y me resultaba muy difícil manejar las emociones encontradas que sentí cuando murió, y eso que soy terapeuta licenciada desde hace veinticinco años. Organicé este grupo para ayudar a otras mujeres como yo, mujeres que se esfuerzan por reconciliar el duelo que sufren por la pérdida de alguien a quien

amaban con el hecho de que, a veces, les hacía daño, las trataba mal o les impedía alcanzar todo su potencial.

A partir de ese momento, Frances empezó a dirigirse a mí directamente.

—Esta es la tercera vez que nos reunimos, así que no estamos muy avanzadas. En cada sesión nos centramos en una de las entradas —señaló la pizarra, que estaba detrás de ella—. El objetivo del grupo es abordar todas las entradas de la lista, una por cada semana del año, cincuenta y dos en total. Y digo que no te llevamos mucha ventaja porque procesar el duelo es uno de los trabajos más duros a los que te enfrentarás en la vida. El tiempo no cura todas las heridas. El duelo es como un fregadero lleno de platos sucios o como una pila de ropa por lavar. El duelo es una tarea más y, además, es una tarea que a nadie le gusta.

Leí las entradas tachadas con renovado interés. Me había molestado perderme las dos primeras semanas, pero me sentía aliviada por no tener que hablar sobre el tema de la segunda. Mi padre, que había sido la persona que más había querido en la vida, me había enfadado muchísimo justo antes de morir.

Entonces, Frances dijo:

—Ruth, quiero que respondas a las dos primeras preguntas en un diario y podemos hablar de ellas en privado a lo largo de las próximas semanas.

Deberes. Genial.

La entrada de esa semana era: Mi sistema de apoyo incluye... Frances le pidió a la mujer que estaba a su izquierda que empezara. La mujer tenía los dientes grandes y blancos y una nariz pequeña y puntiaguda, apenas unos orificios diminutos. De pronto me di cuenta de que me preocupaba por ella; ¿cómo podía respirar por unos agujeritos tan pequeños? Ya tenía un pañuelo de papel en la mano cuando empezó a hablar de su hermana, que había perdido un bebé en el sexto mes de embarazo y le había admitido recientemente que se sentía aliviada porque así podría seguir asistiendo a la escuela de enfermería sin cargas.

Con diecisiete semanas, un bebé tiene el tamaño de un nabo. Este dato me lo había dado mi cuñada; a mí, la verdad, me importaban poco los embarazos. La mujer de los orificios nasales pequeños había perdido un nabo y yo había perdido a mi padre, que me había llevado a ver el debut de las carreras femeninas de patinaje sobre hielo en las Olimpiadas de Invierno del valle de Squaw cuando tenía nueve años.

Helga Haase, alemana, había ganado, y estuvo firmando programas en el aparcamiento después de la competición; y, a pesar de que en ese momento se estuviera celebrando la carrera de esquí alpino masculina y de que mi hermano se quejara y gimoteara y me llamara nazi porque quería conocer a Haase, mi padre esperó conmigo en el aparcamiento hasta que la patinadora me firmó el programa. «Esto es importante para tu hermana», le había dicho mi padre a mi hermano de esa manera autoritaria pero persuasiva tan típica de él y que resultaba muy empática. «Vale», había respondido mi hermano, suspirando, tras lo que había esperado sin volver a quejarse.

Pensaba que iba a conocer a mujeres que hubieran perdido a gente maravillosa o espantosa, no un nabo. Entonces, la mujer arañada regresó con dos tiritas en el pecho y soltó:

—Tu hermana es un mal bicho, Margaret. —Se dejó caer en el puf y continuó con una familiaridad efusiva—: No puedes seguir haciendo de menos tu dolor para ganarte su afecto. Perdió un feto y tú perdiste a un niño de tres años con necesidades especiales que necesitaba toda tu atención en todo momento. No deberías negar la magnitud de tu pérdida para que ella se sienta importante.

Me di cuenta del malentendido y respiré hondo. La mujer de los dientes grandes y los orificios nasales pequeños —Margaret— no estaba allí porque su hermana hubiera sufrido el aborto de un nabo; Margaret había perdido a un hijo de tres años y no se había muerto de pena. Volví a centrarme en ella, esta vez con asombro y una gran sensación de esperanza, recordando que la había visto reír justo antes de que empezáramos la sesión.

—Tina ha sacado a colación un buen detalle —comentó Frances, nombrando a la mujer herida y mostrando una sonrisa que me dejó claro de inmediato que Tina era su favorita—. Los miembros de nuestro equipo de apoyo no tienen por qué entender todos y cada uno de los aspectos oscuros de nuestro duelo para brindarnos apoyo.

Tina me sorprendió mirándola y sonrió, como diciendo: «¡Tenía razón!». Aparté la mirada a toda prisa. Noté que tenía calientes las orejas.

Frances siguió hablando sobre el trabajo que había que hacer para construir un sistema de apoyo. En esa sala, se hablaba mucho sobre trabajo. Curarse era un trabajo, como tener un empleo, algo temible del que quejarse, pero necesario para llevar comida a casa y tener un techo bajo el que dormir. Frances nos explicó que un buen sistema de apoyo incluía personas dispuestas a escucharte sin juzgarte por tus

sentimientos, incluso si eran provocativos. No estoy segura, porque me daba miedo que me pillara mirando otra vez, pero sentí que Tina me miraba fijamente cuando Frances dijo eso último.

—Tenía sentimientos encontrados cuando mi marido murió —comenzó a decir Tina—. A diferencia del marido de Frances, el mío no era un buen hombre, pero la comunidad lo adoraba, por lo que no había muchas personas dispuestas a escuchar cómo se comportaba conmigo en casa. Tuve que salir a buscar personas que no intentaran convencerme de que la culpa era mía.

Tina había tenido un matrimonio difícil, al igual que yo. Yo estaba divorciada, y me pareció que eso era relevante. Cuando llegó mi turno de hablar sobre mi sistema de apoyo, empecé por mi exmarido. No quería que las demás tuvieran una impresión equivocada de mí. Ahora lo estaba pasando mal, pero no siempre había sido así. Una persona se había casado conmigo y habíamos practicado el sexo.

—Tuvimos muchos problemas como matrimonio —dije sin comentar que mi exmarido había tenido una aventura. No quería que pensaran «Normal que tuviera una aventura, imagina despertarte y ver esa cara sin maquillaje»—, pero siempre nos preocupamos el uno por el otro. De hecho, sigue siendo parte de mi vida y, ahora mismo, me está ayudando con algo que es muy importante para mí.

—Entiendo —dijo Tina.

Mi pulso se aceleró, pero de una manera que no me pareció mala. Tina te miraba fijamente cuando hablabas, como si no estuviera prestando atención a lo que decías, sino intentando hacerse a la idea de qué era lo que no estabas diciendo. Esa debía ser la razón por la que todas las mujeres que hablaban con ella terminaban con las mejillas sonrojadas y sintiéndose increíblemente desprotegidas.

Sin embargo, cuando la miré, Tina se limitó a asentir para mostrar su aprobación.

—Todo eso suena muy moderno —dijo.

Cuando la sesión acabó, todo el mundo echó una mano llevando las tazas vacías y lo que había quedado de las pastas a la cocina, en la que también había cuadros. No era la primera vez que veía obras de arte en una cocina o alfombras rosas y moradas. El gato negro agresor estaba hecho un ovillo sobre un montón de New Yorkers que había en la mesa de la cocina y las mujeres le decían cosas bonitas y murmuraban acerca de él con admiración. «¿Por qué has arañado a

Tina, Nixon?».

Frances me tocó en el hombro.

—Ruth, no te vayas todavía, que tengo algo para ti.

Las demás empezaron a dispersarse, pero Tina se quedó, rascando a Nixon por debajo de la barbilla, diciéndole que lo perdonaba por lo que le había hecho.

—Se llama así porque es un ladrón —me explicó Tina—. Roba calcetines y medias del cesto de la colada. —Nixon bostezó a pesar de la acusación. Tina ronroneó—. Eres el criminal de las medias, ¿eh, Nixon?

Me sentía como si no pudiera hablar y feísima bajo la brillantísima y abominable luz de aquella cocina. Si yo era capaz de ver las pecas de la nariz de Tina con tanta claridad como para contarlas, seguro que ella alcanzaba a ver las escamas de color melocotón de mi base de maquillaje y los túmulos de pus que palpitaban bajo mis músculos doloridos. Algo que solía hacer en situaciones así era levantar las cejas y fruncir el ceño al mismo tiempo. Había practicado muchas expresiones en el espejo, moviendo mi cara de un lado para el otro, intentando dar con la mueca que escondiera los granos que tenía en la frente y los cráteres que tenía en la barbilla. Esta combinación era la más efectiva, pero hacía que pareciera que estaba loca. Tina me miró, me vio poniendo la cara y asintió como diciendo que sí, que esa era exactamente la cara que tenía que poner.

—Es extraño, porque vienes aquí y piensas que te darán consejos y que, si sigues esos consejos, mejorarás. Pero, en realidad, lo que aprendes es a responsabilizarte de lo que te sucede.

No tenía ni idea de lo que estaba hablando.

—¿Responsabilizarte de qué?

—De tus sentimientos.

Me molestaba que tuviera aquel rostro fresco, californiano, y aquellos dedos largos y bonitos con los que acariciaba a Nixon.

—Pero, exactamente, ¿de qué tengo que responsabilizarme?

—Hablamos en un año, ¿vale? —me dijo Tina con un tono de voz empalagoso que iba dirigido al gato—. ¿Verdad, Nixon? —Le dio un beso entre las orejas y, a continuación, giró la cabeza y me miró. Estaba mejilla con mejilla con el animal—. Entonces verás a qué me refiero. Este es mi segundo ciclo. Estoy enamorada del proceso. Estoy estudiando para graduarme como terapeuta y esto cuenta como si fueran las prácticas.

Frances volvió con un diario de cuero en la mano.

—¡Ay, Nixon —empezó a decir al ver que Tina y él estaban mejilla con mejilla—, tienes suerte de que Tina tenga un corazón tan grande! —Luego, me tendió el diario—. He escrito las dos primeras entradas para que no se te olviden. Intenta responder a la primera para la semana que viene.

Lo abrí por la primera página. «Una cosa que hacías que siempre me hacía reír…».

—Recuerdos nublados de acuarela… —me cantó Tina de la canción de Barbra Streisand.

Me reí. Me di cuenta de que me estaba diciendo que ya podía irme, que tenía que hablar con Frances en privado. Sentí que me tenía que reivindicar, ofrecer algo antes de irme. Señalé el plato de pasta.

—Los *pignoli* se ponen rancios enseguida. Es por el aceite de la almendra. Si los guardas con una rebanada de pan, aguantarán más tiempo.

Frances me miró más impresionada de lo que me había esperado.

—¡Qué información tan valiosa, Ruth!

Fuera, mi madre esperaba en el coche con la luz del interior encendida, leyendo una de sus novelas rosas de bolsillo. Se sobresaltó cuando abrí la puerta y me pareció comprensible. Una universitaria había desaparecido de su cama en mitad de la noche, con su compañera de piso justo en la habitación de al lado. Todas estábamos de los nervios.

—¿Ha ido bien? —me preguntó mientras serpenteábamos montaña abajo a ritmo de peatón porque había llovido y el asfalto resbalaba.

—No he dicho gran cosa. Sobre todo, he escuchado.

—Eso está bien, Ruth.

Esperó a que llegáramos a Rainier Boulevard, la zona en la que no hay farolas, para que tuviera tiempo de decir lo que quería sin que yo fuera a estar el tiempo suficiente en el coche como para que me diera tiempo a responderle.

—No tienes por qué hablar de todas las decisiones que has tomado. No sería justo para tu padre. Ni siquiera quiero contarle a tu hermano que estás yendo a ese grupo. Es muy probable que quisiera saber por qué no soy yo la que está hablando de duelo. Al fin y al cabo, era mi marido.

Aparcó en el camino de entrada. Mi madre siempre hacía eso; atraparme en el coche con sus deseos, con su martirio.

—No voy allí para hablar de eso —respondí.

Mi madre abrió la puerta y la luz interior se encendió. Puso un pie fuera del coche, pero luego me miró preocupada y, por un instante, pensé que iba a disculparse por su parte o a darme las gracias por mi discreción continua. Tenía veinticinco años, así que ya llevaba nueve callada.

—Ruth, cariño, para de rascarte —me apartó la mano de la cara con más fuerza de la debida—, que te vas a dejar una cicatriz.

PAMELA

TALLAHASSEE, 1978
DÍA 2

Había pasado por delante de la comisaría de policía del campus en innumerables ocasiones mientras iba y venía del edificio Longmire, pero nunca había estado dentro. Era un espacio compacto, lleno de archivadores y cajas de almacenaje apiladas hasta donde llegaba el cristal esmerilado de las diferentes divisiones de la decena de mesas que habría. De vez en cuando sonaba alguno de los teléfonos negros de botones, pero en general, era un sitio mucho más tranquilo de lo que había imaginado, dadas las circunstancias.

—Me llamo Pamela Schumacher y he venido a ver al sheriff Cruso —le expliqué al agente que estaba detrás de la recepción, que tenía forma de media luna—. Tengo información muy importante.

—El sheriff no suele estar en la comisaría.

—Pero si he llamado y me han dicho que estaba aquí...

—De chiripa —comentó de manera arrogante—. Ha tenido suerte.

Pero no, no había tenido suerte. Había llamado. Tuve que hacer un gran esfuerzo por no soltarle aquello a aquel vago de cara rosada.

—¿Podría avisarle de que estoy aquí?

De detrás de alguna de aquellas divisiones me llegó el largo suspiro del sheriff.

—Soy consciente de ello, señorita Schumacher.

—La entrevista comienza el martes 17 de enero de 1978, aproximadamente a las once cero cinco de la mañana. Presentes en la entrevista estamos el detective Ron L. Pickell, el sheriff Anthony Cruso y Pamela Ann Schumacher. Señorita Schumacher, ¿le importa confirmar su nombre para que quede registrado?

Me identifiqué enérgicamente y, a continuación, dije:

—Tengo que enseñarles algo —Y cogí el bolso.

El detective levantó una mano para detenerme.

—¿Podría indicar primero en qué curso está y cuál es su dirección?

—Es el procedimiento estándar —me explicó el sheriff cuando vio mi expresión de impaciencia—. Ha aparecido usted varias horas antes de la entrevista que teníamos concertada.

El detective y él compartieron una sonrisa de cansancio que les había visto poner a los hombres de mi entorno un millón de veces. Era la sonrisa con la que se decían: «Es de las cañeras, ¿eh?».

Respondí a toda prisa a las preguntas de su procedimiento estándar moviendo una rodilla arriba y abajo.

—Pues bueno, enséñenos.

Abrí el bolso y le tendí al sheriff el póster de SE BUSCA.

—Es este. Este es el hombre que vi en el vestíbulo.

Me senté sobre las manos mientras miraban la foto. Estaba tan nerviosa que pensaba que iba a darme un ataque. Llevaba intentando hablar con el sheriff desde el día anterior por la tarde, cuando Tina me había llevado a la Casa desde el hospital. Había dormido una o dos horas al lado de Bernadette en casa de la señora McCall, me había duchado, había vuelto a vestirme y me había quedado esperando a que amaneciera. Entonces había ido al campus, comprobando en cada semáforo en el que me paraba que había metido el cartel de SE BUSCA en el bolso.

—¿Ha estado usted hablando con Martina Cannon? —me preguntó el sheriff con tal tono de hastío que me quedé muy sorprendida. Acababa de entregarle al sospechoso… ¡Que comience la búsqueda!

—La conocí ayer en el hospital.

El sheriff miró al detective como lo haría un jefe enfadado.

—Pusimos un agente —le aseguró Pickell, un tanto a la defensiva —, pero, al parecer, la familia le pidió que la dejara pasar.

—¿Lo del agente era por ella? —pregunté intentando enterarme de lo que pasaba.

El sheriff se puso una de sus botas de vaquero sobre la rodilla y se reclinó en la silla mientras sacudía la cabeza molesto.

—El agente estaba para proteger a Eileen y a su familia de cualquiera que quisiera hacerles daño o acosarles, que es precisamente lo que es Martina Cannon, una acosadora.

—¿Qué ha hecho?

—Para empezar, está interfiriendo en una investigación policial activa. —El sheriff puso un dedo en la cara del Acusado y deslizó el cartel hacia mí—. Esta no es la persona que estamos buscando.

Me daban ganas de poner el dedo en el mismo sitio y deslizar el cartel hacia él, pero consideré que quizá me saliera el tiro por la

culata.

—Este es el hombre que vi en el vestíbulo, frente a la puerta —insistí tan calmadamente como pude—. Estoy completamente segura.

—No tanto como para no mencionar a Roger Yul en su primera declaración. —El detective me sonrió con aire triste. No estaba intentando enfrentarse a mí, sino constatar un desafortunado hecho.

El sheriff siguió por ahí:

—¿Cómo de bien diría que conoce a Roger?

—Muy bien —respondí, quizás con demasiada confianza—. Ha sido el novio de Denise durante tres años.

—En los que rompieron varias veces.

—Sí, pero es miembro de la misma fraternidad que mi novio. Aunque Denise no estuviera con él, siempre andaba por ahí.

—Dado que lo conoce tan bien, me pregunto si sabe qué edad tiene.

Qué pregunta tan rara.

—Tiene veintidós años y su cumpleaños es en abril, así que no tardará en tener veintitrés. Repitió un año de instituto.

—No pretendemos que se sienta usted mal —aseguró el detective—, pero su respuesta demuestra una de las mayores preocupaciones que tenemos acerca de Roger.

Parpadeé mirándolos a ambos, furiosa y confusa. ¿Qué era lo que no me estaban diciendo? ¿Qué información se me escapaba que, como presidenta del capítulo y mejor amiga de Denise, debería haber sabido?

—Roger Yul tiene veintiocho años —dijo el sheriff.

Solté una carcajada.

—Ni mucho menos.

—Sí, Pamela —dijo el detective amablemente—, tiene veintiocho años. Sirvió en la Guerra del Vietnam de 1968 a 1970, hasta que lo licenciaron por «anomalías mentales». Pasó el siguiente año en una institución de Alabama, tras lo cual desapareció completamente del mapa. En 1973 falsificó los datos del instituto y pidió plaza en la Universidad Estatal de Florida.

Me vino a la cabeza lo que me había contado Bernadette hacía dos noches, en el dormitorio de invitados de chinería de la señora McCall. Lo que le había hecho. Que había visto unos puntos. Que había sentido que estaba a punto de morir. De pronto me di cuenta de que, igual que Bernadette, abría la boca y dejaba salir media vocal antes de recordar que… que no me había dado permiso para hablar del tema

con nadie.

—¿Qué iba a decir? —me preguntó el detective. Me observaba atentamente.

—Iba a preguntar si no es posible que Roger esté… trastornado, pero que esta sea la persona que yo vi. ¿Quizá actuaron juntos?

—Entra usted en Derecho en otoño, ¿verdad, Pamela?

Me lo preguntaba el sheriff. Debía de haberles comentado mis planes durante mi primera declaración…, aunque no lo recordaba. O puede que lo supiera porque su puesto le permitía consultar datos de ese tipo. Datos confidenciales. Puede que debiera respetar que lo hubiera hecho. Dejar que hiciera su trabajo. Concentrarme en el mío. Recordé el Programa de Asistencia a las Víctimas del que me había hablado Brian. Aparentemente, había que hacer la petición en los siete días siguientes a lo acontecido para que te tuvieran en cuenta. Tenía que ponerme con eso. Me pregunté si habría hojas de solicitud en la propia comisaría. Tenía que preguntarlo.

—En Columbia, ¿verdad? —añadió el detective—. Muy impresionante.

Sentí como una descarga eléctrica por la columna. Eso no era verdad. ¡Por el amor de Dios, ¿por qué les había dicho eso?!

—Voy a ir a la Facultad de Derecho de Shorebird, en el Fuerte Lauderdale.

Brian y yo íbamos a ir juntos. Él quería especializarse en Derecho de Financiación de Campañas, como su padre, y yo quería especializarme en Derecho de Sociedades, como el mío.

El detective frunció el ceño.

—Ah…, vale.

—En cualquier caso —empezó a decir el sheriff—, usted es de las que entiende que la policía nunca dice que algo es imposible. Es imposible… es irresponsable hacer determinaciones oficiales en este punto de la investigación. Nosotros seguimos el rastro de las pruebas y, ahora mismo, las pruebas preponderantes apuntan a Roger.

No tenía nada que objetar al respecto.

—Lo que le pasó a la amiga de Martina Cannon en Seattle fue terrible y no me cabe duda de que este es el hombre que lo hizo. —Ambos miramos los rasgos afilados y carnívoros del Acusado—. A decir verdad, es todo un misterio cómo se libró de esta. Lo siento por Martina y por las familias de las chicas que desaparecieron, pero este hombre no tiene absolutamente nada que ver con lo que ha sucedido aquí.

Asentí aturdida.

—Y otra cosa —dijo el sheriff con un tono de voz firme pero no desagradable. Me miraba como preocupado, como si sintiera pena por mí. El hombre rondaría los treinta y cinco años, pero, en cierto modo, aún conservaba una especie de rostro infantil, una cara que irradiaba una integridad moral digna de la serie *Leave It to Beaver*. Me lo imaginaba bebiendo un vaso de leche sentado a la mesa durante el desayuno, mientras su esposa le limpiaba el bigote que se le había quedado sobre el labio superior, sonriéndole—. Debo tener mucho cuidado con lo que digo aquí, porque Martina Cannon tiene muchísimo dinero y amigos en las altas esferas, pero una cosa sí le voy a decir. —Se inclinó hacia delante, puso los codos en las rodillas, juntó las manos y me señaló el pecho con ambos índices—. Le aconsejo que no se quede a solas con esa mujer, Pamela. De hecho, le recomiendo que se aleje de ella todo lo que pueda… por su propia seguridad.

RUTH

ISSAQUAH, WASHINGTON
INVIERNO DE 1974

Cuando desapareció la segunda chica, el jefe de policía de Seattle salió en directo en el Canal 5 para advertir a las mujeres que no salieran a la calle una vez oscureciera. Era marzo en el noroeste, lo que significaba que a las cuatro de la tarde ya empezaba a oscurecer. Dudo mucho que fuera coincidencia que esa petición de quedarnos en casa tres cuartas partes del día tuviera lugar justo cuando el movimiento de liberación de la mujer se encontraba en su punto álgido en el centro de la ciudad.

Seguía a mi madre por la papelería y consultaba el reloj cada vez que ella no miraba. El grupo de duelo se reunía en media hora, pero, si mi madre sentía que la estaba apresurando, me lo haría pagar haciéndome esperar más. Ya había cambiado de opinión dos veces sobre la caligrafía de la invitación a la ceremonia para dedicarle un jardín a mi padre en el Colegio Católico de Issaquah, donde había sido profesor de historia durante dieciocho años, hasta que murió el verano pasado.

Para el primer aniversario de su muerte, el Colegio Católico de Issaquah había plantado macizos de hortensias en la parte delantera de la antigua casa clerical que, durante un tiempo, había servido de hogar de rehabilitación para los esclavos fugitivos que llegaban del sur. Aquella casa era una parte importante de la historia del colegio, y mi padre había planeado el temario de manera que la unidad que hablaba de la red clandestina que permitía que los esclavos escaparan se estudiara en primavera, cuando hacía una temperatura lo suficientemente agradable como para dar clase en el descuidado jardín de la blanca y antigua casa clerical, cuyo techo se estaba hundiendo. El nuevo profesor de historia había decidido continuar con esa tradición, y el colegio había limpiado el jardín e instalado una placa para dedicar aquel espacio a mi padre. Aquello parecía más una obra de paisajismo que un jardín, pero intentaba que mi madre se diera prisa, así que me guardé la observación. Además, odiaba pensar en la

casa clerical y en la terrible humillación que había sufrido bajo aquel techo podrido.

—¿Ya has hablado con C. J. sobre esto? —me preguntó mi madre cuando por fin estábamos en el coche, camino a casa de Frances.

C. J. era mi exmarido, que había ido a la misma escuela que mi hermano mayor en el Colegio Católico de Issaquah. Para mi madre, era de suma importancia que C. J. asistiera a la ceremonia para que todas las monjas pensaran que seguíamos felizmente casados.

—Pues no —admití y entrecerré los ojos, como un perro travieso al que han pillado destrozando un cojín—, pero lo haré.

Mi madre se detuvo en una gasolinera Chevron sin previo aviso, sin encender el intermitente, y otro conductor, en un estallido corto de indignación, le pitó con ganas. Mi madre llevó la mano al retrovisor y la agitó como pidiendo disculpas.

—¿Puedes ocuparte de eso esta misma semana, Ruth? Llevo meses pidiéndotelo. No estás tan ocupada.

Mi madre se las arreglaba de maravilla para hacer que sintiera que era, a un tiempo, demasiado vieja para comportarme como me comportaba y demasiado joven como para confiar en mí.

—Te lo prometo.

—Y, por favor, pídele disculpas a Martha de nuestra parte y dile que sentimos mucho tener que pedirle algo así.

Martha, la nueva esposa de mi exmarido. Asentí obedientemente sin dejar de mirar el reloj. El grupo de duelo se reunía en siete minutos y llevábamos el depósito por la mitad; en realidad, no era necesario detenernos en ese momento. En voz baja, con tono penitente, le pregunté:

—¿Te importaría echar gasolina después de que me hayas dejado?

Mi madre apagó el motor y abrió su puerta.

—Se me había olvidado por completo que le había dicho a tu hermano que esta tarde llevaría a los niños a las rebajas de invierno de Frederick's. Tu sobrino necesita un abrigo desesperadamente.

Vi que se ponía roja mientras salía del coche. Era curioso que, con todas las mentiras que esperaba que contara yo, ella no soportara decir ni una sola.

Miré el recipiente con albóndigas que llevaba en el regazo. Había querido cocinar algo sofisticado para las chicas, algo que no se sirviera en una de esas cafeterías donde las camareras llevan redecilla en el pelo. En el número de vacaciones de la revista *Cuidando bien de tu casa* salía una receta de canapés de espuma de salmón que me había

parecido bien, pero mi madre había arrugado la nariz y había exclamado «¡Puaj!» cuando le había contado los ingredientes. «No pienso gastar nueve dólares en un lomo de salmón para que lo hagas puré». En el congelador había medio kilo de espaldilla que no habíamos usado en Navidad y me sugirió que hiciera algo con ella. Había guardado las albóndigas en un recipiente y el perejil picado en otro. Al menos, impresionaría a las chicas echándole hierbas frescas a la carne. Mi padre me había enseñado a acabar cualquier plato con algo verde. Le encantaba sustituir a la señora Paulson en Economía Doméstica cada vez que esta iba a tener un bebé. Cocinar era una de mis aficiones preferidas, pero había muerto con mi padre, que, junto conmigo, era el único de la familia que apreciaba la buena comida.

Suspiré, compadeciéndome de mí misma. Quizás pudiera congelarlas para la semana siguiente. El perejil no aguantaría, así que tendría que comprar más, pero el perejil es barato. Además, me estaba saliendo un grano muy feo en la mejilla. Acababa de empezar a tomar Acnotabs, una nueva medicación que anunciaban en ese mismo número de *Cuidando bien de tu casa*. «Para combatir el acné en su origen, es decir, el interior de tu cuerpo». Se suponía que empezaría a ver mejoras en dos o tres semanas. Quizás la semana siguiente pudiera asistir al grupo de duelo sin tener que preocuparme por buscar un sitio a oscuras para sentarme. Y, desde luego, para cuando se celebrara la ceremonia de mi padre, sería una Ruth completamente nueva. Todos verían que había cambiado mucho en los últimos años y puede que dejaran de mirarme como hasta entonces..., como si fuera frágil y diera miedo al mismo tiempo.

Me sobresalté cuando tocaron en la ventanilla del coche. Alguien decía mi nombre.

—Eres Ruth, ¿verdad? ¿Ruth?

El cristal estaba empañado. Lo limpié y vi que se trataba de Tina, que me saludaba y no paraba de hablar y sonreír, aunque no alcanzaba a oír casi nada de lo que decía. Bajé la ventanilla.

—¡Me he quedado sin limpiador para el parabrisas! —y se palmeó la frente—. ¡Aquí siempre me pasa! Es que soy de Texas —comentó como si eso lo explicara todo—. Intento acostumbrarme a tanta lluvia.

El comentario me animó y dije:

—A decir verdad, llueve más en New Hampshire y en Florida que en el estado de Washington.

Tina se llevó una mano a la cadera y se rio como diciendo: «¡Pues vaya!».

—¡¿En serio?!
Asentí.
—Nos llevamos la fama de la lluvia, pero lo que no tenemos es buena presión de agua. Imagina una ducha. El agua se dispersa y parece que esté lloviendo todo el tiempo. Exceptuando junio, julio y agosto, claro está, momento del año en el que este es el sitio más bonito del mundo.
—Fascinante, la verdad. —Tina se mostró de acuerdo conmigo y nos sonreímos.
Mi madre salió de la tienda de la gasolinera. Llevaba la cabeza baja porque iba contando el cambio y, cuando la levantó y me vio sonriendo a una mujer que no conocía, aceleró el paso.
—¿Ruth? —dijo vacilante cuando estuvo a una distancia suficiente como para que la oyera.
Tina se dio la vuelta.
—¡Ah, hola, soy Martina Cannon! Tina, si lo prefiere. Estoy en el grupo de duelo de Ruth.
Mi madre levantó el mentón imperiosamente y aceptó la mano que le tendía Tina como si para aquella desconocida fuera un gran honor conocerla.
—Soy Shirley Wachowsky, la madre de Ruth.
—Siento mucho su pérdida.
Mi madre aceptó las condolencias con un suspiro de fatiga.
—Gracias. No dejo de decirle a mi hija que soy yo la que debería asistir al grupo ese, pero con dos nietos, ¿quién tiene tiempo?
La risa que soltó a continuación sonó absurdamente modesta. Tener dos nietos no era para nada agotador.
—¡Ah! —exclamó Tina—. No sabía que tuviera usted dificultades en la relación con su marido.
«¡Toma ya!». Me llevé la mano a la boca y ahogué la risa de sorpresa en la garganta. Nadie había destruido jamás a mi madre con un aire de despreocupación tal.
Mi madre se rehízo y se puso tiesa, aunque no era muy alta.
—No tengo muy claro qué quiere decir con eso, pero tenemos que irnos. —Rodeó a Tina y se subió el bolso al hombro y lo sujetó cerca del cuerpo como si Tina fuera una mendiga y cupiera la posibilidad de que fuera a intentar robárselo.
Tina se despidió de mí con la mano.
—Nos vemos ahora —me dijo. Luego, me guiñó el ojo.
Mi madre me lanzó una advertencia mordaz sin palabras a través

del parabrisas, pero me dio igual e hice lo que quería hacer.

—Oye, Tina, ¿te importaría llevarme?

Tina conducía un Cadillac que apestaba a tabaco. Apartó un montón de libros de texto que llevaba en el asiento del copiloto y me senté con el recipiente de albóndigas en el regazo y así permanecí mientras Tina tomaba las curvas de Squak Mountain demasiado rápido, teniendo en cuenta que estaba lloviendo. Me maravillaba pensando en qué fuerzas estarían actuando en ese momento en el mundo para que ella y yo estuviéramos dirigiéndonos al mismo sitio, con ella al volante. Estaba claro que Tina había sufrido una gran tragedia en la vida, pero ahí estaba ella, con su coche, sus libros y su libertad. A veces, todo parecía muy sencillo; como haber vuelto a casa de mi madre después del divorcio para recuperarme y ayudar a mi madre a recuperarse de lo de mi padre. Sin embargo, ya habían pasado ocho meses y sabía que debería volver a la universidad, conseguir un buen trabajo y largarme de allí. Yo era una mujer adulta y mi madre también. Le iría bien sin mí y a mí sin ella. Pero, si tan sencillo era, ¿por qué no conseguía poner orden en mi vida?

—Tu madre es tal y como me la imaginaba —comentó Tina.

En la parte baja del estómago sentí una sensación que no identifiqué y que preferí no tratar de identificar. Tina había estado pensando en mí.

—¿Te habías parado a imaginarla?

—Tal y como lo dices, parece que sea una acosadora.

Alcancé a ver una parte de la sonrisa de Tina. Daba igual cómo le diera la luz, no le importaba el aspecto que tuviera. La gente con una buena piel no se hace a la idea de la agonía que padecemos los demás. Me sentí agradecida por las largas sombras de los pinos a medida que serpenteábamos hacia nuestro destino, pero aquella no era forma de vivir, buscando el rincón más oscuro de cada habitación, contando los minutos hasta que la luz del día hiciera el cambio de turno con la noche, que no tiene amigos.

—No sé..., como hablaste de tu ex el otro día y no llegaste a mencionar a tu familia..., enseguida pensé que tu madre tenía que ser una bruja, como la mía. Hace dos años que no hablamos.

No era capaz de concebir estar dos años sin hablar con mi madre. Algo así la destruiría.

—Oh..., no, no es ninguna bruja —la defendí.

—Ah, ¿no?

—A veces discutimos, sí, pero nos queremos.

Me pareció que el silencio de Tina ponía en duda mis palabras.

—No es ofensiva conmigo ni nada por el estilo.

—¡Ja! —ladró Tina—. Llegó un momento en que yo también me decía eso. Veo que nos parecemos mucho.

No estaba segura, pero no quería discutir. Apenas nos conocíamos.

—Y, cuando tu marido murió, ¿tampoco hablasteis?

—Esa es la razón de que ya no hablemos —respondió Tina mientras dejaba atrás el *stop* que había en el giro de la calle de Frances—. Es una historia muy larga, pero seguro que antes o después te la cuento; ¡se la cuento a todo el mundo! —Se rio de sí misma—. Gracias a Frances, ya no me avergüenzo de ello.

—¿Y tu padre?

—Sí, con él hablo, pero se lo tiene que ocultar a mi madre o se arrepentiría. Así que no hablamos mucho. No es de esas personas a las que puedes llamar a las tres de la madrugada, cuando estás tan triste que piensas que podrías...

Un zorro se nos cruzó en la carretera y Tina pisó el freno a fondo. Yo elegí salvar las albóndigas y fue el bolso lo que se me cayó. Su contenido se derramó sobre los libros de texto que tenía a los pies.

—¿Estás bien? —me preguntó Tina jadeando y cogiéndome la muñeca.

Yo puse bien el recipiente de las albóndigas de tal manera que la sacudí a ella sin que, en realidad, fuera necesario que la sacudiera.

—Estoy bien.

—Perdona —me dijo Tina, aunque no me quedó claro si se disculpaba por el frenazo o por haberme tocado.

Aparcamos junto a la acera, frente a la casa de Frances y Tina apagó el motor y nos quedamos mirando cómo las demás se apresuraban del coche a la puerta con la chaqueta por encima de la cabeza para protegerse de aquella niebla infinita.

—Doy gracias a Dios por Frances e Irene. Sin duda, son todo lo que tengo.

—¿Irene? —repetí confundida—. ¿Quién es Irene?

En vez de responder, Tina se volvió para examinarme mientras se desabrochaba el cinturón de seguridad. No sé a qué prueba me estaría sometiendo, pero está claro que no la superaría, porque, de pronto, su tono sonaba vago.

—Una amiga.

Esa noche, en la pizarra ponía: «Me gustaría que alguien dijera...». Tina añadió una corrección antes de que nadie respondiera:

—Recordad que también puede ser algo que os gustaría que la gente dejara de decir.

Frances sonrió de manera que nos hizo ver que Tina y ella habían estado hablando de cómo presentar esa entrada.

—Las entradas sirven para que penséis en vuestro ser querido y en vuestra pena de forma dinámica —apuntó Frances—, pero bajo ningún concepto han de considerarse prescriptivas. —Se volvió hacia una mujer con una vieja sudadera de UCLA que iba por la tercera albóndiga. ¡Habían sido todo un éxito!—. Sharon, ¿te gustaría empezar?

Y así fuimos hablando todas, una a una. Sharon quería que la gente dejara de decirle que aún era lo bastante joven como para tener otro hijo.

—Quizá no quiera tener más hijos. Ya he pasado dos veces por ello y, desde luego, no es como ir a un balneario.

Me di cuenta de lo ansiosa que estaba porque llegáramos a Tina, quien había ajustado la entrada de aquel día. La mujer se abrazaba las rodillas contra el pecho y tenía la barbilla apoyada en las rodillas, observando a aquellas mujeres furiosas con evidente placer. Cuando le tocó hablar, no cambió de posición. Su barbilla no dejaba de rascar sus vaqueros mientras miraba ensoñadoramente los cuadros y hablaba con voz serena:

—En parte, estoy con Sharon. Me gustaría que la gente dejara de decirme que es hora de pasar página. En realidad, es por cómo lo dicen. Es casi como si fuera... una felicitación. Me recuerda a aquella vez que perdí mucho peso y hasta el médico me decía: «Buen trabajo, Tina, pero ya es suficiente. Tampoco hay que llevarlo muy lejos». No obstante, sonreía. Lo aprobaba. El primer año después de la muerte de Ed no quedé con nadie. No me pinté los labios. No mostré interés en nadie. La gente estaba orgullosísima de mí: «Fijaos, Tina está tan devastada por la muerte de Ed que hasta se ha dejado y está fea».

Tina hizo una pausa porque una de las mujeres se echó a reír ante la hilarante sugerencia de que alguien pudiera considerarla fea. Era frecuente que Tina hiciera referencia a lo guapa que era, pero siempre de una manera en que te llevaba a pensar que lo consideraba un defecto, como hacen algunas mujeres cuando engordan: son conscientes de que tienen un problema pero quieren que sepas que están trabajando en ello.

—Pronto será el segundo aniversario —continuó Tina— y la gente ha empezado a decirme: «Es hora de pasar página». Igual que la manera en que me hablaba el médico. Como si hubiera hecho un estupendo trabajo penando… Y me gustaría que parasen, porque no se ha parecido en nada a un trabajo. No tengo ningún interés en reemplazar a Ed. No quiero volver a casarme.

—Entonces, ¿no quieres tener hijos? —le preguntó alguien, o puede que la pregunta me la hiciera yo. En cualquier caso, detecté cierto tono de envidia… o puede que de anhelo.

—Cuanto más entiendo mi vida desde el punto de vista del psicoanálisis, más claro tengo cuál es mi verdadero propósito. No puedo asegurarlo, porque no soy madre, pero vosotras significáis mucho para mí, tanto como supongo que significaría un hijo. Ayudar a otras mujeres a liberarse para que aprendan a tomar decisiones que las hagan felices en vez de tener que preocuparse por hacer felices a quienes les rodean, eso me llena.

Se hizo un silencio largo, como enternecedor, y me pregunté si todas las demás se sentirían como yo, tan impresionadas y anhelantes. No era capaz de imaginar mayor satisfacción que saber que estabas dedicándote a aquello para lo que habías nacido. Yo no sabía aún qué era lo mío, pero tenía bastante claro que no tenía nada que ver con la vida que habría llevado en caso de haber seguido casada con C. J.

Esa noche, cuando mi madre me recogió, me mostré fría con ella. La invitación a la ceremonia en honor a mi padre estaba en el asiento del copiloto, como si mis padres hubieran estado juntos en el coche, hablando de mis problemas y de cómo arreglarlos. Mi madre le habría estado diciendo que lo habían hecho como él había querido —por las buenas— y que se fijara en adónde me había llevado eso.

—Tu amiga es muy ruidosa —me dijo mi madre para romper lo que empezaba a parecer un punto muerto. Por lo general, y como no soportaba que ella estuviera molesta conmigo, era yo la que rompía el silencio, pero en aquel momento me di cuenta de lo fácil que había sido darle la vuelta a la tortilla. No podía creer que no lo hubiera probado antes—. Martina, ¿no?

—Tina.

—¿Qué le ha pasado? ¿Por qué asiste ella?

Por un instante me sentí tentada de no contárselo, pero me pareció que no iba a soportar su reacción.

—Su marido murió.

Mi madre hizo lo que ya sabía que iba a hacer, lo de chistar, como si regañara a la cruel telaraña del universo al tiempo que se resignaba a estar atrapada en ella, en aquellas hebras sedosas y pegajosas. Pasó por encima del bache que el ayuntamiento había decidido rellenar el invierno pasado y yo sujeté con fuerza el recipiente de comida vacío. Las chicas habían acabado con las albóndigas en cuestión de minutos y me habían exigido que les contara el secreto. Había engordado de orgullo mientras se lo contaba. «¡¿Yogur?!», repetían incrédulas, como si quisieran hacerme ver que jamás habrían sido capaces de imaginarlo.

—Ya... —Mi madre sorbió—. Es muy guapa. Y lo sabe. Eso no es atractivo, pero a los hombres les da igual —Mi madre, lo opuesto a la belleza, se aclaró la garganta para deshacerse de una persistente flema invernal.

—Se ha ofrecido a llevarme a las sesiones a partir de ahora —solté a toda prisa antes de que perdiera el valor de decirlo—. Vive en Clyde Hill, así que le pilla de camino.

—No la molestes, Ruth. ¿Es que no tiene hijos?

—No. Está estudiando para ser terapeuta.

—Ah —El tono de voz de mi madre era de esos de «ahora lo entiendo todo» y, cuando la miré, asentía, como satisfecha.

—¿Qué pasa?

—Pues que los terapeutas necesitan clientes, ¿no? Así es como se ganan la vida.

Lo que implicaban sus palabras era como una bofetada de revés. Pensé en lo que había dicho Tina en la reunión, en eso de que ayudar a otras mujeres era su verdadero propósito en la vida, lo que la llenaba. Me sentí como una tonta. Tina no quería ser mi amiga, quería psicoanalizarme. Mi madre fue lo bastante sensible como para no decir el resto de la frase en alto, la parte en la que ambas estábamos pensando mientras ella aparcaba en el camino de entrada de casa, que yo había cubierto de sal antes de irnos.

Yo también la necesitaba.

PAMELA

JACKSONVILLE, FLORIDA
DÍA 6

Visto en un mapa, el recorrido de Tallahassee a Jacksonville —que queda al este— es prácticamente recto y, como quien dice, en la vida real, también. Había veces en las que los pinos parecían árboles de Navidad, pero en otras eran flacuchos y apenas tenían hojas, únicamente con la copa decorosa y, curiosamente, recordaban a las palmeras del condado vecino. El día del funeral de Denise, pasaban a toda prisa por la ventanilla del Bronco de Brian, creciendo tanto en comunidades segregadas como en otras densamente pobladas.

Neil Young sonaba en el ocho pistas. «Old Man» me rompía el corazón mientras yo copiaba el informe de la policía, palabra por palabra, en la sección de «Pruebas del crimen» del formulario de compensación para las víctimas. Había necesitado catorce llamadas a la comisaría y tres visitas del estilo «¡Es que pasaba por aquí!» para conseguir que me dieran una copia y, si no estaba franqueada antes de medianoche, quedaría fuera de plazo.

Mi bolígrafo pegó un salto sobre la hoja. Levanté la mirada y me fijé en que Brian estaba cruzando los carriles, amplios y vacíos, para salir por la siguiente salida.

—Tengo que hacer un pis —me dijo.

Suspiré.

—¿No puedes aguantar? —Le había prometido a la señora Andora que estaría en su puerta a las nueve en punto para ayudarle a limpiar y preparar la casa para la recepción del funeral.

—La verdad es que no —respondió mientras dejaba el Bronco en el aparcamiento de los guardabosques del Área de Gestión de la Vida Salvaje. Miró a un lado y a otro. Había otro coche aparcado un poco más lejos—. ¿Te importa quedarte sola un minuto?

Yo también tenía pis, pero podía aguantarme.

—Date prisa —le pedí y pasé a la siguiente página del informe de la policía. Era consciente de que escribiría mucho más rápido mientras estuviéramos parados.

La sección nueve preguntaba sobre la fuente de información de referencia. Puse al padre de Brian. Cuando llegué a lo de qué tipo de relación nos unía, hice una pausa. Sería mi suegro no dentro de mucho. La idea era prometernos nada más graduarnos, de manera que, en otoño, pudiéramos vivir en los nuevos dormitorios para matrimonios de Shorebird. De momento, preferí poner «Amiga de la familia».

—¡Solo me queda una sección! —le comenté a Brian cuando entró en el coche.

—¡Y vas a llegar por los pelos!

—Deberían de darte más tiempo.

—Es como cobrar un cheque —comentó Brian mientras volvía a entrar en la autopista—. Si esperas demasiado, es probable que la persona no tenga prevista la cantidad que va a salir. Si no tienes plazo límite, no pueden gestionar bien los fondos.

Tenía razón.

—«Sección Diez» —leí en alto—. «Tipo de compensación solicitada para las víctimas». —Estudié las opciones: invalidez; pérdida del salario; daños a la propiedad; asistencia con la mudanza por agresión sexual; asistencia con la indemnización por agresión sexual.

Puse una equis en la caja correspondiente a «Daños a la propiedad» e hice una pausa en la que no dejé de golpetearme los labios con la punta redondeada del bolígrafo.

—¿Crees que también podría marcar lo de la mudanza? Pone que es por abuso sexual, pero es que tanto las que se han ido a casa como las que están en hoteles están teniendo muchos gastos extra.

Brian arrugó la cara.

—Como no estoy seguro, pondría que no, no vaya a ser que les estés dando una razón para que os la denieguen.

Mi bolígrafo dibujaba una equis imaginaria sobre la página.

—Eso es verdad.

—Es que, a decir verdad, a ninguna la han violado.

—No —respondí a toda prisa—, pero creo que también se podía tener en cuenta que el crimen fuera de naturaleza sexual o algo por el estilo.

—Pero es que eso tampoco es seguro.

Recordé las bragas de Denise en el suelo.

—Vale. —Y dejé la casilla sin marcar.

Un coche nos adelantó a gran velocidad y el conductor tocó el claxon. Brian lo saludó levantando la mano por encima del espejo

retrovisor.

—Era Steve —me dijo. Steve era uno de los hermanos de su fraternidad, que seguramente también iba camino al funeral—. Era el que estaba aparcado donde los guardabosques.

Asentí mientras firmaba el formulario con floritura. No le estaba prestando mucha atención.

—Me ha dicho que Roger ha intentado venir con él.

Eso sí que lo escuché claramente.

—¿Lo dices en serio?

Brian puso la típica mueca de «me temo que sí». Después de que el problemático pasado de Roger saliera a la luz en la prensa, la UEF lo había expulsado y los hermanos de la fraternidad le habían hecho las maletas y las habían dejado en la acera. Aunque había sido interrogado durante casi cuarenta y ocho horas, el sheriff Cruso no tuvo más remedio que ponerlo en libertad; no había ninguna prueba para mantenerlo entre rejas. Me enteré de que se había ido con un primo que vivía en Pensacola.

—¿Crees que aparecerá? —Me mordí el labio pensando en lo terrible que sería para los Andora que Roger montara una escena. En lo terrible que sería para Bernadette.

—¿La verdad? —Brian se apartó cuando fui a peinarle un mechón. Le había pedido que se cortara el pelo para el funeral, a lo que él me había respondido: «¿Y si lo dejamos en un "ni para ti ni para mí"?», que consistía en peinárselo apartándoselo de la cara—. Creo que existe la posibilidad. Se lo ha tomado muy mal. Lo de perder a Denise.

—Hum —murmuré con tono neutral. No me apetecía discutir con Brian, pero estaba a punto de ver a los padres de Denise por primera vez desde la muerte de su única hija; unas personas que no es que se lo estuvieran tomando mal... es que eran incapaces de afrontar lo que había sucedido. Que estaban rotas.

—Sé que ha mentido. Sé que ha hecho muchas cosas malas y, no sé, tal vez incluso haya hecho esto..., pero sinceramente no puedo evitar sentir lástima por él.

—... Brian. —No me lo podía creer.

—No puedo evitarlo, Pamela.

Me daba igual que a Brian le diera pena Roger. A mí me daba pena todo el mundo, en todo momento, en especial, la gente que había hecho algo por lo que debería sentirse mal pero que, por alguna razón, no se sentía mal. Lo que me preocupaba era que Brian creyera que había alguna posibilidad de que Roger fuera el culpable. Que pensara

que estaba confundida sobre quién había visto en el vestíbulo, frente a la puerta.

—Roger ha hecho muchas cosas malas, y ni siquiera sabes la mitad —dije bruscamente—, pero esto no lo hizo él.

—No vamos a ponernos de acuerdo —Y se encogió de hombros, como si estuviéramos discutiendo sobre aquella falta tan dudosa que el árbitro había pitado en la Super Bowl el fin de semana anterior y que había permitido que los Cowboys se llevaran la victoria.

La casa de los padres de Denise era de color amarillo pastel, con un porche inferior y otro superior, ambos con varias entradas, y una palmera baja y gruesa en el jardín delantero de la que aún no habían quitado las luces de Navidad.

—Te espero en el coche —me dijo Brian al ver esas luces.

A mí también me dejaron sin aliento. La señora Andora siempre estaba preocupada por lo que dirían los demás y, aun así, no había tenido la fuerza para quitar las luces de Navidad antes de que un centenar de personas aparecieran en su casa.

Dentro, Denise estaba en todas partes. Sus padres solían llevarla a hacerse fotografías profesionales cada agosto, antes de que empezara el año académico, desde el jardín de infancia. Denise y yo solíamos reírnos de ese día en el que entraría cojeando en un estudio de fotografía Sears, apoyándose en un bastón, con noventa años..., pero había muerto décadas antes de que le saliera la primera cana.

Trish, la tía de Denise, me fue indicando qué hacer durante las siguientes horas. Me tuvo limpiando las cortinas, moviendo todas las sillas de la casa al salón y aliñando una ensalada de frutas —algo que no sabía que se hiciera hasta que empecé a estudiar en una universidad del sur—. Ella aparecía de vez en cuando para corregir lo que estaba haciendo mal y para indicarme qué tendría que hacer a continuación. Cada vez que escuchaba sus pasos, contenía la respiración, pensando que podía ser la madre de Denise. Sin embargo, estuve toda la mañana en aquella bonita casa amarilla, barriendo y fregando, y la única prueba de que la señora Andora estaba allí fue el sonido del secador de pelo en el piso de arriba. Recuerdo que pensé que, si ella tenía fuerzas para secarse el pelo, yo no tenía excusa para no haberme levantado de la cama esa mañana.

Sonó el teléfono y la tía Trish contestó:

—Residencia de los Andora. —Me pasó el salero y me indicó que

siguiera salando el melón—. No, no soy la señora Andora. Por favor, ¿quién es usted?

Fui a coger el salero, pero me di cuenta de que los nudillos de la tía Trish se habían tensado alrededor de él. Nos quedamos allí, sujetando con cierta incomodidad el botecito de sal como si fuera una especie de bastón de mando, mientras ella hablaba con la persona al otro lado de la línea con un tono amable que nunca había utilizado conmigo:

—Si vuelve a llamar —empezó a decir la tía Trish con una sonrisa de club de campo—, haré que lo arresten. Adiós.

Estaba a punto de colgar el teléfono con fuerza, pero se contuvo en el último momento y lo depositó con delicadeza en la horquilla, temblando.

Me moría por preguntarle quién había llamado, qué quería, pero conocía lo suficiente a esa mujer como para saber que me diría que me metiera en mis asuntos.

—¿Era él?

La tía Trish y yo nos miramos al oír la voz de la señora Andora, que estaba allí, en la puerta de la cocina. Siempre había sido delgada, pero esa mañana del funeral de Denise la vi esquelética. Tenía la piel grisácea y laxa, y se le veía una tira del sujetador, que parecía que estuviera sucia.

La tía Trish recuperó la compostura y se obligó a poner cara de pura competencia.

—No volverá a llamar. —Se acercó a ella y le escondió la tira del sujetador.

—¿Lo has leído? —La señora Andora me miraba por encima del hombro de su cuñada con una mirada desafiante.

Asentí, petrificada. La entrevista con el sheriff Cruso había sido devastadora.

«Creemos que el asesino había planeado el ataque, que eligió a Denise Andora como primera víctima y que estuvo un tiempo vigilando sus movimientos —le había explicado al reportero del *Tampa Bay Times*—. El diseño de la casa de la sororidad de Seminole Street, donde vivían cuatro de las cinco víctimas, permite a un observador saber en qué habitación reside cada una de las chicas. Todas las habitaciones de la segunda planta tienen ventanas enormes. Cualquier persona que espere un rato después de que alguna de las chicas entre en la casa por la noche, verá qué habitación se ilumina».

Cuando le preguntaron por qué el asesino había elegido a Denise,

el sheriff Cruso se había pasado una mano por la cara antes de responder: «Me duele que la familia Andora pueda sentirse mal, pero... digamos que Denise conocía a mucha gente. Creemos que, lo más probable, es que fuera uno de sus conocidos y que las demás chicas fueran daños colaterales».

Denise conocía a mucha gente. Era precisamente esa forma tan educada de decirlo lo que hacía que pareciera inapropiado. Denise era hermosa y muchos le pedían citas. Además, Denise disfrutaba del sexo, una cualidad que personalmente aún admiro en ella hoy en día. Era precisamente ese baile alrededor de la verdad lo que hacía parecer que Denise tenía algo de qué avergonzarse, algo que daba a los demás la licencia para culparla... y te aseguro que no fueron pocos los que lo hicieron.

—Recuerda que hoy lo dejaremos todo claro —le dijo la tía Trish a la señora Andora mientras le daba palmaditas en el brazo.

—¿Puedo ayudar? —pregunté.

La tía Trish miró a la señora Andora, que asintió.

—Hay un periodista del *Tallahassee Democrat* que quiere escribir un artículo sobre Denise —me dijo la tía Trish—. Le hemos dicho que venga después del entierro. Quiere hablar contigo sobre Denise. Quiere saber quién era realmente, que se lo cuente su mejor amiga y la presidenta de la sororidad con mejores notas del campus.

Me llevé las manos a las caderas y respondí apesadumbrada:

—Me han dicho que no hable con la prensa.

—¿Quién? —La tía Trish se rio impetuosamente; quienquiera que hubiera dicho aquello estaba equivocada de parte a parte.

—Una exalumna. Se llama...

—Tú eres la presidenta, pensaba que tú decidías.

—Solo en ciertos asuntos.

—La gente nos mira como si fuera culpa nuestra, Pamela —comentó la señora Andora con un tono de súplica que no encajaba con ella. Aquella mujer vivía la vida con ímpetu. Era una guasona que parecía tener una broma privada con cada uno de sus conocidos. A mí siempre me había parecido que había cierta rebeldía en las mujeres graciosas, pero el Acusado le había arrebatado el humor cuando le había arrebatado a Denise—. Los Shepherd nos han pedido que no asistamos al funeral de Robbie. —La señora Andora miraba al suelo mientras decía esa última frase, y recordé que la humillación pública seguía siendo punible en algunos países.

—Tú viste a aquel hombre —No era necesario que la tía Trish me

lo recordara—. Tú eres la única que puede asegurar que no se trataba de ningún conocido de Denise.

Me mordí el interior de la boca. Me sentía dividida en dos.

—Pon la ensalada de frutas en un bol bonito —me dijo la tía Trish como si con eso quedara todo decidido, y luego resopló, buscando cómo rectificar alguna otra de mis tareas. La antigua señora Andora habría puesto los ojos en blanco, me habría susurrado algún comentario ingenioso y se habría reído conmigo. Esta señora Andora miraba la casa como si odiara cada centímetro cuadrado de ella.

—¿Qué pensaría Denise de todo esto? —preguntó en voz alta, mirando con desdén alrededor.

Seguí su mirada: las flores, la comida, las sillas de plástico de alquiler que habíamos puesto en la sala de estar para tener más asientos.

—Todavía estaría arriba, peinándose, y no habría visto nada de esto —comenté.

Respiré aliviada cuando la señora Andora asintió para mostrarse de acuerdo conmigo. Había hecho el comentario adecuado, aquel que le dejaba claro que conocía a la misma Denise que ella.

—¿Sabes que les he dicho a todos que nada de lilas porque Denise es alérgica a las lilas? —La mujer se echó a reír, apretando y soltando su largo y fino cuello con una mano, una y otra vez, como si a cada segundo tuviera que decidir si permitirse seguir respirando o no—. No quería que..., si resultaba que entraba por esa puerta, se pusiera a estornudar. Hasta este momento aún no me lo creo del todo.

Pensé a toda prisa en algo adecuado que decir una vez más, pero lo único que se me ocurrió fue aquello que la mujer iba a escuchar una y otra vez a lo largo del día hasta que perdiera sentido:

—Lo siento mucho, señora Andora.

Di un paso adelante, tímidamente, preguntándome si debería ofrecerme a abrazarla, pero la mujer levantó una mano: «Para. No te acerques más».

—Tú estabas allí —me dijo como sorprendida, como si acabara de darse cuenta, como si ni siquiera hubiera escuchado el tópico carente de valor que acababa de salir de mi boca—, y Denise tenía que estar con alguien a quien quería en el final de su vida. Alguien a quien no le importara ni el olor ni cómo sonara. —Me miró a los ojos y me di cuenta de que había luz en los suyos. De que había escuchado mi disculpa y que estaba haciendo lo imposible por perdonarme—. Debería haber sido yo, pero, al menos, fuiste tú. Así que tranquila,

Pamela.

Casi nadie sabe que Denise y Robbie están enterradas en el mismo cementerio y que sus funerales se celebraron con un solo día de diferencia, ambos en días fríos y húmedos de Jacksonville, Florida. El nuevo Holiday Inn de San Marco, con su planta circular, ofreció a los periodistas un trato a cambio de promoción: dos noches por el precio de una. Tropecé con el cable de una cámara mientras dejaba atrás a Denise, en su ataúd de acero seco gracias a la capa espinosa de rosas que habíamos dejado caer encima.

—Al menos la lluvia ha aguantado hasta los minutos finales —comentó Brian mientras regresábamos al coche.

—Sí —respondí con un tono de voz plano.

Algunas partes del funeral habían sido más llevaderas de lo que había imaginado, pero las que habían sido malas me habían hecho polvo. Las integrantes de la Casa nos habíamos reunido alrededor de Denise y, mientras la bajaban, le habíamos cantado una canción que Denise había aprendido por una promesa, la canción que se suponía que cantaríamos todas cuando nos graduáramos y en la boda de las demás. No había podido dejar de pensar en el día en que las iniciadas nos reunimos en una de las salas de ensayo del nuevo Ruby Diamond Concert Hall para practicar. La canción empezaba y acababa con un solo, y Denise se había presentado voluntaria para cantarlo mientras se jactaba de la voz tan bonita que tenía. Nos preparamos todas para una interpretación conmovedora, pero, como quien dice, nos caímos al suelo de la risa cuando Denise abrió la boca y rebuznó el primer verso. «¿Quién te ha dicho que sabes cantar?». Nos faltaba el aliento y se nos caían las lágrimas mientras Denise nos miraba, confundida. «¡Pues todo el mundo!», nos respondió a gritos y, en ese momento, las risas se convirtieron en carcajadas inconsolables. «Pues te han mentido», consiguió decir una de nosotras y Denise le sacó el dedo, pero también se estaba riendo. Y me di cuenta de que, cada vez que quisiera traer a Denise a mi memoria, pensaría: «Vas a morir dentro de poco», así que ya no iba a querer verla nunca más. Los recuerdos que tenía de Denise hacían que me sintiera como si le estuviera ocultando un secreto terrible.

Oí mi nombre y Brian me cogió de la mano con aire protector, sin dejar de mirar a los periodistas, que se estaban alejando de sus cámaras —que seguían junto a la tumba—, haciendo como que

volvían al coche cuando, en realidad, lo que pretendían era oír lo que decíamos, invadir nuestra intimidad, ajustando sus despiadados ángulos.

—¡Pamela! —resolló Tina.

La mujer tuvo que correr para alcanzarme. Por el rabillo del ojo, me fijé en que llevaba una pila de programas del funeral y me pareció raro.

—No sabía que hubieras venido —le dije secamente.

Me fijé muy bien en la manera en que Brian la miraba, en cómo luego me miraba a mí y volvía a mirar a Tina, como si le debiera una explicación de quién era esa mujer y de qué la conocía. Cualquier cosa que dijera, sin embargo, no serviría más que para recordarme, condescendientemente, que no era mi trabajo investigar un doble homicidio, que debía calmarme y confiar en que la policía detuviera al que había metido a Denise bajo tierra setenta años antes de tiempo. Cada vez que me soltaba alguna versión de aquello, lo hacía con cierto tono de irritación, como si pensara: «¿Por qué tienes que insistir en hacerlo todo aún más difícil de lo que ya es?».

—No me has devuelto las llamadas —me dijo Tina mientras me seguía el ritmo, de forma que me sentí atrapada entre Brian y ella.

Brian llevaba tan girado el cuello que parecía un avestruz. Miraba a Tina desde arriba con una expresión que solo podría describir como territorial. ¿Cómo se atrevía esa preciosa mujer del sombrero —el de ese día era de fieltro negro y estaba a punto de convertirse en un chiste por la lluvia— a hablarme como si nos conociéramos desde hacía una década y no diez segundos?

—He estado muy ocupada —respondí sin dejar de mirar hacia delante.

En el periódico aparecería una fotografía de la gente abandonando el funeral en la que tanto Tina como Brian me miraban expectantes, como si mi voto fuera decisivo en un asunto importantísimo; y, en parte, así era.

Desconfiaba de Tina después de lo que me había dicho el sheriff: «Le aconsejo que no se quede a solas con esa mujer, Pamela. De hecho, le aconsejo que se aleje de ella cuanto pueda… por su propia seguridad».

—El viernes voy a ir a Colorado —me dijo Tina— y quiero que vengas conmigo.

Era una petición tan absurda que no pude evitar soltar una risa impaciente.

—¿Cómo dices?

—¿Ha dicho Colorado? —me preguntó Brian, ignorando deliberadamente a Tina, que, a su vez lo ignoraba a él.

Alcanzamos a un grupo de amigos del instituto de Denise y Tina les ofreció programas del funeral.

—Este hombre es muy peligroso —les dijo mientras los dejábamos atrás—. Por favor, avisad si lo veis.

Me fijé en los papeles que llevaba en la mano y me di cuenta de que no eran programas del funeral. Tina había hecho un cartel con la foto policial del Acusado. En letra grande se gritaba la pregunta que llevaba haciendo desde 1974: «¿Ha visto a este hombre?». Tina no había ido al funeral a honrar a Denise, sino a extender su propia versión de una vigilancia vecinal. Qué mal.

—¡¿Qué coño hay en Colorado!? —preguntó Brian, dirigiéndose a Tina por primera vez.

—La prisión de la que escapó —respondió Tina exasperada. No tenía tiempo para explicarlo de nuevo, y mucho menos a él.

—La prisión de la que escapó ¿quién? —Brian me apretó la mano con fuerza: «¡Hola, responde!»—. ¿De qué está hablando esta?

Tina se inclinó hacia mí y me dijo:

—Me alojo en el Days Inn de Tallahassee. ¡Menudo garito! Ven a verme cuando vuelvas.

—Es evidente que estás muy afectada, así que voy a pedirte amablemente que nos dejes en paz —le soltó Brian con ese tono gentil que había usado en alguna que otra ocasión a lo largo de los años, cuando lo consideraba necesario, es decir, cuando quería algo y no lo estaba consiguiendo. Un tono como de respeto. Con sus zancadas y el pelo hippie ese que llevaba, que se le estaba rizando por la humedad, de repente me pareció repugnante. Tan hipócrita como un legislador cristiano en un club de alterne.

—Ya que me lo pides amablemente —le dijo Tina antes de darme en el hombro con el suyo—. Habitación 203.

Y se fue.

Brian me pasó el brazo por los hombros y tiró de mí hacia él, posesivo.

—Joder, han dejado sueltas a las locas ¿o qué? —dijo.

Me sentía presionada por todos lados, como si mi piel estuviera tan tirante que se me fueran a abrir las costuras. Estábamos llegando adonde la tía Trish ayudaba a la madre de Denise a subir a la limusina y vi mi oportunidad. Me zafé del brazo de Brian y corrí hacia la señora

Andora justo a tiempo para proteger su cabeza con mi mano, como hacen los policías con los sospechosos antes de meterlos en la caja de metal del coche patrulla, de manera que, se pongan como se pongan, no se hagan daño.

Estaba acabando el segundo cuenco de ensalada de frutas cuando la tía Trish se me acercó por detrás.

—Te está esperando, Pamela.

Cuando me volví, me fijé en que se había dejado parte del pintalabios entre los dientes, probablemente porque había apretado demasiado al volver a pintarse los labios.

—No te olvides de hablar de la fe de Denise —me adoctrinó la mujer mientras me llevaba a la habitación que solía ser de Denise cuando era pequeña, con las paredes pintadas de lila y un edredón de mariposas. Un hombre extraño examinaba uno de los cuadros que Denise había colgado entre la ventana y una cómoda.

—¿Es de Denise? —me preguntó mientras se volvía hacia mí. Tenía un lápiz sobre la oreja, los ojos verdes, las cejas pobladas y oscuras y los dientes de caballo. No iba bien vestido; los pantalones eran demasiado cortos y la camisa demasiado larga. No pude evitar que se formara en mi cabeza aquel pensamiento tan snob, tan terrible…, pero es que parecía que se hubiera vestido con ropa de uno de esos contenedores del Ejército de Salvación.

—Eso está tejido.

—¿Y esto es diferente de lo que solía hacer Denise?

Esa era la clase de pregunta que le haces a un niño, fingiendo sorpresa con los ojos como platos.

—Denise pintaba para alguna de sus asignaturas, pero ese no era su verdadero talento.

El hombre cogió el lápiz de la oreja y se despeinó un rizo de su pelo castaño.

—Ah. —En esta ocasión, el interés parecía genuino—. ¿Y cuál era su verdadero talento?

—La conservación. Denise tenía un buen ojo.

La tía Trish apartó la mirada cuando el hombre echó mano a la cinturilla de los pantalones para sacar un cuaderno de notas y dejó a la vista su estómago durante unos instantes, junto con un resto de pelo oscuro.

—Buen ojo —repitió, apoyando el cuaderno de notas en el muslo

para escribir.

—Este señor es Carl Wallace —me explicó la tía Trish, enfatizando el nombre tal y como harías con un cliente importante en una cena de trabajo—. Es un periodista del *Tallahassee Democrat* con mucha experiencia.

Carl levantó la vista del cuaderno de notas y parpadeó para apartarse el pelo de los ojos.

—Gracias por acceder a hablar conmigo, Pamela. Solo estoy buscando un poco de trasfondo sobre la presidenta de la sororidad con las mejores notas del campus —miró a la tía Trish con aquellos grandes dientes asomando. Sin duda, ella era la más tenaz de sus fuentes— y la mejor amiga de Denise.

Me encogí de hombros, tratando de mantener la valentía aunque empezaba a sentir incomodidad en la boca del estómago.

—Claro. Será un placer ayudarle.

—Me encantaría que me hablaras un poco de Denise.

No sabía cómo responder a eso.

—¿Lo que sea?

El periodista se llevó una mano a la nuca y me miró con una sonrisa de medio lado, como si supiera que su petición era demasiado amplia. Tenía las manos enormes y callosas. «No es tan alto como Brian», pensé, como si quisiera rebatir el otro pensamiento que se estaba formando en mi cabeza: que, a veces, Brian me parecía un chiquillo de instituto al que aún no le había empezado a salir vello, pero que había pegado un estirón que le llevaba a caminar encogido, desgarbado.

—Lo que sea. —Carl golpeteó el cuaderno de notas con el lápiz pensando en alguna manera de ayudarme a empezar—. He visto la ropa preferida de Denise. ¿Por qué no me hablas un poco de eso? Me gusta empezar dándole una buena imagen al lector.

—Era meticulosa con su manera de vestir.

Me dio la impresión de que aquello fascinaba al periodista.

—Meticulosa. —Lo apuntó—. Gran palabra. ¿Estás estudiando Filología?

—Ciencias Políticas.

—Pamela va a ir a la Facultad de Derecho —comentó la tía Trish solemnemente.

—Mis padres lo habrían preferido a que estudiara Periodismo —comentó Carl como haciéndose de menos, lo que lo dejaba en una posición inmejorable para dejar caer la pregunta del millón—. ¿Y los

chicos y las citas?

—Denise no tenía tiempo para citas —interrumpió la tía Trish.

—¿Una chica tan guapa como Denise? —Carl se me quedó mirando el tiempo suficiente como para que llegara a apreciar destellos de amarillo felino en sus ojos—. No me lo creo.

—Muchos le pedían para salir —comenté con cuidado—, pero ella elegía muy bien con quién salía.

De momento, aquello apaciguó tanto a la tía Trish como al periodista, que siguió adelante:

—¿Y qué quería hacer Denise? He oído que tenía planeado trabajar en el nuevo Museo Dalí.

—Así es —dijo la tía Trish—. Tenemos una foto en la que está con Dalí. ¡Era su mayor admiradora!

—Me encantaría verla —comentó el periodista—, y cualquier otra fotografía de Denise que la familia quiera que incluya en el artículo.

La tía Trish me lanzó una mirada antes de marcharse: «Haz que nos sintamos orgullosos».

Cuando nos quedamos solos, Carl se puso las manos en las rodillas y me miró agachando ligeramente la cabeza.

—Se ha marchado la Gestapo —comentó entre susurros y se rio un poco.

Noté el estómago revuelto. El periodista que iba a escribir el artículo sobre Denise era capaz de ver que me habían conminado a que todo lo que dijera de ella fuera positivo. Sería mejor que pensara con rapidez.

—¿Qué edad tiene usted?

Carl se echó hacia atrás, sorprendido por la pregunta.

—¿Y eso?

Aproveché.

—Parece usted lo bastante joven como para haberse licenciado en esta misma década, lo que supondría que ha estudiado usted el periodismo moderno.

Carl cerró el cuaderno de notas y cruzó los brazos y esbozó una ligera sonrisa, como si acabara de decirle algo devastadoramente adorable.

—¿Qué sabes tú del periodismo moderno?

—Una de mis hermanas está estudiando para ser periodista y dice que no es tan objetivo como el periodismo tradicional.

—Que es subjetivo —intentó pincharme él.

—Me está preguntando usted sobre la vida romántica de Denise —

dije con la esperanza de sonar tan imponente como mi padre, el pez gordo—, en vez de concentrarse en las pruebas de calidad. —«Pruebas de calidad», cómo me gustaba aquel término; hacía que pareciera que sabía de lo que estaba hablando.

—¿Que son…?

—Que lo vi a él y que no era ningún conocido de Denise. Ninguna lo conocíamos.

—El ataque tiene toda la pinta de ser personal, si tenemos en cuenta que las heridas que le hizo a Denise eran especialmente brutales.

Pensé en la cara de dormidita que tenía mi amiga.

—No ha visto usted a las demás chicas.

El periodista me miró con cara rara.

—El verificador de información del *Democrat* ni siquiera está seguro de que pueda usar el término «violación» para describir lo que le hizo a Denise. Técnicamente, ¿es una violación? Seguro que tú sabes mejor que yo cómo lo define la ley.

Sentí como si se me descolgara la cara. Me balanceé adelante y atrás, como si la palabra me hubiera dejado grogui. No «violación», con esa podía; sino «técnicamente», esa era la que me había afectado.

—Por lo visto, el sheriff Cruso no quiere disgustarme.

Carl me contó entonces qué le habían hecho a Denise con el bote de laca para el cabello de Clairol que había comprado una semana antes. En el pasillo de productos de belleza de Walgreens, mientras comentaba: «Tengo entendido que Clairol aguanta mejor con la humedad que White Rain», Denise había elegido personalmente el objeto que le había perforado la vejiga y le había provocado un sangrado interno mortal. Me tapé la cara con las manos mientras pensaba en cómo Denise contraía el gesto cuando tenía dolores. El año anterior había pisado un clavo en el sótano cuando había bajado a buscar las decoraciones de Navidad. Le atravesó la suela del zapato y una de las hermanas, que estudiaba medicina, había apoyado la pierna de Denise en una caja de leche y le había dicho que mirara para otro lado. Recordé la fuerza con la que Denise me había apretado la mano y cómo me había mirado, con el gorro de Papá Noel que había encontrado entre las decoraciones y las guirnaldas de pino de plástico. Le temblaba el labio inferior y me pareció ver a la niña pequeña que se cayó de la bici. Con aquella cara en mi memoria, sofoqué un gemido, imaginando que esto tendría que haberle dolido muchísimo más.

—Habría que sentarlo en la silla por lo que le hizo —comentó el periodista. Noté odio en su voz.

Hipé en una única ocasión, en alto, dolorosamente, y tragué la bilis que acompañó al hipo. Era difícil digerir hasta qué punto era capaz el ser humano de imaginar formas de infligir sufrimiento.

—¿Va a poner eso en su artículo? Lo que le hizo a Denise. —Imaginé a la señora Andora leyendo lo que acababa de contarme aquel hombre con la mano en el cuello, como si quisiera detener la hemorragia de una herida mortal.

—No con el nivel de detalle con el que te lo he explicado a ti, pero la gente tiene miedo y quiere respuestas. Además, tengo que explicar que el nombre de Roger no ha salido de la nada. Fuiste tú quien habló de él.

Abrí la solapa de cuero de mi bolso.

—¿Podría enseñarle una cosa? —le pregunté mientras rebuscaba en el bolso hasta que encontré la copia del póster de SE BUSCA que me había dado Tina en el coche. Me quedé mirando cómo el periodista la leía, pasándose la lengua por aquellos dientes grandes, perplejo primero, intrigado después.

Buscado por el FBI

Nacido el 24 de noviembre de 1945 en Burlington, Vermont. De entre 1,75 metros y 1,80 metros de estatura. Esbelto. De piel amarillenta. Estudiante de Derecho. Tartamudea cuando se molesta.

PRECAUCIÓN:

El sospechoso es un universitario amante de la gimnasia con un historial de fugas. Se le busca después de escapar de prisión mientras cumplía condena por secuestro, y mientras esperaba juicio por un brutal crimen sexual en una estación de esquí de Colorado. Hay que considerar que va armado, que es peligroso y que hay riesgo de fuga.

El hombre de la fotografía estaba sin afeitar y necesitaba un corte de pelo. Tenía la mandíbula medio caída y ladeada; no se sabía si estaba abriendo la boca o cerrándola, como si acabara de decir algo justo antes de que la cámara disparara. Tenía unas cejas rebeldes y elevadas, lo que le hacía tres arrugas en la frente.

—¿De dónde has sacado esto?

El periodista quería saberlo y le hablé de Tina, le expliqué que había creído lo que me había contado, pero que no tenía claro que pudiera confiar en ella.

—Podría quedarme con esto. Investigar un poco. Buscarlos a él y a ella. Ver adónde llego —se ofreció el periodista.

Dudé. Aquello sonaba como a hacer equipo con él y no me parecía

que fuera prudente.

—¿Y dices que este hombre te vio?

Negué con la cabeza.

—No, miró hacia donde yo estaba, que es cuando le vi la cara, pero él no llegó a verme a mí.

—¿Por qué estás tan segura?

—Porque salió corriendo justo después.

—Quizá pensara que habías llamado a la policía. Quizá pensara que no le daba tiempo.

Sentí un escalofrío por la columna al pensar en las palabras del periodista; en que se necesitaba cierta cantidad de tiempo para hacer lo que habría querido hacerme.

—¿Me lo devuelve? —Y adelanté la mano. Quería el póster.

El periodista dudó unos instantes, pero me lo entregó. No es que quisiera quedármelo, lo que quería era arrancar una de las etiquetas de abajo.

—Escriba su número —le pedí, y me sonrojé de inmediato al escucharme decirle a un hombre que acababa de conocer que me diera su número de teléfono—. No quiero que llame usted a la Casa —añadí con mucha profesionalidad—. Supuestamente, no debería hablar con la prensa, pero me gustaría saber qué es lo que descubre.

El periodista escribió su número con las cejas enarcadas, divertido. Me guardé el pedazo de papel en el bolsillo.

—Denise consiguió un trabajo en el Museo Dalí para el que había mil candidatos —dije y me quedé esperando a que se diera cuenta de que le estaba ofreciendo material para su artículo, a que abriera su cuaderno de notas y lo escribiera. Quería que escribiera todo aquello que no iba a permitir que nadie olvidara de Denise—. Y lo consiguió, porque le dijo a Dalí que no debería ordenar sus obras cronológicamente en la galería, que es como se había expuesto el arte moderno durante buena parte del siglo pasado. Le dijo que eso era una deformación posmoderna del tiempo, algo que fascinó a un loco de la física como Dalí. Y se lo explicó todo en español. Estuvo semanas practicando delante del espejo. Cuando el público entre en el museo cuando se abra, a lo largo de este año, estará viendo la primera exposición acronológica de la historia y eso es gracias a Denise. Puede que Denise no haya vivido mucho —tragué saliva y noté la ensalada de frutas aliñada languideciendo en mi estómago—, pero ha dejado su impronta en el mundo.

Al día siguiente, cuando vio que Carl había escrito mi preciosa cita

como pie de una preciosa fotografía de Denise, la señora Andora hizo un ramo con algunas de las flores del funeral y me lo envió junto con una nota manuscrita: «Con mi más profunda gratitud». Carl escribió sobre Denise como si fuera un ser humano, lo que me dejó claro que podía confiar en él.

PAMELA

TALLAHASSEE, 2021
DÍA 15.826

Me despierto temprano en el hotel y voy caminando al campus con libélulas volando entre mis pies como destellos fosforescentes bajo el pálido sol de primavera. Veo que hay una visita al campus y me uno, aprendiendo cosas que probablemente debería saber sobre mi *alma mater*. Me entero de que la gran tienda roja circense se construyó en 1947 y ofrecía clases de trapecio y malabarismo con la intención de integrar a hombres y mujeres cuando la Universidad Estatal de Florida se convirtió en una institución mixta. Cuando llegamos al comedor, casi me caigo de culo al escuchar al estudiante que dirige la visita decir que la empleada de la cafetería conocida por repartir abrazos a todos sus «bebés» aún trabaja en el servicio de atención al cliente de la universidad y ha salido en la revista *Forbes*.

Me separo del grupo en el Pop Stop, que sigue estando en el mismo bungaló con los aleros colgantes que hay en diagonal con la Casa. El patio frontal está bordeado con plantas en macetas y dos universitarias están hablando del color de pelo que tendrán sus hijos en una mesa que queda justo debajo del ventilador de techo. Dentro hay mucha gente y la temperatura es más fresca a pesar del vapor de la cocina abierta. Pido una tortilla de queso y champiñones y un zumo de naranja. Mientras espero, me acerco a las paredes pintadas de blanco para leer lo que han escrito los estudiantes con rotulador negro desde los años cincuenta: su nombre y fecha de nacimiento, quién mola y quién no, a quién aman con ese amor que será para siempre. Aguzo la vista para ver si encuentro la letra de Denise en la esquina superior de uno de los separadores de las mesas del fondo, donde solía tomar café solo y practicar su español con uno de los cocineros. A lo largo de los años, otros estudiantes han escrito por encima de su cita de Dalí —unas palabras sobre el genio y la muerte, si no recuerdo mal —.

Oigo el número de mi pedido y salgo a la calle con la bandeja. Desde allí alcanzo a ver a las chicas entrar y salir de la Casa, que está

como a media manzana de distancia. Se me había ocurrido llamar a la puerta y decirles que estaba allí y… y… ¿qué? ¿Advertirles? Parece típico de una histérica. Al fin y al cabo, soy yo quien le obsesiona. Ahora bien, si no da conmigo, ¿lo pagará con ellas?

Como media tortilla, bebo el zumo y tiro el papel de plata aceitoso. Mi cita es a las once y sé muy bien que solo se tardan doce minutos en coche. Introduzco la dirección en Waze de camino a mi coche de alquiler por si acaso ahora hubiera más tráfico o por si el programa conoce algún atajo, pero, curiosamente, la voz automatizada me sugiere que vaya exactamente por donde pensaba ir.

RUTH

ISSAQUAH
INVIERNO DE 1974

Mi hermano me trajo a Allen, uno de sus hijos, un niño de siete u ocho años. El chico tenía los ojos pequeños y acuosos, como si estuviera enfermo o acabara de estar llorando. Creo que los tenía azules. Tenía la piel muy tersa sobre los frágiles huesos de la cara, por lo que se le veía la sangre vibrando por las verdes venas de sus sienes. Como todos los niños, era demasiado pequeño para cuidar de sí mismo, pero capaz de provocar una extrema destrucción emocional. Me había ofrecido a cuidarlo mientras mi hermano y mi cuñada llevaban a la niña, que aún era un bebé, a un médico especialista, porque mi madre había ido a disfrutar de la sombra de las hortensias del jardín de mi padre antes de que cayera la última helada; pero, en cuanto nos quedamos solos en la casa, me arrepentí. Allen me aterraba.

—¿Cómo es que eres mayor pero vives con la abuela? —me preguntó después de que hubiera conseguido sentarlo a la mesa de la cocina con unos papeles y unas ceras.

Consulté mi reloj. Apenas había pasado media hora desde que mi hermano lo había dejado. El médico especialista pasaba consulta en algún lugar de Utah. ¿Algo sobre una grieta, una operación, una boca? A mí me parecía que el bebé estaba bien. Ojalá me la hubieran dejado a ella en vez de a Allen. Lo cierto es que me gustaban los bebés, incluidos los consentidos, que, al parecer, era el caso de mi sobrina. A mí me parecía adorable cuando se le veía ese labio inferior gordito y se frotaba los ojos con sus puñitos regordetes. Mi cuñada, con un mechón de pelo en la boca, siempre estaba con que Allen había sido mucho mejor bebé.

—Porque, ahora mismo, la abuela necesita mi ayuda. —Abrí la nevera. Casi era la hora de comer—. ¿Te apetece un sándwich de jamón?

—Claro. —Y se rio.

¿Ese «claro» era al sándwich de jamón o era sarcástico en respuesta a lo primero que le había dicho, lo de que mi madre necesitaba

ayuda?

—Mi padre dice que te gustan las detenciones —comentó al tiempo que frotaba con más fuerza la cera rosa sobre el papel. La cera roja ya la había acabado.

Me había fijado en que había dudado antes de coger la rosa, como si simplemente tocarla pudiera hacerlo menos valiente. Dejé el jamón y la mayonesa en la encimera.

—Eso no tiene ningún sentido, Allen.

—Claro que sí.

Cogí el plato con una grieta en el centro, lo suficientemente profunda como para ir incubando el tipo de bacterias que te provocan una de esas desagradables diarreas.

—¿Sabes qué son las detenciones? Es cuando debes quedarte castigado después de clase porque has hecho algo malo. A nadie le gustan los castigos.

—Pues papá dice que haces cosas para llamar la atención.

Agarré un cuchillo. «Detención» no, «atención». Los niños odian la mayonesa, ¿verdad? La unté con generosidad en una rebanada, cogí una cebolla y empecé a cortarla muy fina.

—Dice que heriste tanto los sentimientos del abuelo que se murió.

Teníamos queso, pero no pensaba darle queso a aquel niño. Escondí la cebolla entre las lonchas de jamón y aplasté el sándwich para dejarlo bien plano.

—¿Quieres que te cuente una historia graciosa sobre tu padre?

Allen no respondió. Estaba ocupado pintando una parte del papel.

—Tu padre era el peor jugador del equipo de béisbol del colegio y a tu abuelo le daba mucha pena, así que le imploró al entrenador que lo sacara a jugar en un partido que estaba claro que iban a ganar. A tu padre estaban a punto de eliminarlo por *strikes* y sentía tanta vergüenza que se hizo pis encima. Todos los niños del otro equipo se rieron de él.

—Eres mala. Y fea. Mira lo fea que eres.

Allen levantó su dibujo. Me había hecho un retrato en el que mi cara estaba llena de marcas rojas y rosas. En aquel momento entendí a la perfección que la gente pegara a sus hijos.

Me acerqué al niño y dejé el plato bruscamente sobre la mesa.

—Cómete el sándwich.

De camino al baño oí al niño gritar y escupir de asco. Se había comido la cebolla.

Cuando quería desesperarme con mi reflejo, no había mejor lugar para hacerlo que el cuarto de baño de mi madre, donde la luz era tan intensa que parecía chisporrotear dentro de tu cráneo. A veces jugaba un juego horrible conmigo misma frente al espejo. ¿Qué prefería, un millón de dólares y huir con él, o tener un cutis perfecto? ¿Seguir casada con C. J. o no tener ni una sola marca? Todavía no había encontrado nada que elegir por encima de tener una piel bonita. ¿Qué decía eso de mí?

Es que estaba segura de que, sin acné, podría con la vida. Podría soportar los comentarios hirientes de mi propia familia. Dejaría de retorcerme hasta adoptar posturas antinaturales para esconder el lado de la cara que estuviera peor ese día —y es que me retorcía tanto que había empezado a tener dolores musculares crónicos—. Mi familia no estaría tan molesta conmigo si fuera guapa, o puede que su molestia me afectaría menos si no me sintiera fea todo el tiempo.

Abrí el grifo del agua caliente y dejé que corriera hasta que empezó a salir vapor. Tenía un grano al que le había salido cabeza a lo largo de la mañana. En todas las revistas te dicen que no te toques. Dicen que tocarte prolonga el tiempo que tarda en curarse la marca. Todo eso son mentiras que cuentan mujeres que casi nunca tienen la piel imperfecta. Los granos dejan marcas tanto si los tocas como si no, y desaparecen en uno o dos días si esperas a que llegue su punto máximo para explotarlos. Solo las novatas se tocan los granos cuando se están formando y sí, lo confirmo, alargará la vida del grano. Debería escribir un artículo para *Cosmopolitan*: «Cómo lidiar con los granos», por alguien que verdaderamente los tiene.

Me estaba limpiando una mezcla de sangre y una sustancia viscosa cuando oí el timbre de la puerta. La única indicación de que Allen había ido a responder fue el sonido de su silla raspando el suelo de linóleo de la cocina. Allen pesaba menos que una pluma, al igual que mi cuñada, que era pequeñita y adorable, y me miraba a través de esas pestañas rubias suyas como si yo fuera una solterona repugnante; aunque no siempre me había mirado así.

—¡Tía Ruth! —gritó Allen.

Me limpié la cara una vez más para la persona que estaba en la puerta. Era muy probable que fuera un vendedor de biblias... y cabía la posibilidad de que le comprara una. Nunca había sabido decirle que no a alguien tan desesperado. Además, una familia que decía que era tan católica..., no sé..., debería tener al menos una biblia en casa, ¿no?

Mientras me dirigía hacia la escalera, pensé que la frase «No

empieces a menos que tengas media hora libre» era una buena adición a mi artículo. Ese es el tiempo que tarda un grano en dejar de supurar, que es cuando puedes cubrirlo con base de maquillaje y polvos y seguir con tu día.

—¡Tía Ruuuth! —gritó Allen de nuevo, esta vez como si me estuviera pinchando, como si pensara que había encontrado un escondite donde sería incapaz de encontrarlo. Como si estuviéramos jugando al escondite.

—¡Ya voooy! —respondí con el mismo tono.

Cuando había bajado la mitad de las escaleras, me detuve y me llevé la mano a la barbilla, aterrada. ¿Me habrían visto ya o tenía tiempo para volver corriendo al cuarto de baño y ponerme algo de maquillaje a toda prisa?

—Ahí está —le dijo Allen a Tina, revelándole mi paradero.

Tina había estado acuclillada, hablando con el niño a su misma altura. Se puso de pie y se pasó el pelo, rubio y liso, por detrás de la oreja —la típica pantomima de una colegiala tímida—, peinándoselo hasta el cuello de su estupendo abrigo de cachemir, que llevaba abotonado hasta arriba.

—¡Ruth! —Me saludó con la mano como si entre nosotras hubiera una gran multitud y me hubiera visto primero—. ¡Hola! Perdona que haya venido sin avisar, pero es que he encontrado esto debajo del asiento del copiloto.

Tenía algo cogido con dos dedos, como una campana a punto de sonar. A regañadientes bajé el resto de la escalera para ver mejor y vi que se trataba de un bote de mi base de maquillaje preferida, esa tan cara que pedía por correo a una tienda de Nueva Orleans desde que dejaron de traerla en Frederick & Nelson.

—¡Oh, vaya… gracias! —Lo decía sinceramente. Esa crema costaba siete dólares la onza y valía su peso en oro. Tenía otras cremas, claro está, las que utilizaba los días que no tenía pensado salir de casa y, como no había ido a ningún sitio desde que Tina me trajera a casa, no me había dado cuenta de que me faltaba aquella otra.

—¿Qué es? —Allen quería saberlo todo.

—Es maquillaje —respondió Tina, y yo me preparé para recibir alguno de los comentarios desalentadores del crío. «Mi tía lo necesita», probablemente. Sin embargo, antes de que tuviera la oportunidad de decir algo, Tina fingió pintarse la cara con el tubito y Allen chilló encantado.

—Muchas gracias —insistí. Todavía estaba a mitad de la escalera.

No me quería acercar con aquel absceso supurante en la cara.

—Estoy comiendo un sándwich de jamón —comentó Allen—. ¿Lo quieres tú? ¡Está asqueroso!

Tina me miró con deferencia. Estaba claro que quería aceptar, pero que no lo haría a menos que yo se lo permitiera.

—No, gracias, tengo que irme.

Sentía un nudo en la garganta..., pero no me atrevía a mirar a Tina a la cara con un grano abierto en la barbilla y con un sobrino como aquel, que no iba a dejar de señalar cada uno de mis defectos.

—Lo menos que puedo hacer es prepararte el almuerzo —ofrecí débilmente.

—La verdad es que no me gusta el jamón —respondió Tina. Ninguna de las dos éramos capaces de decir lo que realmente queríamos. Habría sido cómico de no ser tan triste en realidad.

—También tenemos queso —dijo Allen antes de cogerla de la mano y tirar de ella para que entrara en casa—. De ese que es blanco y amarillo.

El niño la llevó a la cocina, ansioso por impresionar a nuestra preciosa visitante. Cuando eres tan guapa como Tina, los niños como Allen se comportan como niños. Jamás te harán daño.

Allen insistió en ser quien le preparara el sándwich de queso a Tina. Le dijo que era un cocinero muy malo, a lo que yo respondí que, por el contrario, yo era una cocinera estupenda. Sin embargo, él lo negó y me di cuenta de que el niño nunca pararía si no era yo quien pusiera fin a aquello. Me obligué a comportarme como una adulta. Tina se rio y dijo:

—Sí, bueno, pero muchos cocineros solo cuecen, no enriquecen.

Me reí con ella y Allen frunció el ceño, molesto, porque era demasiado joven para entender el chiste, pero lo suficiente como para darse cuenta de que lo habíamos excluido.

—Enseguida vuelvo —les dije y subí corriendo al piso de arriba para arreglarme el maquillaje en la barbilla.

Por un momento, a la luz más natural de mi propio baño, me pregunté si no estaría empezando a funcionar el Acnotabs. En el espejo no tenía ni la mitad de aspecto repugnante que en mi cabeza.

Cuando volví abajo, Tina estaba de pie en el comedor, una estancia decorada con papel de pared, mirando una fotografía que había en el cofre de caoba de mi abuela.

—Allen me ha dicho que venga a comer aquí —me explicó sin darse la vuelta. Señaló—. ¿Este es tu padre?

La foto la habían tomado en la boda de mi hermano, hacía ocho años. Cuando el fotógrafo había dicho: «Ahora solo la familia del novio», mi padre le había dado una palmada en el hombro a C. J. y lo había hecho quedarse. Mi cuñada me había mirado solidariamente desde debajo de su velo de encaje al darse cuenta de lo que me había costado años entender: que mi padre había querido darme una salida. Y, como quien dice, literalmente, porque en aquella época yo vivía en un hospital, intentando superar una profunda alteración emocional. Igual que Elizabeth Taylor en *De repente, el último verano*, solía decirme en los peores días.

C. J. estaba casado cuando se tomó aquella fotografía, pero no hay duda de que, para mi padre, eso le parecía un atenuante. La esposa de C. J. era una mujer patética, cuatro años mayor que él. Se habían conocido en el instituto, en el primer curso de él. C. J., bajito y regordete, siempre había parecido mayor de lo que era, en especial, porque había entrado en el Colegio Católico de Issaquah con barba, una barba poblada de hombre. Las chicas más mayores iban tras él como si estuvieran de caza mayor e incluso llegaban a apostar dinero.

En aquella fotografía, C. J. aún era joven, pero su esposa de veinticinco años se estaba haciendo vieja. La mujer bebía como un cosaco, y lo peor es que no sabía beber; en más de una ocasión habían tenido que sacarla de los bares mientras se tambaleaba y soltaba obscenidades. Había llegado a la iglesia apestando a ginebra y, para cuando llegamos a la recepción, se había quitado los zapatos y había perdido el bolso. Mi padre tuvo que separarlos a C. J. y a ella, y fue él también quien le pidió un taxi que la llevara a casa y rogó a uno de mis primos que la acompañara. Mi padre insistió en que C. J. se quedara, dijo que era como uno más de la familia y que no podía perderse la boda de uno de sus amigos de la infancia.

Yo sabía que C. J. sentía algo por mí. Todos en la familia lo sabían. Era mi protector cuando éramos pequeños; le dio un puñetazo en la boca a un vecino porque lanzó una bola de nieve que me alcanzó a mí por accidente e hizo que me cayera de la bici. Fui sintiendo que aquello se convertía en algo más, al menos por su parte, cuando llegamos al instituto. Aunque nunca pensé que llegaría a nada, y no solo porque C. J. estuviera casado, sino porque sabía por qué estaba hospitalizada.

No debería haber querido saber nada de mí, pero el día de la boda

de mi hermano se liberó de su enojada y envejecida esposa y su antiguo deseo volvió a aflorar. No me cabe duda de que mi padre pensaba que nos estaba haciendo un favor a ambos trayendo a C. J. a nuestra mesa y empujándome a sus brazos en la pista de baile cuando empezaron a poner las canciones lentas y las parejas empezaron a bailar agarradas. Sin embargo, ahora pienso que es muy probable que fuéramos nosotros los que le estábamos haciendo un favor a mi padre.

En la fotografía tengo diecisiete años y mi piel es institucionalmente mate, pero está limpia de imperfecciones; el acné me salió después de casarme con C. J., como si fueran verrugas protectoras. Parezco muy simpática y encantadora con el vestido azul de dama de honor, pero tengo los hombros caídos, como si acabara de ver algo terrible, como si acabara de darme cuenta de en qué me había metido.

—Sí, ese es mi padre.

Tina se acarició la barbilla como si fuera un detective inglés confundido por una pista. A continuación, hizo un ruido, esa especie de «Hum» típico de cuando consideras que alguien ha hecho algún comentario interesante, como si hubiera dicho algo en lo que nunca habías pensado.

Me puse a su lado y volví a mirar la fotografía. Mi padre tenía la boca abierta porque se estaba riendo, mientras que los demás lucíamos sonrisas para fotografías. Si no habías conocido a mi padre, podías pensar que se trataba de alguien que se carcajeaba desde lo más profundo de su tripota de Buda. En las fotos, mi padre salía mejor de lo que estaba en realidad; en persona era alto, tenía tipo de pera y se reía como una mujer, con ese típico «ji, ji, ji» travieso que mueve a los demás a reír también.

—Y ese es mi exmarido. —Y señalé a C. J.

Tina cogió la fotografía con ambas manos y se la acercó y examinó todos y cada uno de los pelos de la barba roja de C. J.

—¿Cuánto tiempo estuvisteis casados?

C. J. y yo nos habíamos estado viendo en secreto durante años, pero nuestro matrimonio duró mucho menos.

—No mucho. —Y me reí.

Tina le dio la vuelta a la fotografía y me la enseñó como si fuera la primera vez que yo la veía.

—No me extraña. Fíjate, eres un pibón.

Me sonrojé y me pregunté si seguiría siéndolo.

Tina volvió a dejar la fotografía en el cofre de caoba.

—Pero esa postura... —Me copió, bajando los hombros—. Yo también me encorvo así cuando estoy depre.

Me sentí como si acabara de echarme un jarro de agua fría por la cabeza. Pero me rehíce enseguida y vi a la verdadera Tina, igual que la había visto mi madre: «Pues que los terapeutas necesitan clientes, ¿no? Así es como se ganan la vida». Qué tonta me sentía al haber pensado que había pasado por cualquier otra razón que no fuera para pescarme, para conseguir que me abriera a ella y me dejara claro que necesitaba ayuda.

—Esa fotografía nos la hicieron después de un día muy largo —respondí a la defensiva—. En parte..., estaba cansada. —Tina era buena interpretando las situaciones, dando con los puntales psicológicos; aunque, en este caso, había sido mera coincidencia que hubiera dado con él.

Tina apretó los labios y asintió. No iba a llevarme la contraria, pero tampoco me había creído.

—Y ¿por lo demás?

—¿Cómo dices?

—Has dicho que en parte estabas cansada y ¿por lo demás?

—Preferiría que dejaras el tema.

Ni yo podía creer lo que acababa de decir. Yo nunca le hablaba así a la gente. No me gustaba herir los sentimientos de las personas ni siquiera cuando se lo merecían. Iba a empezar a disculparme, pero Tina negó con la cabeza vehementemente: «No, no, no».

—Soy yo la que tiene que disculparse. Tienes toda la razón. Frances siempre me dice que no debo hacerle esto a la gente; lo de analizar cada cosa que dicen sin tener toda la información. Además, ¿a quién le gusta sentir que lo están estudiando? Es irritante. He sido irritante.

Se rio porque sabía que no era verdad. En cualquier caso, estaba sorprendida porque hubiera sido capaz de tomarse tan bien mi mala contestación. No es que nunca hubiera sido crítica con nadie, pero había visto a la gente arrugarse, agonizando, al darse cuenta de lo mala que podía llegar a ser la honestidad. Era fácil destruir a la gente.

—Es que... —continuó Tina—, estoy estudiando todo esto y... Ya sabes, por qué la gente es como es y cómo puedo ayudarles... y es como si hubiera visto la luz..., o como si estuviera viéndola y a mí me ha ayudado tanto que quiero ayudar a todos los que me rodean.

Allen entró en el comedor justo en ese momento. Llevaba un salvamanteles, una servilleta, un tenedor y un cuchillo, y puso la mesa

para Tina en la cabecera.

—No necesita tenedor y cuchillo para comer un sándwich —le solté.

Era consciente de que lo sabía, de que solo estaba intentando ser atento con ella, pero quería que se sintiera mal, igual que yo me sentía mal por no haberme dado cuenta de que Tina solo había venido para psicoanalizarme. Me acerqué para recoger los cubiertos y fue entonces cuando vi que era el horripilante retrato que me había hecho lo que había usado a modo de salvamanteles.

—Te la vas a cargar —le dije entre dientes.

—¡Es que no encontraba los salvamanteles!

Lo cierto es que parecía sincero, pero yo me sentía tan mal que no iba a darle el beneficio de la duda.

—¡Espera, que le doy la vuelta si tanto te molesta...!

Cogí el dibujo con fuerza y lo rompí en pedazos justo delante de la cara venosa y anémica de Allen, que se puso a gritar como hacía yo justo antes de que la enfermera me metiera el mordedor de goma en la boca.

—¡Te odio! —me gritó—. ¡Te odio con todas mis fuerzas!

—¡Pues me alegro!

Allen empezó a llorar.

—¡Se lo voy a decir a mi padre! ¡Él también te odia! ¡Todos te odian! ¡El abuelo también te odiaba!

Levanté la mano y experimenté un placer casi erótico al ver a Allen encogerse y protegerse la cara con las manos. Sin embargo, antes de que llegara a pegarle, Tina me cogió por la muñeca y noté las yemas de sus dedos en mi pulso acelerado. Ni siquiera había oído que se acercara y pasó un curioso y electrizante segundo hasta que permití que me contuviera.

—Vales más que ellos —me dijo al oído.

No sabía a quién se refería con ese «ellos», pero, en cierta manera, sabía que tenía razón.

Allen se volvió hacia ella, llorando y con mocos sobre el labio superior, y le escupió. Sí, le escupió. Tina miró el salivazo que tenía en su suave abrigo de cachemir y luego me miró a mí, horrorizada. Estoy segura de que su expresión decía: «Pero ¿qué coño haces aquí?».

—¡No sé qué te pasa —le grité a Allen mientras lo cogía por la nuca y lo obligaba a subir las escaleras—, pero te vas a quedar un rato a solas hasta que te calmes!

Allen se mostraba inconsolable y aullaba que me odiaba, que

odiaba a Tina, que iba a contar todo aquello y que me arrepentiría. Lo empujé a mi habitación y cerré la puerta de golpe. Cuando volví al piso de abajo, Tina había tirado los pedazos del dibujo de Allen a la basura y se había marchado sin mí.

PAMELA

TALLAHASSEE, 1978
DÍA 8

Dos días después del funeral de Denise, algunos chicos de la Casa Turq se pasaron a limpiar la sangre. Uno de los agentes de policía les recomendó una solución con dos partes de lejía y una de agua y les guiñó el ojo, como si nos estuviera revelando el ingrediente secreto de una antigua receta familiar.

La habitación que compartían Eileen y Jill parecía el escenario de una pesadilla. Nunca llegué a entender cómo las chicas de la habitación más ensangrentada eran las que habían sobrevivido.

No había mucho que hacer en la habitación de Denise, aunque allí fue donde pasé la mayor parte del tiempo, escondiendo todo aquello que pudiera avergonzarla ante aquellos chicos desgreñados y tan monos que se habrían pegado por salir con ella, abrirle la puerta del coche, invitarla a cenar, volver a casa y contárselo a sus amigos —«¡He besado a Denise Patrick Andora!». Los chicos siempre mencionaban su segundo nombre cuando hablaban de ella, como si ella fuera la asesina en serie.

El bote de crema para aclarar el pelo que utilizaba con Abbott y Costello —la patilla derecha era Abbott y la izquierda, Costello, y no te atrevieras a confundirlas— lo metí en un cajón, junto con un par de medias que habían visto días mejores y que había dejado en el pomo de la puerta para que se secaran. Dejé las fotografías de amigos y las impresiones de obras maestras del surrealismo sobre su cama, pero quité la carta astral que había sacado de *Cosmopolitan* de ese mes, concretamente, del libreto que las editoras publicaban cada enero para ayudar a sus lectoras a planificar «el mejor año de su vida». Quité las chinchetas y me senté cruzada de piernas en la cama para leer su horóscopo. Se suponía que, en junio, Denise tenía que «reorganizar los procedimientos de la oficina y actuar como si fuera su jefe (porque, pronto, la jefa sería ella)». Según su profecía planetaria, en septiembre estaría en Lisboa o en Madrid. Para su día más dinámico del año aún faltaban diez meses. Empecé a vibrar, por dentro, como si tuviera un

zumbido bajo la piel que solo soy capaz de describir como un instinto asesino. Había algo en la emoción que Denise mostraba por un futuro que ya no tendría que hacía que la pena que sentía fuera tan intensa que me daba ganas de matar. No podía soportar ni siquiera la idea de que alguien entrara en su habitación y la compadeciera, o peor, que la juzgara por haber tenido la audacia de hacer planes a sabiendas de que Dios se habría reído de ella. Esto último era algo que la gente de allí solía decir, ¡pero que le dieran por culo a Dios por reírse y que le dieran por culo a *Cosmopolitan* también! Yo era Virgo y en ninguna parte de mi horóscopo ponía nada sobre lo que había sucedido.

Lo último que hice por Denise fue ponerme a cuatro patas y oler la alfombra donde habían tirado el bote de laca para el pelo. Los agentes lo habían recogido hacía tiempo y lo habrían guardado en una caja con las demás pruebas, pero yo quería asegurarme de que no había quedado ninguna mancha, que no había allí traza de ese olor tan íntimo y personal. La gente podía esperar de mí muchas cosas a lo largo del siguiente año y medio de mi vida, pero sabía que aquello sería lo único que me pediría Denise si tuviera la oportunidad de hacerlo: que hiciera todo lo posible para que pudiera mantener la cabeza bien alta, incluso estando muerta.

No había ni mancha ni olor, pero abrí la ventana de todas maneras y, a continuación, salí de la habitación y corrí tres manzanas y media a pesar de la fría llovizna hasta la verja de hierro de la universidad, de donde cogí algunos de los acianos purpúreos que había plantados a los pies de los pilares de ladrillos. Un seminola tocaba la flauta en Landis Green y explicaba a los que tomaban el sol allí que, en otra época, aquella tierra no era sino un campo de acianos púrpuras que los indios muscogui usaban para curar las heridas de sus guerreros.

De vuelta en la Casa puse las flores en un vaso con agua que dejé en el alféizar. Practiqué entrar e inhalar exageradamente al cruzar el umbral para comprobar que el pasillo no olía diferente que la habitación. Cuando lo único que fui capaz de detectar fue el olor de las flores y mi propia laca para el pelo —algún químico debía de haber activado la lluvia—, les dije a los chicos que ya podían subir.

Bernadette me acompañó a la ferretería a comprar cerraduras nuevas, a los almacenes Northwood para adquirir ropa de cama nueva y, finalmente, a Hartford Appliances en busca de colchones, algunas muestras de alfombras y un aire acondicionado de segunda mano, si es

que tenían alguno. Íbamos a tener que hacerlo muy bien para convencer a alguna de mudarse a la habitación de Jill y Eileen, probablemente para varios años. Yo tenía que pensar en la próxima generación de la Casa, en mis sucesoras, en sus capítulos. Sentía una enorme presión para prepararlas para el éxito, y las habitaciones con aire acondicionado propio eran muy valoradas en aquella época, en especial en Florida, donde octubre bien podía ser julio.

—Mira, aquí hay uno por sesenta y cinco dólares —comentó Bernadette tras darle la vuelta a una etiqueta con una raya roja.

Me acerqué para examinar la máquina. Era una General Electric Slumberline con paneles de madera. Debería haber costado mucho más.

—¿Te preocupa que, por ese precio, sea un saldo? —me preguntó.

Pasé un dedo por la rejilla para ver si estaba sucia.

—No sé, debería costar mucho más.

—La siguiente más barata cuesta noventa y cinco dólares.

Puse mala cara. Casi nos habíamos gastado el presupuesto entero del semestre aquella mañana, aunque tenía la certeza de que nos lo repondrían dentro de muy poco. El padre de Brian había recibido el Formulario de Compensación para las Víctimas y le estaban dando prioridad en el proceso de aprobación. Aun así, sentía muchísima ansiedad cada vez que entregaba la tarjeta de crédito panhelénica, como si fuera una política corrupta haciendo un mal uso de los fondos de la comunidad.

—Compremos el Slumberline —comenté después de que uno de los dependientes nos explicara que teníamos diez días para devolverlo.

Con los impuestos y la propina se quedó en casi ochenta dólares. La máquina era compacta y pesada como un ladrillo, e hicieron falta dos dependientes para llevarla hasta el coche y ponérmela en el regazo. Yo iba en el asiento del copiloto y abracé la máquina como un oso.

—¡Ay! —empezó a decir Bernadette mientras se desabrochaba el cinturón de seguridad—, que me he dejado las muestras de las alfombras. —Y salió corriendo hasta la tienda con la cabeza gacha por la lluvia.

Era martes y hacía un día horrible; todo el mundo iba con pañuelo o sombrero y con los pies mojados a pesar de las botas. «Tiempo de trenza», lo llamaba Denise, que se habría sentado a mis pies por la mañana y, mientras ella subrayaba pasajes de sus libros de física y arte, yo le habría hecho una trenza prieta. Llevaba ocho días muerta.

Se abrió la puerta del conductor. Me giré para decirle: «¡Sí que te has dado prisa!», pero me quedé callada al ver que no era Bernadette la que se ponía al volante, sino un hombre con una gorra de béisbol verde y amarilla con la visera baja. Bernadette había dejado las llaves en el arranque y el motor encendido. El hombre metió primera y vi, sin poder creérmelo, sin saber qué decir, cómo Hartford Appliances empezaba a alejarse.

—Vas a hablar conmigo —mascullo y empezó a incorporarse en un carril.

Su voz, la silueta de su barbilla y aquellos labios bajo la visera de los Oakland Athletics... Era Roger. Era Roger y estaba borracho. Aquel era el peor Roger que te podías echar a la cara.

—¡Sí, que te jodan a ti también! —gritó Roger cuando nos pitó un coche que nos adelantó por el carril rápido.

Roger dio un volantazo para corregir la trayectoria y nos salimos al arcén. «Vamos a volcar», pensé justo antes de que Roger recuperara el control del coche con otro volantazo que hizo que me golpeara la sien contra la ventanilla. Me quejé de dolor.

—¡Bah, cállate! —me soltó Roger con voz de llorica, como si estuviera cansado de mis quejas.

Nos acercábamos a una luz amarilla a gran velocidad.

—¡Roger! —le grité mientras le señalaba la carretera como loca.

Roger pisó el freno con todas sus fuerzas y se oyó un derrape como los de las películas, pero no nos detuvimos, sino que nos deslizamos hacia el semáforo como en zigzag, con la parte de atrás del coche dando latigazos como la cola de un escorpión. Agarré el Slumberline con fuerza, como si aquello fuera a salvarme la vida, cerré los ojos y me preparé para el impacto mientras a nuestro alrededor no dejaba de oír como un coro de maullidos.

—¡Te he dicho que te calles! —me gritó Roger, beligerante. Me llegaba su aliento rancio—. ¡Cállate, Pamela! ¡No puedo concentrarme con tu molesta voz en mis oídos! —Se encogió, como imitando con rabia mi cara de miedo y mi constreñido lenguaje corporal—. ¡Roger! ¡Roger! —Imitó un agudo grito de mujer.

Yo temblaba violentamente, más asustada que la noche en que había encontrado a Denise, con la sorpresa atacando mi sistema, incrementando la severidad de la situación. En ese momento, era muy consciente del grave peligro que corría con alguien que me conocía y que había inventado todo un mundo en su cabeza, un mundo en el que yo era el enemigo. Roger sentía tal odio hacia mí que le

chispeaban los ojos. Si no me mataba en un accidente de tráfico, me llevaría a algún sitio donde pudiera deleitarse haciéndome daño y viéndome sufrir. Tenía muy poco tiempo para salir con vida de aquella situación. Concentré toda mi energía en pensar en algo que pudiera ofrecerle, alguna información crucial que sirviera para que decidiera perdonarme la vida.

—¡Tengo una reunión con el sheriff esta tarde! —Mentira—. Sé cómo se llama la persona que lo hizo y tengo su nombre en el bolso... —Me esforcé por alcanzar el bolso, que tenía en los pies, pero me resultaba imposible con el voluminoso aire acondicionado en el regazo —. Acompáñame y se lo contaremos juntos.

—¿A la comisaría? —Soltó una risa fea y me pareció que se había sentido insultado—. Eres muy tonta, ¿eh? —Sacudió la cabeza como molesto y a mí se me clavó el cinturón de seguridad cuando giró bruscamente a la izquierda en la carretera del condado, que llevaba a la ruta 319, por la que se llegaba al bosque nacional de Apalachicola, donde el año pasado habían encontrado el cadáver de un estudiante una semana después de que se hubiera desviado del sendero—. Sí que te gusta decirle a la gente lo que tiene que hacer, ¿eh, Pamela? Denise estaba hasta la polla de ti, ¿lo sabías? ¡Hasta la polla!

Lo sabía. Lo veía en el gesto petulante que hacía moviendo la mandíbula cada vez que le pedía que bajara el volumen de los Fleetwood Mac por la noche, o cuando la reprendía por tocar el termostato porque la inflación estaba por las nubes y pretendía que el recibo de la luz no se nos fuera de las manos. «¿Qué te ha pasado?», me había dicho por lo bajo una semana antes de morir, cuando la pillé poniendo más de las dos cucharillas de leche permitidas en su café, Denise no había mantenido en secreto que estaba cansada de mí, pero, aun así, me dolió oírselo decir a alguien que la había tratado tan mal.

—Yo la quería —dijo Roger con la voz rota—. Jamás le habría hecho algo así. Jamás. ¡Jamás! ¿Un aerosol para el pelo? Un aerosol para el pelo...

Apoyó la frente en el volante y soltó un aullido agónico. Cruzamos la línea continua y nos metimos en el carril contrario. Los faros capturaban gotitas de lluvia en aquella tarde oscura.

—¡Roger, por favor! —le imploré.

Dio otro volantazo y el Slumberline me aplastó la mano contra la puerta. Me mordí el labio para no gritar. Tenía que pensar. «¡Piensa!».

—Me gustaría presentarte a alguien —añadí con urgencia, porque me había dado cuenta de que tenía que hacer que se sintiera parte de

la solución de aquel desafortunado malentendido—. De verdad, tienes que conocerla. Tiene pruebas de que tú no lo hiciste. Está alojada en el nuevo Days Inn. Tiene un montón de pruebas, Roger. Tenemos que comprobarlas. Juntos.

Roger no decía nada. Conducía, curiosamente, sin superar el límite de velocidad, como si tuviéramos prisa por llegar a algún lugar pero hubiéramos salido con tiempo de sobra.

—No me engañes —me advirtió en voz baja.

Asentí, pero enseguida me di cuenta de que debería estar negando: «¡No, no, nunca lo haría!».

—Es indignante —comenté, tratando de parecer genuinamente molesta— que nadie me haya hecho caso. Necesito tu ayuda. Tenemos que reconstruir lo que pasó y luego ir a ver al sheriff Cruso juntos. Tiene que ver que somos amigos..., que nunca le harías daño a Denise. Nos necesitamos, Roger. Tenemos que dejar a un lado nuestras diferencias.

Por el rabillo del ojo vi el lateral de su odiosa sonrisa. Se reía por eso de que éramos amigos... y por lo de que nunca haría daño a Denise.

Aparcamos en el parking del nuevo Days Inn y nos enzarzamos en un forcejeo cómico para quitarme de encima el Slumberline. Yo por aquel entonces pesaba cincuenta y dos kilos y Roger tenía las funciones motoras de un bebé drogado con jarabe para la tos. Al final, Roger cogió la máquina y tiró de ella con los dientes apretados —maniobra con la que me arañó los muslos—, dio unos pasos atrás y la dejó en un charco con espuma que salpicó. Aunque iba a tener moratones durante días, lo único en lo que podía pensar era: «Ochenta dólares tirados a la basura».

El Days Inn era uno de esos moteles con pasillos exteriores, sin recepción ni recepcionista a quien pasarle una nota: «Llame a la policía. Este hombre es peligroso». La habitación 203 estaba justo al lado de la señal de piscina climatizada, debajo de la cual había otra señal para disculparse porque se hubiera acabado la temporada y estuviese cerrada. Esa era la razón que ponía mi madre para no venir a visitarme nunca: la escasez de hoteles de cinco estrellas en Tallahassee.

La puerta se abrió prácticamente cuando estábamos llamando, como si Tina hubiera estado esperándome justo al otro lado desde que

había vuelto del funeral de Denise. Llevaba un turbante de seda y, por el olor, me quedó claro que acababa de lavarse y arreglarse el pelo. Miró a Roger y resopló.

—¿Quién es este, tu guardaespaldas?

—Este es mi amigo Roger Yul —dije cordialmente. Antes de que llamara, Roger me había pasado la mano por el codo y me había cogido de la articulación con fuerza mientras me recordaba lo mal que le caía. Ahora se me estaba durmiendo el brazo y tenía pavor a hacer algo que lo pudiese soliviantar—. Quería enseñarle la fotografía policial que me diste, pero es que creo que la he perdido.

Albergaba la esperanza de que el nombre «Roger Yul» significara algo para Tina, que la mujer estuviera al tanto de que la policía consideraba que había posibilidades de que el exnovio de Denise tuviera cierta implicación en el caso, pero no vi en su cara nada que me indicara que lo reconocía. Abrió más la puerta y nos invitó a entrar.

Había dos camas extragrandes, una de ellas hecha, y una televisión colgada en una esquina, encendida pero apenas audible. La habitación apestaba a humo rancio y a cloro.

—Me sorprende que no haya mejores hoteles en Tallahassee —comentó Tina en respuesta a que yo hubiera arrugado la nariz.

Luego hizo un gesto hacia las dos sillas dispuestas alrededor de una mesita redonda: «Sentaos», donde un vaso sucio hacía las veces de pisapapeles de los titulares del día. Roger solo acertó a poner un cachete del culo en la silla y se agarró a la desesperada a los bordes de la mesa para no caerse.

—Vaya..., sí que vamos finos... —comentó Tina con sorna.

Yo esperaba mirar con intención a Tina cuando se interpusiera entre Roger y yo para coger el vaso, que tenía un poso bermellón alrededor, pero Roger no dejaba de mirarme maliciosamente.

—La fotografía está en esa pila —dijo Tina, señalando un montón de papeles en el alfeizar, y fue al baño a limpiar el vaso.

Roger cogió una copia y la miró de lejos, intentando enfocar la imagen del Acusado.

—Este es el hombre que vi en el vestíbulo —le dije.

—¿Por qué pone que es de Colorado? —preguntó enfadado, como si estuviera haciéndole perder el tiempo.

—De Washington, en realidad —respondió Tina, que volvía del baño secando el vaso con una toalla—. Su primera víctima fue Lynda Ann Healy. Era una estudiante de último curso de la Universidad de

Washington que informaba de las condiciones para esquiar en una radio local. Cuando su reloj despertador empezó a sonar a las cinco de la mañana y no lo apagó, sus compañeras fueron a verla y se encontraron con que la cama estaba hecha y que su camisón estaba colgado en el armario. La policía descubrió una gotita de sangre en la almohada y determinó que le había empezado a sangrar la nariz y que había decidido ir al hospital en mitad de la noche sin decírselo a nadie ni coger el coche, un bolso o los zapatos. Encontraron su cadáver seis meses después en un sendero de montaña del monte Taylor. ¿Queréis vino?

—Yo prefiero cerveza —respondió Roger.

—Esto no es un bar —le soltó Tina mientras servía un vaso de vino y se lo ponía delante. Luego, me miró.

—Yo no quiero, gracias.

Roger volvió a imitarme: «Gracias». La verdad es que había sonado a puta estirada a la que no dudarías en dar una bofetada.

Tina se sirvió un vaso generoso y encendió un cigarrillo.

—Después de Lynda, empezó a desarrollar un patrón. Realizó ataques una vez al mes durante seis meses. Por lo general se quedaba en la zona de Seattle, aunque el año anterior había estado en Aspen, donde había secuestrado a una mujer llamada Caryn Campbell, a la que se llevó de un hotel en el que había una conferencia médica. Estaba allí con su prometido, un médico. Una tarde noche, la joven fue a su habitación a coger una revista y no volvió. Encontraron su cadáver en una carretera rural un mes después, cuando la nieve se derritió por completo.

Tina se acercó a la mesita de noche, encendió la lamparita de cuello de cisne y vació el cenicero en la papelera. Luego, lo dejó en la mesita redonda y le ofreció un cigarrillo a Roger.

—En junio de 1974 —prosiguió mientras encendía una cerilla para el cigarrillo de Roger—, otra estudiante de la Universidad de Washington, una alumna de último curso llamada Georgeann Hawkins, se fue pronto de una fiesta de la fraternidad para ir a casa a estudiar para el examen final de español. Vivía en una zona del campus llamada Manzana Griega, con un montón de fraternidades y sororidades pegadas la una a la otra en una calle muy bien iluminada. Era una noche cálida y todo el mundo tenía la ventana abierta. De camino, Georgeann se paró a hablar con un amigo, que estaba en una de esas ventanas. El amigo declaró que debían de quedarle apenas veinte pasos para llegar a la puerta trasera. No obstante, no llegó a

casa.

—De haber sido yo —empezó a decir Roger con los labios teñidos de merlot—, la habría acompañado a casa.

—Justo en ese momento se encontró con otro amigo —le explicó Tina sin que aquel despliegue de caballerosidad la conmoviera.

Conté con los dedos.

—Has dicho que actuó una vez al mes durante seis meses, pero en junio solo han pasado cinco.

Tina se hundió al sentarse en el borde de la cama en la que había dormido y se puso una almohada en el regazo. Apoyó los codos en ella y se masajeó las sienes con el cigarrillo encendido en una de las manos. Yo no podía dejar de pensar en su pelo, recién limpio bajo ese turbante, y en que iba a tener que lavárselo de nuevo.

—En julio tuvimos un clima extraño —empezó a decir—. Hubo un domingo en el que alcanzamos los 30 ºC. Sé que eso es lo más normal del mundo por aquí, pero allí las ferreterías se quedaron sin aires acondicionados. En Issaquah hay una playa, en el lago Sammamish, lago Sam, que lo llama todo el mundo. Ruth y yo habíamos planeado ir a pasar allí el día. Entonces... —Tina estudió a Roger antes de continuar crípticamente—, hubo un cambio de planes y fui sola. Supongo que iría más tarde para ver si daba conmigo. En las noticias dijeron que se estimaba que ese día habían ido a la playa treinta mil personas. —Contemplativa, le dio una calada al cigarrillo—. Treinta mil personas —se maravilló mientras miraba a través del humo— y mató a dos chicas, con dos horas de diferencia exactamente, a plena luz del día, y nadie vio nada.

Miré con nerviosismo hacia la ventana. Se me habían puesto los pelos del cogote de punta, como si me estuvieran observando.

—¿Tiene la policía alguna teoría, no sé, sobre cómo pudo hacerlo? —Empecé a rascarme los brazos, la cabeza; de pronto, me picaba todo, como si estuviera infestada de bichos.

—Lo único que saben es que fue a por Ruth primero. —Tina tenía una sonrisa triste que entendí a la perfección, resultaba curioso que algo ilógico pudiera tener lógica—. Como con Denise. E igual que le pasó con Denise, no tuvo suficiente con ella.

Nos miramos durante un instante y sentimos que compartíamos una cruda comprensión de la situación.

—¿Qué piensa Ruth? —fue la contribución de Roger con una voz como si estuviera haciendo gárgaras. Tenía que ladear la cabeza para ver por debajo de los párpados, que cada vez le pesaban más. Su

cigarrillo se había ido consumiendo hasta convertirse en un cilindro de ceniza.

Con cautela, se lo quité de entre los dedos y lo apagué en el cenicero. Sus dedos permanecieron en forma de uve.

—Oye, ¿quieres echarte un rato? —le preguntó Tina palmeando la cama.

La cabeza de Roger giró sobre su cuello en lo que pareció una afirmación, pero no se levantó. Antes de seguir con su historia, Tina me miró como diciendo «Y a este, ¿qué le pasa?».

—Luego… —siguió— luego fue como si parara. O, al menos, eso pareció. Ahora sabemos que se mudó a Utah para estudiar Derecho en una buena facultad en la que entró con mentiras. A pesar de echarle cientos de horas para prepararse, su examen de aptitud fue mediocre y la parte de gramática del examen estuvo incluso por debajo de lo que sacaría un estudiante de instituto. Así que falsificó sus cartas de recomendación y se mudó a Utah, que fue cuando empezaron a desaparecer mujeres en la zona de Salt Lake City, una detrás de otra, hasta que Anne Biers, de dieciocho años, consiguió escapar e identificarlo. Lo arrestaron, lo sentenciaron a quince años de cárcel por secuestro y, entonces, en su coche encontraron un mechón de Caryn Campbell y lo extraditaron a Colorado para juzgarlo por asesinato, que fue cuando las fuerzas del orden la cagaron.

A Roger se le cayó la cabeza hasta que el mentón le tocó el pecho, momento en que la levantó de golpe.

—Yo no fui —insistió.

Tina lo ignoró.

—En Colorado hizo una petición para representarse a sí mismo y, luego, argumentó que era una violación de su derecho constitucional a tener un juicio justo que estuviera esposado cuando asistía a la biblioteca del juzgado de Aspen para preparar el caso. —Tina curvó el labio superior para dejar claro qué pensaba de los derechos del Acusado—. El juez se mostró de acuerdo, pero accedió con la condición de que estuviera vigilado en todo momento. El problema es que los guardias lo miraron y decidieron que no suponía ninguna amenaza, por lo que no pasó mucho tiempo hasta que empezaron a dejarlo investigar solo en la biblioteca mientras ellos iban a echar un cigarrito y, en una de esas, el tipo abrió una ventana, saltó desde una altura de dos pisos y se largó. Una semana después lo atraparon en las montañas. La gente estaba furiosa, como es normal, así que el sheriff lo encerró en una prisión de máxima seguridad como a una hora de

Aspen y decidió mantenerlo vigilado veinticuatro horas al día. A los seis meses se escapó por segunda vez. ¿A qué puta incompetencia se debería en esta ocasión? Nadie lo sabe. Sea como fuere, corría diciembre, exactamente un mes antes de que tú lo vieras en vuestra casa.

La cabeza de Roger aterrizó en su antebrazo con un ruido sordo. Lo toqué con el dedo para asegurarme de que estaba fuera de juego y, al comprobar que así era, le susurré a Tina:

—¿Podrías llamar a la policía? Creo que quería hacerme daño.

Tina se acercó a él y le pasó la mano por la cinturilla de los vaqueros. Fue entonces cuando me di cuenta de que estaba sangrando por la parte superior de los muslos. ¡¿Cuándo había empezado a sangrar?!

Tina sacó lo que parecía una navaja multiusos parcialmente abierta.

Me quedé boquiabierta al ver la hoja.

—¡¿Cómo es posible que no se haya dado cuenta?!

—Soy terapeuta licenciada —comentó Tina—, así que todo lo que llevo en el neceser es legal.

Miré la puerta del baño, que estaba abierta, y el neceser de cuero que había sobre el lavabo, donde Tina había estado hacía unos minutos, lavando el vaso que le había puesto a Roger.

Tina se acercó a la mesita de noche, levantó el auricular de la horquilla y marcó el número de la policía.

—Por favor, eso no se lo cuentes al sheriff —me pidió—, que ya piensa que soy una viuda negra. —Y soltó una risa grave, como si no fuera tan absurdo pensarlo.

Esperé mientras le explicaba la situación a la operadora.

—En el Days Inn que hay en la carretera oeste de Tennessee. Habitación 203 —acabó.

—¿Por qué me dijo el sheriff que no me quedara a solas contigo? —le pregunté cuando colgó.

Tina gruñó como diciendo «¿Otra vez con esas?».

—Estuve casada con un dinosaurio viejo y rico que murió de causas naturales y yo lo heredé prácticamente todo a pesar de que tenía cinco hijos adultos que casi me doblan la edad.

—¿Piensa que tú tuviste algo que ver con su muerte?

—Sí.

—Y ¿está en lo cierto?

—Aunque así fuera —Tina decidió no responder a la pregunta—,

no tengo razón alguna para hacerte daño a ti.

—Mi familia tiene dinero. No sé..., podrías ir detrás de eso.

Tina sonrió con suficiencia.

—Tranquila, tengo suficiente para ir tirando. —Y empezó a arreglar la habitación. Ahuecó la almohada que había tenido en el regazo y la apoyó contra el cabecero—. Ven conmigo a Colorado —insistió mientras se ponía a hacer la cama. Me levanté para ayudarla; para mí también era importante que, cuando la policía llegara, viera la habitación ordenada—. He estado hablando con un antiguo compañero de celda del Acusado y ha accedido a ponerme en su lista de visitas.

Al unísono, levantamos la sábana y doblamos la parte superior como unos treinta centímetros.

—¿Qué crees que vas a conseguir hablando con él? —le pregunté mientras levantaba mi lado del colchón y metía la sábana.

—Piénsalo —me dijo mientras estirábamos la falda plisada del edredón—. Te pasas todo el día metido en una caja de cemento de dos por dos, sin nada que hacer, con nadie con quien hablar excepto tu compañero de celda. Empiezas a compartir información. Tus planes. Quiénes son tus amigos, tu familia, los sitios en los que podrías esconderte y quiénes te ayudarían a pasar desapercibido.

—¿Y no se supone que eso es trabajo del sheriff? —Sacudí la almohada y la ahuequé con un puñetazo. Tina adelantó los brazos y yo le tiré la almohada.

—Si trabajasen bien, sí —respondió mientras cogía la almohada con las rodillas ligeramente dobladas—, así que tu sheriff no va a hacerlo. Ni lo ha hecho ninguno de los sheriffs que he conocido debido a este asunto.

Me quedé mirando la cama recién hecha, pensando en cuántas veces me había sentido, al mismo tiempo, la niña y el único adulto de la habitación. ¿Por qué la gente no hacía su trabajo? ¿Por qué solo podía confiar en mí misma?

—No puedo irme sin más. Volvemos a la Casa en unos días. Tengo que demostrarles a mis hermanas que no hay razón para tener miedo. Tengo que dar ejemplo.

—Bueno... —Tina se echó a reír mientras recogía los vasos sucios y los llevaba al cuarto de baño para lavarlos—, hay muchas cosas a las que tenerles miedo. El Acusado está aquí, en Tallahassee, y en los periódicos ha salido que hubo una testigo. No estarás a salvo mientras él siga en la calle. —Empezó a caer el agua y Tina levantó la voz para

que la oyera por encima del chorro—. ¡Fíjate en lo que acaba de pasarte!

—¡¿Así que es para mantenerme a salvo?!

Cerró el grifo.

—Es tan inhumano ser completamente bueno como ser completamente malo. —Había leído *La naranja mecánica* dos veces el verano en que cumplí los quince—. Yo también puedo citar a Anthony Burgess, pero prefiero una respuesta que no evite la pregunta.

Tina apagó la luz del baño y se acercó a la ventana para ver si la policía había llegado ya.

—Ruth se merece un funeral como es debido. Hay rituales para los muertos, pero no son para ellos, son para los que nos quedamos aquí... y creo que me lo merezco. Y tú también te mereces algo mejor. ¿Alguna vez ha reconocido alguien lo que has hecho, Pamela?

La habitación se llenó súbitamente y en silencio de luces rojas y azules; la policía ni siquiera se había molestado en encender la sirena.

—¿Y qué he hecho?

Tina fue hasta la puerta y la abrió.

—Corriste hacia él. ¿No te das cuenta? Cualquier otro que hubiera oído lo que tú oíste habría salido huyendo; habría salvado el pellejo. Tú oíste sus pasos y lo perseguiste. Hay que ser muy fuerte para eso, Pamela. Todos deberían estar diciendo que eres una heroína, pero me da la sensación de que soy la única que lo piensa.

—Buenas tardes, chicas —dijo el agente, que se quitó el sombrero y se lo puso en el pecho educadamente mientras entraba en la habitación. Enseguida vio a Roger desmayado en la mesita redonda y chasqueó la lengua, mofándose de él—. Me han dicho que hay un chico dando problemas.

RUTH

ISSAQUAH
INVIERNO DE 1974

Cuando Tina me llamó para decirme que en casa de Frances se había roto una cañería y que, por lo tanto, el grupo iba a reunirse en la suya, su voz era tan suave que casi resultaba empalagosa. Era como me había hablado desde que pasara a hacerme una visita por mi casa y viera cómo hacía llorar a mi sobrino; alegre e impersonal.

—No me importa pasar a recogerte. Sé que Clyde Hill está bastante lejos para tu madre.

—A decir verdad, puedo ir en bici.

Había rescatado mi Schwinn de la infancia de la pila de trastos del garaje y me había tirado el fin de semana frotando las zonas roñosas con un estropajo de cocina. Desde que le había dicho que C. J. le enviaba recuerdos pero que no podría asistir a la ceremonia de mi padre, mi madre no me había hablado excepto para decirme que una persona más considerada habría ido a la tienda para reponer el jamón que se había comido el sábado.

—¿Estás segura? Está bastante lejos y oscuro y todavía no saben lo que le pasó a la chica esa de la Universidad de Washington.

—He oído que decidió desaparecer.

Tina me dio su dirección y me quedé sorprendida. Conocía su casa. Ahora sabía exactamente quién era.

Salí temprano para llegar bien a la sesión, justo después de que mi madre y yo tuviéramos otra discusión fuerte. Se me había olvidado salir a por el correo y, si quería vivir en aquella casa de gorra, siendo como era una mujer adulta de veinticinco años, iba a tener que cumplir nuestro acuerdo. Yo estaba allí para hacer lo que hacía mi padre, para ayudarla a ella a encontrar su lugar en su nueva vida de viuda doliente.

—Está aquí —tuve el inmenso placer de decirle después de su interminable perorata; la vez que más me había dirigido la palabra en

casi una semana. Lo había llevado al lavadero. Aunque había helado por la noche, el día había sido cálido, así que el correo estaba empapado y lleno de arenilla, por lo que lo había extendido sobre un trapo de cocina para que se secara.

—¿Pensabas decirme dónde estaba o esperabas a que te lo preguntara? —No me dio ni un segundo para responder, enseguida se puso con mi siguiente infracción—. Y tendrás que encontrar otro lugar para dejar la bicicleta esa si es que pretendes volver a utilizarla. El sitio donde la tienes ahora en el garaje me impide alcanzar cualquier cosa.

Fue entonces cuando empecé a ponerme la chaqueta. Faltaba una hora para que tuviera que salir, pero ya no aguantaba más.

Tina vivía en Clyde Hill, en una mansión de estilo español. Todo el mundo conocía aquella casa. Unos cuantos años atrás, un anciano texano podrido de dinero aterrizó en el pueblo y construyó un mastodonte de seis habitaciones con tejas rojas y un enorme patio central. A ambos lados, enanas en comparación, como las hermanastras feas de la mansión, se alzaban dos casas de estilo ranchero. La gente se había molestado y había adoptado varias palabras nuevas: chabacana, ostentosa, arrogante. La palabra «arrogante» la conocía porque describía exactamente a mi cuñada; ahora bien, nunca me había planteado que una casa también pudiera serlo.

Yo nunca había llegado a ver al millonario texano. El hombre no solía ir por el pueblo, y cuando lo hacía, se encerraba en su fortaleza. La mansión de estilo español no era su residencia principal, y era todo un misterio lo que estaría haciendo en Seattle. Eso sí, había muchos rumores, como que estaba allí para comprar el grupo Dixon o postularse como alcalde. Pero nunca hizo otra cosa que levantar una vista chabacana, ostentosa y arrogante para sus vecinos y, no mucho después, se murió. Vi su imagen en el periódico, pero apenas seguí la noticia. La verdad es que parecía alguien a punto de morir. Tenía, por lo menos, ochenta años. No podía creer que Tina fuera viuda de ese hombre. Me imaginaba cómo sería compartir la cama con él, con sus piernas llenas de costras rozando las mías por la noche. Me sentía un poco disgustada con ella, pero también un tanto impresionada.

Me acerqué a la casa con pasos cortos y tímidos, como cuando había caminado por el pasillo de la iglesia hacia C. J. Aunque nunca

me había intimidado la gente adinerada —más bien al contrario—, su privilegio me infundía una especie de serenidad; me olvidaba de las coletillas al hablar y cruzaba las piernas como las nobles de las cortes europeas. La etiqueta me salía con tanta naturalidad que a veces llegaba a creer en la reencarnación. Estaba segura de que, en otra vida, había sido rica.

No abrieron la puerta durante un rato, pero podía escuchar voces dentro. Voces enfadadas. Dos mujeres discutían. Había otro coche en el camino de entrada, junto al de Tina, pero había asumido que también sería suyo. Si había tenido que acostarse con aquel anciano, al menos debería haber sacado un par de coches, ¿no?

Cuando por fin me abrieron la puerta, me quedó claro que Tina había estado llorando. Su intento por esconderlo fue bastante pobre. Tenía los ojos enrojecidos y bordeados con una base de maquillaje demasiado rosada para su tono de piel.

—Llegas pronto, pero entra. —Sujetaba la puerta con desdén.

No sabía qué estaría pasando allí, pero me parecía justo. Ella había presenciado una escena muy fea en mi casa y ahora me tocaba a mí escudriñarla a ella con lupa.

La casa era espectacular, pero también muy fría. Debí de temblar, porque Tina comentó con encono:

—La calefacción está encendida, pero es que en esta puta casa fantasma siempre hace frío.

La enorme puerta de madera maciza se cerró con estruendo por detrás de mí e hizo que un jarrón de cristal que había en una mesa cercana traquetease.

—Estaba a punto de preparar café y unos aperitivos —me dijo Tina de camino a la cocina, o eso supuse—. Si quieres, puedes ayudarme.

Me moría de ganas por ver el resto de la casa. Seguí a Tina mirando hacia atrás, admirando las vigas de madera del techo. Las paredes estaban estucadas y pintadas de blanco, sin colores ni papel en ellas. Tampoco había fotos ni cuadros colgados, pero no era necesario; los enrejados de hierro fundido de las ventanas y las arañas de bronce con luces que simulaban velas eran decoración más que suficiente. Deseé que todos los que habían dicho que aquella casa era chabacana vieran su interior. Tina sabía qué hacer con el dinero, y yo le daba mi aprobación. Aunque era muy probable que a Tina mi aprobación le importara un cuerno, me pareció que tenía que hacerle

saber que mi aprobación no se obtenía fácilmente.

En la mesa de la cocina, había una planta marchita en una maceta. En la encimera no había nada: ni azúcar, ni estropajos, ni utensilios para cocinar. Tina abrió la nevera y sacó una bandeja de verduras junto con una salsa untable para picar que ya había comprado preparadas en una tienda de comestibles. Mi madre siempre criticaba este tipo de bandejas y comentaba que eran una estafa. Por un dólar menos, podías comprar tres bolsas de zanahorias y un bote entero de salsa ranchera.

Tina dejó el plato en la encimera y lo miró.

—Supongo que necesitaremos servilletas —dijo, y se echó a llorar.

Yo la miraba, sorprendida, cuando otra mujer entró en la cocina. Era mayor que nosotras, de unos treinta y tantos; llamativa, pero no guapa; y llevaba un kilo de plata en joyas que tintinearon y relucieron cuando abrazó a Tina, que en ese momento estaba sollozando.

No tenía ni idea de qué hacer. Me quedé allí, inmóvil como una estatua, mientras Tina lloraba en el hueco del cuello de la otra mujer.

—¿Por qué no subes y te calmas antes de que lleguen las demás invitadas? Yo me encargo de esto.

—Vale —respondió Tina con voz temblorosa—. Oh —y me señaló, como si fuera un rasgo de la casa que el nuevo propietario tuviera que conocer—, por cierto, ella es Ruth. Ha llegado temprano.

Durante unos instantes, sentí como si tuviera un nudo en la lengua.

—Perdón —acabé diciendo.

Tina se encogió miserablemente mientras se dirigía a las escaleras que había en la cocina. La casa tenía dos escaleras.

La otra mujer cogió el plato de verduras.

—Yo soy Janelle. Coge esos platos. El salón está a la izquierda, al final del pasillo.

El salón estaba escasamente iluminado, pero resultaba cálido gracias a la chimenea encendida. Janelle cogió el atizador y empujó uno de los troncos, que siseó como una serpiente y rodó hasta volver a su sitio. Me situé junto a un aparador abarrotado de fotografías de Tina tomadas a lo largo de los años. Me pregunté si como me sentía en ese momento era como se había sentido ella cuando había visto la fotografía de la boda de mi hermano: «Cuéntame lo que no sé todavía de ti».

No había manera agradable de decirlo: Tina no había sido una niña

bonita. Posando entre sus padres, era una niña escuálida con el ceño fruncido, rubia pero con las cejas negras como el carbón; más pronunciadas en aquel entonces que ahora.

El día de su boda, Tina estaba preciosa y estoica junto al feliz novio. Algunas mujeres habrían dicho que, a pesar de su edad, él seguía siendo atractivo, pero esas mujeres serían mucho más mayores que nosotras. Lo único en lo que yo podía pensar al verlos juntos era en su noche de bodas. Las tripas me hicieron un ruido raro, como a modo de protesta.

Y ahí estaba también Tina el día de su graduación en la universidad, sujetándose el birrete y riéndose mientras el viento amenazaba con llevárselo. Era la única fotografía en la que no salía ningún hombre y la única en la que Tina sonreía. No estoy diciendo que una cosa tuviera relación con la otra.

Miré más de cerca a las demás mujeres de la foto y me sorprendí al ver que una de ellas era Frances. No reconocía a la otra mujer que flanqueaba a Tina, que debería andar por el metro ochenta y tenía el pelo de color plata y por la cintura.

—¿Quién es la otra mujer que sale en esta foto? —le pregunté a Janelle.

Janelle ladeó la cabeza para evitar el reflejo que producía el fuego en la fotografía.

—Ah, esa es Irene.

Irene. Tina había mencionado a una Irene aquel día en el coche. Al preguntarle yo quién era, me había quedado claro que quería esconderme algo.

Janelle apoyó el atizador en la pared y me dijo:

—¿Podrías decirle a Tina que me he ido? Pronto empezarán a llegar las demás y no quiero que me bloqueen la salida.

—¿Crees que debería ir a ver cómo está ella? —le pregunté mientras me daba cuenta de que ansiaba que me diera su aprobación para subir.

—Frances no tardará en llegar —respondió Janelle al tiempo que guardaba su brillante pelo por dentro del cuello de la gabardina—. Ha sido un placer conocerte. Buena suerte.

Me preguntaba si se habría referido a que tuviera suerte con Tina o con el grupo de duelo complejo.

Tina aún no había bajado cuando las demás empezaron a llegar. Daba

la impresión de que a todas les emocionaba que fuera yo quien respondiera a la puerta. Conmigo podían abrir los ojos como diciéndome «¡¿Te lo puedes creer?!». Seguro que ellas también habían hablado de esa casa con su familia durante la cena. Cuando llegó Frances, como si esa no fuera una mansión hollywoodiense, como si ya hubiera estado allí, le dije que Tina se encontraba arriba y que estaba disgustada. No sé qué me pasó, pero cuando Frances se dirigió a las escaleras, la adelanté y le dije:

—¡No, espera, ya voy yo!

En lo alto de las escaleras, el pasillo se dividía a derecha e izquierda, pero solo había una puerta cerrada.

—¿Tina? —Llamé con suavidad—. Ya han llegado todas.

—Entra —oí que murmuraba.

¿O me había dicho que no entrara? Pero ya había empezado a abrir la puerta.

Tina estaba hecha un ovillo en uno de esos sofás para tumbarse que había bajo un trío de ventanas en voladizo. La habitación era grande; demasiado. Tenía forma romboide y la cama con dosel que había en el centro estaba rodeada de muebles en los que trabajar, vestirse o, simplemente, pasar el tiempo. Solo en esa habitación había más muebles que en toda la primera planta de mi casa. No tengo problemas en compadecer a los ricos. Hay muchas cosas tristes en este mundo y, desde luego, tener el dinero suficiente como para comprar todo lo que quieres y darte cuenta de que sigues vacío por dentro es una de ellas.

—Ah..., pensaba que eras Frances —dijo Tina con cierta hosquedad.

Di un paso atrás.

—Puedo ir a buscarla.

Tina lo consideró.

—No, déjalo, que siempre se pone de parte de Janelle. ¿Puedes cerrar la puerta? No quiero que nos oigan.

Cerré la puerta sintiéndome muy importante. ¡Tina me había elegido como confidente! Se movió para hacerme sitio en el sofá. Las ventanas daban a la parte trasera de la propiedad, donde Tina y su marido debían de haber estado construyendo una piscina antes de que él muriera.

—No sé qué voy a hacer —comentó Tina con lágrimas en los ojos.

—¿Respecto a qué? ¿Qué ha pasado, Tina?

Tina cogió un hilo suelto de su jersey. Me daba la impresión de que

no quería responder.

—Tengo que asistir a una conferencia en Aspen este fin de semana. Se supone que debo simular una sesión de terapia. Es parte de mi práctica laboral. Janelle iba a venir conmigo a ayudarme, a darme apoyo. —Se echó las manos a la cara y gimió—. ¡Me lo prometió!

Me alegré de que se cubriera la cara porque así no podía ver el desconcierto que se dibujaba en la mía. ¡¿Por eso estaba así?!

—Y ¿no puedes ir sin ella?

—Tengo que hablar delante de un montón de personas que me van a examinar y estoy aterrada. Además..., hay muchas otras cosas que van a ser duras para mí. —Tina se secó las lágrimas con el puño del jersey—. Es una historia muy larga, pero ella la conoce... y me deja tirada igualmente.

Yo seguía confundida.

—¿Por qué ya no va?

—Porque está casada.

—¿Y su marido no le deja ir?

Tina miró su jardín trasero, con aquel agujero desigual y soltó una risa amarga.

—Ni siquiera sabe que existo. —Se llevó las rodillas al pecho y se hizo una bolita prieta—. Nos amábamos, Ruth. —Me miró tímidamente por encima del saliente que formaban sus rodillas, esperando a ver mi reacción.

Yo sentí como si acabara de caerme un rayo. Estaba eufórica. Y estaba devastada y enfadada. Me fijé en que la expresión de mi rostro debía de haber demostrado todo aquello, porque Tina me miraba con cara de no tener ni idea de qué estaba pensando. «Pero no estás enferma —es lo que estaba pensando—. Eres joven, eres preciosa, eres rica y has estudiado, te quieren. Frances te respeta, una terapeuta con veinticinco años de experiencia. ¿Es posible tener todo eso y estar enferma?».

—Yo te acompañaré —solté de golpe.

Me imaginé diciéndole a mi madre que iba a ir de viaje con la mujer que vivía en la mansión de estilo español; desquitándome con aquello por lo de antes. Tendría mil y una preguntas indiscretas, pero era tan orgullosa que no me las haría. Era la venganza perfecta.

—Hay que coger un avión. Está lejos —comentó Tina cautelosa.

—Lo sé —y puse los ojos en blanco como si hubiera estado mil veces en Aspen.

—Será bueno tener compañía —se dijo Tina para sí, animándose

ligeramente al considerar en serio mi oferta—. ¿Lo dices de verdad?

Sonreí.

—Estoy preparada para la aventura.

PAMELA

ASPEN, 1978
DÍA 12

Le pedí a Carl que nos acompañara a Colorado diciéndome una y otra vez que iba para buscar justicia para Denise y que aquello no tenía nada que ver con la manera en la que el periodista me había mirado desde la esquina de la cama de mi amiga, como si lo que tenía que contarle no solo fuera interesante, sino importante.

Faltaban cuatro años para que se estrenase *La decisión de Sophie*, protagonizada por Meryl Streep, para que el título calara en la conciencia pública, pero, cuando la policía me preguntó si quería presentar cargos contra Roger, a mí se me presentó aquel mismo dilema. Un fiscal podía argumentar con facilidad que la presencia de un arma —la navaja multiusos— cumplía con los criterios del secuestro con agravantes, un delito por el que podía llegar a pedirse cadena perpetua.

Y aunque sería bueno para las mujeres de Tallahassee que se lo quitaran de encima de por vida, que lo acusaran de secuestro haría que la teoría de la policía, su idea de que Roger era el asesino, cobrase más fuerza. Y ¿qué sucedería cuando la prensa se hiciera eco de la noticia y la gente se enterara? Un hombre de veintiocho años que había pasado un año en una institución mental, que había falsificado su expediente académico para entrar en la universidad y que había salido con la chica que habían asesinado en primer lugar. Roger encajaba tan bien en el perfil, que había veces en las que me daban ganas de creérmelo; tanto, que tenía que recordarme: «Pero es que tú viste al asesino. Y, sí, por un instante pensaste que era Roger..., así que puede que fuera él. ¡No, para! Lo viste y estás segura de que no era él». Aquella era la carrera de obstáculos a la que me sometía mi cabeza cada vez que me echaba a dormir; el sueño, la inalcanzable línea de meta.

Le pedí al sheriff Cruso que me concediera el fin de semana para decidir qué hacer. Cuando llamé a Carl, mi intención era tenerlo todo: que acusaran a Roger por secuestro pero que los medios siguieran de

mi parte.

—Tengo una historia para usted —le dije.

Carl me escuchó con atención. La incompetencia policial, rozando lo criminal, había derivado en dos asesinatos y tres palizas aquí, en Florida.

—Escapó en dos ocasiones estando vigilado en Colorado —remarqué—. Sabemos cómo lo hizo en Aspen, tras lo cual lo llevaron a una supuesta prisión de máxima seguridad ¿y permitieron que sucediera de nuevo? Es una negligencia y usted podría ser quien la sacara a la luz.

Carl puso la mano sobre el micrófono del teléfono y se dirigió a alguien que estaba con él para pedirle un bolígrafo; quería anotar la información de mi vuelo. De pronto me di cuenta de que estaba esforzándome por determinar si la voz que le había respondido «Aquí tienes» era de mujer. «Estás prometida», me recordé. «Solo como quien dice».

—Vaya, menudo conjunto —me dijo Carl mientras nos abrochábamos el cinturón para el despegue.

Miré cómo iba vestida. Había salido directamente de las prácticas en el edificio Capitol con mi uniforme de cadete: una falda azul marino de lana, medias, una chaqueta blanca abotonada y unos mocasines que había cambiado por unas zapatillas de lona blancas. Sabía que tendría que volver corriendo a la Casa para recoger mi bolso y alcanzar el avión. Unos pocos años después, esa ropa se volvería popular entre las profesionales que tenían que desplazarse a diario para ir a trabajar y quedó inmortalizada en la película *Armas de mujer*; pero claro, supongo que en esa tarde de enero de 1978 mi aspecto debía resultar raro.

—Estoy haciendo prácticas los miércoles y viernes por la mañana —le expliqué.

—¿No han pasado ni dos semanas y ya estás trabajando de nuevo?

Lo miré de reojo.

—No he dejado de ir.

Carl me miró sorprendido.

—¿Ni siquiera la semana en que sucedió?

—Fue un sábado por la noche.

Carl me miraba fijamente, moviendo los ojos arriba y abajo, como si estuviera esperando a que me rompiera. Debía de pensar que le

estaba tomando el pelo.

—Así que, para el miércoles... —dejé la frase en el aire, convencida de que entendía adónde quería llegar. Para el miércoles, para mí, el asunto se había asentado lo suficiente como para que volviera al trabajo.

Carl apoyó la cabeza en el reposacabezas y cerró los ojos.

—Resultas la mar de increíble, Pamela. Todas vosotras me lo parecéis. —Su tono de voz era sincero, pero inconmensurablemente triste.

Tina estaba sentada al otro lado del pasillo, con la cabeza inclinada sobre un mapa de Colorado lleno de anotaciones, pero en ese momento levantó la cabeza, me miró y la ladeó, como si algo le produjese curiosidad. Parecía que Carl estaba a punto de ponerse a llorar.

—No sé..., supongo —respondí vacilante—. Aunque... solo estamos haciendo lo que haría cualquiera en nuestra situación.

—No —negó Carl con contundencia—, cualquiera no habría reaccionado así. —Respiró hondo y se le movieron las aletas de la nariz, parecía que estuviera recordando algo desagradable y abrió mucho los ojos—. Yo estuve en el Ejército y, cuando volví, no me sentía bien todos los días.

El avión estaba acelerando, se sacudía y derrapaba. No me gustaba nada esa parte. Siempre parecía que no llevábamos suficiente velocidad para despegar. El avión tomó altura y Carl me cogió de la muñeca de repente.

—Perdón... —me dijo mientras me devolvía la mano y me daba una palmadita de disculpa en ella.

Al otro lado del pasillo, Tina volvía a estudiar el mapa y me di cuenta de que se mordía el labio inferior, como si estuviera tratando de contener la risa.

De camino a Glenwood Springs, el lugar del que se había escapado el Acusado por segunda vez, pasamos por los juzgados del condado de Pitkin, de donde había escapado la primera. Queríamos ver con nuestros propios ojos la ventana por la que había saltado el Acusado durante la vista previa por el asesinato de Caryn Campbell. A lo largo de los años he leído que, en realidad, fue desde un tercer piso desde donde saltó audazmente para huir de la justicia. Pero yo estuve allí y fue desde un segundo piso. La gente siempre ha querido que el

Acusado parezca más de lo que es.

—¿Cuánto habrá, dos metros y medio, tres? —estimó Carl mientras lo anotaba.

—Yo también habría saltado si se me hubiera presentado la puta oportunidad —comentó Tina—. ¿En qué estaban pensando para dejarlo solo?

En solo unos meses entraría en la Facultad de Derecho, donde me advertirían sobre la explotación de mis conocimientos para conseguir que un argumento débil pareciera fuerte y me enseñarían que esa es una técnica que solo emplean los sofistas. A partir de aquel curso de Procedimientos Civiles, fui desarrollando, poco a poco, un desprecio cada vez mayor por los miembros de las fuerzas de la ley y de la profesión legal que sugirieron que la idea del Acusado de representarse a sí mismo era parte de su plan maestro; que ya tenía pensado decirle al juez eso de que poder moverse con libertad por la biblioteca del juzgado era un derecho constitucional antes de rellenar la petición *pro se*. Que siempre había ido diez pasos por delante.

Hay pruebas sustanciales que indican que no tenía ningún plan, que era su ego la fuerza que lo impulsaba. Lo de representarse era esa apariencia de culto que quería dar, de calculado pensamiento estratégico. La oportunidad de escapar había surgido como consecuencia de las acciones de un hombre obsesionado con el estatus que no había conseguido sacar la carrera en la única facultad de Derecho que lo había admitido, una facultad de tercera, y entonces, en vez de trabajar más duro, había mentido y falsificado para entrar en otra, donde le había arrebatado el puesto a alguien que realmente se lo merecía.

Y, aun así, el mito de que era un genio persistía, aunque basta con unas cuantas búsquedas en Google para corroborar la verdad.

Un día, cuando mi hija era joven, le dije lo mismo que mi madre me había dicho a mí —que tenía que esperar al menos una hora para nadar después de haber comido—. «¿Por qué?», me discutió con sus puñitos en sus caderitas, con helado de chocolate manchándole la boca, que mantenía fruncida. «Porque te dará un calambre y te ahogarás». Recientemente, mi hija me había enviado un artículo que desmentía todos esos cuentos de viejas. Lo de esperar para meterse al agua después de comer era el primero de la lista. El Consejo Científico de la Cruz Roja aseguraba que no se había informado de ni un solo caso en el que comer contribuyera a ahogarse. Nos reímos de aquello; era una de esas reglas que nos había llevado a tener alguna de

nuestras peleas legendarias.

A veces pienso que el Acusado no es sino un cuento de viejas. Las fuerzas de la ley habían apoyado esa supuesta brillantez para tapar su propia incompetencia —en entrevistas que daban a los medios, en sus testimonios ante el juez— y todo fue cimentándose a partir de ahí, fortaleciéndose hasta convertirse en una verdad generacional transmitida de madres a hijas. Ahora bien, te lo aseguro: el tipo no era ningún genio diabólico. No era más que uno de esos solteros voluntarios del montón al que le pillé metiéndose el dedo en la nariz durante el juicio. Más de una vez.

Glenwood Springs era una ciudad tan pequeña que podías perdértela si parpadeabas al volante; tenía 4.993 habitantes —«4.994, felicidades a la familia O'Toole», según ponía en una corrección escrita a mano en el cartel de bienvenida que había nada más coger la salida de la autopista—. Nos detuvimos a comer en un sitio que se llamaba La Olla. Era una cabaña de troncos en la que había esquíes apoyados, con uno de esos felpudos que atrapan el agua en la entrada y universitarios con plumíferos parcheados con cinta de carrocero.

La camarera se nos acercó dando saltitos, con la energía de esas personas que pasan todo su tiempo libre fuera de casa. Tenía la cara llena de pecas y bronceada por el sol de invierno.

—¿Qué van a querer?

Yo pedí el pollo club. Carl, el chili.

—¿Qué pedirías tú, el costillar de primera o el bistec? —le preguntó Tina a la camarera.

—Depende de lo que le apetezca. Mi plato preferido es el bistec, pero si es pequeño. Las costillas tienen más grasa y son… —abrió las manos para dejar claro que era un gran pedazo de carne—, así que depende mucho del hambre que tenga.

—Pues tráeme el bistec ahora y prepárame unas costillas para llevar, con una guarnición de zanahorias y puré de patata. ¿Dónde está el baño?

La camarera se lo señaló y Tina hizo una bola con la servilleta de papel que tenía en el regazo y la dejó hecha un gurruño en la mesa.

—Este fin de semana las condiciones van a ser buenas —nos dijo la camarera mientras nos recogía la carta—. Han venido en el momento adecuado. Marzo es el mes más ajetreado, pero es en enero cuando he hecho las mejores bajadas.

—En realidad, soy reportero del *Tallahassee Democrat* —le respondió Carl—. ¿Te importaría decirme tu nombre?

—¿Del *Tallahassee Democrat*? —La camarera se puso de inmediato a la defensiva—. ¿Es por lo de las elecciones?

Carl me miró sorprendido.

—Es un periódico de Florida —le respondió.

La camarera se nos quedó mirando y soltó un largo suspiro.

—Ajá —fue todo lo que dijo.

—No sabemos nada de ningunas elecciones —le aseguré.

—Pues deberían, si han venido a escribir una historia al respecto —contestó con cierta brusquedad.

—¿Hablarías conmigo? —le preguntó Carl—. Confidencialmente, si lo prefieres.

—No me importa que salga mi nombre —respondió antes de ponerse las cartas en la cadera y tocarse la chapa de la blusa: «Lisa»—. Estoy quemada con lo que está pasando aquí y me da igual quién lo sepa. —Lisa asintió por encima de nuestra cabeza a un grupo de comensales que le habían pedido la cuenta—. Vuelvan mañana más o menos a esta hora. Mi turno acaba después del servicio de desayuno.

Teníamos billete para volar esa misma noche.

—Aquí estaré —le dijo Carl antes de que me diera tiempo a explicarle que mañana no estaríamos aquí.

Lisa asintió y se marchó con prisa.

—Yo no puedo quedarme —le dije a Carl—. Tengo que volver esta noche.

—Pero si es fin de semana —respondió el periodista mientras partía en dos un bollito de pan y le ponía un poco de mantequilla, que estaba fría—. ¿Qué más da?

—El domingo volvemos a la Casa y necesito el día de mañana para tenerlo todo preparado.

—¿De verdad te parece buena idea? —Carl le hincó sus grandes dientes al bollito y salieron migas volando por todos lados.

Cogí la servilleta de Tina y me barrí aquellos copos dorados en la palma de la mano.

—La verdad es que no creo que haya un lugar más seguro en el que estar. La Casa está ahora en el punto de mira de todo el mundo. Sería idiota si volviera.

Aquel era el argumento que había utilizado con las chicas, el argumento en el que, tonta de mí, creía a pies juntillas.

La comisaría de Glenwood Springs tenía nueve celdas y una de ellas se había habilitado como sala para visitas. En ella había un viejo sofá de dos plazas con la tela desgastada y una mesa con vajilla y cubertería que no solo parecía que alguien hubiera donado cuando había decidido cambiar los muebles, sino que, como Tina señaló, tenían unas patas de metal labrado que ni siquiera estaban atornilladas al suelo. Los tres nos sentamos a la mesa, donde estuvimos una hora esperando al sheriff a pesar de tener cita con él. Por lo visto, a Gerald lo habían asignado a hacer labores de desbrozamiento en uno de los parques nacionales y era un trabajo que había que acabar antes de que se pusiera el sol. Por fin apareció un hombre con una parca de la prisión y un gorro de lana al que seguía de cerca un agente de policía de gesto imperturbable. El prisionero sonrió a su captor, que abrió la puerta de la celda de visitas y le hizo un gesto para que entrara.

—Eres todo un caballero, Sammy —comentó el prisionero, que, como iba esposado, tuvo que levantar ambas manos para hacer como que se tocaba el ala del sombrero para saludarnos. Era Gerald Stevens —. Me muero de hambre —y se tocó la tripa como para demostrarlo.

Tina abrió la tapa del recipiente que nos habían dado con las costillas y comentó:

—Cuando hemos llegado, estaba caliente.

Al parecer, a Gerald no le importaba que se hubieran enfriado. Se sentó en el sofá y empezó a comer las costillas con las manos —por lo menos, no le habían dado un cuchillo—.

—¿Y el resto? —preguntó Gerald mientras se chupaba la grasa de los dedos.

Tina se puso de pie, cogió las asas de una pequeña bolsa de la compra con un dedo y balanceó la bolsa frente al recluso: un cartón de Marlboro Reds, seis Coca-Colas y una lata de galletas con pepitas de chocolate. Eso era lo que nos había pedido a cambio de responder a nuestras preguntas acerca de los ciento siete días que había pasado como compañero de celda del Acusado.

Gerald abrió una de las latas de refresco y se la bebió de cuatro tragos. Si hubiera cerrado los ojos, podría haberme dado la impresión de que me encontraba en la fraternidad de Brian un jueves por la noche. Luego se pasó un brazo por la boca y se quedó esperando a eructar con los ojos vidriosos. Era un hombre normal, malencarado, con el pelo castaño y los ojos marrones, de estatura media y complexión normal. El día de Navidad de 1976 había entrado en una casa de Aspen borracho y drogado y había retenido a sus ocupantes a

punta de pistola, les había robado las joyas y se había dado a la fuga en la ranchera de la familia. Que él recordase, no había matado a nadie.

—He traído todo lo que me pediste —le recordó Tina. «Hicimos un trato».

Gerald se limpió a golpecitos la comisura de los labios con una servilleta de papel, sin prisa por cumplir con su parte de lo pactado.

Consulté mi reloj. Me sentía ansiosa. A este paso iba a ser imposible que cogiéramos el vuelo nocturno a Tallahassee.

—Albergamos la esperanza de que puedas arrojar algo de luz acerca de qué pensaba el Acusado los días antes de escapar —soltó Carl.

—¿Qué ha hecho ahora? —Gerald mordió el envoltorio del cartón de tabaco y escupió un plástico plateado como si estuviera mascando tabaco.

—No tenemos claro que haya hecho nada todavía —respondió Carl.

—Entonces, ¿qué creéis que ha hecho? —Gerald hizo un gesto como para que alguien le diera fuego. Tina, servicial, buscó en el bolso.

—¿Alguna vez te habló de adónde pensaba ir si escapaba de nuevo? —Tina hizo girar la rueda del mechero con el pulgar y le ofreció la llama a Gerald, que se inclinó para llegar a ella.

Me sorprendió que Tina no dijera nada de Florida, pero, claro, eso podría haber llevado a Gerald a darle la respuesta que creía que quería oír. Me sorprendió que, a pesar de que tuviera un plan, Tina pudiera controlarse.

—No soy ningún soplón —comentó el prisionero mientras soltaba el humo por la nariz y se quedó pensando en qué decir mientras el humo que había entre el sofá y la mesa se dispersaba en varias direcciones—. No es que me oponga a ello por principios, sencillamente, no lo he hecho nunca. —Le soltó una risa desdentada al agente de policía, que miraba la pared inexpresivo.

Tina me dio con el codo y me miró a los ojos: «Ahora. Es el momento». Metí la mano en mi bolso.

—Estas son mis amigas —le dije al tiempo que le enseñaba una fotografía de Denise y otra de Robbie.

Había preparado un sobre lleno de fotos que Tina había revisado en el vuelo. Habíamos elegido unas de un día de béisbol. Las chicas en el *home* con pantaloncitos rojos y gorras de béisbol rojas posando con

bates y cara de duras. Me preocupaba que hubiera demasiada pierna, pero Tina me había pedido que llevara fotografías que no publicarían en los periódicos. Las fotos planas, como las del anuario, impersonales, que hacían que pareciera que el destino de los retratados fuera que acabara informándose de su muerte en la prensa, no conmovían a nadie.

—Denise es la que tiene la cara pintada —comenté mientras Carl le acercaba las fotografías a Gerald—. Y Robbie es la que lleva rodilleras. A ambas las asesinaron hace dos semanas y… —tomé aire temblando —, y no queremos que le hagan daño a nadie más.

Gerald miró a Robbie y a Denise sin más. Abrió una segunda lata y dijo:

—Le estáis preguntando a la persona equivocada.

—Entonces, ¿a quién tenemos que preguntarle? —Carl fue al grano.

—Al tipo correcto. —De nuevo esa sonrisa sin dientes.

En ese momento se oyó un estruendo metálico, como si alguien hubiera abierto con demasiada fuerza una pesada puerta de acero y esta hubiera golpeado los barrotes de la celda contigua. Alguien musitó:

—Mierda.

Y oí el típico sonido de los tacones de madera sobre los suelos de cemento y a alguien silbando tranquilamente una melodía. El agente de nuestra celda reaccionó como si acabara de sonar la alarma antiincendios. Se acercó a Gerald y le pasó la mano por debajo del sobaco y tiró de él para que se pusiera de pie.

—¡Pero si no han sido ni diez minutos! —se quejó Tina.

—El horario de visita es de nueve a cuatro —dijo una voz nueva. Nos volvimos y vimos a un abuelete vestido por completo de caqui y (sí) con botas de vaquero, caminando ligeramente inclinado y metiendo la llave en la puerta de la celda de visitas—, pero pueden volver mañana.

—Yo, desde luego, sheriff, espero que vuelvan —dijo Gerald plácidamente—. La próxima vez querré el bistec —se dirigía a Tina. A continuación, se lamió los labios lascivamente al tiempo que el agente de policía lo sacaba de la celda.

—Nos marchamos esta noche, señor —le dije al sheriff de Glenwood Springs.

Me daba pavor tener que dirigirme a la gente como «señor» o «señora». No era así como me habían educado y, daba igual cuánto lo

intentara, siempre parecía que estuviera burlándome de la persona a la que se suponía que estaba mostrándole respeto.

—Pues haber venido antes —respondió antipático e hizo un gesto con la mano para que lo siguiéramos mientras movía sus dedos carnosos como si intentara quitarse algo del envés. Sentí una repulsión que fue en aumento.

—Es que ya hemos venido antes —no pude callarme mientras me levantaba y lo seguía a la recepción de la comisaría—. De hecho, hemos llegado a la hora en la que habíamos quedado. Han sido ustedes los que han llegado tarde, señor.

—Pues le pido disculpas, señora —me respondió el sheriff sin que le importara que se notase que no lo decía en serio—, pero es que ha habido que llevar al taller la furgoneta de la prisión para que le hicieran un arreglo y los chicos han empezado tarde en el parque.

—Qué casualidad —comentó Tina.

—¿Quiere que le eche una ojeada a la furgoneta, señor? —se ofreció Carl. Cuando el sheriff lo miró, añadió—: Fui mecánico de aviones en el Ejército.

El sheriff empujó la puerta de par en par con el antebrazo.

—Gracias por su servicio, pero aquí, cuando nuestros automóviles tienen un problema, los llevamos a mecánicos de automóviles. Que tengan buena noche.

La puerta no se cerraba, así que el sheriff la cerró tirando del pomo con ambas manos. Luego bajó la persiana de seguridad por si acaso.

Afuera, el sol había caído por debajo de los picos nevados, pero el cielo seguía estado de un suave color azul. Tina levantó la vista y, después, volvió a bajarla para consultar el enorme reloj de oro que llevaba en la muñeca. Era un Rolex con la correa del aniversario y el dial con un mosaico de jade, el mismo que había llevado mi padre.

—Son las tres y cincuenta y uno —comentó.

Nos quedamos allí, formando un pequeño círculo y mirándonos apesadumbrados, conscientes de lo que había pasado. Nos restaban nueve minutos con Gerald, tiempo más que suficiente para que nos hubiera dicho lo que sea que el sheriff no había querido que nos dijera. Nos habíamos topado con algo allí, en Colorado, y era muy posible que se tratase de la verdad.

RUTH

ASPEN
INVIERNO DE 1974

Vi cómo las cortinas de la cocina ondeaban con suavidad mientras Tina salía del camino de entrada marcha atrás. Mi madre se había puesto a abrir y cerrar cajones y a suspirar cuando le dije que me marchaba, como si fuera a ser imposible encontrar lo que estaba buscando ahora que yo le había ordenado la cocina. Aquel era el mejor adiós que me iba a decir. Mi madre de cincuenta y dos años se convertía en una quinceañera taciturna cuando las cosas no eran como ella quería, y respondía con frases cortas y secas a su opresor en caso de que no valiera con encogerse de hombros o asentir. Por lo normal, cuando me hacía así el vacío, yo me precipitaba en espiral a un estado de terror sin precedentes. No solo conseguía que me convenciera de que todo el mundo me odiaba, sino de que tenía cáncer e iba a morir. Pero el día en que Tina y yo nos marchamos a Aspen, estaba tan enamorada de mi cara que me dio lo mismo. En el espejo del baño había subido y bajado la barbilla, la había girado a derecha e izquierda, pero la única protuberancia de mi cara era la nariz, y siempre me había gustado mi nariz.

Aspen. Me sentía cosmopolita con solo pronunciarlo: «Voy a Aspen a pasar el fin de semana». Tina llevaba un conjunto —un gorro de lana con un pompón monísimo, una chaqueta blanca de pelo y unas botas de nieve de napa y piel— que hacían que sus piernas parecieran kilométricas. No me habría atrevido a quedarme mirándola si no me sintiera yo también tan guapa. La gente por fin podía ver mis brillantes ojos, mi piel pálida y mi pelo moreno. Esa misma semana, unos días antes, una niña pequeña había tirado de la manga de su madre en el supermercado y le había preguntado a su madre qué hacía Blancanieves en el pasillo de los cereales.

—¿Alguna vez has estado en Aspen? —me preguntó Tina en el aeropuerto, mientras esperábamos para embarcar.

—Cuando era niña pasamos una vez en coche.

—Es muy lujoso. Hay un sitio en la montaña, todo de cristal, que

parece que estés bebiendo el champán en el exterior. —Tina sonrió anhelante—. Siempre había querido volver y disfrutarlo.

—¿No lo disfrutaste la vez anterior?

Tina dejó de sonreír.

—Es que fui con Ed y nos pasamos casi todo el tiempo en la habitación.

Solté una risita nerviosa y exclamé:

—*Oh, là là!*

—Porque él tenía ochenta y tres años y no se encontraba bien —respondió Tina airada.

El hotel era todavía más pijo que aquel al que me había llevado C. J. en nuestra luna de miel. En el vestíbulo había una gran chimenea encendida con un fuego danzante y brillantes manzanas verdes en tazones, y el personal, uniformado, iba de un lado a otro impidiendo que tocaras una sola de tus maletas o que pulsaras el botón del ascensor. Tina dio propina a todos los botones que nos ayudaron, incluso al que solo nos abrió la puerta. Solas en la habitación, que era más pequeña de lo que ambas habíamos imaginado, le pregunté, torpemente, cuánto le debía del fin de semana. No es que el dinero me sobrara, pero tenía una cantidad ahorrada de cuando había trabajado de cajera en la farmacia, durante los últimos meses de mi moribundo matrimonio; suficiente como para invitarla a cenar una noche.

—La organización de la conferencia paga la habitación y deja que yo me encargue del resto. Es lo menos que puedo hacer. Me sentiría fatal si hubiera tenido que venir sola. Me estás ayudando muchísimo, Ruth. ¡No tienes idea!

Podría haber pensado que estaba exagerando un poco, como suelen hacer los ricos cuando se comportan como si te debieran algo para que no te sientas como alguien que vive de la caridad a su lado. Tina, sin embargo, se retorcía las manos y, de repente, me pareció muy joven e insegura.

—Venga, bajemos a cenar —me dijo, y antes de que pudiera rechazar su oferta añadió—. Me vendría bien tomarme… ¡unas cuantas copas!

Pedimos un bistec y una botella de vino tinto, y, de postre, tarta de queso. Yo me la comí entera, pero Tina se dedicó a marcar la superficie cremosa con los dientes del tenedor, distraída, mientras acunaba un vaso de whisky. Hasta llegar al postre había estado de muy buen humor. Había sido muy agradable con la camarera y le había hablado abiertamente, e incluso había hecho un chiste sobre los

bíceps que debía de tener de tanto llevar y traer aquellas enormes bandejas de plata llenas de platos desde la otra punta del hotel, que era donde, curiosamente, estaba la cocina.

—Venga, vayamos a la habitación y durmamos —le dije a Tina en cuanto firmó la cuenta.

Cuando la camarera vino a llevarse la cuenta y vio la propina que le había dejado Tina, no pudo evitar enarcar las cejas de golpe. Una vez en la habitación, Tina se probó diferentes conjuntos para que le diera mi opinión. Había traído cinco opciones, todas recién compradas y con la etiqueta del precio colgando de las etiquetas de cuidado de las prendas. En cierta manera, me sentía molesta, porque seguro que sabía que estaba espectacular con todos y cada uno de los conjuntos. ¿De verdad necesitaba que yo se lo dijera? Pero, en realidad, la mujer estaba para el arrastre.

—¿Te parece que practiquemos? —me preguntó una vez habíamos decidido que se pondría el jersey de lana negro ajustado y la falda tubo de tweed con el cinturón ancho que hacía que su cintura pareciera incluso más estrecha de lo que ya era—. Estoy demasiado nerviosa como para meterme en la cama.

—¿Qué tengo que hacer?

Tina fue hasta el escritorio y puso la silla mirando a los pies de la cama.

—Siéntate aquí. —Luego, ella se sentó en el borde de la cama, cruzó las piernas y se pasó las manos alrededor de la rodilla. Estaba descalza, con la falda de tweed y una camisola de seda con encaje. Había comprado de todo lo que había en la tercera planta de Frederick & Nelson, menos sujetadores—. A ver, yo soy la terapeuta y tú eres la paciente. Tienes que fingir. A ver, que me puedes contar cosas de verdad si quieres, pero también te las puedes inventar.

—Entendido.

—En cualquier caso, tú sígueme la corriente.

Asentí, intentando no reírme. Tina se estaba poniendo roja y resultaba una situación muy dulce.

—Es una bobada, pero tengo que presentarme.

Me reí.

—¡Venga, empieza!

Me dio la impresión de que Tina por fin se escuchó a sí misma y también se rio un poco. Cerró los ojos, respiró hondo y dejó caer los hombros mientras exhalaba despacio. Cuando abrió los ojos, ante mí vi una mujer compuesta y capaz.

—Hola, Ruth, soy la doctora Cannon. Me alegro de conocerte.

La «doctora Cannon». Qué emocionante. Sonreí abiertamente.

—Es un placer conocerla, doctora Cannon.

—Entiendo que te ha enviado a verme tu médico de cabecera porque recientemente has estado deprimida.

—Sí, me he sentido un poco baja de ánimo.

Tina asintió aprobatoriamente, como diciendo: «Bien, bien, así, sígueme la corriente».

—¿Y desde cuándo te sientes así?

—Pues... —me llevé una mano a la cara, pensativa—, ¿se refiere a esta vez o a la anterior?

—Así que no es la primera vez que te sientes deprimida.

—Digamos que no.

—Háblame de la primera vez que te sucedió.

Sentí como que la habitación se oscurecía cuando empecé a pensar en la primera vez.

—Fue en el instituto.

—¿Sucedió algo que lo provocara?

Vi la cara de mi cuñada —su verdadera cara, con los rasgos como caídos, desamparada— y, a continuación, vi la de mi padre, al que parecía que le hubieran partido el corazón.

—Me metí en un problema.

—¿En qué problema?

Tina había puesto la silla demasiado cerca de la cama. Me moví a un lado para que nuestras rodillas no se tocaran.

—Fue en el colegio. Mi padre era profesor en el colegio al que yo iba e intentó protegerme, pero... bueno..., al final fue mejor para todos que me fuera.

—Aquello tuvo que ser devastador para ti.

—Sí, supongo —respondí molesta. No me gustó que utilizara la palabra «devastador». La devastación implica destrucción durante una guerra, que todo esté en ruinas, y yo era mucho más fuerte que todo eso—. Tuve un problema y era mejor que fuera a un lugar en el que pudieran ayudarme.

Tina ni se inmutó.

—Entonces, ¿recibiste ayuda profesional aquella primera vez?

Me di cuenta de que estaba sentada sobre las manos y que se me estaban durmiendo. «Creo que es ahora cuando debería inventarme algo», pensé, pero me quedé en blanco y lo único que me venía a la cabeza era la verdad, los nueve meses que había pasado en el Eastern

State. Permanecí sentada, tolerando los pinchacitos en los dedos, y me quedé callada un buen rato.

—Podemos parar aquí —dijo Tina—. A veces, la única manera de ser capaces de hablar de una situación complicada es darnos permiso para parar cuando hablar de ello se vuelve insoportable. La idea es que, cada vez que nos pongamos con esto, puedas ir un poquito más lejos.

Asentí, mirando al suelo, sintiéndome expuesta y un poco resentida. Tina estiró los brazos por encima de la cabeza y acompañó el gesto de un bostezo extravagante.

—Ahora sí que estoy cansada. Gracias, Ruth, ¡has vuelto a salvarme!

Me despertó en mitad de la noche el llanto de Tina. Estaba tumbada de lado, de espaldas a mí e intentando que no la oyera, pero ese sonido era inconfundible. Me había ido a la cama arrepintiéndome de haber compartido tanto con ella, pero el equilibrio volvía a restablecerse con aquel llanto, ambas desenmascaradas frente a nuestras miserias. Volví a quedarme dormida mientras sentía que entre ambas se forjaba una especie de alianza.

Me desperté una vez más por una pesadilla. Estaba haciendo el amor con mi hermano y sabía que aquello no estaba bien, pero no podía evitar sentirme excitada. Cuando abrí los ojos, vi que estaba acurrucada en la espalda de Tina, con mis rodillas pegadas a las suyas y con sus nalgas pegadas a mi hinchada pelvis. Había estado durmiendo con las manos a los lados de la cara, cerradas, con la frente entre los omóplatos de Tina, como si tuviera frío o me estuviera escondiendo detrás de ella.

Por la mañana, ambas estábamos serias. Nos duchamos y nos preparamos prácticamente en silencio. Tina se había puesto una ropa diferente de la que habíamos escogido por la noche, un vestido azul precioso pero que le quedaba un poco grande a la altura del pecho, y había dejado sobre la cama el jersey de lana, la falda tubo y el ancho cinturón negro que, como un mago, hacía desaparecer su cintura. Me dijo:

—Pruébatelo, que a ti no te sienta mal el negro, como a la mayoría de las rubias —y me guiñó el ojo, sugiriendo que ella, claro está, era la excepción a la regla. Me sentí tentada de echar una ojeada a su antiguo yo petulante y, aunque lo único que quería era ocultarme con

aquel magnífico y embriagante *tweed*, dudé.

—Estás gastándote mucho dinero en mí.

Tina se puso un collar de perlas al cuello.

—A mi entender, ambas merecemos que nos valoren y nos traten con respeto. Y la gente solo te trata así cuando parece que tienes dinero, Ruth. Venga, ponte la puta falda.

Se abrieron las puertas del ascensor y un hombre mayor y una mujer más joven se echaron hacia atrás, hacia el espejo, para hacernos sitio. Él llevaba traje y corbata y ella unos abultados pantalones de esquiar y una chaqueta impermeable. El hombre nos indicó que pasáramos y se dirigió a la mujer y comentó:

—Yo diría que estamos todos un poquito celosos.

La mujer se volvió hacia él con cara de no entender nada.

—¿Qué quiere decir? —le preguntó.

El hombre señaló su vestimenta de esquiar.

—A mí también me habría gustado hacer unas cuantas bajadas, pero el horario de este año... —refunfuñó—. Como me descuide, no nos dejan ni ir al baño.

—Yo también he venido para la conferencia —respondió la mujer un poco molesta—, pertenezco al Grupo de Antropología Forense.

La mujer y yo establecimos contacto visual a través del espejo. La mujer puso los ojos en blanco y movió la boca exageradamente sin pronunciar las palabras: «Por supuesto». Por supuesto que él tenía que dar por hecho que ella no era de los suyos, aunque a mí me parecía un error comprensible, teniendo en cuenta que iba vestida para ir a esquiar.

Las puertas del ascensor se abrieron y nos encontramos en un vestíbulo abarrotado de hombres con una tarjetita al cuello. Seguí a Tina hasta el tablón de anuncios, coronado por un cartel que decía: «¡Bienvenidos, profesionales de la salud de los Estados Unidos!». Tina pasó el dedo por el horario del día hasta que encontró la lista y el lugar donde se celebraba su sesión. Sin prestar mucha atención, me fijé en que habían pedido a los profesionales del Grupo de Antropología Forense que se reunieran en la zona del aparcamiento. Su autobús salía enseguida, a las nueve. En ese momento me resultó curioso que existiera un Grupo de Antropología Forense. ¿Tendría algo que ver con la horticultura? ¿Qué pintaban en una conferencia médica?

—Tenemos diez minutos —me dijo Tina mientras movía el reloj de hombre que llevaba y daba unos golpecitos, como si se le hubiera agotado la pila.

—¿Te apetece tomar un café antes de que vayamos? —le pregunté.

Tina sacudió las manos, como un corredor estirándose antes de una carrera.

—No, que ya estoy de los nervios, pero si tú te quieres tomar uno, te espero aquí.

El hombre del ascensor bloqueaba la mesa del café.

—Disculpe —le dije y dio un paso exagerado hacia un lado, casi desdeñoso, pero entonces se fijó mejor en mí y noté claramente cómo cambiaba su energía.

—No sé cómo lo tomará, pero no les queda leche —me explicó—, aunque pronto traerán otra jarra.

—Sin leche me quemaré la lengua.

Levantó su taza como si estuviera solidarizándose conmigo.

—¿Ha venido con el grupo psiquiátrico?

Sentí el peso de la tela de *tweed* en mis piernas, su calidez, la importancia con la que me envolvía.

—He venido con una amiga. Va a sacarse la licencia.

—No pensaba… ¿Qué posibilidades había de que las tres mujeres con las que he bajado en el ascensor vinieran a la conferencia? —reflexionó y yo le retiré el generoso beneficio de la duda y dejé de pensar que hubiera cometido un error comprensible en el ascensor—. Ha sido inteligente incluir a los psiquiatras este año. Mente sana, cuerpo sano, ¡y se lo dice un cardiólogo! —Se palmeó el corazón y se echó a reír—. ¡Ah, aquí está la leche! —Extendió la mano para coger la jarra y el tejido de su chaqueta rozó la lana de mi suéter y saltó una chispa—. La he pedido desnatada. Es mejor tanto para la figura como para el corazón.

Había imaginado un auditorio con un escenario y un telón de terciopelo, con un sofá de utilería en el que la falsa paciente se tumbaría y una silla también de utilería para que Tina la psicoanalizara. Era evidente que la paciente de Tina sería una mujer. Las mujeres solían tener más problemas que los hombres y, por lo general, eran los hombres quienes estaban preparados para tratarlas. Así se hacían las cosas en el Eastern State, y así se iban a hacer también en aquel estrecho salón para banquetes del hotel, pintado

para que pareciera un chalé europeo, sin escenario y sin más mujeres que nosotras dos; un salón que olía a aliento matutino y a loción para después del afeitado.

En la mesa de inscripciones, el moderador se presentó como el doctor Harold Bradbar y le dio a Tina una chapita con el nombre para que la rellenara, además de unas copias de las transcripciones médicas de sus pacientes para que las estudiara. Señaló mi taza de café y me preguntó si quería más mientras levantaba una cafetera martillada de plata. Estaba pensando en cuándo se había convertido Folgers en el patrocinador oficial de los ancianos libidinosos cuando el doctor le dijo a Tina:

—¿Podría llevar la jarra a la recepción y traer otra antes de que empecemos?

—Ya me disculpará, pero es que tengo que estudiar estas transcripciones —le respondió Tina con una sonrisa triunfante.

Cogí la jarra y me ofrecí voluntaria:

—Ya voy yo.

Tina me cogió del brazo y me dio un tirón.

—Tú tampoco puedes, ¿recuerdas? —Mientras me llevaba a la última fila, me dijo en voz baja—. Frances me advirtió que harían esto.

—¿El qué?

—Pedirte que les traigas el café. Que levantes acta. Trabajo de secretaria. Tienes que negarte o nunca te verán como uno de ellos. Ahora bien, tienes que hacerlo con educación o te considerarán una zorra liberal.

—Ah.

Me sentía un poco tonta.

—No pasa nada —me dijo Tina mientras nos sentábamos—, yo habría ido trotando alegremente al vestíbulo si no me lo hubieran advertido. Eso de ayudar es un mal hábito que estoy intentando quitarme.

—¿Ayudar a la gente es un mal hábito?

—Alimentar al hambriento es ayudar a la gente. Traerles el café es servidumbre. —Y se inclinó sobre las transcripciones—. Voy a estudiar.

Cuando le tocó el turno a Tina, todo el salón se quedó en silencio, expectante, como si el oso polar hubiera salido del agua en el zoo y

estuviéramos todos esperando a ver qué hacía. Era tal el silencio que se oía el frufrú que hacía el vestido de seda azul de Tina entre los muslos mientras se acercaba a la parte delantera del salón; un sonido que parecía algo vulgar por el sitio del que provenía y que provocó que Tina se ruborizara al sentarse en la silla.

Tina se ajustó la falda para taparse las rodillas mientras el doctor Bradbar le presentaba a su paciente, una mujer de cuarenta y tres años que había recibido tratamiento de electrochoque por los ataques de ira que le daban. Dos hombres que estaban delante de mí intercambiaron miradas y, sin necesidad de palabras, se rieron por lo bajo. Me aclaré la garganta audazmente y uno de ellos me miró mal por encima del hombro. Me invadió el pánico y volví a aclararme la garganta, pidiendo disculpas mientras me señalaba el cuello como para señalar que tenía algo que me raspaba y dejar claro que no era una zorra liberal.

Entonces empezó Tina y, por unos instantes, me dieron ganas de salir corriendo del salón. Todo estaba envuelto en un silencio sepulcral y Tina tenía un sarpullido escarlata en el cuello y el pecho, un rojo que contrastaba con el azul de su vestido. Repentinamente, se levantó y acercó la silla a la paciente. Me fijé en que las habían puesto muy separadas. Cuando se sentó de nuevo, la silla emitió un suave suspiro de aire que provocó risas contenidas.

—Tengo entendido que le resulta difícil controlar su ira —empezó Tina con un tono de voz tan alto que me quedé sorprendida, tras lo que le hizo un gesto a la paciente para que le hablara.

La paciente de Tina experimentaba ira dirigida hacia su esposo y sus hijos. Estaba estudiando para obtener su licencia como agente inmobiliaria, y ninguno de ellos se molestaba en hacer un poco menos de ruido cuando ella estudiaba. Se ponía frenética cuando volvía de clase porque se encontraba los platos sin lavar y la ropa mojada acumulándose en la lavadora. Pero todo se había torcido una noche en la que había roto uno de aquellos platos sucios y había amenazado a su hijo quinceañero con una de las esquirlas de porcelana. Su esposo llamó a la policía y esta los remitió a un psiquiatra de la zona que le diagnosticó que sufría de ataques de ira. La terapia de electrochoque no había servido de nada.

Puede que fueran imaginaciones mías, pero el sarpullido de Tina pareció disminuir a medida que la paciente describía su situación. Relajé los hombros y la necesidad de huir desapareció; ya no parecía que Tina fuera a sufrir una humillación.

—Dígame, ¿alguna vez siente ira hacia personas que no sean su marido o sus hijos? —le preguntó Tina con voz firme, aunque aún titubeaba en algunas palabras.

—Sí, claro, estoy enfadada todo el tiempo —respondió la mujer, lo que provocó risas en muchos presentes.

Tina miró al público y se permitió esbozar una sonrisa triste.

—Póngame un ejemplo.

La paciente pensó un momento.

—Pues... en la tienda de comestibles, cuando alguien se tira mucho tiempo en el mostrador de la charcutería. Por favor, un poco de cortesía. ¿Es que no ves cuánta gente hay esperando? ¿No podías haber pensado lo que querías antes de que dijeran tu número?

—¿Y alguna vez grita a esas personas?

—Claro que no. Jamás.

—¿Por qué no?

La respuesta era tan evidente que la paciente se rio:

—¡Porque pensarían que estoy loca!

—Y usted no quiere que piensen que está loca.

—No, claro que no.

Tina se quedó mirando al vacío, organizando sus pensamientos.

Alguien tosió impacientemente. Me sonrojé por Tina.

Tina miró a la paciente:

—Si tuviera que comparar esos sentimientos de ira que experimenta hacia esas personas en la tienda de comestibles con los que siente hacia su marido y sus hijos, ¿diría usted que la ira que siente en la charcutería es más o menos intensa que en casa?

—Más —respondió la paciente sin dudar.

—Y ¿por qué?

—Porque a la gente de la tienda de comestibles no la conozco. No sé qué tiene de bueno, hacia esa gente solo siento ira.

—No obstante, usted es capaz de controlar su ira con ellos a pesar de que sea más intensa que la que siente en casa.

En ese momento, me atreví a mirar alrededor del salón. Sin duda, tenía que haber más personas tan impresionadas como yo. Estaba claro hacia dónde estaba llevando Tina la sesión; su lógica era sólida. Pero el público, o bien mostraba sonrisas maliciosas o se estaba quedando dormido.

La paciente, concentrada, frunció el labio inferior.

—Sí, está claro que, si quiero, puedo controlar mi ira.

—En ese caso, no se puede decir que no pueda controlar su ira.

—No sé..., supongo. Nunca me había detenido a pensarlo, pero, en realidad, no es que quiera aprender a controlar mi ira, sino que quiero deshacerme de ella.

—¿Qué pensaría si le dijera que esa no sería mi recomendación?

—No le entiendo.

Tina miró a los congregados mientras ofrecía su diagnóstico, pero no hacia la paciente, sino hacia la audiencia.

—Me gustaría destacar que la ira en las mujeres se considera un desorden de personalidad, un problema que hay que resolver, cuando hay situaciones en las que es completamente adecuada, debido a las circunstancias que la han provocado.

Aquello provocó una leve revuelta, y los hombres del salón empezaron a moverse inquietos, cruzando y descruzando las piernas, ajustándose los pantalones y aclarándose la garganta con desdén.

La paciente miró a los allí reunidos un tanto desesperada, como si estuviera buscando un médico de verdad que la rescatara.

—¿Cree usted que romper un plato y amenazar a mi hijo es adecuado?

Tina respondió con una sonrisa comprensiva:

—No queremos que haga eso, no, pero tampoco lo consideraría excesivo. Usted está agotada y cansada de la actitud que hay en su casa, y nadie hace caso a sus peticiones de ayuda. En situaciones como esta, la ira es muy adecuada.

La paciente suspiró de mala gana.

—No sé si estoy de acuerdo, pero digamos que tiene usted razón. Aun así, no quiero seguir rompiendo cosas.

—No, claro. —Tina estuvo de acuerdo—. Esa no es una salida productiva para su ira, aunque al menos es un plato menos que lavar.

A la paciente se le escapó una risa, y el hombre que estaba sentado justo delante de mí se inclinó hacia su amigo y le preguntó como si nada dónde iban a comer.

—Tengo entendido que en La Olla se come de maravilla —respondió el otro, de manera que solo pude oír parte del tratamiento que recomendaba Tina (algo sobre el cambio, sobre la aceptación); pero es que no solo eran aquellos dos, hablando de dónde comer, el resto del salón se había puesto a hablar a un volumen desenfrenado, sancionador.

—Chist —dije mientras Tina volvía a su sitio, pero lo hice tan tímidamente que nadie me oyó.

Tina tenía manchas de sudor bajo las costuras del busto, y antes de

sentarse, noté que también las tenía en la espalda.

—Es lo que me esperaba —musitó ella, con tono seco. Se levantó el pelo de la nuca y se abanicó. Me lanzó una sonrisa furtiva—: Cuando esto acabe, nos agarramos una turca.

PAMELA

ASPEN, 1978
DÍA 12

Perdimos el vuelo por diez minutos. Desde el principio, Carl había querido cambiar el vuelo para tener tiempo de entrevistar a la camarera de La Olla después de su turno de la mañana del sábado. Yo estaba furiosa, porque eso implicaría que no saldríamos hasta la noche siguiente, con tres horas de escala en Denver, con lo que llegaría a Tallahassee a las 5:19 del domingo con la misma camisa del viernes y oliendo a cárcel. Evite ponerme a llorar de rabia mientras la azafata de tierra nos ayudaba a cambiar los billetes. No podía dejar de pensar en todo lo que quería hacer el sábado en la Casa para que estuviera lista para el domingo, como comprar los ingredientes para las magdalenas y tenerlas listas en el horno para mediodía, cuando el cerrajero vendría a instalar las nuevas cerraduras de seguridad con combinación. Brian tenía un tiempo libre por la tarde y había prometido venir a ayudarme a mover los muebles de la sala de juegos y convertirla en un nido acogedor. Había hablado con la exalumna cuya familia tenía el gran almacén de equipo deportivo en las afueras para pedirle un descuento en un amplio pedido de sacos de dormir. Quería que la noche en que volviéramos se convirtiera en una gran fiesta de pijamas, con todas apiladas y calentitas como si fuéramos cachorros, comiendo comida basura y quedándonos despiertas hasta tarde viendo películas clásicas en blanco y negro. Quería que volviéramos a divertirnos.

—Es viernes por la noche, así que, al menos, no faltarás a clase —me consoló Tina cuando vio lo consternada que estaba por haber perdido el vuelo—. Además, conozco un buen hotel en la zona.

Carl se quedó tranquilo al oír aquello.

Esbocé una sonrisa muy valiente. Quizás Brian podría recibir al cerrajero y, las magdalenas, podía comprarlas. Llegaría lo suficientemente temprano el domingo como para tener tiempo. Estaría hecha polvo, pero eso sería lo más fácil de ocultar.

El hotel no podía ser más bonito; el tipo de hotel que reservaría mi

madre. El personal llevaba elegantes uniformes de color azul marino con ribetes blancos y la clientela era gente de ese tipo a la que le importaba más ser vista con la ropa de esquí de moda que esquiar con ella. Neón y piel, nada de plumíferos con cinta americana para los rasguños.

—Buenas noches, señora Cannon —saludó el recepcionista a Tina —. ¿Es la primera vez que se aloja con nosotros?

—Lo cierto es que no.

—¡Pues bienvenida una vez más!

Tina respondió con una sonrisa escasa. Yo tenía tanta ansiedad que me dolía el estómago.

—¿Es en este hotel dónde...?

—Sí —me respondió Tina a toda prisa.

Carl y yo nos quedamos mirando el vestíbulo, donde Caryn Campbell había estado sentada hace cinco años, jugando a juegos de mesa y ojeando las revistas del revistero de cuero sin que ninguna llegase a interesarle. Allí había suspirado irritada y se había preguntado en voz alta por qué no había material de lectura para mujeres, y luego le había dicho a su prometido que volvería enseguida.

—Los rayos no caen dos veces en el mismo lugar —comentó Tina.

Eso era lo mismo que yo les había explicado a mis hermanas, a los padres de ellas, a los míos y al Consejo Panhelénico de Cleveland, que estaba tan satisfecho conmigo por haber establecido un día para volver a la Casa, por haber marcado en el calendario el domingo de enero en el que íbamos a regresar. El Consejo no quería un par de titulares escandalosos que empañaran los setenta y cinco magníficos años de historia, y algunos de sus miembros habían distorsionado esa idea a lo largo de los años, como si al cuerpo que nos gobernaba le importara más nuestra reputación que nuestra seguridad. Pero eso de que quisieran que regresáramos a la normalidad lo antes posible era porque tenían buenas intenciones. Para ellos, si una mujer no se volvía a subir al caballo justo después de caerse, se quedaba atrás.

Al final, terminé creyendo lo que repetía una y otra vez a todos como un lorito: no había lugar más seguro para nosotras que la Casa; la probabilidad de que ocurriera otro ataque sangriento bajo nuestro techo, con todo el mundo pendiente de la casa en forma de ele que se encontraba entre Seminole Street y West Jefferson Street, estaba muchísimo más a nuestro favor que el de cualquier otro residente del estado de Florida.

En el ascensor, a Carl le hicieron ruido las tripas. Se llevó la mano al abdomen y se rio.

—Yo también me muero de hambre —dije, cayendo en la cuenta de que estaba hambrienta.

—Si os parece, nos vemos en el restaurante en diez minutos —dijo Tina mientras salíamos del ascensor con la llave de nuestras habitaciones individuales en la mano.

Le había pedido a Tina que no gastara dinero en una habitación para mí, que no me importaba compartirla con ella, pero se había puesto nerviosa y había insistido en que cada una tuviéramos nuestro espacio.

Una vez en mi habitación, vi que habían colocado mi bolsa sobre el mueble para equipajes. Siempre viajo con pasta de dientes e hilo dental. Aun a día de hoy, soy esa persona que encontrarás en el baño del bufé limpiándose los dientes con seda dental después de comer, aunque desde 2001 el bufé es mío, así que, si alguien tiene algún problema con mis prácticas, no puede precisamente ir a hablar con el jefe.

Prácticamente sin mirar, cogí el neceser, fui al baño con él y lo abrí. Dentro había crema de afeitar de hombre y una caja aplastada de tiritas. Volví al dormitorio y noté que la bolsa era una bolsa maltrecha de color verde militar, histéricamente masculina. Cuando fui a guardar el neceser de nuevo en la bolsa, vi que Carl había viajado con una copia de *Helter Skelter*, el relato de primera mano de los crímenes de Charles Manson escrito por el fiscal principal del caso. Mi padre había devorado ese libro y se había preguntado, entre risas, si no debería hacer lo mismo que Vincent Bugliosi: juzgar a un criminal satánico y vender la historia a cambio de un cheque con muchos ceros, y luego pasar el resto de su vida en el campo de golf.

Llamé a recepción y expliqué que me habían dejado la bolsa de Carl por error. Mientras esperaba a que me trajeran mis cosas, marqué el número de la Casa Turq. Respondió el cocinero y pregunté por Brian.

—Vamos a quedarnos a pasar la noche —le conté.

—¿A pasar la noche? —la preocupación era evidente en su tono de voz—. Pero, ese no era el plan, ¿verdad?

—No, pero hemos perdido el vuelo.

Brian se echó a reír.

—¿Tú has perdido un vuelo?

—Por favor…, ya me siento bastante mal. La entrevista no ha

empezado a tiempo… y juraría que el sheriff lo ha hecho a propósito. Parece que no quiere que hablemos con el compañero de celda del sospechoso.

—Pero ¿ha llegado a contaros algo útil?

«Al tipo más correcto» era lo que había respondido Gerald cuando Carl le preguntó quién podría tener información acerca del paradero del Acusado. Había algo clave en esa respuesta…, pero no sabía qué era y no dejaba de darle vueltas con actitud agresiva.

—No, pero puede que una chica de la zona lo haga —respondí, y le conté el encuentro con la camarera.

—No confiaría mucho en los cotilleos del pueblo —replicó Brian.

—Ni siquiera sabemos lo que va a decir —salté a la defensiva. Hubo un largo silencio y me di cuenta de que Brian sentía que le debía una disculpa—. Perdooona —le dije de mala gana.

—Perdonada.

Me sorprendí poniendo los ojos en blanco.

—Y —siguió—, hablando de cotilleos… —Hizo una pausa dramática.

Me pegué el auricular aún más a la oreja, intrigada.

—Cuenta, cuenta.

—Uno de los hermanos de la casa, John Davis, de primer curso, es de Dallas.

—Vale.

—Esa mujer: Martina…, Tina…, como se llame, también es de allí y John me ha contado algo… bastante inquietante y que me hace preocuparme que estés allí sola con ella.

—No estoy sola con ella. Tengo mi propia habitación y el periodista está con nosotras, el que escribió ese artículo tan bonito sobre Denise.

—Pero… —la voz de Brian transmitía preocupación—, pensaba que no os dejaban hablar con la prensa…

—Fue una sugerencia —respondí seca—, no un mandamiento escrito en piedra.

Hubo un silencio chisporroteante entre ambos.

—Bueno, da igual —dije—. Sé lo que vas a contarme, sé lo de su marido y cómo murió y que desheredó a sus hijos. Me lo ha contado ella misma.

—¿También te ha contado lo de Ruth?

—¿Esa amiga suya que desapareció?

Otra pausa. Esta me preocupó.

—Pues, por lo que parece, Pamela, no sabes lo que voy a contarte.

Tina estaba cenando una ensalada cuando llegué al restaurante.

—¡Cuánto has tardado! —me dijo mientras me sentaba frente a ella en el sofá de cuero rojo de nuestra mesa.

El restaurante tenía las paredes de piedra y vigas de madera, caza en la carta y una clientela tumultuosa que parecía que se estuviera dispersando. Eran las nueve y media de la noche de un viernes y el grupo que había en la barra se estaba preparando para ir a un popular club de baile que había manzana abajo.

—Se han equivocado con nuestras bolsas —le expliqué mientras miraba cómo estaba dispuesta la mesa. Me preguntaba si me daría tiempo de hablar con ella antes de que bajara Carl o si debería esperar hasta que estuviera segura de que nadie iba a interrumpirnos—. Tengo que hacerte una pregunta… —acabé soltando en un arrebato espontáneo— sobre Ruth.

—A ver, dispara —respondió mientras se metía un enorme trozo de tomate en la boca.

—Ruth… —Me di cuenta de que no sabía qué palabra utilizar—, ¿era tu amante?

Tina dejó caer el tenedor en el plato y se llevó la mano a la boca. Por un momento me pareció que la había ofendido y estuve a punto de disculparme. Fue entonces cuando me di cuenta de que se le movían los hombros arriba y abajo. Se estaba riendo. En silencio, con los ojos entrecerrados. Y tanto se reía que tuvo que acabar escupiendo el tomate, que aún no había mordido, en la servilleta.

—Perdona —consiguió decir mientras envolvía el bocado pulposo —, pero… ¿amante? —Imitó una arcada y empezó a reír de nuevo—. ¿Brian es tu amante?

—Perdona —objeté—, pero es mi novio formal. Mi prometido, a decir verdad.

Sin levantarse, Tina hizo algo parecido a una reverencia: «Prometido. ¡Qué noble!».

—Entonces hay que felicitarte —dijo mordazmente mientras cogía el tenedor y limpiaba el mango—. Ruth y yo teníamos una relación romántica, sí. —Empezó a pinchar la cama de lechuga que tenía delante—. No es ningún secreto ni nada de lo que me avergüence.

—Solo que es un secreto.

El tenedor golpeó el plato de forma tan agresiva que apreté las

muelas.

—Dijiste que era una amiga —continué de forma estridente. Me di cuenta de que estaba enfadada. Me había mentido, se había aprovechado de mí—. Me preguntaba por qué no es su familia la que está buscando las respuestas, o por qué a la policía no le gustas y no quiere trabajar contigo, y resulta que se debe a que no has sido sincera acerca de tu relación con la víctima. Estoy a punto de entrar en una facultad de Derecho...

—Eso me habías dicho, sí.

—... y a la gente que omite información clave —bramé por encima de sus palabras—, a la gente como tú, no se la considera creíble. Dejaste fuera una pieza importante del rompecabezas para convencerme de que me aliara contigo y ahora da la sensación de que me has manipulado y mi reputación podría quedar en entredicho.

Tina había pinchado una gran cantidad de hojas de espinacas mientras le hablaba, pero no parecía que tuviera intención de comérselas.

—Puede que prefiera demostrar que se puede confiar en mí —respiró como molesta, como si hubiera captado un mal olor—, dado que el mundo no es tan comprensivo con la gente como yo.

—Lo que hagas en tu vida privada no es asunto mío.

Tina se rio cáusticamente.

—Lo mismo digo, Pamela.

—¿Qué quieres decir con eso?

Tina no respondió y eso me puso furiosa. Seguía pinchando la ensalada. No lo soportaba ni un segundo más. Le quité el plato. Se quedó quieta como una estatua, con el tenedor en el aire.

—Dime, ¿qué he hecho yo que pueda ser criticable? —le exigí—. Yo lo hago todo de acuerdo a las reglas.

—¿Las reglas de quién? ¿De ese club sexista que dejan que creas que diriges?

Le devolví el plato haciéndolo girar.

—Eso es sexista.

Tina se quitó una espinaca de la blusa y la dejó en la mesa.

—¿Te pide el consejo que digas eso? —me preguntó fríamente.

—Nadie me pide que diga nada —respondí furiosa—. Pronto hará cuatro años que soy miembro de esta organización y lo he visto con mis propios ojos. El capítulo está para ayudar a que mujeres con ideas similares alcancen sus objetivos.

—¿E ir a la Facultad de Derecho de Shoreline es uno de tus

objetivos en la vida?

¡Cómo se atrevía!

—Es «Shorebird» y tú eres una estirada.

Tina dejó el tenedor y soltó un suspiro de rendición. Casi con pena, dijo:

—Sé que te han admitido en Columbia.

Aunque estaba enfadadísima con ella, sentí que la mera mención de Columbia hacía que el pecho se me llenara de orgullo. Claro que estaba deseando saber cómo sabía ella lo de Columbia, pero era demasiado orgullosa para preguntárselo.

—A pesar de lo que creas —Tina me complació sin que tuviera que preguntárselo—, no todos los integrantes de las fuerzas de la ley consideran que soy una molestia. Algunos, de hecho, creen que tengo algo. Hay quien ha hablado conmigo acerca de lo que encontraron en las diferentes escenas del crimen y uno de ellos me dijo que había encontrado tu carta de aceptación en la mesita de noche de Denise. Tu amiga la guardó; por si acaso conseguía que cambiaras de idea. —Tina se cogió las manos sobre la mesa con aire de arrepentimiento. Relajó las cejas, relajó el resto del rostro y me di cuenta de que su arrepentimiento era verdadero—. Así que ahora me gustaría disculparme, porque parece que Denise era tu defensora más entusiasta. Y lo cierto es que no tengo derecho a decir nada. —Se rio con hastío—. La psiquiatría es una de las herramientas preferidas del patriarcado para controlar a las mujeres. Por si no lo sabías, siguen internando a la gente como yo por hacer lo que yo hago en mi vida privada.

Resoplaba como un toro y se me caían las lágrimas. No podía creer que Denise hubiera conservado mi carta de aceptación. Empecé a recordar el comentario que había hecho el detective Pickell durante mi entrevista, eso de que estaba impresionado porque me hubieran admitido en Columbia. En ese momento había dado por hecho que se lo habría dicho durante la declaración y que, con todo el caos, se me había olvidado, pero no era yo quien se lo había dicho. Se lo había dicho Denise. Se lo había dicho desde la tumba.

—Voy a hacer una suposición —siguió Tina—: tu prometido no tiene madera de la Ivy League, así que decidiste que lo mejor era ir a la universidad en la que lo hubieran admitido a él, la del nombre raro que no te llega ni a la suela de los zapatos.

Aparté la vista. Era una suposición muy acertada.

—De Shorebird sale todo el mundo colocado —le comenté,

patética, a la pared— y mejor de lo que te imaginas.

—Si a él lo hubieran admitido en Columbia y a ti no, ¿crees que él dejaría de ir a Columbia?

—Pues claro, pero no es lo mismo. Yo soy de allí. Tengo amigos, familia…, otras opciones.

Tina me miró como si me compadeciera.

—Él no es así —insistí—. No sé lo que estarás pensando, pero él no es así. Entre la universidad, dirigir el capítulo y mis horas de prácticas siempre estoy…, ya sabes, de un lado para el otro y sin tiempo para nada, pero él nunca me lo echa en cara. Me deja hacer lo que yo quiera. La mayoría de los chicos no son así. Además, no me gustan las citas. Prefiero clavarme alfileres en los ojos. Brian es… es una cosa menos de la que encargarme. —Me di cuenta de que ya no llevaba el control de la conversación, que estaba perdiendo, aunque no sabía a qué.

—Te deja —repitió Tina condenatoriamente.

—¡No! ¡No me refiero a eso! Estás tergiversando mis palabras. Da igual lo que diga, que encuentras la manera de retorcerlo porque no es lo que crees que debería estar diciendo. Me costó decidirme…, es verdad, pero, al final…, esto es…

Me quedé callada con la imagen de mi educado novio en la cabeza, con sus cinturones bordados y el pelo revuelto, recordando lo que había sentido cuando me pasó el brazo por los hombros en el funeral de Denise y me llevó a su paso de mando. Los andares de Brian eran seguros y sin complicaciones, como si tuviera que ir aquí y allí pero no hubiera prisa por llegar porque la gente lo esperaría. Casarme con Brian tendría que ser algo que debería querer, pero me sentía como si tuviera alguna enfermedad, como si no desease aquello que las mujeres de mi edad hacían sin complicación alguna.

—Es una buena opción para mí —concluí.

Tina asintió con profusa empatía, como si lo que acababa de decir tuviera todo el sentido del mundo. Por un instante me sentí ligera, sin cargas. Lo único que había tenido que hacer era explicarlo, sacármelo de dentro y, ahora, incluso Tina tenía que admitir que el hecho de que una relación fuera complicada no quería decir que debiera considerarse desechable.

—La parte más difícil de mi trabajo —empezó a decir Tina con voz triste— es dejar que sean los pacientes los que tomen sus propias decisiones. Yo no puedo decirles qué han de hacer o qué no han de hacer a pesar de que la elección adecuada esté más clara que el agua.

Mi papel como psicóloga es proporcionar a las personas un marco que las lleve a comprender qué es lo que las motiva y a hacer que se comporten como se comportan. La infancia de una persona da forma a todo lo que hay en ese marco. No te conozco lo suficientemente bien como para saber qué le pasó al yo de tu infancia, por qué estás siempre de aquí para allá, por qué lo tienes todo organizado de forma tan cuadriculada —Tina había cerrado las manos y hablaba con la mandíbula apretada, no sé, puede que intentando imitar mi actitud férrea hacia la vida—, qué es lo que te perturba tanto de las citas que prefieres casarte con alguien de la fraternidad a enfrentarte a la incomodidad o explorar a qué se debe. En cualquier caso —Tina puso las palmas de las manos sobre la mesa y apoyó su peso en ellas para inclinarse hacia delante, como si quisiera que sus palabras me llegaran físicamente—, tú no eres mi paciente y yo no soy tu terapeuta, por lo que puedo decirte exactamente lo que creo que deberías hacer.

Los últimos comensales se estaban marchando y gritaban al salir a la gélida noche, de camino a pasárselo bien. Sentí que iba deslizándome hacia el borde del sofá, asustada, aunque no sabía por qué, por lo que fuera que Tina estaba a punto de decirme.

—Volver aquí —empezó a decir con tristeza mientras veía a la alegre brigada marchar por la calle nevada—, me recuerda lo corta que es la vida para algunas personas. Ruth había recibido unas noticias buenísimas poco antes de morir. Tuvo unos años difíciles, pero por fin los estaba dejando atrás. Fíjate en Denise: a punto de empezar a aprender con uno de los últimos maestros vivos. Ambas rompen el patrón. A decir verdad, casi todas ellas lo rompen; lo suficiente como para establecer un nuevo patrón.

El aplique con cuentas que tenía sobre la cabeza parpadeó maliciosamente, como si fuera un actor contratado. En aquel momento, yo no sabía nada de patrones. No sabía nada de inteligencia, datos, psicología del agresor y sus interacciones con las víctimas y la sociedad. Desde entonces, sin embargo, he pensado en lo que Tina me dijo en aquel sofá de piel cada vez que la historia ha vuelto a aflorar como el dolor en una articulación artrítica, esperando el momento en que la gente se dé cuenta de lo equivocada que estuvo en aquellos años setenta tintados de sepia. Sin embargo, los más cercanos al caso han seguido aferrándose a la manida teoría de que el Acusado se valía de su estructura ósea de patricio y su magnetismo para engañar a las mujeres y llevarlas consigo, y ya estoy cansada de esperar. Estoy cansada de la difamación de Denise, de todas ellas. No

tardaría en enterarme de que había un grupo de chicas de instituto cerca de Ruth en el momento en que él se acercó a ella que informaron a la policía de que ella lo consideró «molesto», si bien accedió a irse con él de la playa igualmente. La misma noche de los asesinatos de Denise y de Robbie, una posible víctima le había dicho por lo bajo a su amiga que no le cabía duda de que estaba a punto de bailar con un criminal mientras aceptaba a regañadientes la petición de este de que bailara con él en el club nocturno que había cerca de la Casa. El Acusado causaba ese efecto en las mujeres, esa sensación extraña que tenemos cuando algo no encaja en ciertas situaciones de las que no sabemos cómo salir educadamente y sin que el hombre se moleste, se ponga violento o decida acosarnos. Esta no es una habilidad que se enseñe a las mujeres, lo mismo que a los hombres no les enseñan que no pasa nada por dejar a una mujer en paz si eso es justamente lo que quiere.

—Ninguna estaba perdida, sufriendo o triste, que es lo que los depredadores buscan en sus víctimas porque las hace vulnerables, y es más fácil someter a la gente vulnerable. He pensado en esto muchas veces. —Tina se llevó un puño a la boca y se mordió la fina piel de los nudillos, como haces cuando quieres evitar ponerte a gritar—. He intentado comprender cómo es posible que alguien que no acecha a sus víctimas acabe yendo a por las mejores, a por las más inteligentes…, y creo que eso es lo que tienen en común todas ellas: que dan una luz mayor que la de él. Busca víctimas en los campus de las universidades y en las sororidades porque está buscando a las mejores. Quiere extinguirnos…, porque nosotras somos las que le recordamos que no es tan inteligente, que no es tan guapo, que, en realidad, no tiene nada de especial. —Tina cogió la servilleta del regazo y la dobló, y dejó los cubiertos bocarriba en el plato, como has de hacer para indicarle al camarero que has acabado de comer—. Y, como no soy tu terapeuta, voy a decirte que les harás un flaco favor a todas esas mujeres a las que interrumpieron en mitad de algo bueno si no mandas a tomar por saco a ese prometido tuyo que te deja hacer lo que quieres; porque, desde luego, tú vas a ir a Columbia.

RUTH

ASPEN
INVIERNO DE 1974

Fuimos a aquel bar de cristal, ese del que Tina me había hablado en el aeropuerto, y pedimos la botella más cara de champán que tenían en la carta para celebrar... ¿qué, exactamente? Nadie había aplaudido a Tina cuando se había sentado, ni siquiera yo. Me había intimidado aquel recibimiento tan frío. Hasta la paciente parecía contrariada, como si quisiera que le hubiera tocado otro terapeuta, uno que le hubiera hecho una receta y le hubiera recomendado aún más reposo.

Nos sentamos junto a la ventana, aunque supongo que, allí, todo eran ventanas. El suelo, las paredes, el bar, estaban construidos con gruesos cristales dobles. Por debajo de mis botas de agua, los esquiadores se abrían paso por entre un camino de baches, como astronautas con zapatillas de madera, con sus cascos redondos y sus gafas cilíndricas. El sol rompía la nieve en esquirlas de puro blanco, reduciendo nuestras pupilas a meros puntitos en mitad de nuestros relucientes ojos. No tardé en estar borracha y en ponerme a pensar en Julia Child, en cómo mi padre y yo veíamos su programa religiosamente, en cómo su primer libro de cocina fue rechazado por veintiún editores hombres, y en cómo, cuando por fin se publicó, vendió cientos de miles de copias. Me sentía llena de energía y enseguida decidí ver con otro prisma aquella humillante mañana y considerarla esa anécdota anacrónica que todas las pioneras acaban contando en las cenas que se celebran en su honor.

La primera copa la apuramos a velocidad de vértigo y, enseguida, el camarero estaba a nuestro lado, volviendo a rellenarlas y preguntando, emocionado, si queríamos que nos trajera algo más. En la mesa de al lado había dos parejas dando cuenta educadamente de una bandeja de tres pisos llena de langostas, cangrejos y ostras. Se me hacía la boca agua.

—Queremos eso —le dijo Tina, señalando la bandeja con la barbilla.

El camarero se dio la vuelta para ver a qué se refería y nos dijo:

—Esa es la grande. Para ustedes dos, les recomiendo la pequeña.

—Tampoco tengo tanta hambre —le dije a Tina, a pesar de no haber desayunado. No sabía cuánto costaría aquella bandeja triple de marisco, pero seguro que mucho.

Tina nos ignoró a ambos:

—La grande, por favor.

El camarero inclinó la cabeza en señal de deferencia y metió la botella de champán de profundo color verde esmeralda en la cubitera.

—Mi esposo era alérgico al marisco —me comentó Tina cuando nos quedamos solas—. A veces me planteaba comprar unas cuantas gambas —hizo como que las picaba— y mezclárselas con la avena del desayuno.

La miré fijamente. Se reía, pero lo había dicho en serio.

—Sé que me oíste llorar anoche. Luego, te pegaste a mí. —Llevaba unos enormes diamantes en las orejas y, cada vez que se pasaba el pelo por detrás de las orejas, y lo sabía bien, sus lóbulos me disparaban rayos láser que me obligaban a apartar la mirada—. Fue muy dulce. —A continuación, más tímidamente—: ¿No quieres saber por qué estaba llorando?

Claro que quería, pero mi estómago bullía de miedo. No sabía qué era lo que estaba a punto de decirme Tina, pero presentía que lo iba a cambiar todo entre nosotras. Cobarde, me cubrí:

—Supongo que estabas nerviosa por lo de hoy.

Tina se sacó el pelo de detrás de las orejas para que pudiera verla sin problemas.

—No lloro cuando estoy nerviosa.

Tina había crecido en las afueras de Dallas, en un barrio de gente pudiente llamado Highland Park. Su familia tenía dinero; no es que tuvieran petróleo o grandes inversiones inmobiliarias, pero disponían del suficiente como para enviarla a un colegio privado y pagar las clases de equitación. Tina tenía un talento natural para montar y los fines de semana competía en concursos locales, contando los pasos entre saltos a lomos de caballos andaluces con la crin trenzada, vestida con camisas blancas y almidonadas con cintas azules. Tenía diez años la primera vez que Ed se fijó en ella en la pista.

La hija de Ed era la directora de la cuadra, y la cuadra era de Ed. Él era el constructor de edificios de oficinas e industriales más exitoso del estado y le había comprado un rancho de caballos de veinticuatro

hectáreas como regalo de graduación del instituto a su hija, que había competido profesionalmente durante unos años, hasta que se retiró con veintimuchos y abrió la cuadra al público. La hija de Ed se llamaba Deborah y era la persona más odiosa que Tina había conocido. En una ocasión, había obligado a Tina a llevar a su caballo a la parte de atrás y a pegarle en las ancas con una vara porque el animal se había negado a saltar uno de los obstáculos, lo que había provocado su descalificación.

Ed solía aparecer por la cuadra con bolsas de zanahorias para los caballos y paquetes de tabaco para los instructores. A pesar de todo aquel heno y de toda aquella madera, y de que los animales estuvieran atrapados en sus cubículos, era increíble cuantísimo fumaba allí la gente. Tina nunca había visto comer a Deb, solo fumar y beber whisky de una botella que guardaba bajo el fregadero de la cocina, junto a una botella de pulidor para cuero.

Tina agradecía las visitas de Ed porque Deb se mordía la lengua cuando estaba su padre. Ed solía sentarse en un banco que había junto a la pista y se quedaba mirando cómo Tina calentaba con la rienda larga a medio galope. Deb solía abstenerse de gritarle: «¡Inclínate antes de que te caigas y te rompas el cuello y no puedas volver a peinarte ese bonito pelo rubio que tienes!» mientras se acercaba al obstáculo. Tina cabalgó siete años y no se cayó ni una sola vez. No se te consideraba un verdadero jinete hasta que no te caías del caballo y Tina sabía que Deb la habría respetado más si se hubiera dejado caer. Al mismo tiempo, sabía que habría sido mejor amazona si no llevase siempre las riendas tan tensas para evitar lo inevitable, pero es que Tina nunca se dejaba llevar. Aquello ponía de los nervios a Deb, que llamaba a Tina cosas como «princesita» o «niña mimada con miedo a mancharse y hacerse pupa».

Un día, tras una hora muy tensa en la pista, Ed se acercó a Tina mientras esta le daba un manguerazo a su caballo y le dijo mientras le daba unas palmadas en el cuello al animal: «Espero que no te moleste que venga tan a menudo, pero es que no quiero que sufras una caída». Luego le dio con el nudillo en la mejilla, un gesto breve pero significativo —el inicio de algo—. «Hay que proteger esa carita que tienes». Tina se había concentrado en limpiar con el chorro una raya de sudor blanca que el caballo tenía en uno de los cascos. Más tarde, cuando ya no montaba, descubrió que el sudor blanco y espumoso de los caballos se debe a que se ha excedido en el trabajo con el animal y lloró por todas esas veces que, sin saberlo, había llevado a un ser vivo

al límite del agotamiento.

Después de eso, Ed comenzó a hacerle regalitos a Tina: un caballito para colgar en el árbol de Navidad, aceite con aroma a limón para la montura… Para su madre, bolsitas de popurrí francesas para el coche. «Sé hasta qué punto se queda el olor de la cuadra», decía él y se reía con los desafortunados padres de los jinetes y amazonas. A la madre de Tina le fascinaba tanta atención. Era una de esas mujeres que iba por ahí diciendo que había conocido al padre de Tina «en la oficina», lo que hacía que todo el mundo diera por hecho que ella era la recepcionista. En realidad, la madre de Tina era la empleada de limpieza del edificio, hija de un hombre blanco casado con una quinceañera mexicana soltera, y el interés de Edward Eubanks en su hija, en ella, compensaba cualquier falta que pudiera haber en su recién adquirido estatus de Highland Park.

Ed era muy conocido en la comunidad, obscenamente caritativo y tenía muy buenos contactos. La familia de Tina empezó a recibir invitaciones de círculos sociales cada vez más exclusivos y a vacaciones en islas a las que se llegaba en aviones cada vez más privados. Había veces en las que a sus padres no los invitaban, en las que a esas islas solo iban Tina y Ed. Ed tenía setenta y pico años y se había divorciado en dos ocasiones. Tina tenía la edad de la mayoría de sus nietos y para ella, hija única, era divertido ir de vacaciones y fingir que tenía hermanos. Desde la terraza de la mansión frente al mar en Maui, con un sombrero de vaquero, Ed observaba cómo Tina y sus nietos aprendían a hacer surf y, cuando el sol se convertía en una bola de fuego naranja que empezaba a sumergirse en el Pacífico, Ed llamaba a Tina para que se preparara para la cena.

Ed solía bañarla en su baño, frotándole los nacientes pechos y entre las piernas con agua jabonosa. La casa estaba llena de gente, pero todos actuaban como si no hubiera nada inapropiado en ello. El cuerpo de Tina se estaba desarrollando, pero apenas tenía once años, seguía siendo una niña. Con el tiempo, cumplió los doce, los quince, y Ed seguía bañándola. La complicidad cambió, pasando de la inocencia de un abuelo amoroso con un interés personal en la prometedora alumna de su hija, a la preocupante atención de un hombre fogoso con un interés personal en una preciosa jovencita con la que pretendía casarse.

Ed fue a casa de Tina el día después de que esta cumpliera diecisiete años para pedirle la mano a sus padres. Estaba cerca del acto final de su vida y no quería vivirlo solo; a cambio, le ofrecía lo

que ningún hombre de su edad podía ofrecerle. Con lágrimas en los ojos, aseguró a Tina y a sus padres que se encargaría de que la joven pudiera hacer lo que quisiera en la vida: ir a Radcliffe, si eso era lo que quería, o vivir en cualquier parte del mundo. Tina pensó en el rancho que Ed le había comprado a Deb nada más graduarse y se sintió mal porque comprendió de inmediato por qué Deb era tan infeliz a pesar de estar haciendo lo que más le gustaba.

Ed les dio unos días a Tina y a sus padres para que pensaran en la oferta. «No tendrás que volver a preocuparte jamás por nada de esto», le había dicho su madre a la mañana siguiente durante el desayuno con la factura de la luz junto al plato de bacón. «Nunca conocerás este tipo de cansancio», le dijo su padre cuando volvió del trabajo esa tarde. En el día de la boda de Tina, su madre le puso el velo de su bisabuela y comparó aquel momento con fichar por última vez en un trabajo que no te gustaba y obtener una magnífica jubilación.

Tina dejó de montar poco después, pero, justo antes, un grupo de mujeres de un hogar de transición del sur de Dallas visitó la cuadra. Llegaron en un autobús escolar, acompañadas de una psiquiatra que explicó a Tina y a Deb que a menudo se usaban caballos con propósitos terapéuticos para ayudar a las personas a volver a sentirse conectadas con su cuerpo después de que hubieran sufrido alguna experiencia traumática. Deb permaneció cerca de la psiquiatra todo el día y, más tarde, Tina encontró un trozo de papel en la oficina con el nombre de la psiquiatra, su dirección y la hora de una cita. A lo largo de las siguientes semanas, Tina empezó a notar un claro cambio en Deb: la botella de whisky desapareció de debajo del fregadero y empezó a pasar cada vez menos tiempo con la familia y, por lo tanto, con Ed. Parecía más amable, más introspectiva, y Tina estaba impresionada e intrigada. Quería saber qué era lo que pasaba en aquellas sesiones y una parte de ella que todavía no había despertado quería saber cómo podía distanciarse ella también de Ed.

Tina había entrado en la Universidad de Dallas y se había especializado en psicología de las organizaciones. Conoció a Frances cuando esta había ido a dar una charla sobre una técnica que había desarrollado, conocida como evaluación de situaciones extrañas, que demostraba la importancia del apego sano en la infancia. Tina se acercó a Frances después de la charla e hicieron buenas migas. Cuando Frances volvió a Seattle, se mantuvieron en contacto por carta y por teléfono: aunque más tarde, Frances admitió que, desde el principio, su objetivo había sido rescatar a Tina de un matrimonio

claramente abusivo y perturbador.

Una vez que Tina se graduó, Frances le sugirió mudarse a Seattle. En Texas, los terapeutas matrimoniales o de familia tenían que hacer dos mil horas supervisadas para obtener la licencia; en Washington, la mitad, y Frances accedió a coger a Tina de aprendiz, lo que serviría para que cumpliera muchas de esas horas. Una de las manchas de la edad que Ed tenía en la cabeza resultó ser cancerígena y los médicos le recomendaron que se alejara del ecuador. Así fue como construyó la mansión de estilo español en Clyde Hill, como homenaje a la arquitectura de su ciudad natal.

Tina y Frances vivían cerca y se hicieron aún más amigas. A Ed le caía bien Frances, o, mejor dicho, Frances permitió que a Ed le cayera bien. Para entonces, Ed ya había cumplido los ochenta y cada vez estaba más frágil. Ya ni siquiera tocaba a Tina. Lo único que le pedía era que le hiciera compañía y Tina no creía que tuviera derecho a negarse, después de todo lo que él había hecho por ella.

Para su séptimo aniversario, Frances invitó a Tina y a Ed a cenar. A Ed le encantaba el bistec con patatas fritas y salsa de pimienta de Frances, y era capaz de comerse tres platos. Frances siempre preparaba de más para que se lo llevasen a casa.

Esa noche, después de los primeros bocados, Ed empezó a lamerse los labios y a aclararse la garganta.

—Hoy la salsa lleva más pimienta —comentó, sin parecerle molesto.

—He experimentado con una mostaza china picante en vez de usar la de Dijon —respondió Frances.

Ed tosió.

—¿Y qué lleva?

—Mostaza en polvo y agua, nada más —respondió Frances, mientras Ed se frotaba los labios el uno con el otro y se preguntaba por qué se le estarían durmiendo.

Tina dejó caer el tenedor cuando Ed empezó a agarrarse la garganta y a resollar por una tráquea que se le había constreñido hasta alcanzar el diámetro de una pajita.

—¡Hay que llamar a una ambulancia! —exclamó Tina mientras se levantaba de golpe y su silla se caía al suelo.

Frances también se levantó.

—El teléfono está en la sala de estar —le dijo.

Luego, le pasó el brazo por el cuello y la llevó a la cocina, donde le enseñó una cajita de crustáceos abierta junto al cazo de la salsa.

Sujetó a Tina firmemente por los hombros y le preguntó cuáles eran las etapas del desarrollo moral de Piaget para que dejasen de oírse los ruidos que llegaban del comedor, increíblemente parecidos a los de un bebé que empezara a balbucear.

Ed era un hombre muy mayor que había vivido una vida larga y próspera y que había muerto rodeado de una buena amiga y de su querida esposa, comiendo su comida preferida. «La muerte tranquila que todos deseamos» parecía ser el sentimiento general en el funeral, que se celebró en Dallas; aunque, cada vez que Tina miraba a Deb, se encontraba con que esta también la estaba mirando con los ojos llenos de lágrimas.

El plan, para después del funeral, era reunirse en la casa que Ed tenía en Highland Park y tomar una serie de decisiones sobre qué hacer con sus muchas propiedades. Sin embargo, cuando Tina llegó, se encontró con las puertas bloqueadas y las cerraduras cambiadas, con los cinco hijos de Ed rodeando el perímetro de la casa con la misma ropa del funeral, intentando encontrar la manera de entrar. Tina los contó una vez más, pero con más atención en esta ocasión. No, los cinco no.

Entonces, se abrió una de las ventanas de la segunda planta y la dura voz de Deb resonó por la propiedad.

—¡Quiero hablar con Tina!

Las dos se sentaron en el gran salón, donde, en Navidad, cientos de regalos rodeaban la base de un abeto de Douglas de algo más de cuatro metros como si fueran un foso infranqueable. Ed invitaba a los niños pobres de los barrios pobres a Highland Park y les dejaba escoger un regalo. En su día, la madre de Tina había sido uno de aquellos niños. Ahora, Deb estaba allí para ofrecerle a Tina otro tipo de regalo.

Ed se había fijado en que Deb se había distanciado de la familia hacía varios años y había intentado comprar su cariño modificando su testamento para hacerla a ella su albacea y añadiendo un anexo que establecía que sería ella, la primogénita, quien dividiría los activos de forma justa. Así, Deb le ofreció a Tina la casa de Maui, la posibilidad de quedarse con la residencia de Seattle y una pequeña pero sustancial parte de lo que se sacara por la venta de la empresa inmobiliaria. Todo lo demás sería para Deb y, si alguno de sus hermanos intentaba enfrentarse a ella, iría a la prensa y destruiría la memoria de su padre.

La oferta también tenía una condición: Tina nunca volvería a pisar Highland Park, porque Deb no soportaba su presencia. En Tina, solo

veía lo que su padre también le había hecho a ella cuando era pequeña. Su padre le había pedido que dividiera los activos de forma justa, y Deb había decidido que esa era la manera de hacerlo.

Tina pensó en su madre y en lo que le había dicho a través de la antigua gasa de encaje, blanqueada con zumo de limón y sal para el día de su boda. Luego, se levantó del sofá, se acercó a Deb y le pegó un puñetazo.

PAMELA

ASPEN, 1978
DÍA 13

Me desperté en la habitación de hotel de Aspen apenas unos segundos antes de las tres de la mañana, pero, en lugar de quedarme en la cama asustada, me levanté de golpe como si me hubiera quedado dormida y llegara tarde a clase. Algo se me acababa de presentar con claridad en esas pocas horas de sueño, algo tan importante que no podía esperar hasta la mañana.

Estiré la mano y encendí la lamparita de noche. De inmediato, miré la bolsa de Carl. El hotel había prometido enviar a alguien para llevar la bolsa que había en mi habitación a la de Carl y viceversa, pero debió de haber venido cuando yo ya estaba abajo con Tina. Sabía que Carl se alojaba en la habitación 607 porque había anotado los números grabados en latón de los llaveros cuando Tina nos los había entregado. Me vestí con la ropa del día anterior, me pasé los dedos por el pelo, me cepillé los dientes y me pellizqué las mejillas. Ese era el mejor aspecto que podía tener, dadas las circunstancias. En cualquier caso, estaba prometida.

Recorrí el pasillo en dirección al ascensor, mirando por encima del hombro cada pocos pasos. La alfombra era naranja y dorada con un patrón de diamantes psicodélico que resultaba un poco mareante y hacía que las formas de esto y aquello me resultaran amenazantes en las sombras. Para cuando llegué a la habitación de Carl estaba casi sin aliento, con los ojos acuosos, como si fuera un zorro y me estuvieran dando caza. Tuve que hacer un gran esfuerzo por contenerme y no llamar a golpes a la puerta del periodista gritándole que me dejara entrar. Llamé con un ritmo rápido y suave, y susurré lo más alto que me atreví:

—¿Carl? Soy Pamela.

Carl llegó a la puerta antes de lo que esperaba. Tenía una cara que parecía un zombi y sus movimientos eran lentos y descoordinados. Se tambaleó mientras se esforzaba por ver si había alguien detrás de mí, como si realmente me estuvieran persiguiendo, y perdí la poca

compostura que me quedaba. Como quien dice, me lancé al interior de la habitación, cerré la puerta de golpe y eché la cadenita.

—Tengo tu bolsa. —Me pareció que mis palabras sonaban ridículas. Palmeé el petate militar contra el exterior de mi muslo.

Carl me miró con los ojos entrecerrados por el sueño. Me había fijado, claro está, en que, aunque se había quedado dormido con los pantalones puestos, no llevaba la camisa y, con la puerta cerrada justo detrás de nosotros, me resultaba un tanto opresivo. Carl estaba medio desnudo. Me miré los pies, miré por encima de su hombro, miré a todos lados menos su torso peludo. Me satisfizo comprobar que el periodista tenía la habitación destacablemente ordenada. Las sábanas estaban retiradas de la cama en la que había estado durmiendo, y había una toalla doblada por la mitad en el colgador del baño. Mi pequeña bolsa para el fin de semana estaba colgada del respaldo de la silla del escritorio. Me acerqué a la silla con la intención de intercambiar las bolsas, y fue entonces cuando vi las dos botellitas de minibar vacías en la papelera. Aparté rápidamente la mirada porque no quería que Carl supiera que las había visto.

—¿Qué hora es? —me preguntó con voz ronca, como si tuviera la garganta seca y hecha polvo por el whisky. Se llevó un puño a la boca y tosió antes de dirigirse al baño en busca de agua.

—Me he dado cuenta de un detalle importante —le dije mientras me ponía roja y en vez de responderle que eran las tres de la mañana — y ya no me podía dormir.

Carl cerró el grifo y se quedó en la puerta del baño, bebiendo el agua a grandes tragos. Se pasó el antebrazo por la boca e hizo un gesto para indicarme que siguiera hablando.

—Gerald ha dicho que no era a él a quien le teníamos que pedir la información, sino que teníamos que pedírsela al correcto. Era como si estuviera jugando con nosotros, como si nos hubiera propuesto un acertijo. Ahora bien, puede que eso se deba a que no es libre de decir lo que sabe. Y entonces, no sé por qué, me he acordado de la placa que el sheriff tiene en la puerta: «Sheriff Dennis Wright».

—Y, claro, no hay nadie más recto que el sheriff… —dijo Carl, de repente despierto y alerta.

—Creo que la policía de Colorado sabe algo sobre a dónde podría haber querido ir el Acusado. ¿Y si, a sabiendas de lo que ha sucedido en Florida, no quieren buscarse ningún problema? Bastante malo es que se les escapara, pero ¿y si se les escapó y ha cometido más crímenes horribles… y eso se vuelve contra ellos? ¡Dios! —En ese

momento me di cuenta de algo terrible—. ¡Es posible que ni siquiera estén interesados en detenerlo! ¡Es como si tuvieran las manos manchadas de sangre!

Carl se apoyó en el marco de la puerta del baño y cruzó los brazos. Había una expresión de emoción en su rostro.

—Si eso es verdad, esta es una de esas historias que pueden impulsar una carrera —comentó.

—Pero ¿cómo lo demostramos?

Carl se llevó la mano a la mandíbula, donde ya lucía una incipiente barba, y pensó unos instantes.

—Tina tiene dinero, ¿verdad? —me preguntó.

—Sí.

Sentí como un pinchazo, pero no de enfado, al recordar la conversación que habíamos tenido en la cena.

—Yo no puedo tomar parte en algo así —comentó Carl—, pero mañana voy a hablar con la camarera. No sé, podríais llevarme hasta allí e ir a la cárcel de nuevo... —Enarcó una ceja.

—¿Y qué, sobornar al sheriff? —me reí.

—No. Manteneos alejadas de él. Ahora bien, puede que haya algún agente o alguien que esté dispuesto a hablar con vosotras.

Fruncí el ceño, tratando de imaginar haciendo algo así.

—No sé si tengo lo que hay que tener para sobornar a alguien.

—¡No digas «sobornar», Pamela! —me dijo Carl con tal pasión que encogí los dedos de los pies en mis feas zapatillas blancas—. Es una recompensa a cambio de decir la verdad.

Sentí una emoción repentina e inesperada; eso sí me atrevía a hacerlo.

—Y... ¿escribirás sobre lo que te traigamos?

—Tendría que corroborar la información, pero garantizo el anonimato de todo aquel que hable conmigo en confianza.

Asentí mientras pensaba en sus palabras.

—Así que, en el mejor de los casos, mañana descubrimos que en Colorado saben algo de lo que ha sucedido en Florida. ¿Cuánto se tarda en corroborar la información con otras fuentes y escribir un artículo? —Empecé a morderme la uña del dedo gordo, consciente de que, fuera cual fuera la respuesta, no sería antes de que yo tuviera que resolver mi dilema.

—Unas pocas semanas, probablemente.

Se me encogió el estómago y me dolió solo de pensar en lo difícil que era la situación en la que me encontraba con Roger. Presentaba

cargos contra él y me arriesgaba a que la gente pensara que estaba a salvo, que el asesino de mujeres estaba entre rejas, donde merecía estar, o dejaba que lo soltaran y me arriesgaba a que hiciera daño a alguna otra persona.

—Pamela —Carl me miraba preocupado—, ¿qué sucede? Parece que lleves el peso del mundo sobre los hombros.

—Y es que así es.

De repente, empezó a temblarme la barbilla. Me llevé las manos a la nariz y bajé la cabeza para que Carl no se diera cuenta. Mi madre siempre me decía que ni siquiera Mia Farrow estaba guapa cuando lloraba.

Noté que Carl se acercaba.

—Me gustaría ayudarte.

Sacudí la cabeza como si fuera imposible.

—No puedes.

—Prueba.

Me apartó las manos de la cara y se agachó un poco para mirarme a los ojos. Lo miré; estábamos a escasos centímetros de distancia. El periodista me tenía completamente cautivada, pero no estaba preparada para hacer nada al respecto. Lo solté todo de golpe porque tenía miedo de que me besara:

—Roger le hizo una cosa a mi hermana Bernadette. La forzó a hacer... cosas... —Miré hacia otro lado, avergonzada y sin saber muy bien cómo seguir—. A hacerle cosas a él... Y no podía respirar. Pensó que iba a morir. ¿Sabes por dónde voy? —Levanté la vista y vi que el periodista asentía con una cara que parecía que le hubieran partido el corazón—. Y, ahora —proseguí, ya llorando—, la policía quiere saber si voy a presentar cargos por lo que me hizo a mí. Si no lo hago, me da miedo lo que pueda pasar, lo que pueda hacer, pero si lo hago...

—Es una prueba más de que es capaz de asesinar y la policía no seguirá buscando. —Suspiró, como si comprendiera perfectamente el calado de mi dilema.

Asentí desganada.

Carl juntó mis palmas, como si me fuera a hacer rezar, y me dijo:

—Haré todo lo que esté en mis manos para asegurarme de que ese tipo no le vuelve a hacer daño a nadie.

—Por eso quería que vinieras. —Aquello era una verdad a medias.

Carl se llevó mis manos al pecho. Su cuerpo era cálido y su piel estaba ligeramente húmeda —como si hacerme aquella promesa le hubiera supuesto un esfuerzo—, y un coletazo de deseo me sacudió

desde la garganta al interior de los muslos.

—Deberíamos irnos a dormir —le dije.

Carl asintió con cara de entender lo que yo no había llegado a decir. Se acercó al armario y sacó la única camisa que había traído, se la puso, se echó mi bolsa al hombro y me escoltó hasta mi habitación.

A la mañana siguiente, nos apiñamos en el coche y nos dirigimos al banco. Tina se apuntó de inmediato a eso de pasarle un fajo de billetes por la cara a alguno de los agentes del sheriff y tentarle con él para que nos contara cuanto supiera. Antes de dejar a Carl en La Olla, planeamos una estrategia. Entraríamos y pediríamos hablar con el sheriff Wright, que, sin duda, nos tendría esperando la vida, lo que nos daría una oportunidad perfecta para pasarle una nota a alguno de los agentes.

—Ya, pero ¿y si el sheriff accede a hablar con nosotras? —pregunté.

—Dudo mucho que eso vaya a pasar —respondió Tina con sorna.

—Ya, pero es mejor que estéis preparadas. Por si las moscas. —Carl me miró y sonrió, como apoyándome.

Era un día sin nubes, frío, y el vigorizante sol matutino comenzaba a vestirse con sus joyas de la mañana. Le devolví la sonrisa y aparté la mirada rápidamente, antes de que Tina se diera cuenta de algo.

—¿Mi consejo? —empezó a decir Carl—. Yo me mostraría de acuerdo con la narrativa del sheriff, con eso de que el Acusado era una fuerza incontrolable.

En los siguientes años conseguí ediciones antiguas del *Aspen Star Bulletin* y leí la entrevista que le habían hecho al sheriff Wright, a ese hombre pegado a su arma que no dejaba de mordisquear un puro, y me di cuenta de lo acertado que había estado Carl; de lo bien que se le daba eso.

«Es una serpiente escurridiza —había dicho el sheriff con los pulgares en los tirantes y una media sonrisa—, pero yo soy la pala de jardín que va a cortarle la cabeza».

A veces pienso que fue el machismo lo que mató a Denise.

Al entrar en el camino embarrado de la comisaría, Tina pisó con fuerza el freno.

—¿Has visto quién era ese? —me preguntó emocionada, girando el

volante mientras el cinturón se me clavaba en el cuello.

Pisó el acelerador y se puso a la altura de la camioneta que se marchaba mientras nosotras llegábamos, le tocó la bocina y le hizo un gesto al conductor para que bajara la ventanilla y me pidió a mí que bajara la mía también. Saqué la cabeza y vi que se trataba del agente que había traído a Gerald a la sala de visitas y que se lo había llevado después. Me parecía recordar que Gerald lo había llamado Sammy.

Sammy bajó la ventanilla y nos miró impaciente, como si quisiera gruñirnos un: «¡¿Qué queréis?!».

—¡Ayer estuvimos aquí! —le gritó Tina después de quitarse el cinturón e inclinarse sobre mí—. ¡Para visitar a Gerald Stevens!

Sammy suspiró como si se sintiera acosado. Tenía ojeras. Puede que su turno de noche hubiera acabado en ese momento.

—¡Queríamos —Tina puso su expresión más femenina y cara de desamparo— tomar un café contigo y hablar! ¡Solo serán unos minutos!

Sammy desvió la mirada hacia la comisaría de piedra que se veía por el espejo retrovisor.

—¡¿De qué?!

—¡Queremos conocer los detalles de la huida del Acusado! —respondió Tina—. ¡Queremos la versión de alguien que lo vivió!

—¡No puedo ayudarles! —Y empezó a subir la ventanilla.

—¡Creo que ha asesinado a mi mejor amiga! —le grité al mismo tiempo que Tina decía:

—¡Te daré tres mil dólares en metálico!

Sammy se quedó parado y miró la comisaría por el retrovisor una vez más. Luego, tieso como un robot, como si alguien de dentro fuera capaz de leerle los labios, nos dijo:

—Esperen cinco minutos y, después, reúnanse conmigo en Casa Dinah, en la 82.

Casa Dinah era uno de esos restaurantes con un mostrador rotatorio de tartas. Cuando entramos, el agente estaba sentado a una mesa con butacas altas, dando buena cuenta de una porción de tarta de cereza.

—Como esto me pase factura —fue lo primero que nos dijo al sentarnos—, le diré al sheriff que robaron algo de la cárcel y lo prepararé todo para que se les caiga el pelo.

—Entendido. —Y así quedó cerrado el trato. Sin más.

Sammy se quitó una miga de la comisura de la boca y miró hacia

el aparcamiento, inspeccionando una camioneta Toyota que se deslizaba sobre la nieve a medio derretir y la gravilla. Esperó a que el conductor bajara del vehículo para asegurarse de que no lo conocía.

—Deben entender que —empezó a decir Sammy sin dejar de controlar las idas y venidas del aparcamiento—, en primer lugar, ese tipo ni siquiera debería haber estado en Colorado. —Luego suspiró y comenzó a contar la historia desde el principio.

En marzo de 1976, el Acusado estaba en Utah, cumpliendo una sentencia de quince años de cárcel por el secuestro de Anne Biers en un centro comercial. Los fiscales intentaban dar con las pruebas que lo conectaran con el asesinato de otra mujer en Utah, una chica, en realidad —Barbara Kent, de diecisiete años—, que había desaparecido después de dejar a medias un juego en el instituto porque tenía que ir a recoger a su hermano pequeño. Esta desaparición sucedió unas pocas horas después de que Anne Biers escapara de su secuestrador. Los detectives encontraron una llave en el aparcamiento del instituto, el último lugar donde se vio a Kent, que coincidía con el modelo de esposas utilizado con Biers. El caso era sólido, pero el fiscal de Colorado no estaba especialmente interesado en hacer justicia. Se llamaba Frank Tucker, pero, según Sammy, todos empezaron a llamarle Tucker el Tocho después de lo sucedido.

Sammy apartó el plato —que había dejado limpio— a un lado para poder golpear la mesa con el índice cada vez que quería subrayar las partes más indignantes del asunto.

—Y va el tipo y se escapa otra vez y todos se echan las manos a la cabeza y quieren saber cómo es posible. El sheriff señaló a Tucker diciendo que no era culpa suya que Colorado no estuviera preparado para un preso así. Y en eso tenía razón.

—¿Qué se debería haber hecho de manera diferente? —preguntó Tina.

—Existe un protocolo que hay que seguir con los presos peligrosos, así que yo no habría actuado como si estuviera por encima de la ley… y lo habría seguido.

—Pero… ¿por qué no lo siguieron? —pregunté confundida.

Sammy levantó la mano para representar que tiraba algo por la ventana.

—Porque se acercaban las elecciones y Tucker sabía que iba a perder. —El agente de policía sonrió, como diciendo: «¿Estáis preparadas?».

Según él, Tucker el Tocho se las había ingeniado para que dos

condados financiaran el aborto de su amante de dieciocho años —un comportamiento tremendamente hipócrita, teniendo en cuenta que él era el oficial electo, cuyo trabajo consistía en perseguir las violaciones de la ley, ese tipo de cosas que no puedes disimular y de las que, al final, uno u otro se entera—. Unos años después, Tucker sería juzgado por dos cargos de apropiación indebida de fondos públicos, pero, en marzo de 1976, estaba en medio de una acalorada campaña de reelección, así que hizo lo que hacen los políticos cuando necesitan limpiar su imagen: buscó un hombre de paja. Para Tucker, lo del Acusado fue como si se lo hubiera enviado el mismísimo Dios.

Al parecer, era cierto que los detectives de Colorado tenían pruebas sólidas para conectar al Acusado con el asesinato de Caryn Campbell. Encontraron un mechón de su cabello en el coche del Acusado y este había utilizado una de sus tarjetas para echar gasolina cerca del escenario del crimen en el momento en que la mujer había desaparecido de su hotel de Aspen. Sin embargo, estas pruebas no eran más sólidas que las que tenían en Utah sobre el asesinato de Barbara Kent. Colorado debería haber esperado su turno para juzgarlo, pero Frank Tucker no tenía tiempo para seguir el procedimiento. Quería decir en sus mítines de campaña que era el héroe que había atrapado al asesino de Caryn Campbell. Lo necesitaba, si es que quería tener opciones de salir reelegido y que sus propios cargos pasasen desapercibidos.

—Y el colmo —continuó Sammy furioso y asqueado— fue cuando Tucker culpó a los comisionados del condado por la fuga, diciendo que, si hubieran proporcionado más fondos para la prisión, aquello nunca habría sucedido. Y, a ver, es verdad que no tenían dinero para construir un sitio mejor, ¡pero se debía a que Tucker lo había robado para pagar las habitaciones de hotel, las cenas, la ropa y las joyas de su amante. ¡Hasta el aborto pagó con fondos! —A Sammy se le movían las aletas de la nariz.

El agente llevaba una larga cadena de oro debajo de su camisa, y, aunque puede que fueran imaginaciones mías, estaba segura de que al final de esa cadena, por debajo de la camiseta interior de algodón, había una piadosa cruz.

Al Acusado lo extraditaron a Aspen a principios de 1977 y, para junio, ya se había escapado por primera vez. Justo antes del amanecer del sexto día de la cacería estatal, dos agentes del sheriff encontraron un Cadillac de 1966 robado y al Acusado desplomado sobre el volante, severamente deshidratado, fatigado y con tres dedos de los pies

congelados. Había cruzado apenas un kilómetro la frontera del condado de Aspen cuando lo detuvieron y pusieron bajo la jurisdicción de Glenwood Springs, donde lo interrogaron durante horas sin la presencia de un abogado antes de que el sheriff de Aspen se enterara. Entonces empezó un enfrentamiento en el que Aspen exigía el regreso del Acusado y Glenwood Springs se negaba a entregárselo porque al Acusado lo habían detenido en su territorio. Aspen había tenido su oportunidad y la había cagado. Un juez dictaminó que Glenwood Springs tenía razón, si bien era una decisión imprudente (no había otra manera de catalogarla).

—Se suponía que la cárcel de Glenwood era más segura —nos explicó Sammy—. La nuestra era más pequeña, aunque estábamos mejor equipados para vigilarlo, pero la situación nos sobrepasó desde el principio.

Sammy nos miró a ambas para asegurarse de que entendíamos a qué se refería. Miré a Tina, que negó con la cabeza.

—Se supone que el servicio de alguaciles ha de implicarse con los reclusos que tienen historial de huidas, que debe venir a inspeccionar la prisión. Ahora bien, nunca lo hizo. De hecho, en el informe de admisión del tipo ni siquiera se mencionaba que ya hubiera escapado una primera vez.

—¿Está seguro de eso? —No me lo podía creer.

—Yo mismo leí el informe. Todos los agentes de la comisaría lo leímos. En esos informes se supone que pone por qué te traen al prisionero y allí ponía que estaba detenido por robo.

—Robo —repitió Tina, incrédula.

Sammy se frotó los ojos con los pulgares y se cogió de la mandíbula como enfadado.

—Ninguno de nosotros tenía ni idea de con quién estábamos tratando. Y pasó tanto tiempo desde que lo atraparon hasta que nos lo devolvieron de Glenwood que, para entonces, ni siquiera sabíamos que era la misma persona de la cacería. Además, parecía un tío normal. Se podía hablar con él. El tipo al que habían detenido parecía un animal en las fotografías de los periódicos..., pero, para cuando llegó aquí, estaba limpio. Entonces... —Sammy miró hacia el techo—, empezó a ir ahí arriba.

Tina y yo miramos al techo como si estuviéramos coordinadas.

—Había una baldosa suelta en su celda. El sheriff sabía que lo habíamos pillado con eso en un par de ocasiones, pero nos dijo que no nos preocupáramos, que no iba a ir a ninguna parte. Yo le comenté

que el tipo estaba adelgazando mucho. Era yo el que solía recogerle la cena y prácticamente no comía, pero el sheriff se reía y me decía que él tampoco se comería aquella bazofia.

Para diciembre de 1977, cuatro semanas antes de que yo lo viera en nuestro vestíbulo con un tronco ensangrentado de nuestra leñera, el Acusado había perdido diez kilos —teniendo en cuenta que ya estaba delgado—, lo suficiente como para colarse por el hueco, seguir el conducto, salir al apartamento vacío de uno de los agentes, cambiarse de ropa y escapar a Colorado. Tardaron seis horas en darse cuenta de que había escapado; había puesto las sábanas por encima de los libros de Derechos y varios documentos, así como pilas de cartas, de tal manera que parecían una persona durmiendo.

—La gente dice que está en la montaña, viviendo de lo que da la tierra. Lo ven cada dos por tres, es como Bigfoot.

—Pues no está allí —dijo Tina—, sino que ha ido a la Universidad Estatal de Florida.

Sammy la miró como si algo malísimo pasase.

—¿Qué sucede? —le pregunté yo. Me iba el corazón a mil.

Sammy se cogió las manos y bajó la cabeza. La frente se le llenó de arrugas. Estaba pensando.

—¡¿Qué pasa?!

—¡Un segundo! —Sammy cerró los ojos—. Estoy intentando recordar.

Tina y yo nos quedamos calladas, sin respirar, no queríamos hacer nada que pudiera romper la concentración de aquel hombre.

—Había un folleto de una universidad —dijo Sammy, que aún tenía los ojos cerrados, aunque los párpados se le movían a toda velocidad, como si estuviera repasando la escena en su memoria— junto con todo lo que había puesto debajo de las sábanas. El folleto... —Sammy abrió los ojos— tenía unas palmeras. Recuerdo que pensé que se habría ido a California, pero en Florida también hay palmeras, ¿verdad?

En mi mente apareció el folleto de la Universidad Estatal de Florida que me había llegado por correo en el último curso del instituto, con aquellos robles ancestrales y las palmeras, unas más altas y otras más bajas, como si fueran las ondas de un monitor cardíaco.

—¿Qué pasó con el folleto y todo lo demás? —pregunté, pensando que, si conseguíamos un folleto de la Universidad Estatal de Florida, tendríamos también el «arma humeante» que necesitábamos.

—Lo enviamos todo a Seattle.

—¿Está seguro de eso? —preguntó Tina, con un temblor de esperanza en la voz.

—Segurísimo. Cuando lo detuvieron la primera vez, se negó a hablar a menos que fuera con un detective de Seattle. Era un tipo que llevaba años trabajando en dos casos de chicas desaparecidas. Recuerdo que el sheriff Wright estaba realmente puteado por haber tenido que llamarle para que viniera. Y, cuando el tipo se escapó, volvió y se lo llevó todo en cajas.

Habría jurado que oí el latido del corazón de Tina cuando el agente comentó lo de las chicas desaparecidas de Seattle.

Sammy señaló la cuenta.

—Y eso es todo lo que sé. ¿Qué ha hecho en Florida?

—Entró en la casa de mi sororidad y asesinó a dos chicas y pegó una paliza y desfiguró a otras dos. Luego salió del campus y atacó a una más. Yo oí ruidos y fui a investigar… y lo vi claramente antes de que huyera.

Sammy resopló para demostrar que lo sentía.

—Eso no debería haber sucedido. —Tamborileó un ritmo nervioso sobre la mesa de fórmica y volvió a mirar al aparcamiento. Luego se puso de pie y buscó algo en el bolsillo trasero del pantalón y sacó la cartera. Se chupó un dedo y contó tres billetes de uno, suficiente para la tarta y la propina. Los dejó sobre la mesa abiertos en abanico y le dijo a Tina—: Preferiría hacer el resto en el coche.

Tina parecía confundida.

—¿El qué?

—Lo del dinero —le recordó Sammy—. Ha dicho que tenía algo para mí.

Cuando recogimos a Carl en La Olla, estaba tan emocionado como nosotras. Comparamos nuestras notas y nos dimos cuenta de que habíamos oído, como quien dice, la misma historia sobre Frank Tucker. Carl, en cambio, no sabía lo del detective de Seattle que había ido hasta allí para llevarse las pruebas a Washington. Esa parte se la contamos nosotras.

Carl empezó a pellizcarse los labios mientras miraba al vacío a medida que los carteles nos indicaban que nos acercábamos al aeropuerto.

—¿Debería ir a Seattle? —se preguntó en un momento dado.

Tina lo miró por el espejo retrovisor y le preguntó:

—¿Ahora?

—¿Por qué no? Ya estoy a mitad de camino.

Tina y yo nos miramos. Eso era verdad.

—Es que da la impresión de que esta historia es mucho más gorda de lo que parecía en un primer momento. Porque, ¿cuántas víctimas van ya, diez, doce? Y en diferentes estados. Y, si todo empezó en Seattle y en Seattle tienen la sensación de que se ha tapado lo que sucedió en Colorado, puede que cooperen conmigo. Puede que quieran que se sepa que fueron los de Colorado los que la cagaron y no ellos.

—Yo puedo darte los nombres de los detectives con los que deberías hablar —le dijo Tina—. Eso sí, no digas que me conoces. —Y se rio como se ríe uno cuando sabe que no hay nada de lo que reírse.

Levanté la mano y pregunté:

—Entonces, ¿debería presentar yo cargos contra Roger?

—Sí —respondieron Tina y Carl al unísono.

Ese fin de semana, ese momento, es algo en lo que he pensado prácticamente a diario en estos cuarenta y tres años. Era mi responsabilidad proteger a las chicas, la Casa y la reputación y el recuerdo de Denise y de Robbie. Me dejé llevar por el instinto, pero mi instinto estaba equivocado. Aquello me inquietó entonces… y sigue inquietándome.

PAMELA

TALLAHASSEE, 2021
DÍA 15.826

El guardia de seguridad de veintipocos años aparta la mirada de su partida de Candy Crush el tiempo suficiente como para ver cómo dejo mi bolso en la cinta y vuelve a ponerse con el juego. Hago saltar el detector de metales y se molesta por esta segunda interrupción. Aparta los ojos de la pantalla y señala mis pies con la barbilla:

—Tiene que quitárselos.

Mientras me quito las botas, intento no pensar en cuántas cosas se le pasarán a este guardia mal pagado e indiferente. Paso de puntillas. Listo.

En la sala de espera me recibe un asistente que me pide que firme una exención de responsabilidad antes de que suba al autobús. La firmo sin leerla. Cuando llegué a esa etapa de la vida en la que las biopsias, los escáneres y la anestesia se convierten en algo que sucede una o dos veces al año, decidí dejar de leer la letra pequeña. Todo supone algún riesgo y la necesidad de estar al tanto de todos ellos es una manera rápida de volverse loco. Lo que he venido a hacer aquí bien podría ser una operación de emergencia, un tumor que hay que extirpar de inmediato si quiero vivir conmigo misma.

El viaje en autobús hasta el patio de recreo es corto y está lleno de baches. En el patio hay un huerto de hierbas aromáticas y de vegetales rodeado de tela de alambre. Con los años ha ido dándole por la jardinería, que es como pasa las horas que puede estar en el exterior. Nada de palas o de herramientas puntiagudas, me asegura el asistente que me ha hecho firmar la exención. «Como es normal», añade, acompañando sus palabras de una risa amigable. Me quedo con ganas de decirle que no es tan normal como él cree. Te sorprendería lo fácil que se puede herir a una persona en este país si ese es tu objetivo.

Cuando lo veo, lleva un sombrero de ala ancha de lona marrón y está regando unos kales oscuros con una manguera. Me quedo paralizada. Y no solo porque la manguera podría utilizarla como un garrote, sino porque parece tan inofensivo en este soleado día de

primavera y yo solo he dormido dos horas y mal… Ambos sabemos que el reloj corre y que, aun así, yo soy la única que tiene algo que perder en el momento en que se acabe el tiempo.

Me ve y cierra la manguera. Al principio se acerca despacio y se levanta el ala del sombrero para comprobar que, en efecto, soy yo. Entonces empieza a caminar más rápido —carga contra mí, de hecho— y, cuando noto el sabor de la sangre, me pongo a pensar en esa letra pequeña de la exención que he decidido firmar sin leer, en que soy la única responsable de las heridas que me pueda ocasionar, e incluso de que me mate.

RUTH

ASPEN
INVIERNO DE 1974

La noche caía mientras volvíamos al hotel. Tina y yo caminábamos contra un viento que parecía que pinchara y que nos agrietaba la cara a nosotras y desnudaba las ramas de las pocas hojas heladas que les quedaban. Sin embargo, por debajo de mi abrigo de lana y del jersey de lana de Tina, sentía que el cuerpo me ardía, me sentía agitada y sedienta. El champán me había entrado en el sistema como si me hubieran dado una descarga y había despertado sensaciones sorprendentes de su letargo. Me atormentaba la imagen de aquel anciano enjabonando el vello púbico de Tina mientras su familia ponía la mesa en el piso de abajo. No era tan tarde como para acostarse y habíamos decidido quedarnos en el vestíbulo un rato más, pero yo estaba intentando atreverme a mentir a Tina. Necesitaba escapar de ella, por un rato, sedar el animal salvaje que me arañaba la piel desde dentro.

Antes de entrar en el hotel, pisamos fuerte y restregamos las suelas en el felpudo. Resulta que había unos pocos huéspedes calentándose frente a la chimenea del vestíbulo. Desde la otra punta de la sala, una mujer baja y fornida con un corte de pelo desfilado llamó a Tina.

—¡Marlene! —Tina la saludó con la mano y se inclinó hacia mí—: Ella es la coautora del libro de Frances.

Aproveché la oportunidad:

—Ve a saludarla, que quiero ir a la habitación a cambiarme los calcetines, que se me han mojado. —Me abracé y temblé como si tuviera mucho frío.

Fui hasta el ascensor dando pasos cortos pero rápidos, como cuando te duele el estómago y necesitas ir al baño cuanto antes pero no quieres que nadie se dé cuenta. Pulsé el botón y cerré los ojos con fuerza. No quería ver si llegaba alguien más para coger el ascensor. El hotel tenía quince pisos y nosotras estábamos en el duodécimo. Si teníamos que parar de camino, me daría un ataque. Oí el freno del ascensor, que emitió un sonido metálico apagado, y abrí los ojos,

aliviada al ver que no había venido nadie. Pulsé el botón del duodécimo piso con el pulgar una y otra vez, aunque sabía que eso no haría que las puertas se cerrasen más rápido y el ascensor empezara a elevarse.

Alguien se coló en el ascensor justo antes de que las puertas se cerraran. Era la misma mujer con la que habíamos bajado en el ascensor por la mañana, la misma que había movido la boca exageradamente para transmitirme un «Por supuesto» silencioso por el espejo cuando el cardiólogo había dado por hecho que estaba en el hotel para esquiar. Pulsó el botón del piso catorce. Bueno, por lo menos no tendría que pararme por ella.

—Odio a la gente que me hace esto —se disculpó—, pero estaremos mejor si subimos juntas.

La miré inexpresiva y ella me devolvió la misma mirada.

—Porque sabrás lo de la mujer que desapareció aquí el año pasado, ¿no? —Enarcó una ceja expectante, segura de haber estimulado mi memoria, pero lo cierto es que yo no tenía ni idea de qué estaba hablando. Enseguida me puso al día—: Se llamaba Caryn Campbell. Había venido con su prometido para la conferencia. Volvieron de cenar e iban a sentarse un rato en el vestíbulo a leer junto al fuego. Ella fue a su habitación a por una revista. Subió en el ascensor... y esa fue la última vez que la vieron con vida.

De repente, sentí como si el suelo empujase contra mis pies para dejarme claro que estaba en un ascensor y la manija de latón empezó a contar los pisos.

—Pero... ¿la encontraron? —me oí preguntar.

—Sí, pero muerta —respondió la mujer mientras asentía primero y luego negaba.

El ascensor se detuvo en mi planta, pero me sentía como si tuviera la cabeza embotada y me pesara mucho. Se abrieron las puertas.

—Deja que te acompañe —se ofreció la mujer—. Por cierto, me llamo Gail. Gail Strafford.

—Ruth Wachowsky.

Salimos del ascensor y empezamos a caminar por la alfombra de color naranja y dorado con el patrón psicodélico de diamantes.

—Y ¿la policía atrapó al asesino?

Gail negó con la cabeza.

—Por eso estoy aquí.

—Y ¿de qué se encarga el... —hice una pausa para recordar el nombre de su departamento— el Departamento de Antropología

Forense?

—Llevamos a cabo una serie de pruebas que ayudan a determinar la hora de la muerte con suma precisión.

—Pero has dicho que la mataron hace un año… —comenté mientras sacaba la llave de la habitación.

—Desapareció hace un año, pero su cadáver lo encontraron un mes después, junto a una pista rural. Y, aunque haya pasado un tiempo, en el suelo de la zona quedan pistas de cuándo la dejaron allí. Con solo eso, podemos responder a unas cuantas de las preguntas que la policía tiene pendientes: ¿La mataron en el hotel? ¿La secuestraron y la mantuvieron retenida un tiempo? Todo esto puede ayudar a crear un perfil del tipo de persona que ha cometido el asesinato, lo que ayudará a la policía a detenerlo, sea quien sea.

Nos detuvimos frente a mi puerta. El número dorado que había sobre la mirilla parecía demasiado brillante, como si fuera una tarjeta de presentación.

—Y ¿todo eso puede saberse solo con investigar el suelo?

Gail asintió animada.

—La descomposición de un cadáver, de hecho, puede alterar el fenotipo de la vegetación de su alrededor. En algunos casos, incluso décadas después de que se hayan encontrado unos restos humanos, plantas de hoja verde crecerán con el follaje de color rojo. Eso tiene que ver con el nitrógeno que libera el proceso de descomposición del cadáver y con la respuesta de las hojas a la integración de estos nutrientes.

—Vaya… —dije mientras ponía en tela de juicio todas mis contribuciones al mundo.

Gail se quedó callada un momento.

—Si te paras a pensarlo, resulta reconfortante. Es como si, aunque perdiera la vida, la víctima siguiera formando parte del mundo…, a su manera.

Nos sonreímos, rápida y tristemente. Yo había subido para lavarme la cara, para intentar recuperar el control, para mirarme al espejo del baño y preguntarme una vez más de dónde provenía mi perversión, pero de pronto noté como si parte de ese odio que sentía por mí misma se hubiera disipado. Tenía problemas, tenía debilidades y sucumbir a ello había contribuido a la horrible idea de que no había en el mundo un lugar para mí, ni en mi matrimonio, ni en casa de mi madre. Por lo tanto, resultaba tremendamente reconfortante pensar que la tierra siempre tenía un lugar para ti.

Metí la llave en la cerradura y abrí la puerta de par en par. La persona que había hecho la habitación se había dejado la lamparita de la mesa de noche encendida, lo que me permitió ver que no había nadie dentro.

—Gracias por acompañarme…, aunque ahora me siento mal porque tengas que irte sola.

Gail arrugó la frente, pensativa.

—¿A ver qué te parece? Cuando llegue a mi habitación, llamo a recepción y les pido que me pasen con tu habitación. Ruth Wachowsky has dicho, ¿verdad?

—Sí, pero he venido con mi amiga Martina Cannon. La reserva está a su nombre.

—Ruth Wachowsky y Martina Cannon —dijo Gail para memorizar nuestros nombres mientras se alejaba por el pasillo.

—¡Si no sé nada de ti dentro de dos minutos, llamo a la policía! —le advertí.

Gail se echó a reír y aceleró el paso.

—¡Empieza a contar, Ruth Wachowsky!

Me quedé en la puerta hasta que llegó el ascensor y Gail entró en él. Luego, cerré la puerta y me senté en la cama y me quité los calcetines mojados mientras esperaba a que sonara el teléfono. Pensé otra vez en Julia Child y en una cosa que había dicho en uno de los episodios de *El chef francés* con aquella voz «ridícula» que mi madre no soportaba: «Aprender nunca es una pérdida de tiempo —había dicho con un cuello de pollo en la mano—, antes o después, eso que has aprendido te servirá de algo». Estaba pensando en aquello cuando Gail llamó para decirme que había llegado a la habitación sana y salva.

PAMELA

TALLAHASSEE, 1978
DÍA 14

Llegué a Tallahassee justo cuando el sol dividía las torres del edificio Westcott. Me sentía como si hubiera dormido doce horas en vez de dos. Era domingo y, aunque tenía mil y una cosas que hacer para preparar la Casa para cuando las chicas llegaran esa noche, no me preocupaba lo más mínimo cómo iba a conseguir hacerlas todas. Algunas personas necesitan cafeína para ponerse en marcha, pero a otras nos basta con poder decir: «Yo tenía razón». Aunque tenía claro que era al Acusado a quien había visto en el vestíbulo, me habían hecho dudar de mí misma, y ahora estaba ansiosa por enfrentarme al sheriff Cruso con lo que habíamos descubierto en Colorado.

Sin embargo, la necesidad de que me dieran la razón fue desvaneciéndose a medida que nos acercábamos a la Casa y, cuando Tina aparcó junto a la acera, no podía dejar de pensar en la cantidad de días que llevaba el sitio adormilado, en la gran cantidad de habitaciones, en los claustrofóbicos pasillos, en los armarios y en todos los recovecos…

—Voy a entrar contigo —me dijo Tina mientras mirábamos la Casa. No había luz en ninguna de las ventanas.

No me negué.

Tina apagó el motor y, juntas, recorrimos el camino de ladrillos blancos que llevaba hasta la puerta principal, parándonos en el buzón para recoger el correo de los días que no habíamos estado. Me puse bajo el brazo las facturas y las cartas de condolencia tanto de exalumnas como de perfectos extraños y pulsé la nueva combinación de la puerta.

El vestíbulo olía a frío y el aire estaba viciado. Había cinta negra en el suelo —justo donde había visto al Acusado— y rascadas en la madera del estropajo que había utilizado para quitar los restos de sangre seca.

Tina se frotó los brazos.

—Empecemos por encender la calefacción.

Empujamos los sofás de la sala de juegos contra las paredes y pasé la aspiradora mientras Tina sujetaba el cable. Dispusimos los sacos de dormir en forma de rayos de sol y, después, empujamos los sofás de nuevo, esta vez hasta el borde de los sacos de dormir, creando una pared alrededor de las chicas que fueran a dormir en la parte del círculo que estaba más cerca de la puerta. Encontramos mezcla para bizcocho en los armarios de la cocina y Tina me sugirió que hiciera un pastel rectangular y que lo cortara en cuadrados en vez de las magdalenas. Ruth le había hecho uno en una ocasión, después de mencionar que era típico de Texas. Además, era más rápido que las magdalenas y teníamos mucho trabajo por hacer.

Como en un primer momento había pensado que llegaría de Colorado el viernes por la noche, había pedido que nos trajeran los colchones nuevos el sábado, pero como no había estado para recibirlos, los habían dejado junto a la puerta de atrás y un roedor se había comido parte de la caja de uno. Por lo menos, no había llovido.

En cualquier caso, antes de subirlos al piso de arriba, teníamos que deshacernos de los colchones de la habitación de Eileen y Jill. El primero conseguimos llevarlo hasta la escalera de atrás y, desde allí, llegó hasta el suelo con una caída espectacular. Me sequé el sudor de la frente.

—Voy a apagar la calefacción —dije.

Tina asintió como diciendo: «Sí, por favor».

Llenamos un cubo con agua jabonosa y nos tiramos casi dos horas limpiando la sangre que se había coagulado en los recovecos de los marcos de las camas. Sacamos el pastel del horno y lo sacudimos para ver si estaba hecho; le faltaban otros veinte minutos por lo menos. Subimos uno de los colchones al piso de arriba y volvimos a sacar el pastel. En esta ocasión estaba listo. Dejamos que se enfriara en la encimera mientras cargábamos con los demás colchones a la espalda y subíamos las escaleras resoplando. Hicimos las camas con sábanas limpias, glaseamos el bizcocho y colgamos cortinas nuevas en la habitación número 10. Cuando miré el reloj y vi que eran las cuatro de la tarde, no me lo podía creer. Sentía la piel pegajosa y la espalda de mi camisa estaba tiesa por el sudor que se había secado, había vuelto a humedecerse y se había secado de nuevo.

—¿Te importa quedarte mientras me doy una ducha? —le pregunté a Tina titubeante. Me daba cosa ducharme estando allí sola.

—En absoluto.

—No tardo —le prometí.

—Tarda el tiempo que necesites.

En el cuarto de baño, me quedé mirando el cubículo que le correspondía a Denise. Denise era una loca de los productos de belleza y siempre tenía los últimos champús o lociones de manos en su cesta de ducha. Cogí su cesta de ducha y entré en una de las cabinas. Estaba segura de que a Denise no le gustaría que tiráramos todo aquello.

Puse el agua lo más caliente que era capaz de aguantar y me quedé debajo de la alcachofa muchísimo rato, frotándome la cabeza con el champú de Denise y las rodillas y los sobacos con su crema de afeitar. El producto se llamaba Piernas Locas y me gustó tanto que empecé a utilizarlo. Cuando Johnson & Johnson lo descatalogó en 1986, sentí como si hubiera ocurrido otra muerte.

Volví de la ducha, con mi piel rosada envuelta en una toalla de baño, y me encontré a Tina sentada en mi escritorio, ojeando una de las viejas Cosmopolitan de Denise y rascándose la cabeza. Era la primera vez que la veía sin algo que le cubriera la cabeza. Me aclaré la garganta con fuerza para anunciarle mi llegada. Estaba segura de que Tina no había tenido la intención de que la viera sin el gorro del día. Sin embargo, apenas me miró antes de volver a las páginas de la revista.

—Ruth encontró una cura para su acné en una de estas —comentó Tina mientras pasaba el dedo de izquierda a derecha por debajo de un pequeño anuncio de champú—, aunque mi teoría es que sus nervios se calmaron mucho una vez dejó de vivir bajo el mismo techo que su madre, y eso ayudó a que su piel se limpiara más rápido que con una pastilla. Aunque... —suspiró—, no hace daño buscar un tratamiento milagroso, dado que ningún médico del mundo sabe decirme por qué no vuelve a crecerme el pelo.

Hablaba de las dos calvas gemelas que tenía a ambos lados de la cabeza, que hacían que pareciera que le habían quitado dos cuernos recientemente.

—¿Qué te pasó? —le pregunté mientras iba a mi cómoda, donde guardaba la ropa interior. De pronto, me asaltó una duda un tanto ingrata: «¿Debía pedirle que saliera de la habitación mientras me vestía a la mujer que me había ayudado a preparar la Casa, que había vigilado mientras me duchaba, que estaba allí sentada completamente desarmada y expuesta a mí?». Como si fuera una terapia de exposición radical, dejé caer la toalla y seguí con lo mío tal y como haría si

hubiera cualquier otra mujer en mi habitación.

—Pues la verdad es que me lo arranqué. El día en que Ruth no volvió a casa. Estaba tan fuera de mí que tiré de él con tanta fuerza que me lo arranqué de raíz. —Se lamió la yema del dedo gordo y pasó la página con el anuncio de champú, como derrotada—. Un médico me dijo que había traumatizado los folículos y que volverían a producir pelo cuando se sintieran seguros.

Soltó una carcajada nada más decir aquello último: «cuando se sintieran seguros».

Me puse un jersey y salí al pasillo sin pantalones, en dirección a la parte de atrás de la Casa. Cuando llegué a la habitación de Denise, me agaché por debajo de una tira de cinta negra para entrar. Esperaba que lo que estaba buscando estuviera allí, pero, si no lo encontraba, sabía dónde comprarlo.

—Este es un complejo vitamínico que tomaba Denise —le dije a Tina cuando volví a mi dormitorio—. Era para que el pelo y las uñas le crecieran fuertes. Después de la última ruptura con Roger, lo necesitaba. Adelgazó mucho. Más que con ninguna de esas dietas locas que siempre andaba probando; y no es que lo necesitara, pero se pesaba varias veces al día y se ponía de los nervios como si hubiera ganado cien gramos. De hecho, se ponía tan nerviosa que empezó a caérsele el pelo. Encontró a una mujer, una que hacía tratamientos holísticos, que le recomendó que tomara esto. No sé cómo funciona, pero funciona. Denise tenía el mejor pelo de toda la sororidad. —Le tiré el bote y Tina lo cogió entre los brazos.

—¿Sabes qué es la anorexia? —me preguntó Tina mientras leía la etiqueta del bote.

—¿Eso que hace que las mujeres se dejen morir de hambre? —pregunté con voz dubitativa mientras me ponía unos vaqueros—. Denise no era de esas —comenté, infantil—, sencillamente, cuidaba lo que comía.

Tina frunció los labios y no dijo nada más. Después de muchos años y muchas películas de Lifetime sobre el tema, cuando los trastornos alimenticios estaban tan extendidos que incluso mi propia hija tuvo que luchar contra uno durante un breve periodo de tiempo, me di cuenta de que Tina se había callado para no explicarme que Denise padecía uno; que me había evitado pensar en otras cosas negativas al recordar a Denise, aparte del dolor que había tenido que sentir en sus últimos instantes de vida. Tina abrió el bote, se puso unos cuantos comprimidos en la mano y los examinó con atención.

—Gracias —me dijo—. Sin duda, voy a probarlos.

—No, gracias a ti. Jamás habría acabado todo esto yo sola. —Y cogí un cepillo de pelo que había en el tocador, cerca de donde Tina estaba sentada, y nos miramos por el espejo—. Y también quiero disculparme… por lo que te dije en el hotel. Lo de tu carácter. Estaba muy equivocada.

Tina me sonrió por el espejo.

—Quiero que sepas que este es un momento muy satisfactorio para mí, porque no hay nada mejor en la vida que demostrarles a los demás que soy yo la que tiene razón —me dijo.

Enarqué las cejas, mostrándome de acuerdo:

—Sé exactamente a lo que te refieres.

Y ambas nos reímos.

Me dirigí a la puerta mientras me cepillaba el pelo.

—No quiero robarte más tiempo —le dije.

—¿Estás segura?

—Se supone que las chicas llegarán a eso de las cinco. Creo que conseguiré sobrevivir sola a los próximos quince minutos.

Tina asintió: «De acuerdo». La acompañé por las escaleras hasta la puerta.

—Llámame si necesitas algo —me dijo.

—Te avisaré en cuanto sepa algo de Carl.

Tina y yo nos despedimos con un asentimiento, de esa manera profesional que encajaba con el nuevo cauce que había tomado nuestra relación. Aunque, ¿qué cauce era ese, exactamente? Porque amistad no era. Lo que habíamos forjado era más fuerte incluso que la amistad, algo capaz de resistir a una especie de acritud ante la que la amistad se rompería. Era más como una hermandad, pero iba más allá de la que había experimentado con nadie bajo el techo de la Casa. Porque yo no había elegido a Tina, no la había aprobado, como a las componentes del capítulo, pero estábamos destinadas a vivir unidas por culpa de sangre derramada.

Di un paso adelante y la abracé. En un primer momento, Tina dejó los brazos a los costados, como sin vida. Más tarde me explicó que solía irse de los sitios a toda prisa para evitarles a las demás mujeres tener que plantearse si la abrazaban o si se malinterpretaría que lo hicieran. Por fin, noté que sus brazos también me cogían, pero sin fuerza, como si me estuviera dando la opción de romper el abrazo en cuanto quisiera.

En cuanto Tina se marchó, fui a la cocina para cortar el bizcocho y revisar el correo. No quería ni pensar en cuántas cartas de agradecimiento tendría que escribir a todos aquellos que nos habían ofrecido sus condolencias y oraciones.

Había una agradable nota de una exalumna de Adrian, Michigan, que me hablaba de una exitosa venta de nuez pecana que había organizado y con la que había conseguido varios miles de dólares que había donado al refugio de mujeres maltratadas de su zona, que llevaba el nombre de nuestro capítulo. También había una carta de un hombre de New Hampshire que, tras leer lo que nos había sucedido y citar el incremento de los crímenes violentos contra las mujeres, nos sugería que habláramos con la comisaría de policía de la zona para que organizara una clase de tiro para mujeres. El hombre se ofrecía para proporcionarnos sus servicios en caso de que la comisaría no tuviera los efectivos suficientes. Por lo visto, tenía un amigo en el Ejército, en Pensacola, al que estaba pensando en ir a visitar. Incluso a esta locura acabaría respondiendo, en este caso dándole las gracias por su generosa oferta.

Llegué a la siguiente carta, que tenía remite de Fuerte Lauderdale y estaba dirigida a la atención de la señora Pamela Armstrong. «Qué raro», pensé; Armstrong era el apellido de Brian. Aquello era como una ventana al inminente futuro y, de pronto, se me pasaron por la cabeza los próximos diez años de mi vida con Brian, en una cocina de Florida, preparando la merienda para nuestros hijos, que estaban entrando por la puerta y me llamaban a gritos.

—¿Hola?

Era una voz dubitativa en la parte de atrás de la Casa. Mis hermanas habían llegado.

—¡En la cocina! —grité mientras pasaba un cuchillo para mantequilla por debajo del sello dorado en relieve y sacaba una carta escrita a máquina encabezada con el membrete del Gobierno: «Querida señora Armstrong —empezaba—. Lamentamos comunicarle...».

—¡Qué bien huele!

—¡Y qué frío hace! ¡Voy a encender la calefacción!

—¡Fijaos en esto! —Quienquiera que dijera aquello, acababa de descubrir lo acogedora que habíamos dejado la sala de juegos con los sacos de dormir.

La calefacción se encendió con un ruido metálico y el sudor pavloviano perló mi labio superior. Yo aún estaba sonrojada por la

ducha caliente que me había dado y el documento que tenía en las manos me había encendido como la yesca. El comité de asistencia a las víctimas había revisado nuestro caso y lo había considerado «inelegible para la restitución financiera porque no cumplen los requisitos de elegibilidad debido a la relación sexual de una de las víctimas con el sospechoso, y el programa no cubre la recuperación monetaria para los reclamantes que han contribuido a sus propios daños». Junto con aquella frase enviaban su más profunda solidaridad por lo que nos había sucedido y nos recordaban que su deber consistía en proteger el programa. Las reglas eran las reglas.

RUTH

ISSAQUAH
INVIERNO DE 1974

—Es increíble —seguía diciendo Tina después de aterrizar en Seattle y mientras subíamos a su Cadillac—. ¿Cómo es posible que esa mujer desapareciera así, sin más ni más?

Le había contado mi conversación con Gail en el ascensor.

—Es lo que le pasó a esa estudiante de la Universidad de Washington a principios de año —le recordé—. La que leía los informes de esquí. Se fue a su habitación y, por la mañana, no estaba en la cama y nadie la ha visto desde entonces.

Tina y yo fuimos meditando al respecto en silencio, pensando en si algo así podía sucedernos.

—Oye..., ya sabes... —empezó a decir tímidamente Tina mientras salía de la autopista e iba reduciendo la velocidad para detenerse en un *stop* que había al final de la rampa— que eres bienvenida si quieres venir a pasar una temporada conmigo. Yo te lo agradecería, la verdad. Eso de estar sola en ese caserón... No creas que no me da miedo. —Se fijó en que yo apretaba los labios e insistió—. En realidad, me harías un gran favor, Ruth. Sé que es mucho pedir, pero no quería dejar pasar la oportunidad de proponértelo.

Enseguida me di cuenta de que otra vez estaba haciendo eso tan típico de los ricos, lo de implorarme que me compadeciera de ella aceptando su caridad: la ropa, el viaje, una mansión de seis dormitorios a la que mudarme... Pero ahí estaba yo, con su ropa, volviendo de su viaje... Desde luego, era una estratagema muy efectiva.

—Gracias —y se lo decía de verdad—, pero, en estos momentos, mi madre necesita mi ayuda.

Tina se tomó su tiempo para entrar en mi calle, por si acaso cambiaba de opinión mientras las ruedas aún giraban. Por lo bajo, me preguntó:

—¿Con qué?

La pregunta me desconcertó y tuve que buscar en mi cerebro una

respuesta satisfactoria, pero lo único que se me ocurrió fue:

—Para hacer cosas en la casa.

—Entiendo —dijo Tina con un tono de voz que dejaba claro que, en realidad, no lo entendía.

—Limpiar. Cocinar. Pagar las facturas —añadí como para darle más importancia a mi papel—. Mi padre se lo hacía todo. Como se quede sola, se hundirá.

—Mi madre también se deprimió cuando me fui de casa. Me refiero a cuando me fui de verdad, ya sabes, para no volver. Pero ¿sabes qué? —Paró en el camino de entrada de aquel lugar al que yo consideraba mi hogar y nos quedamos mirándolo. Los faros del Cadillac iluminaban las manchas del revestimiento de aluminio que llevaba queriendo limpiar todo el invierno.

—¿Qué? —le pregunté finalmente, porque Tina se había girado para mirarme y estaba esperando a que se lo preguntara.

—Que está bien, Ruth. Que sobrevivió.

Por unos instantes vimos la silueta de mi madre por una ventana de la cocina.

—Y tu madre también sobrevivirá.

—¡He vuelto! —grité, y contuve el aliento.

Seguro que mi madre había oído el coche en el camino de entrada y a mí cuando cerré la puerta principal, pero hacía tiempo que había aprendido que era mejor anunciar mi llegada. Se me daba bien determinar de qué humor estaba mi madre por su respuesta, y me gustaba entrar en el cuadrilátero preparada.

—Estoy aquí. —La respuesta de mi madre apenas fue audible. Eso quería decir que estaba enfadada conmigo, pero que no tenía razón alguna para estarlo, así que iba a tener que buscar alguna. Fui a la cocina a sabiendas de que aquello iba a acabar mal.

La encontré de rodillas, con la puerta de la nevera abierta, pasando toallitas húmedas por las baldas y dejando en el suelo bolitas que sortear. En la encimera había una manzana marrón a medio comer y enseguida me di cuenta de lo que se me venía encima. No podía creer que se me hubiera olvidado tirar esa manzana antes de irme de fin de semana. No había tenido apetito por la mañana, pero si me tomaba el Acnotabs con el estómago vacío, me mareaba; así que el viernes, antes de irme —y por costumbre—, había dejado la mitad que no me había comido para el sábado por la mañana.

—Hay moscas de la fruta por todos lados, Ruth —se quejó mi madre.

—No volverá a suceder —le aseguré mientras tiraba la fruta podrida y decidía que sería mejor que sacara la basura.

—No te vayas todavía —me dijo mi madre mientras yo ataba la bolsa de basura. Se puso de pie e hizo un gesto de dolor cuando tuvo todo su peso sobre una rodilla—. Siéntate, que quiero hablarte de una cosa.

Apoyé la bolsa de basura en la puerta de la nevera y me senté con cautela en una silla, como si estuviera llena de chinchetas invisibles. Mi madre se sentó frente a mí y se echó un poco para atrás en cuanto se dio cuenta de que yo no llevaba mi ropa.

—¿De dónde ha salido ese jersey?

—Me lo ha prestado Tina. —Vi cómo fruncía la comisura de los labios a modo de desaprobación y enseguida me inventé una mentirijilla—: Es que me manché el mío.

—¿Y no llevabas nada más por si acaso?

—Nada me iba bien para lo que teníamos que hacer.

Mi madre se rio de tal manera que me aterró.

—No sabía que ibas a asistir al fin de semana de la moda.

Cogió su taza de té y le dio un sorbo y entrechocó los labios sonoramente al probarlo. Seguro que había dejado la bolsita demasiado tiempo en el agua hirviendo y había quemado las hojas.

—¿Quieres saber una cosa muy loca? —me ofrecí. Y le conté lo de la mujer desaparecida antes de que pudiera responder.

Me quedaba claro que mi madre estaba intrigada por la historia, porque, aunque me miraba con indiferencia, tenía los labios contraídos, como siempre que sentía curiosidad. Había preguntas que se moría por hacer, pero era demasiado orgullosa, así que, con intención de saciarla, le proporcioné tantos detalles como pude.

—Pues ya me fijaré a ver qué dicen en las noticias —dijo cuando acabé.

Noté que en aquel momento me relajaba por primera vez desde que había entrado en la casa. Estaba segura de que lo único que quería ella era hablarme de la ceremonia en honor de mi padre, de que había que convencer a C. J. para que asistiera y no verse obligada a explicar a los antiguos colegas del Colegio Católico de Issaquah de mi padre que nos habíamos divorciado. No obstante, se cogió las manos, esas manos rechonchas e infantiles que tenía, y bajó la cabeza, como si lo que tuviera que decirme no fuera a ser fácil para ninguna de las dos.

—Esta mañana he hablado con el doctor Burnet.

Sentí la boca seca.

—¿Sobre qué?

—¡Oh! —exclamó mi madre antes de suspirar, como diciendo: «Por dónde empezar»—. Estoy preocupada por todo el tiempo que pasas con esa mujer. ¿Una mujer adulta que invita a otra a pasar el fin de semana fuera? Es raro, Ruth. Me he sentido mal todo el tiempo que has estado fuera, hasta que ha llegado un momento en que no lo soportaba más y quería saber si el doctor Burnet pensaba que me preocupaba sin razón.

Me hundí en la silla.

—Ambos hemos convenido en que lo mejor sería que empezaras a ir a verlo de nuevo.

Me salió una voz temblona y fina:

—¿Quieres... que vuelva al Eastern State?

—Es el doctor Burnet quien cree que sería lo mejor. Lo que yo quiera da igual. Él es el médico.

Asentí para darle el gusto, pero aquello era cuestión de semántica.

—¿Podría pensarlo unos días?

Mi madre apoyó las palmas en la mesa y se levantó apoyándose en ellas al tiempo que producía un gruñido.

—Lo suyo sería que fueras.

Después, se marchó a la sala arrastrando los pies, y poco después oí que encendía la televisión. Me quedé allí sentada durante mucho tiempo, hundida, viendo cómo las mosquitas de la fruta volaban alrededor de la bolsa de la basura —hacían que pareciera que tenía un halo—, pensando en las celadoras del ala de mujeres del Eastern State, en el sonido que hacía mi puerta cuando el ordenanza la cerraba con llave antes de que nos fuéramos a dormir.

Al final, yo también me apoyé en la mesa para levantarme. Me planteé muy en serio dejar la bolsa de la basura allí mismo, para que se pudriera, pero decidí que iba a ser amable con mi madre una última vez.

La bici se había oxidado por la humedad, ya que había tenido que dejarla a la intemperie y tardé casi una hora en llegar a casa de Tina, con el bote de Acnotabs traqueteando como una pandereta en el bolsillo de mi chaqueta. Las pastillas y el diario que Frances me había dado fueron las únicas cosas que me llevé. No podía llevar nada más,

y tampoco iba a echar de menos nada más.

Tina abrió la puerta con una colcha del tamaño de una bandera sobre los hombros y cayendo detrás de sus pies descalzos como una capa medieval. Su cabello rubio estaba recogido en una coleta y sus cejas estrechas y oscuras estaban levantadas, mostrando alarma. Abrió más la puerta al verme y entré. La casa era acogedora y tenía una temperatura estupenda. Enseguida empecé a sudar sobre el labio superior y me lo sequé con el hombro.

—Perdona —dije de repente, rota—. Me has dicho que podía quedarme si quería… Es que ha sido entrar en casa y darme cuenta de que no quiero estar allí ni un segundo más.

—La oferta sigue en pie —respondió Tina de manera tan insípida que me irritó.

El vestíbulo era cavernoso, estrecho. Estábamos cada una de espaldas a una de las paredes y, aun así, no había mucho espacio entre nosotras. La colcha se había resbalado y dejaba uno de los hombros de Tina al descubierto, y ella me miraba de esa manera reverente, esperanzada, como si yo fuera la muñeca de porcelana que había pedido para su cumpleaños, pero que, ahora que me tenía, fuera consciente de lo fácil que me podía romper. Ya me habían mirado así en otra ocasión —C. J.—, y aquella vez también me había aterrado, aunque no por la misma razón que ahora.

—No quiero aprovecharme de tu generosidad —di marcha atrás para quedarme en el perímetro de la conversación, para formalizar el contrato de vivienda, nada más—. Solo será un tiempo. Hasta que encuentre trabajo y me reponga.

Tina volvió a ponerse la colcha sobre los hombros. Acababa de decir lo que no hay que decir nunca. Lo que dicen los cobardes.

—Ruth —empezó ella como diciendo: «Para, ya es suficiente»—, si eso es lo que quieres, por mí no hay problema.

Sus señales estaban por todos lados y no dejaban de darme latigazos. Más por frustración que por valentía, repliqué:

—No es lo que yo quiero, y diría que tampoco es lo que tú quieres.

Tina inclinó la cabeza hacia atrás hasta tocar la pared, y me miró distraída con los párpados entrecerrados. Me estaba volviendo loca.

—¿Sabes en qué te estás metiendo al quedarte aquí? —me preguntó.

La casa estaba en silencio, nos escuchaba, era toda nuestra.

—Por desgracia, sí.

Tina suspiró.

—Porque necesito que lo sepas. No puedo cargar con otro peso en mi conciencia.

Sentí el corazón en la garganta. Era como si me estuviera diciendo: «Tú has venido. Teniendo eso en cuenta, no me considero responsable ni de lo que pase ni de lo que acabes sintiendo». Tina era más alta que yo y, con la cabeza echada hacia atrás y sin contar con su cooperación, iba a resultarme difícil llegar hasta ella. Di un paso adelante y me balanceé sobre la punta de los pies. Tina me permitió que la besara durante unos momentos, que la absolviera de toda responsabilidad, y, entonces, como si acabara de recitar bien la contraseña de la fortaleza, abrió los brazos y la colcha con ellos y me envolvió con ambos, guardándome a salvo en su interior.

PAMELA

TALLAHASSEE, 1978
DÍA 15

Llamé a la puerta de la casa de Brian, primero amablemente, pero luego la aporreé hasta que la mano se me puso roja y uno de los hermanos de la fraternidad se despertó.

—¿Pamela? —El hermano de Brian estaba de pie en la puerta, en calzoncillos y con una bata a medio abrochar, quitándose una legaña —. ¿Estáis bien las chicas?

Aparté la vista de su pequeña barriga pálida.

—Todo bien. Es que quiero hablar con Brian.

—¿Quieres que lo despierte? —me preguntó mientras soltaba un bostezo que apestaba.

—Por favor.

Abrió un poco más la puerta y me invitó a pasar. Eran las siete de la mañana y yo ya estaba duchada y vestida hacía horas. Había sobrevalorado drásticamente mi capacidad para dormir en el suelo con otras treinta y cuatro mujeres bajo el techo en el que, hacía poco más de dos semanas, éramos treinta y nueve. Incluso aunque estuviéramos todas juntas en una manada protectora, había sido hiperconsciente de cualquier ruido nocturno, hiperconsciente de actuar como si no fuera hiperconsciente, poniendo cara de valiente para las demás.

«Ha sido el viento», le había dicho a una hermana que se había despertado a la una de la madrugada. A la que se había incorporado de golpe a las dos le dije que eran los cimientos de la Casa. A las tres habían sido los aspersores del jardín delantero del vecino. A las cuatro fue el repartidor de periódicos, que tenía que aceitar las ruedas de la bicicleta sí o sí. Y, desde entonces, ya no había podido dormir, teniendo en cuenta que era una hora aceptable para que la gente se levantase y empezara su día.

Fui a la cocina y puse el café a hacer mientras esbozaba las cartas para nuestros donantes y los invitaba a una merienda en la Casa. Iba a tener que reponer el dinero que, convencida de que el Programa de Asistencia a las Víctimas pronto cubriría, había tomado prestado de

las cuentas para reparar los daños que había sufrido la Casa. Solo pensar en las palabras elegidas en la carta de rechazo hacía que la punta de las orejas se me pusiera roja de vergüenza. No tenía ni idea de a qué exención por relación sexual se refería, o cómo era posible que nosotras mismas hubiéramos contribuido a nuestras propias heridas, pero quería que la tierra se me tragara y desaparecer al imaginar al grupo de figuras relevantes de la comunidad —mi futuro suegro entre ellas— revisando nuestro caso y determinando que había algo indeseable e inapropiado en él —en nosotras—. Allí, sentada a la mesa de la cocina mientras el sol empezaba a despuntar, me sentía furiosa conmigo misma por haber sometido a las chicas a este tipo de escrutinio. Les había fallado. Peor aún, había fallado a Denise.

Brian llegó corriendo por las escaleras, con un pantalón de chándal gris claro y una sudadera gris oscura con el escudo de la fraternidad en naranja en el lado izquierdo del pecho.

—¡¿Qué coño pasa?! —preguntó con los ojos desorbitados y el pelo revuelto. Parecía un loco.

Le tendí la carta de rechazo que nos había enviado el comité de asistencia a las víctimas. Brian la cogió y la leyó detenidamente, de pie. Cuando acabó, se dejó caer en el tercer escalón y volvió a leer la carta.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté con un tono de voz demasiado alegre. Soné como alguien que intenta estar calmado a pesar de que su problema no diste mucho de los que provoca una explosión atómica.

Brian se lamió la baba blanca que tenía en la comisura de los labios y se la quitó con el índice y el dedo gordo, luego la limpió en los pantalones. Me quedé mirando la baba seca en su rodilla y de repente sentí una necesidad urgente de estar sola toda la vida.

—¿Será por Roger? —preguntó Brian vagamente.

—Desde luego, tiene que ser por él —respondí a toda prisa—. De lo contrario, no sería necesario indicar lo de la exención sexual en nuestra situación. Están diciendo que fue él quien lo hizo y que se debió a que Denise había salido con él; como si, hasta cierto punto, se lo mereciera.

—Sé que estás decepcionada, Pamela…

—Furiosa, a decir verdad.

—Ponte en el lugar de la comisión. ¡Es que la policía no ha arrestado a nadie! Lo único que tienen para tomar una decisión es tu declaración. Y no es que pretenda desanimarte, pero es que tú misma dijiste que habías pensado que se trataba de Roger… y, ahora, además,

estás planteándote presentar cargos contra él...

—Ya los he presentado.

Brian me miró sorprendido.

—¿Cuándo?

—Ayer. Llamé al sheriff Cruso la noche anterior.

«Informaré al fiscal ahora mismo, Pamela», me había dicho el sheriff. Luego, bostezó con fuerza y se rio de sí mismo. «No te voy a mentir —me había dicho—, anoche no pude dormir pensando en que mañana tendría que dejar libre a este tipo. Has tomado la decisión adecuada».

«Sigo pensando que no fue él quien mató a Denise y a Robbie», dije a toda prisa antes de que las chicas empezáramos a hacernos trenzas. Estaba ansiosa por contarle lo del viaje a Colorado, pero Tina y yo habíamos estado hablando y habíamos llegado a la conclusión de que era mucho más probable que fuera el artículo de Carl lo que hiciera cambiar de opinión al sheriff, porque le haría darse cuenta de que otra persona, que no estaba bajo nuestra influencia, había llegado a la misma conclusión que nosotras.

Brian asintió firmemente.

—Bien. Yo diría que era tu única opción, Pamela, pero no va a ayudaros a vosotras —dijo, moviendo la carta de rechazo de un lado a otro por si no me había quedado claro a qué se estaba refiriendo.

Cerré los ojos y pensé en las líneas uniformes que había dejado en mi alfombra esa mañana con la aspiradora porque no podía dormir, deseando que la imagen del orden me bajara la presión arterial antes de que me diera tiempo a decir algo de lo que fuera a arrepentirme.

—Solo están tratando de proteger el dinero para que llegue a las personas que realmente lo necesitan —comentó Brian—, y es duro, porque hay muchas mujeres que se embarcan por propia voluntad en situaciones peligrosas.

—Ojalá me lo hubieras dicho antes de que rellenara la petición. —Abrí los ojos y me di cuenta de que seguía siendo incapaz de centrar la mirada en otra cosa que no fuera la baba que Brian se había dejado en la rodilla—. Nos habríamos ahorrado esta humillación.

Desde donde estaba, sentado en las escaleras, Brian me cogió de la mano y tiró de ella hacia abajo. Quería que me sentara a su lado.

—¿Qué humillación? Solo lo sabemos los miembros del comité y yo.

—Yo lo sé —dije por lo bajo y permitiendo que me sentara en su regazo.

Brian me hizo saltar en sus rodillas como si intentara animar a una niña triste.

—¿Quieres que hable con mi padre? Quizá pueda conseguir que lo reconsideren. Por lo menos, deja que me encargue de los gastos extras —propuso.

Habíamos gastado dos mil dólares. Sería fácil recuperarlos con una merienda para nuestros donantes habituales.

—No, prefiero que no. Quiero acabar con todo esto.

Brian dejó de mover la rodilla y metió su mano en mi pelo y me lo levantó por encima del hombro para verme la cara.

—Me parece admirable cómo estás llevando todo esto.

Lo adecuado sería inclinarme hacia él y darle el beso que, claramente, pretendía darme él a mí. Denise me imitó en una ocasión cuando una persona intentaba abrazarme o acurrucarse conmigo o sentarse cerca de mí. Elevó sus delgados hombros de manera que su cuello desapareciera y puso los ojos como platos, como si algo la horrorizara y se preguntara: «¿Quieres tocarme?». Y tenía razón en que acercarme demasiado físicamente a los demás me repelía. Me daba miedo lo que fueran a decir o que olieran mal. Brian y yo ya habíamos hecho el amor, pero siempre en ocasiones en las que ambos estábamos bien limpios y perfumados. Nunca habíamos pasado la noche juntos y me estaba dando mucho asco ver cómo era su boca por la mañana. Abrí los labios y acepté la babosa seca en que se había convertido su lengua. En ese momento me di cuenta de que había dos opciones en la vida: despertarte con los besos rancios de alguien o despertarte sola. Era cuestión de qué veneno preferías.

Esa misma semana, mientras estaba en mi habitación, escribiendo notas de agradecimiento, alguien me llamó a gritos por mi nombre desde el piso de abajo para decirme que tenía una visita.

Me apresuré a bajar y me encontré a Carl en el umbral. Tenía una barba como Dios manda frente a la barbita de treinta y pico horas con la que lo había visto yo. Hacía seis días que nos habíamos despedido y daba la impresión de que hubiera venido directo del aeropuerto a mi puerta. Me dedicó una sonrisa dentuda y despareja en cuanto me vio bajando por las escaleras e inclinó la cabeza como con clandestinidad para indicar que compartíamos un secreto. Para cuando llegué a la puerta, estaba roja como un tomate.

—¡Has vuelto! —Esperé que mi tono de voz no pareciera de

veneración.

Carl se inclinó hacia mí y me fijé en cómo parpadeaban, aún somnolientas, sus largas pestañas.

—¿Hay algún lugar donde podamos hablar en privado?

Giré sobre mí misma y le hice una señal por encima del hombro para que me siguiera. Aproveché la corta distancia que había hasta el salón formal para enfriarme las mejillas con las palmas de las manos. Era la hora del almuerzo de un viernes, el sol brillaba en el cielo y las chicas, yendo y viniendo de clase, de reuniones, de prácticas, de citas, volvían a ser el corazón de la Casa. Durante el día, casi parecía que nada hubiera pasado; quizás esa fuera la razón por la que las noches nos golpeaban con tanta fuerza. La Casa era como una olla a presión, pero, al menos, durante el día, funcionaba como siempre, con la puerta trasera, las laterales y la principal abriéndose y cerrándose sin cesar. Por la noche, con las cerraduras activadas y las cortinas corridas, la realidad de nuestra situación se detenía, comprimiéndonos con aquella fuerza sibilante.

Mientras cerraba la puerta doble, una de mis hermanas pasó de camino al ensayo con la banda. Llevaba la flauta en aquel estuche de madera que siempre me preocupaba que fuera a rayar las paredes. Al pasar por delante de las puertas, intentó ver quién había requerido una reunión en el salón formal. Le dediqué una rápida sonrisa como diciendo: «No hay nada por lo que preocuparse» justo antes de cerrar las puertas.

Carl dejó caer su petate al suelo desde el hombro y allí se quedó, hecho un guiñapo a sus pies.

—Espera, que yo me encargo —le dije mientras hacía ademán de coger la bolsa.

Carl me dio un divertido golpe de karate en la muñeca para impedirlo. Se puso de cuclillas y abrió el petate. No sé por qué, pero me senté en la alfombra frente a él. Porque quería. Porque me sentía a gusto.

Carl sacó una carpeta amarilla y, por instinto, adelanté la mano para cogerla. Carl la levantó hasta donde yo no pudiera alcanzarla.

—Qué impaciencia, Pamela.

—¡Pero bueno...! —Y me reí.

—Ni siquiera sabrás lo que estás leyendo si primero no te lo explico.

Crucé las manos sobre el regazo.

—Vale.

—Seattle no fue muy agradable conmigo cuando empecé a hacer preguntas, pero acabé ganando por desgaste. En especial, a raíz de que les mencionara la Ley de libertad de información. ¿Sabes lo que es?

Negué con la cabeza. Me explicó que la Ley de libertad de información era una enmienda posterior al Watergate, en respuesta a la clamorosa petición pública de mayor transparencia en el Gobierno.

—Técnicamente, ahora, el material que Seattle se llevó de Colorado es propiedad federal, dado que ha cruzado la frontera estatal, y, por ley, tienen que compartirlo conmigo si así se lo pido. En Seattle lo sabían, por lo que hicieron un trato conmigo.

Miré la carpeta que Carl tenía en la mano. Estaba tan entusiasmada que contenía la respiración.

—Me hicieron una copia del contenido, que es un listado de todo lo que el Acusado tenía cuando estuvo encarcelado en Colorado.

Por fin, me tendió la carpeta. La abrí con las manos temblorosas.

—En cuanto lo veas, me avisas —me dijo Carl.

Fui leyendo la lista ayudándome con el dedo para no perderme nada, interiorizando, línea por línea, lo que estaba leyendo: cinta de interrogatorio número 1, cintas de interrogatorio números 2, 3 y 4…

—¿Recuerdas que nos explicaron que, después de que lo capturaran, solo quería hablar con los detectives de Seattle? Estas son las grabaciones de aquellas conversaciones.

—¡Quiero saber de qué hablaron!

Carl se rio:

—¡Pues como todos!

—Entonces, ¿eso es lo que vamos a pedir con la Ley de libertad de información?

Carl negó con la cabeza como lamentándose.

—Solo se pueden pedir archivos físicos. Los vídeos y los audios están protegidos. —Eso acabaría cambiando, pero hubo que esperar hasta 1996 y, para entonces, sería demasiado tarde. Carl me dio un codazo en la rodilla—. Pero sigue leyendo.

Había una tercera edición de un libro de texto de Derecho Criminal, unas cuantas fotografías de su familia, desodorante y… Me detuve. Los ojos se me llenaron de lágrimas de alivio.

—Carl… —dije entre susurros.

—Un folleto de 1977 de la Universidad Estatal de Florida —dijo Carl sin necesidad de leerlo—. El tipo llevaba un año haciendo planes para venir aquí.

Me pregunté dónde estaríamos las chicas en ese momento y qué

estaríamos haciendo cuando decidió venir a por nosotras. Entendí mucho más claramente por qué la premeditación tenía una sentencia más dura que los crímenes que ocurrían por un calentón momentáneo. Era una atrocidad única pensar que, mientras que tú estabas acurrucada en el sofá, viendo *As the World Turns* con tu mejor amiga, hubiera alguien planeando cómo matarte. Me di cuenta de que me costaba tragar saliva. Y, cuanto más lo intentaba, más se me cerraba la garganta.

—¿Qué significa esto para nosotros? —le pregunté a Carl con un hililo de voz.

—Significa que, de aquí, voy a ir directo a escribir esta historia. Cuatro mil palabras sobre el encubrimiento de Colorado que provocó que tuviera lugar un doble homicidio aquí, un doble homicidio que podría haberse evitado.

Apoyé la cabeza en la palma de la mano y las lágrimas cayeron sobre la copia del contenido.

—¡Ay, Dios…!, ¡perdón! —dije mientras secaba la página con la manga del jersey—. Es que…, me siento tan aliviada. Ahora van a tener que hacerme caso.

Carl asintió con aquella adorable sonrisa suya.

—Todo va a salir bien, Pamela.

—Gracias a ti.

Fui a devolverle el documento y él se inclinó hacia mí ligeramente… y, en el ardor del momento, me acerqué un poco más y lo besé.

El editor de Carl en el *Tallahassee Democrat* quería la historia cuanto antes. Aunque técnicamente estuviéramos en la era dorada de los asesinos en serie estadounidenses, en 1978 aquello era nuevo para la mayoría de nosotros. El término se había acuñado en esa misma década, pero eso de «asesino en serie» no era aún parte de la jerga de los adictos a las noticias de crímenes. Siempre había habido asesinos en serie —en el siglo XVI los juzgaban acusados de ser hombres-lobo—. Hay asesinas en serie que cometen los crímenes manipulando a otros para que hagan el trabajo sucio y asesinos en serie negros de los que apenas oímos hablar, pero no porque sean negros, sino porque lo son sus víctimas. Después de un auge de notoriedad para el Acusado, el Acosador nocturno, el Estrangulador de la colina y el Asesino del Golden State, se concienció de tal manera a la población de que

aquellos asesinos dementes bien podían estar trabajando de ujier en tu iglesia y resultar de lo más amistosos en el trato diario que todo aquel que sufriera esa patología siniestra se vio obligado a buscar víctimas en otros lugares muy diferentes si no quería que lo atraparan. Hoy en día ya no se oye hablar mucho de asesinos en serie porque, ahora, sus presas son los trabajadores del sexo, gente que se sube al coche de extraños como medio de supervivencia y cuya desaparición es prácticamente improbable que haga sonar las alarmas.

Denise y todas las demás —las de Washington, las de Utah y las de Colorado— resultaron ser parte de un grupo de víctimas en particular, en un momento específico de comprensión del campo de la ciencia criminal y social, y en un momento en particular del interés de los medios. Pero ese detonante de la historia, como suele suceder en estos casos, se ve con claridad hoy en día, a toro pasado.

Así que lo que el editor de Carl creía que prometía no era la historia sobre el asaltante clasificado con aquella sosa nomenclatura gubernamental, sino la del encubrimiento. Estábamos en la era posterior al Watergate y los titulares sobre corrupción y la necesidad de transparencia vendían mucho en los quioscos. Sin embargo, según su editor, no podíamos ir por ahí haciendo afirmaciones contenciosas. Solo tiraría por ahí en caso de que arrestaran al Acusado y lo condenaran. Decir que estábamos todos decepcionados y frustrados sería quedarse corto, pero Carl le llevó una copia de la lista de contenido al sheriff Cruso, que preguntó si podía quedársela. Aquel signo de interés, por pequeño que fuera, me mantuvo animada unos días, pero de aquello no salió nada y empecé a imaginar una vida en la que el caso jamás se resolvería, pero no porque no hubiera pruebas, sino por pura arrogancia humana. La desesperanza se convirtió en ansia de venganza. Imaginaba escenarios macabros en los que la esposa del sheriff Cruso se convertía en la siguiente víctima del Acusado y en los que él venía a verme roto, maldiciendo el día en que había decidido concentrarse en Roger en vez de hacerme caso. Mi cerebro se había convertido en un lugar desalentador e irreconocible.

Transcurrió una semana indefinible. Luego, la mitad de otra. En la Casa, pasamos del suelo de la sala de juegos a nuestras camas porque, dando por hecho que tendríamos miedo allí donde cerráramos los ojos, por lo menos que estuviéramos cómodas. La compañera de habitación de Denise ese trimestre se llamaba Rosemary Frint, que estaba fuera la noche en que la asesinaron porque había ido a esquiar. Se mostró muy objetiva a la hora de volver a la habitación número 8:

toda su ropa estaba allí y le gustaba que la habitación estuviera cerca del cuarto de baño; pero yo me habría sentido como un capitán que abandona el barco el primero si la hubiera dejado dormir allí sola. Le ofrecí mi habitación con balcón a la compañera de habitación de Robbie, que no estaba tan convencida de volver a su antigua habitación, y yo dormí en la cama de Denise con sábanas nuevas. Desde allí, si me giraba hacia la derecha, veía la copia de *La persistencia de la memoria*, el cuadro de Dalí. Denise se sorprendió cuando le dije que, a pesar de vivir a media hora de la ciudad de Nueva York, nunca había ido a ver la obra original en el Museo de Arte Moderno. La primera vez que vino de visita a mi casa, cogimos el tren y fuimos directas a la quinta planta del MoMA, donde aún hoy en día sigue colgado, en las galerías de Alfred H. Barr hijo. Me sorprendió lo pequeño que era el cuadro; aquella obra tan famosa en todo el mundo apenas era cinco centímetros más grande que los cuadernos que utilizaba para coger apuntes en clase. Denise me habló de la composición del cuadro elemento por elemento con turistas y colegiales que gravitaban a nuestro alrededor, como si Denise fuera una de las eruditas guías del museo.

El paisaje, según me explicó Denise, era lo que Dalí veía por la ventana de su casita de una sola habitación que tenía en Portlligat, un pueblecito pesquero de España. Desde allí, se divisaba el mar Mediterráneo y la sierra de Rodes, representados con una técnica hiperrealista que servía de escenario para la escena surrealista que tenía lugar en la orilla. A lo largo de los años, he pensado mucho en ese contraste en relación con el realismo mundano que ha llenado mi día a día, mientras que la historia que me rodeaba seguía desarrollándose de formas horripilantes e inexplicables.

El jueves 9 de febrero, poco después de las nueve de la mañana, llevaba cuarenta minutos en una charla sobre la proposición de reforma del gran jurado de Florida. Mientras tanto, una chica llamada Kimberly Leach, que estaba en primer curso de instituto, se reía entre uno y otro de los cincuenta saltos en tijera que les habían pedido hacer en clase de gimnasia en el Instituto de Lake City —como a una hora y media de Tallahassee en dirección este—. Al recordar que se había olvidado su querido bolsito de tela vaquera en la clase anterior pidió permiso para ir a buscarlo antes de que aquella lluvia ligera fuera a más.

Mientras yo escribía cuál era la diferencia entre «acusatorio» e «inquisitorio», Kimberly volvía corriendo a clase de gimnasia con su

bolsito debajo del brazo. Mientras yo le ponía unos símbolos de interrogación a «elegir fiscales más responsables», Kimberly se volvía para ver quién le había gritado que no corriera tanto, por si acaso se resbalaba con el suelo mojado. Es probable que yo levantara la mano para responder a la pregunta del profesor acerca de qué era lo que los representantes del crimen organizado temían más de un gran jurado —la promesa de inmunidad a los testigos—, mientras Kimberly gritaba.

Una de las profesoras del instituto escuchó el grito mientras estaba en el baño del segundo piso, pero acababa de bajarle la regla y estaba intentando limpiarse. Para cuando tiró de la cadena y se ató el cinturón y se acercó a la ventana, no había nada que ver e imaginó que habría sido alguna de las alumnas intermedias, emocionada por el inminente baile de San Valentín. En la clase de al lado estaban decorando corazones de papel con encaje y uniéndolos para hacer un estandarte para la puerta del gimnasio, donde al día siguiente los compañeros de clase de Kimberly dejarían marcado el suelo bailando con zapatos de vestir.

«Lo que hace más famoso a *La persistencia de la memoria* son los relojes derretidos que aparecen en él», explicó Denise ese día en el MoMA. Se supone que los relojes son robustos, sólidos y nos orientan por el mundo de manera segura, tal y como el ser humano quiere. «Pero fíjate, Pamela —siguió, haciendo gestos—, los relojes de Dalí son suaves y flexibles». El tiempo es ilógico; «subjetivo» era la interpretación. «Lo que para ti puede parecer para siempre, para otro puede ser solo un instante», comentó Denise, riéndose como si aquello la sorprendiera.

A mí también me sorprende que, mientras yo estaba sentada en Eppes Hall, ansiando que el profesor concluyera ya —en cierto modo, en ese momento no hacía sino repetir los argumentos de la lectura—, Kimberly, a medida que el Acusado iba reduciendo la velocidad en una carretera secundaria de tierra del Parque Estatal del Río Suwannee, también debía de estar deseando que aquello acabara. Seguro que el Acusado le había parecido aterrador desde el primer momento. Después de todo, ya había dejado atrás las ropas de tenis blancas, la voz afectada, la Ley de discapacitados y las súplicas de ayuda a jovencitas obedientes —que estábamos condicionadas desde que nacíamos a responder, igual que a él lo habían condicionado desde que nació a esperar que las mujeres cuidaran de él—. En el momento en que secuestró a Kimberly, su víctima más joven, la que

fue la última, actuaba a la desesperada y con descaro. A menudo pienso en las fuerzas que permitieron que su último y abominable acto tuviera lugar, en que, de no ser por los corruptos que componían la legislatura de Colorado y que insistieron en la extradición del Acusado por razones muy diferentes a la justicia, Kimberly Leach tendría hoy cincuenta y siete años. Joven aún. Un año menos que Sandra Bullock.

Por fin acabó la charla y salí corriendo hacia la Casa para recibir al repartidor de Coca-Cola, que no tenía copia de la nueva llave —y nunca la tendría—. Mi confianza incluso en aquellos que la merecían estaba completamente erosionada. Disponía de diez minutos para llegar y volver al campus para la clase de Crecimiento Económico en Dodd Hall. Deseaba que el tiempo fuera más despacio, mientras que, muy probablemente, Kimberly deseaba que fuera más rápido. Cuando por fin encontraron su cadáver, los patólogos determinaron que había sufrido graves heridas en la región pélvica antes de morir.

Supongo que, mientras yo iba a la carrera de vuelta al campus, consultando mi reloj de pulsera, Kimberly y yo por fin estábamos en sincronía respecto a nuestra percepción del tiempo; ambas sintiendo que no teníamos suficiente para hacer todas las cosas que queríamos.

Pasarían aún otros ocho días antes de aquel informal toque en la puerta con los nudillos. La hora de la comida del viernes. Saludé como pude al detective Pickell y al sheriff Cruso con la boca llena de mantequilla de cacahuete. Tenían una expresión agradable, pero cercana a la impaciencia.

—Le hemos dejado un aviso —me dijo el sheriff.

Mastiqué y mastiqué, obligándome a tragar el último bocado de mi sándwich.

—Estaba comiendo algo rápido y no he tenido tiempo de consultar el tablón.

—Tenemos algunas preguntas más —siguió.

Miré al detective Pickell, que asintió. Algunas preguntas más.

Fui a por el abrigo con el corazón latiéndome a todo volumen pero despacio, como la lenta y dramática marcha de la muerte que sonaba cada vez que pensaba que había hecho algo mal. Di por hecho que se habían enterado de que había estado en Colorado, metiendo las narices en asuntos policiales. Tenía tanto miedo mientras los acompañaba al coche que sentía frío.

En la parte trasera de su gran sedán oscuro, respondí al detective

que no nos iba mal cuando me preguntó sobre el regreso a la Casa. El resto del viaje pasó en un tenso silencio. Estaba claro que me había metido en algún lío.

El detective me llevó a la misma habitacioncita en la que el sheriff me había tomado declaración la primera vez. El sheriff llegó con dos cafés y un paquetito de azúcar para repartírnoslo entre ambos. Se acordaba de que tomábamos el café igual y esperé que eso significara que sentía cierta simpatía por mí, que sería clemente conmigo.

—Pamela, ¿sabe lo que es una rueda de identificación fotográfica? —me preguntó.

Me quedé mirando al sheriff. Estaba estudiando leyes y veía la televisión. Claro que sabía lo que era una rueda de identificación. Y también sabía que las ruedas de identificación solo se llevaban a cabo cuando se había arrestado a un sospechoso. Intenté calmar la emoción que sentía por dentro, porque el sospechoso en cuestión bien podía ser Roger. Aunque, ¿de verdad iban a llevarme allí para que identificara a alguien que conocía tan bien como a Roger?

—Sí —respondí con todo el aire de indiferencia que pude.

El sheriff le hizo una señal al detective, que sacó un archivador con tres anillas y lo dejó en la mesa mientras el sheriff me explicaba por qué me habían hecho ir y qué querían de mí.

En la carpeta había veintinueve fotografías de hombres caucásicos de entre veintimuchos y treintaipocos en fundas de plástico y numeradas con carboncillo. Me pidieron que observara detenidamente cada fotografía para ver si reconocía al hombre que había visto en el vestíbulo de la Casa en la madrugada del 15 de enero. Era como si me estuvieran proponiendo matrimonio, pero sin arrodillarse. Era un momento tan mágico… pero también tan brusco al mismo tiempo…

Cuando iba por el sospechoso número 19 me entró el pánico. Allí no estaba la cara del Acusado.

—No hay prisa —me dijo el sheriff al percibir mi ansiedad.

—No estamos intentando engañarla —añadió el detective.

Y, aunque le creí, la impresión que tenía era de que, en efecto, me estaban haciendo el lío.

—¿Puedo empezar de nuevo por el principio? —Se acababan las páginas. La parte izquierda de la carpeta pesaba mucho más que la derecha. Puede que estuviera allí y que me lo hubiera pasado.

—Tómese todo el tiempo que necesite —me respondió el sheriff.

Volví al principio y me detuve en la primera mitad una vez más. No, no se me había pasado. Estaba segura. Pasé la fotografía del

sospechoso número 19. Cerca de la última página, el corazón me dio un vuelco de alivio.

—Es este —dije segura y poniendo un dedo debajo del sospechoso número 27. Aquel era el Acusado, con un cuello vuelto negro y un bigote de puntas retorcidas.

La actitud del sheriff no me indicó si había elegido bien o no.

—¿Está segura de que esta es la persona que vio o cree que se le parece mucho? —Le tapó el pelo y el cuello al Acusado con los dedos para que solo se le viera la cara.

Sentí un escalofrío de miedo, como si el sheriff no quisiera que me quedara sin opciones tan rápido. Sin embargo, respondí muy segura:

—Esta es la persona que vi, estoy segura.

—Por favor, lea en alto el número de la fotografía.

—Veintisiete —dije claramente.

—Con esto termina la rueda de identificación fotográfica. Son las dos y ocho minutos de la tarde del viernes 17 de febrero de 1978. —Y el sheriff apagó la grabadora.

—¿Lo han arrestado? —pregunté—. No he visto nada en las noticias.

—Señorita Schumacher… —empezó el sheriff con tono de amonestación en la voz pero con una sonrisa en los labios. Debería saber que no podía darme ese tipo de información, ni a mí, la testigo. Se puso de pie y me abrió la puerta—. Gracias por su tiempo. Con un poco de suerte, el condado de Leon no se lo va a robar más.

Pero el condado de Leon sí que iba a robarme más tiempo —mucho más—. Al día siguiente, el sábado, cuando me desperté, me encontré con el Acusado sonriendo y esposado en la primera plana del *Tallahassee Democrat*, vistiendo un pretencioso jersey de montaña de camino a los juzgados de Pensacola, la ciudad más al oeste de Florida. La curiosa historia de su detención había empezado a la una y media de la mañana del miércoles, seis días después de que Kimberly Leach desapareciera y, aproximadamente, un mes después de que asesinara a Denise y a Robbie y dejara malheridas a Jill, a Eileen y a esa otra estudiante que vivía en un apartamento de Dunwoody, fuera del campus. El artículo relataba que un agente de Pensacola había dado el alto a un hombre que iba en un Volkswagen robado en Tallahassee a principios de mes y que el hombre había intentado darse a la fuga corriendo después de una persecución a gran velocidad.

En la cárcel de la ciudad, el prisionero había dicho que se llamaba Kenneth Raymond Misner, que tenía veintinueve años y que era de

Tallahassee. Aunque llevaba el carné de identidad de Misner y una serie de tarjetas de crédito robadas, el verdadero Kenneth Misner, una antigua estrella del atletismo en la UEF, enseguida salió a dar la cara.

Para el viernes por la mañana, los detectives tenían la corazonada de que el prisionero era el Acusado. Dos horas después, unos agentes del FBI llegaron con pósteres de SE BUSCA y un registro de huellas. Otras dos horas después, el sheriff Cruso y el detective Pickell llamaron a mi puerta.

En el artículo se hacía referencia a que el Acusado estaba en Tallahassee en el mes de enero, cuando había tenido lugar el ataque en la UEF, y a que otros de los crímenes por los que se le buscaba también implicaban armas sin filo, agresión sexual y estrangulamiento.

Uno de los detectives aseguraba que había pruebas de que el Acusado había alquilado una habitación en un complejo de apartamentos de Tallahassee conocido entre los estudiantes de la UEF como El Roble. En ese momento lo estaban peinando en busca de pruebas. Me dejé caer en una silla porque sentía como si tuviera las piernas de goma. Volví a leer aquello último. El Roble. Los pelos de la nuca se me pusieron como escarpias y sentí un dolor, como si, en vez de pelos, lo que tuviera realmente fueran cañones de plumas.

El Roble estaba a dos manzanas de la Casa. Durante todo aquel tiempo, el Acusado había sido mi vecino.

RUTH

ISSAQUAH
PRIMAVERA DE 1974

«Una cosa que hacías que siempre me enfadaba».

C. J. y yo empezamos a quedar en secreto después de que nos besáramos en la boda de mi hermano. Al principio, eran solo cartas y regalitos que me enviaba a Eastern State, adonde yo había vuelto el día después de la ceremonia. Daba igual que C. J. estuviera casado, el doctor Burnet se sentía tan orgulloso como si estuviera entregando a su hija en el altar. Ahí estaba la prueba de que yo nunca había sido lesbiana, de que solo estaba mostrándole mi enfado hacia mi padre por no haberme protegido de una madre controladora. «De manual», había dicho el doctor Burnet.

Con las bendiciones del doctor Burnet, me dejaron salir de allí unos pocos meses antes de mi dieciocho cumpleaños. Me daba tanta vergüenza volver al colegio para acabar el curso que me había perdido por estar donde había estado... que decidí ponerme a trabajar. Conseguí un trabajo de cajera en una farmacia, y, durante los descansos para comer, C. J. venía a verme en su Grand Prix. Antes de eyacular, me hacía promesas que me hacían sentir como si estuviera drogada. Iba a dejar a la loca de su mujer en cuanto yo cumpliera los dieciocho y empezaríamos juntos una familia que duraría para siempre. En ese momento, C. J. y su esposa apenas se hablaban y dormían en habitaciones separadas las noches que él, borracho como una cuba, no se quedaba frito en el camino de entrada; no obstante, le preocupaba lo que pudieran pensar sus padres y los de su esposa si iniciaba un proceso de divorcio para estar con una chica de diecisiete años. A ninguno de los dos nos preocupaba mi familia. Mi madre se comportaba como si le hubieran hecho una biopsia y le hubieran dicho que el tumor era benigno. Aliviada. Agradecida. Tenía un nuevo propósito en la vida.

Yo no tenía prisa porque C. J. dejara a su esposa. De hecho, solo de pensar en ello, sentía ansiedad por lo que me deparara el futuro. ¿Me lo propondría inmediatamente? ¿De verdad quería decirle que sí? ¿A

C. J.? Nos conocíamos desde que éramos niños, y lo quería como a un hermano, quizás incluso más que a mi propio hermano, que me había traicionado una y otra vez sin pensárselo siquiera. Al principio, el sexo me pareció electrizante. La manera en que C. J. me cogía de la barbilla y me obligaba a mirarle, la manera en que mi nombre temblaba en sus labios, como si estuviera comprobando que seguía debajo de él. Quería hacerlo una y otra vez, disfrutar de que no estuviera seguro de si podría poseerme. En mi familia, todo giraba en torno a la temperatura emocional de mi madre y a mí nadie me había tratado jamás como si fuera el mercurio del termómetro.

En ese caso, ¿por qué me despertaba en mitad de la noche, con el corazón latiéndome a toda velocidad como si estuviera atrapado en mi pecho, pensando en que iba a casarme con aquel hombre que me adoraba? No necesitaba que ningún psiquiatra me dijera que era por Rebecca. Durante mi infancia y mi primera juventud, Rebecca fue mi mejor amiga; una niña bajita, con las rodillas desolladas y el pelo desaliñado. Recuerdo que, en quinto de primaria, un día que estábamos jugando al pillapilla con mi hermano y con un grupo de niños del vecindario, me di cuenta de que habían empezado a salirle pechos. Unos pechos gordos que botaban y rebotaban en su jersey cuando corría. Aquellos mismos chicos que solían cargar contra nosotras sin piedad y que se reían de nosotras mientras nos poníamos de pie, manchadas, comiendo barro, de repente empezaron a interesarse por ella y a tratarla con el mismo cuidado con el que, años más tarde, Rebecca me pediría que cogiera a su recién nacido por primera vez. Y, cada vez más habitualmente, Rebecca salía vencedora del pillapilla porque los chicos estaban tan colados por ella que no se atrevían a tocarla. Mi hermano, que nunca había querido saber nada de nosotras cuando estábamos en casa, empezó a encontrar excusas para pasarse por mi habitación cuando venía Rebecca y, Rebecca, por su lado, dejó de querer jugar con la puerta cerrada. Me decía que nos estábamos haciendo mayores para jugar así. Que era de bebés. Que era antihigiénico. No tardamos en empezar a pintarnos las uñas y a escuchar discos de Bob Dylan con la puerta de la habitación abierta. A mí me gustaban los Beatles, pero ella decía que los Beatles eran para niñas pequeñas y que nosotras ya no lo éramos. Poco después, Rebecca ya ni siquiera se quedaba en mi habitación. Mi hermano tenía quince años y ella trece la primera vez que él dijo que era su novia. Sin embargo, no dejamos de ser amigas hasta que nos obligaron a dejar de serlo.

Ya no recuerdo de quién fue la idea, pero, cuando pasamos al instituto, empezamos a quedar en la vieja casa clerical después de las clases. Nos tirábamos unos minutos hablando de cómo nos había ido el día, de qué profesor no dejaba de fastidiarnos y, luego, una de nosotras se tumbaba y se bajaba las medias de lana y se abría de piernas para la otra. Nos instruíamos sin inhibiciones y hablándonos con total naturalidad, como si estuviéramos leyendo el paso a paso de una receta —primero los nudillos, con suavidad, luego el dedo gordo, con mayor firmeza, con más firmeza aún, ahora con la base de la palma de la mano—. Nos tomábamos nuestro tiempo y a la que le tocara en segundo lugar tenía que estar tanto como la primera. Éramos así de justas.

El doctor Burnet llamaba a lo que hacíamos «explorar», algo que hacían todos los niños, pero decía que, debido a nuestras respectivas dificultades emocionales, nosotras no habíamos sido capaces de dejarlo atrás. «Es un ritual reconfortante que se lleva a cabo en la infancia —me decía siempre el doctor Burnet—, como chuparse el dedo gordo o dormir con animales de peluche». Cuando, sin mucho entusiasmo, asentía a lo que me decía, me recordaba a Rebecca y que nunca nos habíamos besado. «Las lesbianas se besan, Ruth». Rebecca y yo teníamos un acuerdo no verbal conforme no nos veríamos durante la primavera, que era cuando mi padre daba clase en el jardín de la vieja casa clerical para explicar cuál había sido el papel de esta en la red clandestina de huida de los esclavos. Era una cálida tarde de octubre cuando mi padre entró y nos descubrió. No se mostró sorprendido, lo que me dejó claro que lo sabía desde el principio.

Cuando entró, era Rebecca la que estaba tumbada con la falda levantada y las medias bajadas. Esto es importante porque él vio lo que yo le estaba haciendo a ella, vio que yo era la agresora y que Rebecca era la pobre víctima. Mi padre se tapó los ojos y, con voz apagada, me dijo que me reuniera con él en el coche. La vuelta a casa la hicimos en un silencio crispado y, en un momento dado, cuando lo miré intentando encontrar algo que decirle para romperlo, vi que le caían lagrimones por la mejilla.

Cuando llegamos a casa, fui directa a mi habitación. Saqué los libros de la mochila y empecé a hacer los deberes, aunque sabía que me pedirían que bajara en cuanto mi padre le contara a mi madre cómo me había encontrado. Aquello era como una última bocanada de absolución. Esperaba que mi actitud estudiosa les telegrafiara algo así como: «Aquí estoy, memorizando variaciones algebraicas; siendo una

buena chica».

El volumen al que hablaban mis padres abajo me aterraba y me confundía, porque era demasiado bajo para la severidad de mi trasgresión. Mi madre gritaba cuando estaba enfadada; cerraba los cajones con fuerza y golpeaba las puertas con el puño y te ladraba que bajaras tu culo a toda prisa o algo similar. Aquella feroz quietud entre ambos parecía insinuar que había cometido una ofensa tan perversa que su laringe tenía que producir un nuevo conjunto de ondas sonoras y vibraciones. En un momento dado, inexplicablemente, fue la voz de mi padre la que pinchó aquella burbuja con una angustiosa disculpa a mi madre: «¡¿Cuántas veces tengo que decirte que lo siento?!».

Esperé y esperé a que me pidieran que bajara, pero no llegaron a hacerlo. Los susurros resentidos cesaron en cuanto mi hermano entró en casa. Llegó la hora de la cena y la dejé pasar. Oía la televisión, como si la encendieran y la apagaran. Estaba tan asustada que no me atrevía a salir de mi habitación y me fui a la cama sin cepillarme los dientes, muerta de sed, con el estómago pidiéndome comida a gritos.

Por la mañana, me levanté antes de que saliera el sol. Me duché, me puse el uniforme del instituto y bajé a la cocina y bebí un vaso de agua de un trago. Estaba preparando unos huevos revueltos cuando mi madre entró en la cocina y me preguntó, retóricamente y acompañando las palabras de una risa maliciosa, adónde coño creía que iba.

—Hoy no vas a ir al instituto —me dijo.

Empujé los huevos por la sartén. A mi padre y a mí nos gustaban muy poco hechos, pero los hacíamos así a menudo cuando mi madre o mi hermano también los querían. Ambos creían que los huevos tan poco hechos eran asquerosos, y mi padre no decía nada al respecto, a pesar de que, durante los periodos en los que sustituía a la profesora de Economía doméstica, siempre explicaba que los cocineros profesionales los hacían poco.

—Ya hablaremos después —me dijo mi madre sin que yo hubiera dicho nada.

Después de las clases, mi padre vino a casa con el joven sacerdote que impartía la asignatura de gimnasia en el Colegio Católico de Issaquah, el padre Grady. Era evidente que el joven estaba completamente fuera de lugar, encajonado en el sofá por un lado por mi erecta y formidable madre y por el otro por mi padre, que estaba abatido. Mi madre hablaba tan bajo que me tenía que quedar completamente quieta para entender lo que estaba diciendo. Había un

lugar en el que iba a recibir tratamiento psiquiátrico. El padre Grady había sido lo bastante comprensivo como para tirar de algunos hilos y conseguir que entrase. Yo no podía decirle a nadie adónde iba, ni siquiera a mi hermano; de hecho, en especial a él, que se pondría muy triste si se enterase de lo que le había estado haciendo a su pobrecita e inocente novia. Me preguntaron si lo entendía.

Asentí con lágrimas en los ojos.

—¿Cuándo me marcho?

—Mañana —respondió mi madre.

Gimoteé y miré a mi padre: «¡¿Mañana?!».

—No es un mal lugar, Ruthie —me dijo calmado, pero mi madre le lanzó una mirada de loca por detrás de la cabeza del padre Grady y mi padre se aclaró la garganta—: Ahora bien, como tienes diecisiete años, para que te admitan tienes que ir de forma voluntaria.

Fruncí el ceño.

—Entonces, ¿no tengo que ir si no quiero?

El padre Grady habló por fin:

—No, no tienes por qué ir. Sin embargo, no podrás seguir asistiendo al Colegio Católico de Issaquah hasta que un psiquiatra no te haya evaluado.

—¿Y no puedo ir a un colegio público? —le pregunté (no, le imploré) a mi padre. Vi que sus rasgos se crispaban, pero que enseguida se relajaban, como si para él fuera un gran esfuerzo mantener ese enfado que se suponía que debía sentir hacia mí.

—Recuerda lo que dijiste anoche —le graznó mi madre.

Mi padre cerró los ojos un instante. Tenía la nariz enrojecida y le goteaba. Cuando me miró de nuevo, vi en él un desinterés tan frío que me pilló por sorpresa.

—Ruth, tienes suerte —empezó a decir mi madre— de que esto sea lo único que te estamos pidiendo. Podríamos echarte de casa. Podríamos llamar a los padres de Rebecca. Podríamos no volver a hablarte en la vida.

Sentí como si no pudiera respirar bien. Me dolía al respirar y no podía hacerlo más que con respiraciones cortas.

—Por favor, Ruth —fue mi padre quien me imploró en esta ocasión, y tan lamentablemente que sentí vergüenza ajena—, ayúdame con esto.

Que se sometiera a mi madre, esa era la cosa que hacía que siempre me enfadaba. «Sé un hombre», me daban ganas de decirle. Quería humillarlo, tirar, tirar y tirar de ese cabo que desentrañaría las

sospechas que siempre había tenido sobre él. Por eso encajábamos tan bien en todo, por eso me entendía a un nivel que parecía que nadie más lo hiciera. «Sé lo que te pasa —podría haber dicho—, porque es de ti de quien he heredado esta enfermedad».

Pero no iba a hacerlo. Al menos, no en ese momento. Subí a mi habitación e hice la maleta. Yo nunca le decía que no a alguien que me pidiera ayuda.

Tina dejó mi diario en su regazo, abierto por la última línea. Estábamos tumbadas en su cama con dosel, con los pies entrelazados, con camisón de lencería. El kimono de color amarillo mimosa de Tina estaba colgado en uno de los postes de la cama, una cama diseñada por Norman Norell que había salido en un número de *Vogue* de 1965. Cada noche, la doncella nos dejaba zapatillas de algodón blanco a cada lado de la cama, como si estuviéramos en un hotel. Tina vivía de manera sofisticada, como si hubiera alguien que la siguiera a todas partes escribiendo cómo era y no quisiera darle la oportunidad de publicar algo negativo.

—Estoy orgullosa de ti —me dijo.

Puse los ojos en blanco.

—Lo hiciste lo mejor que podías en esas circunstancias. Tienes una madre muy superficial, Ruth, una persona a la que le preocupan más las apariencias que tu bienestar.

Pensé en el corte de tazón de mi madre y en los zapatos para caminar que siempre usaba, esos con las suelas gruesas de espuma para protegerse las rodillas. No sé si mi madre encajaba realmente con la acusación de Tina. ¿Superficial? Me aterraba, eso estaba claro, pero, al mismo tiempo, era muy probable que en ese mismo momento estuviera sola, viendo la televisión con una lamparita para que la factura de la luz no subiera, sin que nadie la necesitara para nada en nuestra oscura y vacía casa.

—Te da pena —observó Tina.

—Seguro que, ahora mismo, está sola.

—Pero no es responsabilidad tuya asegurarte de que está bien. Ni lo era ayudar a tu padre sucumbiendo a los deseos de tu madre.

—Ya. —Me encogí de hombros.

—¿Sabes qué es que alguien sea empático?

Me reí. Era obvio.

—¿Que tenga mucha empatía?

—Es cuando te preocupas tanto por los demás que haces suyos sus sentimientos y experiencias, y sientes la necesidad de ayudarles. Muchas mujeres son empáticas y la sociedad está encantada de aprovecharse de ellas. —No debía de mostrarme suficientemente indignada, porque Tina empezó a darme ejemplos, como enfadada, de cómo esa cualidad había hecho que mi vida descarrilase—. Acabaste casándote con alguien con quien no querías casarte ¡para que tus padres se sintieran bien! ¡Incluso accediste a que te internaran en una institución mental para que se calmaran!

Levanté las manos para demostrar mi impotencia.

—Vale, lo que no sé es qué quieres que haga ahora al respecto.

—¡Quiero que te enfurezcas! ¡Deberías estar furiosa!

Cogí mi diario y lo cerré de golpe.

—Me enfurecí. Ya lo has leído.

—¡Y te duró una noche, más o menos, cuando tenías diecisiete años y, desde entonces, has hecho todo lo que tu familia ha querido!

—Te equivocas —le dije, porque aún no le había contado cómo había muerto mi padre—. Pero ahora sí que me estoy enfadando. —Me estiré y apagué la lamparita de noche.

—¿Acaso me equivoco? —me preguntó Tina en la oscuridad—. ¿Qué sucedió? ¿Por qué tu sobrino te echó en cara que dañaras los sentimientos de tu padre justo antes de que muriera? ¿Por qué te dijo que todos te odian?

Me puse de espaldas a Tina.

—¿No me dijiste en Aspen que está bien parar cuando consideras que la situación te supera? —Giré la cabeza, de manera que le estaba hablando al techo, pero para que la palabra le quedara clara—. Pues para.

No se me pasó desapercibido que ella era, probablemente, la única persona a la que le había pedido que parase de hacer algo en toda mi vida y que no solo me había hecho caso, sino que tampoco había hecho que me sintiera mal por habérselo pedido.

Por la mañana, la niebla tapó las vistas panorámicas que se divisaban desde los ventanales de la habitación de Tina, desdibujando el perfil de Seattle hasta dejarlo a la misma altura que el lago Washington. Tina estaba dormida y yo, tumbada, no dejaba de observar cómo la cicatriz rosada que tenía en su bronceado pecho subía y bajaba —Nixon la había marcado como a una de sus propiedades— y me

preguntaba si tendría el valor de despertarla igual que ella me había despertado a mí en las últimas semanas.

—Perdona —me dijo con los ojos aún cerrados—. Por lo de ayer. No debería haberte presionado.

—He tenido una idea.

Y abrió los ojos para escucharla.

Tina había estado esforzándose mucho, estudiando día y noche para su examen de Jurisprudencia de agosto. A mí me había encantado tener su enorme y maravillosa cocina para mí sola la mayor parte del día, aquella cocina con utensilios caros y la batería de cocina Ruffoni de cobre, haber hecho café en su cafetera francesa y haber emplatado preciosas comidas en su antigua vajilla de porcelana china.

Cuando había estado casada con C. J., cocinar para él y limpiar la casa no hacían que me sintiera bien. Compraba los cortes de carne más baratos porque, aunque C. J. no se ganaba mal la vida, era frugal y carecía de paladar. Le cocinaba lo que mi padre nos cocinaba por petición de mi madre y mi hermano: guisos y rollo de carne con salsa, una salsa densa que a C. J. se le quedaba en la barba, lo que me quitaba más de un tipo de apetito. En casa de Tina, sin embargo, cocinaba pescado y verduras frescos. Servía vino tinto en vasos de cristal y encendía velas que ardían entre nosotras.

Le sugerí que diéramos una cena.

—Podríamos invitar a las chicas del grupo de duelo —dije—. ¡Y a Frances, claro está!

Tina adelantó la mano y me pasó el pelo por detrás de la oreja con una sonrisa conciliatoria.

—No tengo claro que todas las chicas del grupo fueran a entenderlo. —E hizo un gesto para simular que estábamos las dos en la cama.

—Pero Janelle ha estado aquí —protesté—. Tú me la presentaste.

Pensaba en Janelle más de lo que admitía. Me preguntaba si Tina pensaba que la gente las entendería mejor a ellas porque Janelle era más tranquila y tenía más confianza en sí misma, porque llevaba joyas bonitas y no tenía marcas de acné en las mejillas.

—Pero no tenía idea de hacerlo, fuiste tú la que llegó temprano.

—Así que esto es una sociedad secreta.

Tina arrugó la frente:

—¿Una sociedad secreta?

—De gente como tú. —Enseguida me di cuenta de que lo que acababa de decir no era lo bastante cruel como para hacerle daño—.

De mujeres como tú.

Calmada, me dijo:

—No hay ninguna sociedad secreta, Ruth, solo mujeres que se preocupan las unas por las otras.

Se incorporó y echó mano a su bata. Yo eché mano a su mano.

—Lo siento —con el pulgar, le acaricié la delgada vena azul que corría por su antebrazo—, pero me encantaría dar una fiesta.

Tina se estremeció, pero no se volvió a tumbar.

—Y podríamos invitar a Janelle —añadí.

Tina me miró con una bellísima sonrisa de suficiencia y, acto seguido, se me subió encima, a cuatro patas.

—Y, ya puestos, invitemos también a C. J. y a Martha.

Tuve que luchar con todas mis fuerzas para apartar su cara cuando sentí su aliento fresco en el cuello.

—Solo pretendía ser agradable.

—Y yo —respondió ella.

A continuación, me cogió por las muñecas y me las sujetó sobre la almohada, por encima de la cabeza, y me acarició de la mandíbula a la oreja con la nariz. Me pregunté si aquello se lo habría enseñado Janelle o si siempre habría sabido qué hacer. No sabía cuál de las dos Tinas me enfadaba más, la niña a la que le habían enseñado o la niña que había nacido aprendida.

PAMELA

TALLAHASSEE, 1978
DÍA 35

El arresto del Acusado desató algo en el mundo. Al principio, estando como estaba en el epicentro de Tallahassee, no fui consciente del impacto. Aquí era completamente normal que el Acusado fuera lo único de lo que se hablaba, que su fotografía saliera en la portada de todos los periódicos y que fuera la noticia principal del día. Había proclamado su inocencia con una sonrisa divertida. Había huido de Colorado porque, a pesar de que no hubiera asesinado a Caryn Campbell, los medios ya lo habían juzgado y, por lo tanto, habían acabado con su oportunidad de tener un juicio justo. Había mentido acerca de su identidad a la policía de Pensacola durante dos días porque sabía que lo relacionarían con la matanza de la Casa y con la desaparición de Kimberly Leach, y él no tenía nada que ver ni con lo uno ni con lo otro. Al fin y al cabo, a las mujeres las atacaban constantemente todo tipo de hombres, ¿no?

Hasta que mi madre no llamó y me suplicó que fuera a pasar el fin de semana con ellos, no me di cuenta de que la noticia tenía alcance nacional. Mi madre jamás suplicaba.

—Que venga... —Hizo una pausa. Seguro que estaba cerrando los ojos, sabedora de que solo tenía una oportunidad para conseguir lo que pretendía—... Brian.

Que hubiera acabado bien aquella frase podría considerarse un milagro.

En aquella época no había vuelos directos desde Tallahassee a Newark —y sigue sin haberlos hoy en día—. Fue en el hangar de hojalata del aeródromo de Atlanta, una década antes de que lo transformaran en el enorme complejo Hartsfield-Jackson, cuando me di cuenta por primera vez: el Acusado estaba por todas partes. Fui a por un café y una revista y oí a otro cliente preguntar si les quedaba algún periódico. Me fijé en que las baldas estaban completamente vacías y oí que el cajero se disculpaba: habían vendido todos los ejemplares del día. Todos querían saber más sobre el asesino educado

que se había puesto un traje azul como un huevo de petirrojo para la lectura de sus cargos. Veía la firma de Carl por todos lados y ojeaba sus artículos, ansiosa por leer al fin la historia sobre el encubrimiento de Colorado, pero nunca trataban de eso. «Mi editor dice que tienen que acusarlo, que no es suficiente con que lo arresten» me había explicado Carl con ese tono a lo «¡¿Te lo puedes creer?!». «Lo tengo escrito, editado y todo». No obstante, aunque unas semanas después al Acusado lo inculparon del asesinato en primer grado de Denise y Robbie y del intento de asesinato de Jill, Eileen y la estudiante del apartamento que había fuera del campus —se declaró no culpable—, el editor de Carl seguía sin publicar la historia, por lo visto, porque, si salía ahora, se perdería entre todo el caos de informaciones y él quería asegurarse de que, cuando publicara el artículo, causara sensación.

Me senté de nuevo junto a la puerta improvisada de mi vuelo y evalué la situación. Mirara adonde mirara, la gente estaba leyendo los periódicos —locales, estatales, nacionales— y diferentes versiones del rostro del Acusado me observaban como si fueran máscaras distorsionadas en un baile de disfraces.

—Ya no puedo más —comentó Brian, removiéndose en la silla, que era demasiado pequeña.

Viajar era una experiencia desagradable para alguien tan alto como él y, por aquel entonces, aún no nos vestíamos buscando la comodidad. Brian llevaba una cazadora de verano y unos mocasines de lona; parecía uno de los últimos caballeros del sur, y me abría la puerta y me llevaba la bolsa. Otras mujeres nos miraban con ojos soñadores y yo me obligaba a mirarlas a ellas igual que te dicen que te fijes en las azafatas cuando el avión entra en una zona de turbulencias; si ellas no están preocupadas, tampoco deberías estarlo tú.

Siempre cogía un taxi para ir a casa desde el aeropuerto de Newark. Era algo que a Denise le encantaba cuando venía a casa conmigo. Sacaba la cadera, estiraba el pulgar en la calle y me lanzaba una mirada descarada por encima del hombro: «¿Lo estoy haciendo bien?». Yo me reía y le hacía ver que esa era una parte de mi vida que a mí también me llamaba la atención. Siempre había creído que Denise y yo nos lo contábamos todo, pero por aquel entonces había ciertas cosas que ninguna de las dos estábamos dispuestas a admitirnos ni siquiera a nosotras mismas. Como hasta qué punto me dolía que mis

padres nunca fueran a recogerme al aeropuerto. Aquel era el secreto que mejor guardaba, incluso de mí misma.

En la radio hablaban del Acusado. Había en marcha una guerra a tres bandas entre Colorado, Florida y Utah. Utah quería encerrarlo una vez más —que allí era donde debería haber estado todo este tiempo—. Colorado le susurraba al oído a Florida: «Dejad que lo juzguemos por el asesinato de Caryn Campbell en Aspen mientras vosotros vais decidiendo cómo encargaros de él por lo que ha hecho ahí». En la radio aseguraban: «Florida debería construir el caso cuanto antes, presentar las pruebas ante un gran jurado antes de mañana». Nadie creía que fuera buena idea que se lo quedase Colorado; al fin y al cabo, ya habían demostrado su incompetencia en dos ocasiones.

—Joder, yo me encargaría de él —dijo el taxista—. Que me den un cuarto de hora con ese hijo de la gran puta.

Yo le miraba el cogote sin creerme lo que estaba oyendo. ¿Acaso existía una especie de guion que los hombres tenían que seguir en este tipo de situaciones? Era, casi palabra por palabra, lo que habían dicho Brian y el señor McCall durante la cena en la mansión de Red Hills.

—Señor —apeló Brian. Los ojos de ambos se encontraron en el espejo retrovisor y Brian miró en mi dirección: «Que hay una dama presente». Se me encogió el estómago. Puede que me estuviera mareando—, ¿podríamos escuchar algo de música?

El taxista giró el dial y aterrizó en una vieja canción de las Supremes: «You’re Nobody till Somebody Loves You». Luego, asintió a Brian por el espejo retrovisor, como disculpándose.

Doreen, nuestra ama de llaves desde antes de que yo naciera, era la única que estaba en casa. La mujer era una irlandesa de unos cuarenta y cinco años, con seis hijos, pequeña y de cara redonda, como yo. Mi madre solía cogerle las manos y, levantándole los brazos como si la crucificara, le decía: «De esta talla, Doreen».

Doreen cogió las maletas de Brian como si no pesaran nada y nos preguntó si teníamos hambre. Brian se moría de hambre, pero lo único que yo quería era darme una ducha y saber cuándo volverían mis padres.

—Pronto —me prometió Doreen, pero aquello era lo mismo que me decía cuando era pequeña. Aquel «pronto» comprendía un periodo de tiempo entre una hora y dos días—. Id a refrescaros, que yo os he preparado algo de comer.

Doreen llevó el equipaje de Brian a la habitación de invitados del primer piso y él la siguió diciéndole que se moría por comer algo caliente.

Yo me había mudado a la habitación de mi hermana mayor cuando esta se graduó en la universidad y se casó. Nos llevábamos ocho años y, aunque no recordaba bien cómo se comportaba mi madre con ella, su relación parecía cercana y cómoda, como si se hubiera establecido muy pronto. Cuando era pequeña, una parte de mí me decía que, si me cambiara por mi hermana, cabía la posibilidad de que mi madre no se diera cuenta. Evidentemente, las cosas no funcionan así, pero yo no dejaba de intentarlo, a pesar de que la situación me confundía y me dolía. ¿Qué hacía yo mal?

Fui a la habitación de mi madre y le cogí una pastilla para dormir. Me quité los zapatos y colgué mi abrigo en su armario, acurrucado junto a su manada de visones. Me acosté en la cama, sin meterme entre las mantas, y me hice un ovillo con la cabeza a los pies de la cama. Enseguida me quedé dormida, pensando en que mis padres me encontrarían de inmediato en cuanto llegaran a casa.

Me desperté con el pulso martilleándome en las muñecas. Había alguien en la cama. Me tocaba. Me lancé hacia delante y me enmarañé en la manta que había a los pies de la cama. Resollé con ojos de loca.

—¡Que soy yo! —Era mi madre—. ¡Pamela, que soy yo!

Rodeó la cama, se acercó a mí y me abrazó por debajo de las axilas, liberándome del edredón enredado. Sentí la blusa pegada a la espalda por el sudor febril.

—¿Qué hora es? —pregunté somnolienta.

—Las once.

—¡¿De la mañana?!

—Chist, chist. De la noche, y baja la voz que Brian está durmiendo. —Señaló la alfombra turca porque su habitación estaba justo debajo.

En ese momento la miré debidamente. Las peonias con forma de diamante de sus orejas y el collar a juego. Cincuenta mil dólares en su cabeza. Había salido. A una cena. A una fiesta.

—Se suponía que llegabais mañana —comentó ligeramente a la defensiva.

—Pero encontré un vuelo antes. Le pedí a Doreen que os lo dijera.

—No lo sabía —me aseguró mientras me acariciaba el pelo.

No habría estado bien que la llamara mentirosa. En su mundo,

eran pocas las cosas que merecía la pena recordar.

Durante semanas, yo había sido como una ola que cada vez iba haciéndose más grande, en busca de una orilla en la que romper. De inmediato me disolví en los brazos de mi madre. Hacía tanto tiempo que no me abrazaba que se me había olvidado cómo olía: a Lubriderm y a pintalabios.

—Vamos abajo —me dijo cuando por fin la solté—. Doreen me ha dicho que no has cenado. Estás muy delgada, Pamela.

La verdad era que me había dado cuenta de que los pantalones me quedaban más anchos, que había veces en las que me acostaba preguntándome cómo era posible que tuviera tanta hambre si había cenado una hamburguesa, pero entonces me daba cuenta de que eso había sido la noche anterior. Los días se me hacían extremadamente largos y la situación me resultaba insoportable; los detalles de cada hora se me mezclaban en la memoria. Esto solo volvería a pasarme otra vez en la vida, en la primavera de 2020, durante su peor parte. En aquel momento me daría cuenta de que los años tras el asesinato de Denise no habían sido muy diferentes de los bloqueos, del cierre de los colegios y del interminable confinamiento por la cuarentena. Estaba cautiva de un virus que llevaba tiempo por el mundo, pero que había acabado mutando con la intención de infectarme. Él.

Me quedé mirando cómo mi madre me servía un bol de sopa, preguntándome si no seguiría dormida todavía. Mi madre era una mujer muy influyente, con el cabello rubio platino y una camisola de Halston, como una especie de encantadora de serpientes de las afueras. Podías acudir a ella, rota en pedazos por alguna herida terrible y salir hipnotizada, con los ojos como si estuvieras drogada, hablando con esa cadencia como distraída típica de ella, como si nada en la vida mereciera tanta preocupación. Tenía veintiún años cuando se casó con mi padre, un divorciado de treinta y cinco, y seguía dando fiestas tremendas con sus jóvenes amigos en las que ponían a Elton John en el tocadiscos y horneaban bizcochos de chocolate a medianoche, que yo luego llevaba de su parte a los vecinos por la mañana para disculparnos por el ruido de la noche anterior. «¡Tu madre es la bomba!», me había dicho en una ocasión Denise y yo me había puesto roja de vergüenza por ambas. Mi madre había tardado un año en aprender que mi mejor amiga se llamaba Denise, no Diane.

—¿Papá está trabajando? —Lo daba por hecho.

Mi madre buscaba las servilletas, pero no tenía ni idea de dónde estaban. Cogió el trapo para secar los platos, lo dobló y me lo puso junto al bol con una cuchara.

—Va a pasar la noche en la ciudad, pero ha reservado mesa para comer mañana los cuatro.

—¿En Manny Wolf? —Esto también lo daba por hecho.

Manny Wolf era un asador que había en el centro y que servía platos enormes sobre manteles de tela blancos. Mi padre llevaba décadas siendo uno de los habituales.

Mi madre se rio sin muchas ganas: «¿Dónde si no?». Se sentó frente a mí y se quitó uno de los zapatos de tacón, luego el otro, y gimió mientras se frotaba el metatarso con los pulgares. Tenía el tobillo apoyado en la rodilla y la planta del pie hacia arriba cuando me preguntó:

—¿Te acuerdas cuando eras pequeña y te cortaste el pie en la playa, en la isla de Sanibel?

Perseguí un pedacito de zanahoria por el bol.

—¿En la isla de Sanibel? ¿La Sanibel de Florida?

—Sí —respondió mi madre con una palpable sensación de temor. Aquel era el tono con el que respondían los niños cuando les preguntabas si sabían qué habían hecho mal, cuando los pillaban con las manos en la masa, pintando con ceras el sofá de color crema.

Dejé la cuchara y me quedé mirándola. Me di cuenta de que me encontraba en mitad de algo.

—Me dijiste que mi visita al campus sería la primera vez que iba a Florida.

Mi madre me dio la espalda mientras protestaba en voz baja.

—Cuando tenías cuatro años fuimos a la isla de Sanibel de vacaciones. —Frunció el ceño como si estuviera recordando—. Las playas eran muy rocosas.

Casi me echo a reír. Mi madre siempre se alojaba en los mejores hoteles del mundo y, aun así, siempre tenía algún comentario que hacer. Pero aquello no era una crítica. Que las playas fueran terriblemente rocosas era lo que había provocado el incidente.

—Te cortaste el pie y te llevé al hotel para que te lo vendaran. Sangrabas mucho y no quería que mancharas la alfombra del hotel, así que te dejé en una hamaca que había junto a la piscina durante sesenta segundos, mientras yo entraba corriendo a recepción para pedir ayuda. —Cruzó los brazos y apretó como para darse fuerzas: «Puedes hacerlo»—. Cuando volví..., no estabas.

Nos quedamos mirándonos cada una a un lado de la mesa de la cocina. Sentí como un dolor sordo en las costillas, como una vieja herida que palpita cuando baja la presión atmosférica, justo antes de que haya tormenta.

—¿Qué me pasó? —pregunté mecánicamente.

Mi madre se levantó y fue a buscar una botella de ginebra y dos vasos. Sirvió en ellos dos chorritos medicinales. Me bebí el mío.

—Te encontró un guardabosques cuatro días después, perdida por un sitio llamado Reserva Robinson o algo así. —Levantó una mano con la palma hacia arriba, como preguntándose si la conocería después de llevar unos años viviendo en Florida.

Sin embargo, negué con la cabeza. Jamás había oído hablar de aquel sitio, pero, cuando volví a Tallahassee, fui al motel de Tina y cogí un mapa turístico de Florida, donde localicé enseguida aquella zona de la costa que había cerca de la frontera suroeste. La Reserva Robinson eran doscientas hectáreas de pantanos y llanuras de marea inhabitables.

—Estaba a dos horas del hotel de Sanibel en el que nos alojábamos. Tendrían que haberte encontrado comida por las picaduras de los insectos, deshidratada, débil..., pero estabas bien. Estabas incluso contenta. Pamela, yo... —Se quedó callada, pensando en cómo contarme el resto.

Empecé a pensar en cómo era de niña, cuando me sentía feliz. En aquella época tenía el pelo rizado, corto, a la altura de la mejilla. Y tenía hoyuelos, pero habían desaparecido en algún momento del instituto, más o menos cuando se me desrizó el pelo, como si la biología de la femineidad ordenara deshacerse de las frivolidades. Fue mi madre quien me hizo notar que ya no los tenía. «Estaba convencida de que te pasaría cuando perdieras la grasita de bebé», me dijo, aliviada. No sabía yo que hubiera que aspirar a perder los hoyuelos.

—El tercer día —empezó a decir mi madre con una voz sombría y extraña— acepté que habías muerto. Te dejé marchar. Sé que es probable que hayas sentido cierta distancia de mí a lo largo de los años y, aunque no tengo excusa, creo que parte de mí siempre ha tenido miedo de acercarme demasiado a ti de nuevo. Ya te había perdido una vez. —Se le escapó una lágrima teñida de rímel. Se la limpió con un gesto experto, sin dejarse ni una manchita.

—¿Y por qué no estaba cubierta de picaduras de insectos?

No sentía miedo, como si llevara toda la vida viendo una película de terror, siempre pendiente de que fuera a aparecer algún monstruo,

una inquietud mucho mayor que la que pudiera provocar una criatura del pantano cubierta de algas. Ahora estaba en esa parte de la película en la que descubría a qué me enfrentaba, en la que me quedaba claro qué iba a tener que hacer si quería sobrevivir.

A mi madre le temblaron los labios y esbozó una sonrisa como de compasión por mí. No iba a poder darme ninguna respuesta que me satisficiera.

—Eso es un misterio, Pamela. Es imposible que llegaras allí a pie. Alguien te llevó. No obstante, cuando te preguntamos qué había pasado, si alguien te había hecho daño, te limitabas a señalarte la herida del pie y decir: «¡Pupa!». Alguien te hizo daño, estoy segura, pero era como si tu cerebro confundiera la fuente de ese daño.

Esa noche me sentaría en el suelo del baño, donde la luz era cenital y el suelo era de un blanco tan luminoso como el de un hospital, y me examinaría los pies milímetro a milímetro en busca de algún rastro de una cicatriz. Nada más detectar una arruga rosada en la parte interior del pie derecho, buscaría a tientas el inodoro y vomitaría la ginebra.

—Entonces —prosiguió mi madre como enfadada—, un día, hace unos años, viniste y empezaste con que querías matricularte en la Universidad Estatal de Florida.

Me sentía como si yaciera en una camilla fría, rajada por la mitad, con los órganos turnándose para pasar un rato en la mesa de trabajo de acero inoxidable del forense. Así que eso era lo que se sentía cuando te hacían una autopsia en vida...

—Me enfervorizaba la mera idea de que volvieras allí, pero era como si el lugar tirase de ti con fuerza. Era imposible disuadirte. —Mi madre ya había hecho comentarios esotéricos como aquellos en otras ocasiones, pero siempre me había parecido que formaban parte de sus trucos. El universo y sus inescrutables caminos siempre eran un buen chivo expiatorio para alguien como Marion Young, una mujer que siempre estaba hablando de dejarse llevar, como si sus acciones y elecciones no influyeran en nadie y no tuvieran consecuencias.

No se me ocurría qué decir. Parte de mí quería negarlo. ¡Nadie estaba preparado para sufrir tantos infortunios! No obstante, ¿cómo iba a negar algo que hasta yo creía que era verdad? «No te conozco lo suficientemente bien como para saber qué le pasó al yo de tu infancia», me había dicho Tina, segura de que algo me había pasado y, de pronto, como en una brillante explosión de conciencia, me di cuenta de que Tina y yo compartíamos algo que pocas personas

alcanzaban a entender. El claro rastro del dolor de lo desconocido, como una corriente subterránea que nos arrastrara por la vida, más fuerte, en ocasiones, que nuestro libre albedrío.

Puede que nunca sepa lo que pasé durante aquellos cuatro días —al tercero de los cuales mi madre me dio por muerta—, pero sé que tuve que sufrir, y que no sufrí porque sí. Aquello me devolvió una pizca de control, la sensación de que tenía la capacidad de afectar en las decisiones que tomaba en la vida, y me sentí obligada a ofrecerle esa misma sensación a Tina. Mi desconocimiento de lo que me había sucedido me presentaba unas fronteras impasables, pero el suyo no. La respuesta de lo que le había pasado a Ruth estaba sentada en una celda de la cárcel del condado de Leon.

En aquel momento, solo podía decirle una cosa a mi madre: la verdad es algo que mucha gente se esforzará al máximo por mantener para sí. No debería parecer un regalo cuando te la ofrecen, pero lo es. La miré a los ojos y le di las gracias por habérmela ofrecido a mí.

A la mañana siguiente me encontré a Doreen en la cocina, preparando la bandeja que solo se preparaba cuando alguien de la familia estaba enfermo.

—A tu madre no se le quita el catarro —me explicó—, pero tu padre os espera a Brian y a ti para comer. —Vio la cara que ponía y me ofreció una distracción de inmediato—. Corta ese limón en rodajas, anda.

Cogí la tabla de cortar, alicaída. Yo también había sentido nervios por encontrarme con mi madre aquella mañana. Una conexión que había estado cerrada para ambas se había abierto entre nosotras y estaba claro que iba a estar nublada y a resultar incómoda durante un tiempo. Aun así, me había duchado, me había vestido y había bajado a la cocina para dejar a un lado esa sensación cuanto antes y avanzar. Corté el limón sintiéndome más huérfana de madre que nunca.

Esa mañana, cuando había mirado por la ventana, el cielo estaba encapotado de tal manera que me había dado la impresión de que hacía frío. Sin embargo, una hora después, caminando por el andén de la Penn Station primero y junto a las fuentes de humo en las que se habían convertido los tubos de escape después, me sentí pringosa y sucia con mi abrigo de invierno.

—Nueva York es una ciudad muy fea —comentó Brian mientras esperábamos en la cola de los taxis en la Séptima Avenida.

Había arrugado la frente al ver el centro espartano construido sobre los escombros de la magnífica terminal antigua. Nadie había reparado en lo bonita que era hasta que la destruyeron.

—No es que el edificio Capitol de Tallahassee sea mucho mejor —le recordé.

Aunque, para ser justos, la comunidad se había unido para salvar la estructura original, una extensa mansión blanca con marquesinas a rayas como las de los caramelos y media hectárea de mármol en el suelo.

Brian miró al cielo aún con el ceño fruncido y dijo:

—Por lo menos, se ve el sol, y dentro de poco estaremos oliendo el océano de camino a clase.

La Facultad de Derecho de Shorebird estaba en la costa del Golfo, en una ensenada que, al parecer, atraía más tiburones toro que el resto del estado. «Esos son de los dóciles, ¿no?», le había preguntado yo a Brian; pero no, ese era el tiburón limón. Los tiburones toro eran responsables de más del ochenta por ciento de los ataques letales de tiburones a seres humanos.

—El tiempo no está cooperando hoy —me defendí.

Brian se rio.

—¿Acaso alguna vez coopera aquí?

«Deberías ver los tulipanes de la Quinta Avenida el Domingo de Pascua», le habría dicho de no ser porque el botones nos estaba silbando irritantemente para que subiéramos al taxi. Me encantaba que siguieran llevando el antiguo uniforme que habían diseñado los Vanderbilt, con el elegante chaleco y el sombrero rojo y negro sin visera.

En el taxi, de camino a reunirnos con mi padre, Brian siguió quejándose de esto y de aquello. «Huele a basura, ¿no? ¿Podría bajar la ventanilla?», dijo en un momento dado. «¡Qué tráfico!», gritó cuando tuvimos que estar parados en Lexington durante tres ciclos del mismo semáforo.

Me quité la chaqueta y me concentré en respirar por la nariz y en expulsar el aire por la boca. Cuando por fin llegamos a la Tercera Avenida, saqué la cartera y le di un billete de diez dólares al taxista. Aún faltaban seis manzanas, pero necesitaba respirar.

Mi padre era miembro del consejo de un gran banco, un abogado bravo y brillante que vestía una rotación de pajaritas de cachemira y trajes oscuros. Parecía que su estrategia legal dijera: «Solo voy a ponerme serio si me obligas..., pero te aseguro que es mejor que no

me ponga serio». En una ocasión, cuando mi sobrino era un bebé y creyendo que nadie le estaba oyendo, le oí susurrarle que era rico y que, algún día, él también lo sería. Su nieto se reía y chillaba deleitado.

Por suerte, en Manny Wolf tenían puesto el aire acondicionado. Mi padre estaba sentado en su mesa de sofás altos de siempre, la que estaba debajo de la fotografía autografiada de Dean Martin en la cámara frigorífica del sótano, fumando y rodeado de animales descuartizados colgados con la grasa a la vista.

—¡Aquí llega! —canturreó mi padre refiriéndose a mí mientras se ponía de pie.

Me cogió por los hombros y dejó ver a todo el mundo que me miraba de arriba abajo, como para confirmar que estaba sana y salva. Me dio la impresión de que se debía a que quería ocultar que tenía lágrimas en los ojos y, de inmediato, sentí como si algo me atara al suelo, como si le perteneciera a alguien o a algún lugar. Mi padre y yo nunca habíamos tenido una relación especialmente próxima, pero algo había cambiado desde que se había enterado de que me habían admitido en la Facultad de Derecho de Columbia. A partir de ese momento, había empezado a hablarme como a una colega. En la segunda mitad de mi vida, se convertiría en mi mejor amigo.

—Me alegro de verle, señor. —Brian casi le sacaba una cabeza a mi padre, pero a su lado siempre parecía más bajito y nervioso; como un elefante con miedo a una araña.

—Monsieur Armstrong —respondió mi padre con picardía. Mi padre era un inmigrante irlandés de primera generación proveniente de Woodside, que hablaba con oes y úes largas, como Ed Koch. Las formalidades del sur le provocaban sospechas.

Nos sentamos y di un sorbo a mi agua con hielo. Me supo de maravilla, pura y limpia. Brian pidió una Budweiser, pero, como no tenían esa marca, la cambió por un whisky con soda.

—Lamento que tu madre no se encuentre bien —dijo mi padre.

—Estuvisteis despiertas hasta tarde, ¿no? —añadió Brian—, charlando en la cocina.

Se me encendió una señal de alarma.

—¿Nos oíste?

—Palabras sueltas.

Me quedé mirándolo, con ganas de preguntarle qué palabras, pero en ese momento llegó el camarero con las cartas y nos recomendó las ostras, llegadas en hielo desde Montauk aquella misma mañana.

—Bueno —empezó a decir mi padre después de que hubiéramos pedido una docena—, tengo entendido que Farmer se sube al barco.

Millard Farmer era un abogado de derechos civiles de primera categoría de Atlanta, que había pasado gran parte de su carrera representando a negros en casos muy importantes de pena capital y asegurándose de que todo el mundo sabía que representaba a negros en casos muy importantes de pena capital. El Acusado le había escrito para pedirle que se uniera a su equipo de defensores en el condado de Leon y Farmer había accedido de buena gana.

—Lo que no entiendo es por qué necesita a Farmer si está considerando representarse a sí mismo de nuevo —comentó Brian.

—Este va a ser un litigio complicado —respondí.

—Me encantaría saber qué piensa usted al respecto, señor —soltó Brian, como si ni siquiera me hubiera oído.

Mi padre levantó una mano, calmado. Podía ser por varias razones.

—Un caso tan arriesgado como este requiere un equipo. La lista de testigos va a ser larga. Es prácticamente imposible que una sola persona se encargue de todas las declaraciones, de los documentos y de las transcripciones. En resumen —sonrió con esa actitud de abogado de primera suya—, que es un litigio muy complicado. —Y se metió la servilleta por el cuello de la camisa. Las ostras habían llegado.

—¿Y si es Farmer quien me toma declaración? —pregunté preocupada. Aquella idea me había mantenido despierta por las noches desde que me enteré de que, por desgracia, el abogado había decidido unirse al equipo legal del Acusado. Le resultaría tan fácil destruir mi credibilidad teniendo en cuenta que, durante un segundo, me había parecido que la persona que estaba en el vestíbulo era Roger... Desde luego, si fuera yo quien me tomara declaración, me tiraría a la yugular.

—Tú y yo nos prepararemos para esa posibilidad juntos —comentó mi padre pomposamente.

—Pero, espera... —dijo Brian con la mano levantada como un policía—, ¿y si es él el abogado que te toma declaración?

Vi, como en un destello —lo que hoy entiendo que fue una premonición— al Acusado sentado frente a mí con un elegante traje blanco roto. En cuanto me vi sentada a la mesa, deseché la idea. Eso sería disparatado. El juez no lo permitiría.

—Yo diría que hay que estar inscrito en el Colegio de Abogados para que te consideren abogado —comentó mi padre.

—De acuerdo, pero ¿y si es el estudiante de Derecho que te toma declaración? —se corrigió Brian.

Aunque aquel era un título que tampoco se había ganado. El Acusado había pedido la admisión en varios programas reputados, pero sus notas eran tan bajas que el único sitio que lo había aceptado era una escuela nocturna llamada Tacoma Narrows, situada en un edificio de oficinas en el centro de Tacoma. Y se había quedado atrás prácticamente de inmediato, dejó de asistir a clase y en el segundo trimestre borró cualquier mención del tiempo que había pasado allí cuando echó la matrícula para la Universidad de Utah, donde consiguió pasar un año antes de que lo arrestasen y lo acusasen del secuestro y el intento de asesinato de Anne Biers. Y eso había ocurrido hace tres años; así que había sido convicto el doble de tiempo del que había sido estudiante de Derecho.

—Casi preferiría que fuera el Acusado quien te tomara declaración —dijo mi padre completamente en serio—. Dudo mucho que la Facultad de Derecho de Shorebird sea una de las mejores en la profesión legal.

Quise que me tragara la tierra y me centré en echar limón a las ostras, dándole a Brian un momento para que se recuperara; estaba de color rosa chicle.

—No, papá —empecé a decir mientras le acercaba el plato de ostras y hacía un gesto para que fuera el primero en coger—, Shorebird es el nombre de la facultad a la que vamos a ir Brian y yo en otoño. El Acusado fue a una escuela que se llama Tacoma Narrows.

Mi padre frotó rábano en una ostra como si no se hubiera dado cuenta de la ofensa que acababa de provocar, pero yo sabía que no era así. Mi padre se esforzaba muchísimo en parecer una persona tranquila y despreocupada, pero era una táctica que ocultaba su actitud meticulosa. Su comentario había sido deliberado, un ataque a Brian con el que pretendía recordarle que a su hija la habían admitido en la Universidad de Columbia, pero a él no.

—Esos nombres acuáticos… —dijo mi padre mientras se llevaba la amplia concha al labio inferior, la inclinaba y masticaba antes de tragar—, es difícil no equivocarse. —Y empujó el plato en dirección a Brian como ofrenda de paz.

—Gracias, señor —respondió este en voz baja.

Mi padre hizo un gesto al camarero para que se acercara y pidió otra ronda de bebidas, tras lo cual insistió en que todos pidiéramos el bistec a pesar de que sabía que Brian prefería el solomillo.

—Papá, me gustaría hacerte unas preguntas —le dije cuando el camarero se fue.

Mi padre se acercó el tenedor a la sien y lo giró frente a su pelo rubio, cada vez más escaso, como si hubiera puesto en marcha su cerebro: «Tú dirás». Me reí un poco, que es lo que él estaba buscando.

Yo había asistido a clase de Debate y Retórica en mi primer curso y nos habían hablado de un concepto llamado «valores procesales». En una sociedad gobernada por la ley, podías apoyar en estos valores un argumento ganador. Aunque un resultado legal pudiera no parecer obvio, justo o lógico, podías demostrar que el proceso para llegar a él lo había sido. Junté las manos en el regazo y me esforcé para que se me oyera bien:

—¿No te parece que, si el estado va a utilizar los impuestos de los ciudadanos para extraditar a alguien, acusarle y juzgarle, no debería permitirse lo que ha pasado? A la persona habría que castigarla por haber escapado. Nuestro sistema reconoce que huir es una ofensa criminal en sí misma.

—No todos los países penalizan la huida —señaló mi padre.

Asentí entusiasmada. Me encantaba cuando hacíamos eso, cuando construíamos un caso juntos.

—Pero el nuestro sí, y parte de la penalización implica aumentar la seguridad en torno a un prisionero que ha escapado cuando vuelven a capturarlo, normalmente llevando al preso a una cárcel de mayor seguridad.

—Claro, y si no hay una cárcel de mayor seguridad disponible, el juez puede decretar medidas como que lo mantengan vigilado veinticuatro horas del día.

Llegó nuestra comida y preparé el resto de mi argumentación mientras el camarero repartía aquellos tres platos idénticos. Mi padre había sido abogado civil durante quince años antes de pasar al consejo. Solo tendría conocimientos vagos de Derecho Criminal, por lo que el hecho de que aún recordara información así hablaba muy bien de él. El argumento más claro es siempre el que confía en el conocimiento latente que la gente corriente tiene de nuestro sistema.

—Al Acusado lo encarcelaron, apropiadamente, en una cárcel de nivel 3 de Utah por lo del secuestro de Anne Biers —continué una vez el camarero se había ido—. El fiscal de Colorado llegó y lo extraditó a una cárcel de nivel 1 de Aspen, que es el nivel menos restrictivo...

—¿Me pasas el pan, Pamela? —me pidió Brian.

Le pasé el pan e intenté recordar qué estaba diciendo.

—El nivel 1 se considera de seguridad mínima. Alguien a quien han condenado por secuestro con agravantes y por asesinato en primer grado debería estar, sin duda, en una cárcel más restrictiva. Como poco, no deberían permitirle ir de un lado para el otro sin esposas y sin supervisión, que es como escapó la primera vez. Cabría pensar que Colorado habría aprendido la lección y le habría impuesto restricciones mayores. No obstante, lo enviaron a otra cárcel de nivel 1 y no hicieron caso de la orden del juez de que lo mantuvieran vigilado las veinticuatro...

—¿Me pasas la mantequilla? —Brian de nuevo.

Le pasé la mantequilla.

—... horas del día —terminé—. A mi entender, es suficiente para interponer una demanda.

Mi padre cortó su patata cocida por la mitad y esperó a que dejara de humear.

—¿Y por qué los demandarías?

—Por provocación negligente de peligro emocional contra el Departamento de Correccionales de Colorado. Los testigos y la gente de a pie pueden demandar por angustia emocional si presencian algo horrible. Yo diría que este caso cumple los parámetros.

Mi padre enarcó las cejas.

—Esto tendría que haber terminado en Colorado. Dos adultas y una niña han muerto por su negligencia. Cuando una de las hermanas de la Casa viola las normas de la organización, mi trabajo consiste en hacer que se responsabilice de sus actos. ¿En qué se diferencia esto? Además, una demanda me da la oportunidad de pedir las pruebas de las que nos habló el agente de policía de Colorado, lo que sea que conecte al Acusado con los crímenes de los otros estados. Hay familias desesperadas por obtener respuestas acerca de lo que les ha sucedido a sus seres queridos. Yo podría ayudarles a que consiguieran consuelo. —Me callé y pinché las espinacas de mi plato. Quería saber lo que opinaba mi padre.

—Sería difícil ganar ese caso —dijo por fin—. Hay que demostrar muchos pasos.

Brian asintió vehementemente. Se estaba comiendo solo el borde quemado de la carne, y en su plato parecía que hubiera un disco de hockey de color rosa por el centro. Me constaba que le gustaba la carne muy hecha.

—Eso mismo le dije yo —comentó pomposo.

Me giré hacia él con la paciencia reducida a algo arrojadizo y

peligroso.

—En realidad, lo que dijiste no se parece en nada a eso. Tú me dijiste que me hiciera a un lado y que dejara que la policía hiciera su trabajo, porque, hasta el momento, su labor de investigación había sido estupenda. ¿Qué más dijiste…? ¡Ah, sí!, que Tina me había lavado el cerebro.

—¡¿Alguien ha sido capaz de lavarle el cerebro a Pamela Schumacher?! —Mi padre pinchó un pedazo del bistec y se lo llevó a la boca mientras se reía. Eso no se lo creería hasta que lo viera.

Brian pasó del rosa al rojo tomate.

—Para que lo sepa, señor…

—Llámame Bill.

—Bill. Para que usted lo sepa, estoy un poco preocupado por todo el interés que esa mujer está mostrando en su hija. La mujer en cuestión mantenía una relación lésbica con una de las víctimas. Bueno, supuesta víctima.

Mi padre nos miró a Brian y a mí sin dejar de masticar.

—¿Mantienes tú una relación lésbica con esa mujer, Pamela?

—No, papá, en absoluto.

—En ese caso, no me preocupa. ¿Sabes lo que me preocupa, Brian?

Brian lo miró insolentemente.

—Que esa es una de las mejores carnes al norte de la calle Catorce. Come.

Por alguna razón, giré a la derecha cuando salí del restaurante. A la derecha estaba la parte alta de la ciudad, lejos de la Penn Station. Brian me seguía en silencio, nervioso, y no se percató hasta unas pocas manzanas después.

—Oye —me dijo mientras me tocaba el brazo como para que me detuviera—, que vamos en dirección contraria.

Me di cuenta de que yo, al menos, no iba en dirección contraria. Yo iba a la calle Sesenta y seis, a coger el autobús que cruzaba la ciudad y, después, cogería un tren hasta la calle Ciento dieciséis, que era donde me aguardaba la santidad del campus de Columbia.

—Voy a ir a Columbia —le dije mientras me sacudía su mano.

Brian miró calle arriba y comentó:

—Pero eso está muy lejos, ¿no?

—Me refiero a estudiar. El curso que viene. —Y me giré hacia él.

Los peatones pasaban por nuestro lado a toda prisa como cabras

con la cabeza baja, musitando obscenidades cuando se veían obligados a rodearnos. Puse mis palmas en el pecho de Brian, amablemente pero con firmeza, y lo moví conmigo hacia el bordillo de la acera.

—Creo que es una gran idea —me dijo con suavidad, apoyándome—. Cursemos el primer año en Shorebird y, después, volvemos a pedir que nos admitan en Columbia. Lo verán como un compromiso, que volvamos a pedir la admisión, y puede que, en esta ocasión, tu padre también pueda mover algunos hilos por mí.

Lo miré. No le entendía.

—¿A qué te refieres? ¿Qué hilos quieres que mueva? Él fue a Rutgers.

—Sí, bueno, pero... —Brian puso una cara como pidiéndome por favor que no le obligara a decirlo.

—Pero ¿qué?

—Que saben quién es.

—Mi padre ha tenido éxito, sí, pero esto es Nueva York. Te lo aseguro, mi padre no está en el radar de nadie.

Brian sonrió de medio lado.

—Si tú lo dices...

De pronto sentí un gran desprecio por él.

—Tengo una nota media de cuatro coma dos. Soy la presidenta de la sororidad más importante del campus y soy una de las tres becarias mujeres de los treinta becarios congresuales que hay. Saqué un noventa y cinco por ciento en la admisión...

—¡Por Dios, sí, ya lo sé!

Mantuve un tono de voz calmado:

—De hecho, no, no lo sabes. Me he obligado a no decirte mis resultados porque no quería que te sintieras mal.

Nos quedamos mirando la acera, como si ninguno de los dos quisiera admitir lo que estaba pasando. Conocíamos a varias parejas que habían cortado y habían vuelto —enjuagar y repetir la operación—, pero no era nuestro caso. No sabíamos cómo actuaría el otro en una situación así. Me di cuenta de que estaba allí, junto al bordillo, con un completo extraño.

Un hombre que pasó por nuestro lado escupió algo verde y gelatinoso en la acera. Un coche pitó, luego otro, como lobos que aullaban a los miembros de su manada, comunicándose dónde se encontraba la presa.

—¿Es aquí donde quieres pasar los siguientes tres años de tu vida? —Brian hizo un gesto como si no pudiera creérselo.

Me dio la sensación de que toda la Tercera Avenida me estaba animando impacientemente. ¿Por qué había tardado tanto en ir? Y, ahora que ya estaba allí, ¿podía darme prisa, joder?

Me faltó tiempo para responderle que sí.

RUTH

ISSAQUAH
VERANO DE 1974

Me preparé para la cena igual que me había preparado para el examen de conducir, estudiando el número de julio de *Cuidando bien de tu casa* como si fuera el manual de conducción de la DGT de Washington y, después, poniéndome al volante y practicando con unos dieciocho pollos enteros hasta que di con la temperatura y el tiempo de horno exactos. Serviría la proteína junto con zanahorias púrpura y patatitas con mantequilla y una ensalada de lechuga con nueces de California. Y, si no las encontrabas de California, en la revista ponía que con las importadas valía. Sin embargo, yo era de las que pensaban que no había que ahorrar en este tipo de cosas.

El Nature's Mart era una estructura de ladrillos rojos, más o menos del tamaño de la tienda de comestibles de Clyde Hill, que tenía todo tipo de misteriosa «comida sana». Aún no habían quitado el conejo de Pascua del tejado ni los ingeniosos cartelitos de los precios con forma de huevo. Antes de que Allen, mi sobrino, se volviera tan cruel, solíamos teñir huevos en la bañera y esconderlos por la casa para los niños más pequeños del vecindario. Me pregunté si se habría sentido decepcionado al ver que no había participado con ellos en la Pascua de ese año, o si recordaba siquiera que antes le caía bien. Cogí una cesta y le pregunté al cajero en qué pasillo estaban las nueces. El hombre tenía una barba larga y llevaba turbante.

—En el pasillo tres, cariño —me respondió y, no sé por qué, pero hubo algo en la manera en que me llamó «cariño» que me dio ganas de llorar.

Vaya, pero ¿quién iba a saber que había tantos tipos de frutos secos? A ver, sabía que existían los anacardos y los cacahuetes, pero no tenía ni idea de que hubiera nueces de Brasil o semillas de calabaza. Encontré tres variedades de las nueces que buscaba en la balda de abajo y me acuclillé para leer las etiquetas. Estaba intentando determinar qué nueces venían de California y cuáles eran importadas cuando oí que alguien decía mi nombre. Levanté la vista y

vi a mi cuñada. Estaba acunando a saltitos a la nueva bebé en la cadera —esa a la que le hacía la comida de cero— y empujaba un carrito lleno de frutas y verduras ecológicas. Para lo sano que comía, no tenía muy buen aspecto. Rebecca tenía ojeras y las raíces encrespadas y sin teñir. Cuando me levanté, me miró de arriba abajo —los zapatos de cuero a juego con el bolso de cuero, las perlas de agua dulce de mis orejas...— y se pasó la niña a la otra cadera, de manera que no se le viera una mancha vieja que tenía en la vieja camiseta.

—Ruth... —empezó a decir con una sonrisa—, ¡casi no te he reconocido!

Tina guardó la lechuga en la nevera y comentó fatídicamente:

—Así que ahora somos trece...

Yo saqué la lechuga de la nevera y la puse a remojo con agua fría, tal y como me había recomendado que hiciera el cajero nada más llegar a casa.

—Tendrías que haber visto qué cara ha puesto cuando le he dicho lo de la fiesta. Ha sido como... —Vi aquel mechón de pelo, el que siempre se llevaba a la boca—, como nostalgia sin adulterar.

Tina me rodeó y fue a la caja en la que guardaba el correo, lo ojeó y, en un momento dado, me tendió un sobre.

—Esta es para ti.

Vi el nombre y la dirección de mi madre en la esquina superior izquierda. Abrí la carta y respiré hondo. Era la invitación a la ceremonia para poner el nombre de mi padre a un jardín del Colegio Católico de Issaquah. Abajo del todo había una nota manuscrita: «Tu padre querría que fueras».

Tina se sentó en la encimera, cogió una manzana y le dio un mordisco a la espera de que le explicara por qué me estaba costando respirar.

—Es eso de lo que te hablé —le dije antes de mostrarle la invitación—. Lo de la ceremonia en honor a mi padre.

—No vayas —me dijo Tina lisa y llanamente antes de coger la invitación y dejarla en la encimera sin leerla siquiera.

Hubo algo que me molestó en su desdén.

—Pero si ni siquiera la has mirado.

—¿Y para qué la has mirado tú? Solo va a servir para que te den ganas de ir.

—Pues quiero ir.

—¿Por qué?

—Porque allí debería haber alguien que le quisiera de verdad.

—Hay otras maneras de honrar a tu padre.

Abrí la bolsa de nueces de California y le di un mordisco a una. No sabía qué era lo que las hacía tan especiales. Sabían como cualquier otra nuez: crujientes y sosas.

Tina tenía un vestido de tubo de seda de color azul hielo con plumas de color azul más oscuro en las mangas. Me parecía que había conseguido esconder mi admiración por él —era una de esas prendas maravillosas que solo veías en las revistas o, desde luego, en ningún sitio del estado de Washington—, pero Tina me sugirió que me lo pusiera para la cena. Le recordé que estaba asando un pollo y que era muy fácil que lo manchara de grasa cuando me lo pusiera por la cabeza. En cuanto me lo probé, nos quedamos frente al espejo de cuerpo entero y nos miramos.

—Pareces una reina de las nieves salida de una de esas historias de Tolkien —me dijo.

En la percha, el vestido no parecía ni la mitad de iridiscente que enmarcado por mi piel blanca y mi cabello negro. Me hacía los ojos más azules que nunca. Tuve la tentación de devolverlo a la percha. No estaba segura de que fuera a ser capaz de sentirme tan guapa durante más de cinco minutos…, pero en ese momento sonó el timbre y me di cuenta de que era demasiado tarde para cambiarme.

Cuando abrí la puerta y me encontré a Frances con un pantalón ancho marrón y un jersey de cuello vuelto y a una mujer que debía de medir dos metros con el pelo gris y hasta la cintura —enseguida me di cuenta de que era Irene, la pareja de Frances—, me sentí ridícula.

—Voy a cambiarme —comenté, pero todas me pidieron que no lo hiciera.

—Espera, espera —me dijo Tina, que salió corriendo escaleras arriba mientras Frances, Irene y yo nos quedábamos allí abajo, sin hablar, como si estuviéramos jugando a estatuas y nos hubieran tocado en la espalda a las tres. Cuando volvió, se había quitado su minivestido y las botas hasta las rodillas y se había puesto un vestido largo de satén plateado. Daba la impresión de que fuera a una ceremonia de premios en Hollywood y estuviera convencida de que iba a ganar.

—Al fin y al cabo, ambas somos anfitrionas —dijo.

—Estáis divinas —comentó Frances.

Fui relajándome a medida que las demás iban llegando, cosa que hicieron como por goteo. Todas se habían puesto elegantes, pero no podían competir con mis mangas de plumas, ni con el azul de mi piel —mi piel—. Me acariciaban la mejilla e incluso llegué a oír la palabra «porcelana». No podía creer que aquella fuera, por fin, mi vida.

Llevamos las bebidas al salón, que es donde había servido el aperitivo: tostadas ovaladas con olivada, salmón con pepinillo y dátiles con beicon. Mi madre se habría reído si le hubiera servido algo de aquello.

—No os llenéis —comentó Tina en un momento dado con una sonrisa de orgullo—, que el pollo asado de Ruth es el mejor que habéis probado en la vida.

—¡Desde luego, huele de maravilla!

—Voy a ver cómo va —dije mientras me levantaba.

Abrí el ave pasándole un cuchillo entre el cuerpo y uno de los muslos e incliné la fuente y vi que los jugos salían rosados. Cuando sonó el timbre, sabía que era Rebecca; había contado las invitadas que había en el salón antes de venir a la cocina y me faltaba una.

—¡Ya voy yo! —gritó Tina.

Desde la cocina se oía su vestido de satén arrastrando por las baldosas. Luego, el chirrido de la puerta medieval de madera. El «hola» de Tina y la disculpa de mi cuñada, Tina diciéndole que no tenía nada por lo que disculparse, que le haríamos sitio. Por un momento pensé que había venido con mi hermano y me entró el pánico, pero entonces entraron en la cocina y vi que no se trataba sino del bebé percebe que le había salido en la cadera. Con el mechón en la boca mientras me saludaba.

—Quería haber salido antes, pero es que la niña no dejaba de llorar a menos que la cogiera yo —nos explicó.

—¿Me dejas probar? —preguntó Tina extendiendo los brazos.

Rebecca la miró con una expresión extraña.

—Es que no me gustaría que te manchara el vestido.

—Bah, no te preocupes. —Tina hablaba directamente a la bebé—. ¿A quién le importa un vestidito de nada, eh?

La bebé miraba a Tina como si no quisiera que se acercara, chupándose dos dedos. A regañadientes, Rebecca le pasó la niña.

Nadie gritó. Rebecca no sabía qué hacer con sus brazos ahora que estaban libres.

Tina metió la cara en el cuello de la bebé y respiró hondo. Le dijo:

—Deberíamos ponerte en una bandeja y servirte para cenar.

La bebé frunció el ceño, como si se estuviera planteando la posibilidad de que fuéramos capaces de hacerlo, y le puso aquellas manitas rosadas suyas en los labios a Tina como diciendo: «No, gracias».

Rebecca se quedó mirando cómo yo bañaba el pollo con su propio jugo.

—¿Has comprado el pollo en Nature's Mart? —me preguntó.

—En Pascale —respondí un poco altiva.

Pascale era una carnicería italiana que había en la Tercera. El pollo me había costado seis dólares más de lo que costaba en la tienda de comestibles.

—Al pollo de Nature's Mart lo alimentan solo con maíz —comentó Rebecca—. Es más sano que si se alimenta con trigo.

Por un instante deseé que mi madre estuviera allí, porque habría visto cómo miré a Rebecca. La maternidad la había convertido en una sabelotodo insufrible.

—En Italia alimentan a los pollos con trigo y este es el pollo más delicioso que he comido en mi vida —explicó Tina, que había conseguido que la bebé riera y estuviera embobada con ella jugando a que le quitaba la nariz y se la comía.

—Sí, bueno, en Italia —dijo Rebecca y se rio. Por una vez, alguien era más esnob que ella.

Dejé que me mirara de arriba abajo. El vestido. El pelo. La cara. Sentí que le molestaba lo que veía y tal vez incluso se sintiera un poco traicionada. Le dije que era un vestido de fiesta. Ella llevaba puesto el vestido negro de lana que había usado en el funeral de mi padre.

—Ven, que te presento a las demás —le dije y le señalé el camino hacia el salón.

Me dio la sensación de que Rebecca se relajaba junto al fuego con un vaso de ginebra. Las demás mostraron empatía hacia su situación y todas le ofrecieron consejos sobre cómo habían conseguido que sus hijos dejaran de estar pegados a ellas todo el día. Rebecca las escuchó y no las interrumpió hablando del éxito que había tenido con esto o con aquello en el caso de Allen. De hecho, ni siquiera mencionó a

Allen. Todas dieron por hecho que aquel bebé era el primero y ella no las sacó del error. Por fin se pasó el pelo por detrás de las orejas e incluso se rio con un chiste de Frances. No se me pasó por alto la forma en la que miraba a Irene, que estaba sentada muy pegada a Frances en el sofá. Su desaprobación irradiaba en oleadas.

Fuimos al comedor para disfrutar de la cena. Antes de sentarnos, Frances insistió en hacernos una foto a Tina y a mí con el maravilloso pollo. Las demás se pusieron detrás de ella en la puerta y coincidieron en lo bonita que iba a quedar la foto. Frances prometió enviarnos una copia en cuanto revelara el carrete.

Todas elogiaron la cena y querían saber cómo me habían quedado tan bien las patatas y si había rellenado el pollo con mantequilla. Unas y otras se turnaron para coger a la bebé y que Rebecca tuviera oportunidad de disfrutar de la cena. Para cuando llegó mi turno de sostener a mi sobrina, en el plato de Rebecca solo quedaban los huesos.

—Podrías dedicarte profesionalmente a la cocina, Ruth —dijo una de las mujeres.

Tina y yo nos miramos, cada una en un extremo de la mesa de madera de nudos. Habíamos estado hablando de mi objetivo de entrar en una escuela de cocina, pero primero quería terminar mis estudios.

Tina levantó la copa con una sonrisa pícara:

—De hecho, Ruth va a empezar a estudiar en una escuela de cocina.

Me di cuenta de que Frances también estaba sonriendo.

—Es el plan, sí —dije antes de que las chicas se emocionaran—, pero primero quiero acabar el bachillerato.

Tina movió la cabeza de lado a lado.

—A decir verdad..., he hablado con la escuela y no les importaría aceptarte sin el bachillerato si pasas el verano trabajando de aprendiz en la cocina de un restaurante.

Y Frances añadió:

—Y nosotras tenemos una amiga a la que le vendría bien tu ayuda.

Irene asintió y a Rebecca se le abrió la boca de par en par al oír aquel «nosotras».

Las chicas nos hicieron un millón de preguntas. Que si cuántos años de estudios eran; que si quería trabajar en un restaurante o si me había planteado abrir un servicio de comidas. Por lo visto, la prima de una de ellas estaba teniendo mucho éxito dando banquetes para bodas. Puede que ¡incluso abriera mi propio restaurante algún día!

El postre era una tarta de limón con una fina capa de chocolate entre la masa y el relleno. Las chicas gemían extasiadas, pero me di cuenta de que la bebé se estaba quedando dormida en brazos de Rebecca y que ella no había podido probar el postre.

—Si quieres, llévala a nuestro dormitorio —le dijo Tina.

Las palabras «nuestro dormitorio» me resultaron muy serias, pero no me pareció que nadie más les diera importancia. Todas estaban demasiado llenas, demasiado achispadas y demasiado contentas por mí.

—Es una casa muy grande —dije con toda la humildad que pude —, ya te acompaño yo.

Rebecca y yo quitamos los cojines del sofá para tumbarse, el que estaba junto a las ventanas en voladizo —que parecían cortar el monte Rainier y dejar solo su cabeza nevada—, y construimos un huequecito del tamaño de la niña en el suelo. Rebecca se balanceó sobre los talones y miró la habitación. En la habitación que compartía con mi hermano, no había espacio ni siquiera para una cómoda, y guardaban la ropa en el cuarto de la colada, que estaba en el pasillo.

Rebecca se fijó en una marca que había en una de las almohadas. La cama estaba hecha, pero Tina había saltado encima y se había puesto las manos detrás de la cabeza para ver cómo me probaba ropa para la fiesta. Al recordarla así, mirándome, deseé que todas se fueran de inmediato.

—¿Tú también duermes aquí?

Noté el corazón en la boca, con intenciones audaces en un primer momento. Tenía que darle una respuesta. Que lo hubiera preguntado significaba que, por alguna razón, consideraba que tenía que darle explicaciones. A ella. A todo el mundo. Levanté la barbilla y respondí:

—Sí.

Estaba preparada para recibir su desdén, pero, por el contrario, me quedé muy sorprendida cuando me cogió por la muñeca con cariño.

—¿Sabes, Ruth? Si estás intentando castigar a tu familia por cómo te ha tratado…, no te culparía lo más mínimo. —Se sentó con las piernas cruzadas y suspiró profundamente—. Hace tiempo que tendría que haberte dado las gracias. Estaba tan asustada en los primeros meses en que desapareciste… Me pasaba el día temiendo que alguien le contara a tu hermano lo nuestro. O a mis padres. Pero nadie lo hizo. Me libré. Pero tú… —Los ojos se le llenaron de brillantes lágrimas—,

tú sufriste… y lo siento mucho.

Sus palabras me conmovieron tanto que me quedé un momento sin poder hablar.

—Gracias —conseguí decirle por fin.

—Pero, Ruth —su tono era más duro ahora—, este comportamiento con Tina…, te va a hacer daño, psicológicamente.

—Ya no creo en eso —le respondí calmada y, de inmediato, aliviada, sentí como si me quitara un peso de encima, porque era verdad, ya no lo creía.

—¡A ver, Ruth! —Rebecca estaba exasperada—, ¡que yo estoy de tu lado, ¿eh?! De verdad. Y puede que parte de tu familia también lo estuviera si no te lo tomaras todo tan a la tremenda. Pero ¡mira lo que estás haciendo ahora! ¡Durmiendo con otra mujer en la misma cama! ¡Poniéndote su carísima ropa y actuando como la señora de la mansión! Esta vida no es normal. Y ¿para qué? Las cosas como son, tenías unos buenos padres. Te querían y te dieron una buena vida e intentaban hacer lo mejor para ti. Sabes que siempre te he defendido cuando tu madre te llama egoísta, pero a veces pienso que podría tener razón. —Su tono de voz destilaba santurronería y la bebé empezó a quejarse. Rebecca se llevó aquel bulto gritón al hombro con tal violencia que el cuello se le echó para atrás y se oyó un chasquido. Me llevé las manos a la boca. Durante unos instantes parecía que mi sobrina estuviera mareada, pero enseguida lanzó un chillido ensordecedor, a lo que su madre respondió con otro alarido, «¡Ya basta!», que hasta yo, una mujer hecha y derecha de veinticinco años, me asusté.

Cuando salió por la puerta, Rebecca giró en la dirección contraria y yo me quedé allí sentada, esperando a que se diera cuenta de su error cuando llegara al tocador, al final del pasillo. La bebé iluminaba cada habitación en la que entraba Rebecca, que por fin se rindió y dio media vuelta murmurando algo de que aquella casa era fea y parecía un laberinto. Luego, oí cómo, abajo, las demás intentaban convencerla para que se quedara, pero, lo que fuera que Rebecca les respondió, lo hizo con los mismos decibelios con los que mis padres me hablaron el día en que se enteraron de lo nuestro. Yo tan solo llegué a sentir sus pisadas, porque la puerta principal, hecha a medida, hizo temblar el marco y el suelo vibró y se reasentó bajo mis rodillas.

PAMELA

CIUDAD DE NUEVA YORK, 1979
DÍA 445

Ya llegaba al final de mi primer curso en la Facultad de Derecho de Columbia, yo, una mujer soltera con un corte de pelo atrevido y desafortunado. Después de romper con Brian el año pasado, había decidido que me había cansado de parecer una colegiala con las mejillas sonrosadas. Quería algo más maduro con lo que iniciar mi siguiente capítulo en la vida. El peluquero de mi madre había intentado convencerme para que no me cortara el pelo a capas —con esa barbilla redonda irlandesa—, pero yo le respondí, a mi pesar, que solo era pelo y que ya crecería. Tina me envió unos gorros de su extensa colección porque ella cada vez los necesitaba menos gracias a la magia que estaba haciendo el complejo vitamínico de Denise, y yo me escondía al fondo de las aulas, demasiado cohibida como para acercarme a alguien. Desde luego, no me atrevía a hablar con él, con el hombre con el que me casaría un tiempo más tarde y que se sentaba cuatro filas por delante de mí en Procedimientos Civiles.

A él no volvería a verlo en el campus después del primer curso. Mi marido es un pensador prudente, alguien a quien le gusta reflexionar, hablar las cosas, antes de llegar a la solución de un problema y consideraba que la Facultad de Derecho penalizaba aquella cualidad. El verano después de su primer curso, entró a trabajar en una agencia de talentos, revisando contratos para el departamento de teatro, y nunca lo dejó. Hoy en día representa a actores y directores ganadores del premio Tony y ha producido créditos en algunos de los espectáculos que más tiempo llevan representándose en Broadway. Si lees con atención los programas de sus producciones, verás mi nombre en la lista de agradecimientos debido a todas las veces que he vuelto a casa y le he aconsejado que adquiriera estos o aquellos derechos o que incluyera cláusulas de compensación de taquilla.

En 1987, cuando tenía treinta y un años, volví a Tallahassee para el funeral de Catherine McCall, la exalumna que nos había dejado pasar la noche en su casa el día después del ataque. Acababa de bajar

del avión cuando oí que alguien me llamaba elevando el tono de voz de esa manera en que se hace cuando la gente considera que se está equivocando, que quizá seas tú, pero que lo más probable es que no. Me di la vuelta y vi al chico de mi clase de Procedimientos Civiles, del que no se podía decir que fuera guapo —como Brian—, pero cuyos rasgos más prominentes —su nariz torcida y aquellos labios gruesos; sus ojos, oscuros y profundos— siempre habían hecho que me sonrojase bajo la visera de alguna de las gorras que me había dado Tina.

—No estaba seguro de que fueras tú —me dijo mientras levantaba una mano y la movía en círculos sobre su coronilla: «Tu pelo… ¡está normal!».

Había decidido olvidarme de las capas y llevar un corte recto a la altura de los hombros, que sabía que me quedaba bien. Me recogí el pelo detrás de la oreja y sonreí discretamente.

—Ese año fue complicado para mí.

Nos reímos y empezamos a caminar por la pequeña terminal que, unos años después, quedaría arrasada por un tornado mortífero, tras lo que volverían a construirla, más fuerte y más brillante que antes.

—¿Qué estás…? —empezamos a decir al mismo tiempo. Nos reímos y le hice un gesto para que él hablara primero.

—Por desgracia, vengo a un funeral. ¿Y tú?

Sentí un vuelco en el corazón.

—¿No será el de Catherine McCall, por casualidad?

David se detuvo y se volvió hacia mí, sorprendido. Mi marido se llama David.

—Pues sí… Es mi tía abuela.

Ese fin de semana, en la casa que alguna vez había sido tan extraña para mí como para el hombre con el que creía que me iba a casar, conocí al hombre con el que me casaría de verdad.

Pero antes de que tuviera lugar aquella encantadora reunión, antes de que mi padre me contara el chiste del abogado de divorcios que se casa —no sé qué de que, en el futuro, la boda podría considerarse tiempo facturable— mientras me llevaba hacia el altar y antes del complicado embarazo que tuvo como resultado una hija que me ayudó a que no fuera tan dura con mi madre, tuve que enfrentarme al juicio. Y el Acusado parecía decidido a hacer que durara tanto como fuera legalmente posible.

Recuerdo haber bajado por las escaleras de la Biblioteca Low en Columbia, uno de esos días frescos de abril de la Costa Este que más parecen de otoño que de primavera, cuando me encontré con otra estudiante de primer curso que tenía su habitación en el mismo pasillo que yo.

—¡Oh, Pamela —gritó sin detenerse—, han dejado un mensaje para ti en la residencia! ¡El tipo ha dicho que era importante!

Me giré y me protegí los ojos del sol de manera que parecía que la estuviera saludando.

—¡¿Recuerdas cómo se llamaba?! —le pregunté mientras se alejaba.

—¡Nosequé Pearl! —respondió a gritos antes de que las columnas jónicas se la tragaran.

Cuando llegué a la residencia, tenía el pelo de la nuca mojado por el sudor. Solo conocía a un hombre que se apellidara Pearl, pero él no solía llamar por asuntos importantes; cuando él llamaba, era por asuntos de vida o muerte.

—Soy Pamela Schumacher —le dije a la recepcionista de la oficina del abogado del estado de Tallahassee.

—Un momento, por favor.

Nerviosa, daba botecitos sobre las puntas de los pies mientras esperaba a que el abogado se pusiera al teléfono. Henry Pearl y yo no nos habíamos conocido en persona todavía, pero eso cambiaría pronto porque ya habíamos llegado a la fase de testimonio en el juicio del Acusado.

—Buenas tardes, Pamela —dijo el señor Pearl con tal brusquedad que de pronto sentí la boca seca.

—El mensaje decía que era importante.

—Tengo buenas y malas noticias. ¿Cuáles prefieres…?

—Las malas.

El señor Pearl tosió y se aclaró la garganta.

—He recibido noticias sobre tu declaración. Tendrá lugar dentro de dos semanas en la prisión del condado de Leon, lo que solo puede significar una cosa.

Que era el Acusado quien me iba a tomar declaración. Eso era lo único que podía querer decir; porque, por lo normal, las declaraciones las tomaban en un juzgado o en una oficina legal abogados licenciados que no habían golpeado y vejado a una decena de mujeres hasta matarlas. Sentí como si la antigua residencia de ladrillo de Amsterdam Avenue, donde me encontraba, se estuviera moviendo de un lado a

otro, percibí el pulso de sus cañerías y las vibraciones del nuevo LP de los Cars (alguien del piso de arriba lo escuchaba una y otra vez aquel trimestre de primavera).

—¿Significa eso que Farmer lo ha dejado?

—Esa es la buena noticia —respondió el señor Pearl con entusiasmo.

Resulta que el famoso Millard Farmer, de Atlanta, tenía una acusación federal por desacato, por lo que había tenido que presentar una petición especial para representar al Acusado en un juicio fuera de su estado y el señor Pearl me llamaba para decirme que el juez se la había denegado. El Acusado aceptaría y rechazaría el mismo equipo de defensores públicos hasta el día de la vista preliminar. La gente decía que se representaría a sí mismo como si fuera el único que se sentaba a su lado de la mesa, pero si eso llegara a suceder, no tendría nada de qué preocuparme; su propia arrogancia e ignorancia lo hundirían.

—Mira —empezó el señor Pearl—, no sé qué habrás oído sobre las capacidades legales del Acusado, pero te aseguro que no son para tanto. Estuve en el mismo alarde del que habla tu amigo el periodista y, sinceramente —se rio cínicamente—, me pregunto si estuvimos en la misma audiencia.

«El Acusado obtiene victorias judiciales», había sido el titular de Carl para el *Tallahassee Democrat,* al que yo debía de ser la única neoyorquina que estaba suscrita. Carl estaba en el juicio para cubrir la petición del Acusado de un aplazamiento, más luz en su celda y más horas de ejercicio. Al Acusado lo fotografiaron con una nalga en la mesa del abogado, vestido con un traje color tabaco y mirando sus notas mientras exponía sus argumentos. Carl había escrito que «parecía relajado y confiado, haciendo preguntas legales bien estructuradas con calma y ponderación». «El joven, bien vestido —había destacado Carl—, consiguió poner a la fiscalía contra las cuerdas».

Había llamado a Carl mientras aún leía su artículo, temblando ante la amenaza de las lágrimas y la rabia, y había sucumbido a lo uno y a lo otro al ver que no respondía. Colgué el teléfono de golpe una y otra vez como si fuera una mujer rechazada. Durante meses, Carl me había puesto innumerables excusas para justificar que no se publicara la historia de Colorado y, entonces, un día, dejó de responder a mis llamadas y a mis cartas.

—Me reuniré contigo en Florida —me dijo Tina cuando acabé de

hablar con el señor Pearl y la llamé a ella para contarle lo de la inminente declaración. Tina había vuelto a Seattle cuando me gradué en la UEF, más o menos cuando al Acusado lo imputaron por el asesinato de Kimberly Leach, una niña de doce años. Mi padre no dejaba de recordarme: «Aunque no puedan demostrar los asesinatos de Denise y de Robbie —las pruebas de nuestro caso eran prácticamente circunstanciales—, el estado lo ajusticiará por lo que le hizo a Kimberly Leach, de quien encontraron cabello y fibras, e incluso tierra del parque nacional en el que la asesinó, en el vehículo robado que conducía».

—¿Para qué? —le pregunté mientras me obligaba a sonreír a un grupo de compañeras de residencia que acababan de aparecer en el vestíbulo.

Una de ellas movió la boca exageradamente, en silencio, para preguntarme: «¿Vienes a comer?», pero le señalé el teléfono y negué con la cabeza. Tenía que atender esa llamada. Se encogió de hombros y aceleró el paso para alcanzar a las demás. Me quedé mirando cómo se marchaban con un pinchazo fuerte en el pecho. Ya llevaba ocho meses de mi primer curso en Columbia y no había salido con nadie. Aunque, si alguien me preguntara si había hecho amigos, podría responder que sí; al fin y al cabo, técnicamente, mi padre era un nuevo amigo. Yo estaba atrapada en toda esa locura del juicio y él era el único dispuesto a hablar conmigo del tema una y otra vez. Estaba enfadada. Estaba enfadada porque había pasado un año desde que había cogido en brazos a mi mejor amiga, que se estaba muriendo, y le había insistido en que despertara y se vistiera, y el asunto aún no tenía visos de acabar.

—¡Para que vayamos a llamar a la puerta de Carl —me gritó Tina como si la respuesta fuera evidente— y le pidamos que deje de escribir tantas chorradas y de envenenar a la gente! ¡Le recordaremos que dijo que habría que quemar al tipo que le había hecho eso a Denise!

«El Acusado no saldrá vivo de Florida», me aseguraba mi padre una y otra vez. La cuestión era que, cuando lo frieran, quería que fuera por lo que había hecho bajo mi techo.

El estado de Florida me pagó el viaje, la estancia y tres días de dietas. Les costó más financiar el encuentro cara a cara con el hombre que había violado a mi mejor amiga con un aerosol para el pelo que lo que

habría costado cubrir los daños que infligió el Acusado en la Casa. Al final, las exalumnas se encargaron de los gastos, pero era ultrajante que tuvieran que hacerlo porque Denise hubiera mantenido una relación íntima con un hombre que había sido levemente sospechoso de haberle hecho daño.

Tina cogió una habitación junto a la mía, pero acabó usándola solo para ducharse. Por aquel entonces, la mayoría de las habitaciones de hotel tenían dos camas y pasamos esas noches despiertas hasta tarde, con el reloj digital de la mesita que había entre las dos camas iluminando el tiempo con aquel anticuado verde fosforescente, hablando hasta que nos quedábamos dormidas.

La primera mañana que pasamos en Tallahassee nos despertamos temprano y llegamos a casa de Carl antes de que saliera para ir al trabajo. Tina llamó a la puerta con los nudillos, me miró y me preguntó:

—¿Estás lista?

Yo aún estaba asintiendo cuando Carl abrió la puerta.

—Pamela —Se había quedado blanco. Sé que provoco ese efecto en la gente—. ¿Q-qué estás haciendo aquí? Y... ¿y cómo sabes dónde vivo?

Le miré como si no le comprendiera.

—Me diste tu dirección para que nos carteáramos. Algo que, no obstante, solo uno de nosotros sigue haciendo hoy en día.

—Sí, ya... —Se puso bien el pelo, que aún tenía húmedo de la ducha—. He estado muy ocupado. Lo siento mucho.

—He venido a la ciudad para la declaración y he pensado en pasarme a saludar, a ver qué tal iba la historia de Colorado.

—¿Podemos entrar un momento? —le preguntó Tina.

Carl miró por encima de su hombro como si tuviera algo que esconder.

—Pues..., es que tengo la casa hecha una zorrera.

—No vamos a juzgarte —le aseguró Tina.

«Habla por ti misma», pensé.

—Eh, claro. Dadme un minuto. —Y nos cerró la puerta en las narices.

Me volví hacia Tina. El pelo que le estaba creciendo —vete tú a saber por qué razón— no era liso, como el resto, aunque tampoco es que fuera rizado —me di cuenta de que era ondulado cuando el estilo se convirtió en tendencia la década siguiente—. Para el resto de su vida, Tina tendría dos mechones rebeldes, uno a cada lado de la

cabeza, como si fuera una mofeta electrocutada.

—No parece culpable —comentó con sorna.

—En absoluto.

Estuvimos esperando frente a la puerta varios minutos, como si fuéramos evangelistas, levantando la mano y saludando como tontas a una vecina que le estaba dando el paseo matutino a su perro. El animal era uno de esos perros familiares arquetípicamente perfectos, dorado y sonriente. Me quedé mirando mientras el animal giraba de pronto a la izquierda y entraba en el jardín de Carl, donde se agachó y depositó un excremento líquido junto a una azalea. Estuve a punto de decirle a la vecina que no se preocupara por recogerlo cuando una mujer en un descapotable blanco entró en el camino de entrada de Carl y se bajó del coche. La vecina y la conductora se saludaron y algo hablaron del perro, que se le subió a los muslos a la conductora y le ladró, como si la hubiera echado muchísimo de menos.

La mujer cruzó el jardín quitándose pelo de perro de la ropa y nos sonrió.

—¿Hola? —Tendría unos diez años más que Carl y no los llevaba bien (puede que eso no lo pensara sino mi yo competitivo).

—Somos amigas de Carl. —Tina se mostró un tanto brusca.

La mujer se limpió los zapatos en el felpudo y abrió la puerta al tiempo que gritaba:

—¡Carl! ¡Tienes visita!

Dejó la puerta abierta para que pasáramos. Tina me cogió del brazo y me hizo entrar con ella justo cuando Carl bajaba trotando por las escaleras. La casa era más bien pequeña, pero estaba decorada con cariño, y a pesar de que los cojines del sofá necesitaban que los ahuecaran y de que había varios pares de zapatos en un montón junto al perchero, la casa no estaba hecha ninguna zorrera, ni siquiera para mis estándares.

—¡Ah, sí! ¡Sí! —Carl estaba muy nervioso—. ¡Hola, Lynette! —saludó a la mujer mientras se cruzaban en las escaleras.

El intercambio me dejó confundida. Su comportamiento no parecía en absoluto romántico, pero estaba claro que vivían juntos o, de lo contrario, ella no se sentiría cómoda subiendo las escaleras sin que alguien de la casa la acompañase. ¿Serían compañeros de piso? ¿Sería su hermana?

—Hay café—comentó Carl, claramente queriendo evitar el tema de Lynette. No obstante, tenía tantas preguntas que hacerle que sabía que debía elegir mis batallas y, desde luego, la de Lynette no merecía la

pena lucharla.

—Estupendo —respondió Tina.

Lo seguimos a la cocina, en la que, por una puerta corredera de cristal —que sería muy fácil romper—, entraba un sol que la calentaba. Me quedé mirando la puerta de cristal, irritada en silencio porque, a pesar de nuestra discrepancia en cuestión de niveles de amenaza, Carl podía escribir las necedades aduladoras que escribía porque no llamaba la atención.

—¿Leche? ¿Azúcar? —nos preguntó con la nevera abierta.

—Azúcar —respondí yo.

—Yo lo quiero solo —dijo Tina.

Carl dejó una caja abollada de azúcar blanco sobre la mesa de la cocina y nos sirvió una taza de café a ambas. Estaba frío. Además de ser un traidor, era un mal anfitrión. Fue aquello último lo que me desató.

—¿Qué está pasando, Carl? —le pregunté directamente—. No respondes a mis llamadas, hace tiempo que no contestas a mis cartas... y lo que estás escribiendo de él... Creía que los periodistas teníais que ser imparciales.

Carl devolvió la jarra a la cafetera y me miró poco a poco.

—¿No te parece irónico, Pamela, que seas tú la que me acusa de no ser imparcial? —Me lo dijo en un tono condescendiente que hizo que me dieran ganas de tirarle el café a la cara.

—Has escrito que estaba estudiando Derecho en una facultad —le respondí a bote pronto. No necesitaba gritarle, ni siquiera necesitaba levantar la voz, eran los hechos los que hablaban desgarradoramente —, pero ¿en cuál? —Puse los ojos como platos. Aquella no era una pregunta retórica, buscaba que me diera una respuesta.

—Tendría que consultar mis notas.

Tina bufó como si Carl hubiera contado un chiste malo.

—Te ahorraré la molestia, Carl —le solté—, lo que estaba haciendo era coleccionar cheques del paro y robar alfombras antiguas de hoteles de lujo.

Carl se encogió de hombros y puso tal cara de niño que se borró de golpe todo lo que había podido resultarme atractivo de él en el pasado.

—Incluso has dicho que es simpático y brillante —continué con ironía—, y que tiene una novia y muchos amigos que consideran que es inocente, pero fue su novia la que llamó a Atención Ciudadana para denunciarlo. —Hice una pausa por si tenía respuesta a aquello,

aunque sabía que era imposible que la tuviera. Su cara estaba de color rosa bebé en cuanto llegué a la argumentación indiscutible—: Si este es el camino que vas a seguir, pintándolo como una especie de tiburón legal, por lo menos habla con tu asesor de imagen, porque se considera irrespetuoso dirigirse al juez sentado en la mesa del abogado.

Tina añadió con desdén:

—He llamado a tu editor, Carl. Dice que el artículo de Colorado lo retiraste tú mismo. Que le dijiste no sé qué chorrada de que, a decir verdad, tampoco había mucho que contar.

Carl no lo negó, lo que lo confirmaba todo.

—Ya me perdonaréis —empezó a replicar—, pero ¿estáis conmigo en el juzgado, viendo lo que yo veo día tras día? ¿Habéis hablado con sus amigos o con su familia? ¿Habéis hablado con...? ¡Bah, dejadlo! —dijo enfadado—. No tengo por qué daros explicaciones.

Ahogué un grito:

—¡¿Estás hablando con él?! —Eso era lo que acababa de callarse, estaba segura.

—Hemos intercambiado unas cuantas cartas, sí.

Tina se quedó mirándolo como si fuera la persona más repugnante con la que había compartido oxígeno.

—Dijiste que había que quemar a la persona que le había hecho aquello a Denise —le recordé.

Las lágrimas me nublaban la visión. Había confiado en él y me sentía avergonzada de que no hubiera servido para nada. Ojos verdes. Un bonito artículo en el periódico sobre Denise. Carl agachó la cabeza, barrió unas migas del desayuno y las tiró a la basura. Luego, limpió la encimera con un trapo húmedo. Entendí perfectamente eso de que limpiara para no dar la cara, porque yo también lo había hecho en alguna ocasión.

—¡La violó con un espray! —le grité consciente de que Carl había decidido no prestar atención a la realidad, a la verdad.

Quería que todos lo supieran, empezando por Lynette, la mujer que habíamos visto paseando al perro, los vecinos de la casa de la derecha, los de la casa de la izquierda..., todos, que Carl carecía de dignidad..., que carecía de humanidad.

Carl se acurrucó detrás de la encimera y se limitó a responder:

—Este caso está recibiendo atención nacional... y todo está pasando aquí, en mi patio trasero. Un editor me ha dicho que está interesado en publicar un libro... Es que... esto es lo que quiere leer la

gente, Pamela.

De pronto lo vi clarísimo, el ejemplar de *Helter Skelter* en su petate, que había acabado por error en mi habitación durante el viaje a Colorado. El libro se había convertido en toda una sensación gracias a que el autor era un fiscal con acceso de primera mano al caso. El café frío se me cortó en el estómago. Carl llevaba planeando aquello desde el principio.

La mujer, Lynette, estaba en el umbral de la puerta de la cocina. Vio mi expresión de angustia, la preocupación con la que me miraba Tina, y sus rasgos se suavizaron, empatizando conmigo.

—Lo siento —dijo como si lo sintiera de verdad—. Eh..., Carl..., pregunta por ti. En otra situación le habría dicho que te has ido a trabajar..., pero es que ha oído las voces y está algo nervioso.

—Enseguida subo, Lynette —le respondió Carl seco.

La mujer volvió a las escaleras mientras Carl permanecía inmóvil, con la cabeza gacha y el pelo entre los ojos.

—Mi padre... no está bien y tengo que cuidarlo, ocuparme de la casa, de las facturas. Lo siento —dijo, levantando la cabeza y mirándome por fin, como si el hecho de que su padre estuviera enfermo justificara lo que estaba haciendo—. Lo siento, de verdad..., pero es que la gente está fascinada con él. ¿Qué queríais que hiciera?

—Vete al infierno —le dijo Tina cruelmente antes de cogerme del brazo y sacarme de allí.

En el coche, Tina se quedó mirando cómo metí la llave en el arranque, como si lo estuviera apuñalando. Por fin conseguí meter una de las marchas y a punto estuve de pasar por encima del buzón de Carl cuando pisé el acelerador y resultó que había puesto la marcha atrás.

—¡Que te jodan! —exploté, golpeando la palanca de cambios.

—Sal, no deberías conducir en ese estado —me advirtió Tina.

Me quité el cinturón de seguridad y nos cambiamos de sitio cruzándonos por delante del coche. Tina arrancó, dio marcha atrás y derribó el buzón de Carl antes de salir de allí a una velocidad relajada, como si estuviéramos dando un paseo.

No mucho después, Carl se aseguraría la entrevista en exclusiva con el Acusado, que solo le interesaba a él, y unos años más tarde, publicaría una novela basada en hechos reales que no vendió mal. Esta se adaptó a una película de televisión decente, de esas que se transmiten entre semana, y a una producción de muy baja calidad, de

las que se estrenan directamente en el videoclub. Hubo otros libros mejores que también adaptaron a películas mejores, con actores mejores. Alguna vez, a lo largo de los años, pillé a Carl en alguna de esas horas oscuras de alguno de esos programas matutinos de entrevistas, vendiendo una nueva edición de su libro que, supuestamente, contenía material nuevo y explosivo. Carl siempre tuvo esa pinta de ser el tipo al que llama el editor porque no ha sido capaz de conseguir al que escribe los superventas. Aun así, Tina y yo leímos y vimos todo lo que hacía porque albergábamos la esperanza de que diera alguna pista sobre las desapariciones en el lago Sammamish. Sin embargo, Carl no sabía nada al respecto. Nadie sabía nada. Al final, después de haber visto aplastadas sus esperanzas demasiadas veces, Tina se impuso una moratoria para todo lo relacionado con Carl y el lago Sammamish. Jamás iba a saber lo que había sucedido y necesitaba aceptarlo para poder pasar el duelo y seguir adelante con algo que se pareciera a una vida.

Así, cuando la carta apareció en mi buzón —«Puede que tú no me recuerdes, pero yo nunca te he olvidado»—, no se la enseñé a Tina. Iba a mantenerla como información reservada hasta que pudiera asegurarle que era hora de volver a tener esperanza.

12 de febrero de 2021

Querida Pamela:

Puede que tú no me recuerdes, pero yo nunca te he olvidado, ni he olvidado la noche de hace cuarenta y tres años en la que llamé a la Casa para ofrecerte toda la ayuda que estuviera en mi mano. No me sorprendería que tu cerebro hubiera sobrescrito mi recuerdo, porque eso es lo que hacen los cerebros sanos ante situaciones traumáticas o estresantes. Lo sé porque trabajo en el campo de los trastornos de memoria.

Te escribo con lo que podría ser información importante o, vete tú a saber, la confusión de un hombre que sufre una enfermedad neurodegenerativa. En 2017, el periodista Carl Wallace vino a verme cuando estaba aún en las primeras etapas de su demencia. La enfermedad ha avanzado considerablemente desde entonces y, como quizá sepas, una respuesta común al deterioro de la memoria es la paranoia. Carl ha empezado a acusarme, cada vez de forma más agresiva, de ser tú. Cree que te estás haciendo pasar por su doctora porque estamos conchabadas para robarle su investigación. Alterna las amenazas de muerte contra mi persona con ataques de pánico, convencido de que soy yo la que está intentando matarle. Al principio de nuestro tratamiento compartí con él que era exalumna de la sororidad sobre la que iba su novela. Supongo que por eso ha acabado confundiéndome contigo.

Cuando un paciente está desorientado, es mejor no corregirle, porque eso solo exacerbará su desorientación. A medida que la ilusión de Carl ha ido manifestándose a lo largo de los últimos meses, ha ido saliendo a la luz parte de la historia. ¿Cuánto es realidad? Es imposible saberlo, pero, por si acaso algo de esto significa algo para ti, te lo voy a contar:

En los años ochenta, cuando Carl estaba en la etapa final de la edición de su libro, el

Gobierno le forzó a que le entregara parte de sus grabaciones del Acusado en la Prisión Estatal de Florida que, supuestamente, contenían la confesión de lo sucedido en el lago Sammamish. Los agentes aún tenían esperanzas de obtener cargos contra el Acusado y no querían que esta información se publicase, porque podría haber puesto en peligro la investigación. Como ya sabes, esto nunca dio frutos y yo no he podido verificar los detalles de lo que parece que hay en esas cintas. Al fin y al cabo, yo no sé qué preguntas hacerle, pero he pensado que cabe la posibilidad de que tú sí que lo sepas.

Pienso, igual que tú, que las familias de las otras víctimas deberían saber lo que les sucedió a sus seres queridos y sé que sigues en contacto con alguna de ellas. Te pido que vengas a la mayor brevedad posible para que hables con Carl antes de que sus recuerdos se pierdan irrevocablemente. Te he escrito porque no quiero que quede registro electrónico de esto; técnicamente no estoy violando el Acta de Responsabilidad y Privacidad de Información de Salud, pero también es cierto que me encuentro en una zona gris...

Te diría que espero que estés bien, pero sé que lo estás porque sigues enviando tus notas del capítulo a la revista de la comunidad año tras año. Eres una inspiración para mí.

Tu hermana por gusto,
Doctora Linda Donnelly, clase de 1967

RUTH

ISSAQUAH
VERANO DE 1974

La noche antes de la ceremonia en honor a mi padre, mi madre llamó a casa.

—Rebecca me dijo que se lo había pasado bien en tu fiesta. Fue todo un detalle que la invitaras, Ruth, y sé que a tu hermano también se lo pareció. Hace un tiempo que se siente terriblemente sola —siguió diciendo mi madre, descuartizándome poco a poco con la habilidad de un carnicero. Sabía muy bien que la palabra «sola» me llegaría al corazón y que me haría pensar en mi padre y en cómo habría tenido que sentirse antes de morir.

Cuando mi padre iba a la universidad, trabajaba un par de turnos a la semana de camarero en el salón georgiano del hotel Olympic. Una noche, cerca de la hora de cierre, llegó un cliente y se sentó a la barra, que estaba vacía. Mi padre siempre estaba agotado a esas horas —trabajar por la tarde noche teniendo que estudiar acaba pasándote factura—. Le sirvió al cliente el dedo de whisky de centeno que le había pedido con la esperanza de que lo apurara rápidamente, pero resultó que el cliente quería conversación, que primero versó sobre las cervezas de barril que tenían bajo la barra y, después, sobre los escoceses que tenían en la balda. Y luego quiso saber qué equipo seguía mi padre en las Series Mundiales, si los Cardinals o los Browns; y si a mi padre le parecía tan curioso como a él que ambos fueran de San Luis. Mi padre pensaba que lo estaba ocultando bien, su cansancio, su desinterés, pero, después de unos minutos de una conversación que no iba a ningún lado, el cliente se quedó en silencio y se concentró en acabar su bebida. Dejó unos billetes en la barra y, cuando se levantó para irse, dijo que viajaba mucho por trabajo, que hacía mucho tiempo que no paraba en casa y que lo único que había pretendido era mantener una conversación amistosa de apenas unos minutos.

Yo no debía de ser más mayor que Allen cuando mi padre me contó esta historia, lo que significa que llevo casi dos décadas

pensando en ese hombre y en cómo mi padre hirió sus sentimientos. La cara de aflicción de mi padre mientras recordaba lo sucedido aquella noche me enseñó una lección formativa: que el dolor de los demás importaba más que mi propio malestar.

—Ya lo siento —le dije y, desde la mesa de la cocina, donde Tina y yo habíamos estado intentando determinar qué le podía faltar a mi bullabesa, Tina me preguntó por lo bajo: «¿Qué sientes?».

Le di la espalda. No era justo, pero la culpaba por la voz de pena que mi madre tenía en aquel momento.

—Sé que has estado enfadada conmigo —me dijo mi madre, humillándose— y, desde luego, has tenido tiempo para pensar. —Soltó una risa tristona que hizo que se me desatara algo por dentro.

—Mamá... —dije con voz ronca.

—No, Ruth, escúchame. No quiero que estés a disgusto. No pasa nada porque te hayas mudado; porque no estés atada a C. J., como la pobre Martha, que nunca dejará de estarlo. Me alegro...

Pareció que se hubiera cortado la línea, pero yo sabía que era mi madre, que estaba intentándolo con todas sus fuerzas. Por lo visto, existe una respuesta biológica universal por parte de las madres primerizas al llanto de sus bebés, algo que activa las regiones protectoras primitivas del cerebro. Era probable que me lo hubiera contado Rebecca. Estaba segura de que algo similar me pasaba a mí cuando oía llorar a mis padres.

—Se me romperá el corazón si no vienes mañana —terminó diciendo mi madre con un tono de voz de completa rendición.

—¿Y qué pasa con C. J.? —Teniendo en cuenta cómo estaba con Tina, no iba a pasar porque tuviéramos que fingir que seguíamos casados.

—Martha se lo impide.

Valoré las opciones ahora que aquella condición había desaparecido de la ecuación. Tina y yo habíamos hablado sobre si debía ir o no, cada noche durante la última semana. Tina decía que, si no iba, me negaba a participar en el encubrimiento que mi familia hacía de mis supuestos crímenes. Decidí dar un importante primer paso, aunque no tenía ni idea de adónde iba a llevarme aquello.

—Lo siento, mamá, pero no sé de qué me va a servir.

—No sabes de qué te va a servir —repitió mi madre con un tono neutro—. Bueno, pues... —Me la imaginé con una sonrisa mortífera—. Adiós, Ruth.

—Adiós —respondí, aunque ya me había colgado.

Me volví y vi que Tina estaba revolviendo los restos de la sopa bullabesa con su cuchara, sonriendo para sí con las cejas enarcadas, como si estuviera esperando que le diera las gracias.

—Has tenido que sentirte de muerte, ¿no? —Y se rio como cuando das por hecho la respuesta y empezó a limpiar los platos mientras tarareaba la nueva canción de Fleetwood Mac y movía las caderas.

Le devolví una sonrisa de rendición y le eché una mano, aunque me sentía mareada, como si, por dentro, estuviera asimilando lo sucedido. Si era así como te sentías cuando te sentías genial, estaba perdida.

PAMELA

TALLAHASSEE 1979
DÍA 467

La mañana de la declaración me desperté nerviosa y con ganas de llorar, arrepentida de todo lo malo que había hecho en la vida. Debe de ser como se siente la gente cuando se va a someter a una operación de riesgo: «Esto me va a salvar o me va a matar, y no quiero que me mate porque no sé si he sido suficientemente buena persona como para ir al cielo». Me quedé tumbada, mirando el techo de gotelé, paralizada ante cualquier posibilidad violenta o degradante que pudiera depararme el día, hasta que Tina dijo que iba a su habitación a ducharse y me recomendó que me levantara y me duchara yo también. Me incorporé y así permanecí un buen rato, sentada. En un momento dado, saqué fuerzas de flaqueza para coger el teléfono y me lo puse en el regazo.

—Eres el tipo de testigo que hace que el abogado defensor no pueda dormir por la noche —me dijo mi padre desde su oficina de Park Avenue. En su primer día de trabajo le habían dado a elegir la vista: el río Este o el río Hudson—. Vamos a repasar los datos, ¿vale?

Me lamí las lágrimas de los labios.

—Vale.

—Tu historia es consistente independientemente del entorno. —Sujeté el teléfono con más fuerza y asentí para mí. Eso era verdad. —Tu actitud es irreprochable, lo que significa que tu testimonio también se considerará irreprochable.

—Y eso, ¿cómo lo sabes?

Al otro lado de la línea oí una risotada de sorpresa y orgullo al mismo tiempo. Era mi padre quien me había enseñado que la respuesta más efectiva a cualquier argumentación es: «Y eso, ¿cómo lo sabes?». De esa manera dejabas la carga de la prueba en el tejado de tu oponente y lo obligabas a retirarse de su posición.

—Vale, a ver. —Decidió jugar—. Eres una estudiante de Derecho en una universidad de la Ivy League que se graduó *summa cum laude*. En tu último curso dirigiste el capítulo de tu sororidad para completar

más horas de servicio que ninguna otra organización panhelénica del sur. Y ¿recuérdame la nota media de la Casa ese año?

—Lo suficientemente alta como para hacer que el abogado contrario tenga ganas de asesinar —respondí con acidez en las venas.

—Hum…, y eso, ¿cómo lo sabes? —me pinchó mi padre.

Resoplé.

—¿Qué es idiota o qué es un asesino?

—Ambas.

—El fiscal ha conseguido su expediente académico. Sus notas estaban entre el peor cinco por ciento de Tacoma Narrows y, si entró en la Universidad de Utah fue porque mintió en su solicitud y la falsificó.

—¿Y…? —dijo mi padre revolviéndose en la silla de su despacho. Lo imaginé estirándose y mirando el río Hudson por la ventana. No era menos marrón que East River, pero, si mirabas al norte, los cerezos de Central Park te decían que era primavera—. ¿Cómo sabes que es el asesino de Robbie y Denise?

—Porque lo vi con mis propios ojos.

Había quedado con Henry Pearl en el aparcamiento de la prisión del condado de Leon. Era más joven de lo que me lo había imaginado por teléfono, con un bigote rubio y el cutis terso, aunque con algunas manchas por la humedad de Florida. Me agradeció que hubiera llegado puntual, casi como si pretendiera que alguien más lo oyera. Miré rápido a mi alrededor y vi una mujer joven fumando en la acera con unas gafas de sol de montura de carey que le dejarían dos marcas purpúreas, una a cada lado de la nariz, durante las siguientes horas. Tenía el pelo moreno y se lo había planchado y una figura de reloj de arena que se marcaba mucho con el traje de cuadros que vestía. Se trataba de Veronica Ramira, de treinta y dos años, la única abogada del equipo del Acusado. La desprecié de inmediato y deseé que, en cambio, yo le cayera bien.

—Hola, Henry —dijo, pronunciando el nombre sin aspirar la hache.

Más tarde, durante sus conclusiones, Veronica les explicaría a los doce miembros del jurado que había llegado a Miami como parte de la primera oleada de cubanos después de la revolución, con doce años, que apenas sabía nada de inglés, y que sus padres lo habían perdido todo. Cuando habló del dolor que se siente cuando te persiguen por

algo de lo que no eres responsable, con la mano descansando en el hombro del Acusado, su voz llevaba un peso considerable.

La dejamos atrás al entrar en la cárcel y acabamos esperando casi una hora a que nos llamaran a la sala de interrogatorios. Al Acusado no le gustaba que le dijeran lo que tenía que hacer y cuándo tenía que hacerlo y, en una ocasión, llenó de papel higiénico el ojo de la cerradura de la puerta de su celda para que los guardias no pudieran entrar para llevarlo a la lectura de sus cargos. Por hacer eso dijeron de él que era astuto e inteligente, aunque yo tuve un perro que también rompía el papel higiénico cada vez que consideraba que no le prestábamos suficiente atención.

El Acusado entró en la horripilante sala de interrogatorios de paredes de cemento moviendo papeles, suspirando y pidiendo disculpas, como si hubiera tenido que cruzar la ciudad a toda prisa desde otra importantísima reunión para llegar a esta. Toda una representación por parte de una persona que esa mañana había tenido que ducharse bajo supervisión.

Se sentó y evitó mirarnos hasta que el guardia no le quitó las esposas. Fue entonces cuando me lanzó una sonrisa empática y pícara, una sonrisa con la que me dejaba claro que ninguno de los dos deberíamos estar allí y que menudo rollo era todo aquello para ambos. Dos ciudadanos honrados con buen aspecto y un trasfondo respetable. Entonces acercó su sien a la de Veronica Ramira y le murmuró algo mientras le resaltaba un pasaje de uno de sus documentos.

—Me acuerdo —le dijo ella.

Hubo saludos a ambos lados de la mesa que me parecieron demasiado efusivos. El alguacil trajo la Biblia y la taquígrafa judicial juró que certificaba el acta que iba a levantar.

—¿Entiendes lo que vamos a hacer aquí? —me preguntó el Acusado despacio, incluso con un toque caballeroso, como si disfrutara explicándole las cosas a la muñequita de la sororidad que tenía delante.

El Acusado llevaba el traje de color blanco roto de mi premonición y aquello me reconfortó enormemente —lo había visto venir—.

—He asistido a unas cuantas declaraciones para una de mis asignaturas en Columbia —respondí, levantando el mentón con altivez.

El rostro del Acusado se fracturó aterradoramente con las arrugas de su sonrisa.

—En ese caso, sabrás que es mejor con un sencillo sí o no.

—En Columbia nos enseñan a enmarcar las respuestas con términos favorables —me encogí de hombros, imperturbable. Debía de ser típico de la Ivy League—, pero, sí, entiendo la naturaleza de la declaración de hoy.

—Gracias.

Distraído, enrolló sus notas en un tubo que asfixiaba con sus manos mientras hablaba y me miraba el cuello.

—Por favor, indícame tu dirección. —Su excitación porque el poder del estado le diera la autoridad para preguntarme aquello era evidente. Se sentó bien y se frotó los labios para humedecerlos.

—Uno, uno, dos, cuatro de Amsterdam Avenue, en la ciudad de Nueva York.

—¿Y a qué te dedicas?

—Soy estudiante en la Facultad de Derecho de Columbia.

—Pero estás en primer curso, ¿verdad? —aclaró rápidamente el Acusado.

Veronica Ramira garabateó algo, lo tapó con una mano y se lo acercó a su cliente. Sabía lo que le había escrito sin necesidad de leerlo: «Nombre». El Acusado estaba tan ansioso por saber dónde vivía, por menospreciar mis cualificaciones, que se había olvidado de preguntarme cómo me llamaba, que es como te enseñan que has de empezar el interrogatorio en una declaración en cualquier Facultad de Derecho que se precie.

—Sí, soy estudiante de primer curso en la Facultad de Derecho de Columbia. —«Columbia, Columbia, Columbia. Venga, pregúntame otra vez por mi ocupación, que todos sabemos que tú eres un fracasado». Aquello era lo único con lo que podía golpearle. Esa era mi maza de roble.

—Por favor, di tu nombre para que quede registrado.

—Pamela Schumacher.

—Muy bien —dijo el Acusado mientras desenrollaba los papeles, listo para tirarse a mi cuello de zorra elitista—. Voy a hacerte unas preguntas generales sobre la sucesión de acontecimientos de aquella madrugada. Después de que vieras un intruso en vuestro vestíbulo, ¿qué hiciste?

Era el punto evidente por el que empezar.

—Subí las escaleras para ir a hablar con Denise Andora —respondí, preparándome para la siguiente pregunta: «¿Por qué a ella?», que me obligaría a reconocer lo que había pensado en un principio, que a quien había visto era a Roger, que se iba a escondidas después de que

Denise lo hubiera colado, también a escondidas.

—¿Te encontraste con alguien antes de llegar a su dormitorio?

—Pues... —¿de verdad iba a incidir tan poco en la parte más débil de mi testimonio?—, sí, así es.

—¿Con quién?

—Con Jill Hoffman.

—¿Y qué estaba haciendo Jill?

—Salía de su dormitorio y se dirigía al cuarto de baño.

—¿Estaba de espaldas a ti o se dirigía hacia ti?

—Estaba de espaldas a mí —respondí, más confundida que nunca. ¡¿Qué importaría eso?!

—¿Te dirigiste a ella?

—Sí.

—¿Y qué pasó entonces?

—Se volvió hacia mí y vi que tenía sangre en la cara y en las manos.

—¿Sangre?

Miré horrorizada al señor Pearl.

—Por favor, aclare la pregunta a la testigo —le pidió el señor Pearl.

—En tu declaración a la policía... —El Acusado rebuscó entre sus notas como si fueran una baraja— dijiste «más sangre de la que había visto en la vida». —Pero la página que tenía en las manos estaba bocabajo. Por dentro, me eché hacia atrás. Aquel animal que estaba sentado tan cerca de mí había memorizado esa parte.

—Para alguien como yo —respondí, un tanto melindrosa—, que pasa la mayor parte de su tiempo en la biblioteca, sí, era más sangre de la que había visto en la vida.

—Por favor, responde a la pregunta.

—Ah, pero ¿había una pregunta? —comenté despreocupada.

—¿Había mucha sangre o algo de sangre?

—Había mucha.

Frunció los labios hacia delante, como si me lanzara un beso, y en ese momento lo comprendí. Lo único que él quería era revivir aquel momento. No había ninguna trampilla bajo mis pies, al menos, ninguna que el Acusado pudiera activar. Me había llevado allí para hacerme hablar de las partes más sangrientas de lo que recordaba. No podía entender que nadie lo considerara inteligente o, sencillamente, que lo tomaran en serio. Su intención era tan evidente, su personaje estaba tan vacío, que aquello debería haber sido una afrenta para la

corte, un lugar que yo veneraba y consideraba inviolable.

—¿Y qué hiciste después de ver a Jill cubierta de sangre? —continuó sin que nadie objetara nada, pero ¿cómo iban a hacerlo? Aquello era legal. Increíblemente legal.

—Eché a correr por el pasillo para despertar a las demás.

—¿Fue entonces cuando fuiste a la habitación de Denise Andora?

Su nombre en su boca sonaba mal. Denise Patrick Andora era una denominación que merecía una inflexión reverente. Salvador Dalí envió a su madre una nota de condolencia cuando se enteró de su muerte. «Cuando te frían», deseé que pudieran expresar mis rasgos, «tu madre tendrá que llorarte desde un exilio social».

—Sí, fue entonces cuando fui a ver a Denise Andora. La quería, como tanta otra gente. —En los casos de asesinato, las transcripciones del juzgado deben guardarse para siempre, y yo quería que quedara constancia permanente de aquella rigurosa verdad; por Denise—. Estaba preocupada porque no había salido al pasillo con las demás.

—¿Puedes describir su estado físico cuando la encontraste? —Sacó rápidamente la punta de su lengua de lagarto para chuparse aquellos labios finos que tenía.

—Tenía los ojos cerrados. Creí que estaba dormida.

—¿Te pareció que algo no estuviera como debía en la habitación?

—La ventana estaba cerrada y tenía las mantas por encima. Denise era calurosa, así que aquello no era normal en ella.

—¿Algo más?

—No entiendo la pregunta. —Me mostré tozuda.

—De acuerdo con tu declaración a la policía —el Acusado se toqueteó los labios lascivamente—: «La boquilla de una laca para el pelo estaba cubierta de sangre y tenía como una porquería marrón y pelo». ¿Recuerdas haberle dicho aquello al detective Pickell?

Apreté las rodillas y sentí un dolor por afinidad en la pelvis.

—Lo recuerdo.

—¿Puedes describir el aerosol de laca para el pelo?

—¿A qué se refiere? —le pregunté a Veronica Ramira casi entre susurros.

Vi en su cara que la había sorprendido con mi pregunta. Al mismo tiempo, estaba empezando a darme cuenta de que el único momento en que no le tenía miedo al Acusado era cuando estaba en la misma habitación que él; cuando era capaz de confirmar dónde se encontraba exactamente con mis propios ojos y había guardias armados que podían meterle un balazo en aquel cerebro mediocre que tenía si

decidía respirar donde no debía. Si quería hacer que se sintiera como la suciedad de la suela de mi zapato, esta iba a ser mi única oportunidad.

—¿Por qué piensas que la boquilla del bote de laca para el pelo de Clairol estaba cubierta con aquellos elementos? —se apresuró a preguntarme el Acusado antes de que su abogada interviniera.

Me mordí la lengua mientras Veronica Ramira se inclinaba hacia su cliente con la cabeza girada para que no le viéramos la cara y le susurraba algo. Por un momento pensé que iba a renunciar a seguir siendo su abogada tras haber recordado que era una mujer.

—Perdón —me dijo a continuación—, tengo que ir al servicio.

Hicimos un descanso y, cuando volvimos a la sala de cemento, Veronica Ramira se encargó del interrogatorio y destruyó mi irreprochable testimonio en escasos diez minutos.

—Volviendo a la conversación que mantuvo con Bernadette Daly en las primeras horas del 15 de enero —empezó—, ¿recuerda haberle dicho que le parecía haber visto a Roger Yul en el vestíbulo?

—Lo que dije es que mi reacción inicial al ver a alguien fue pensar en Roger, porque él venía mucho por la Casa y porque ambos son de corta estatura. —Disfruté diciendo que el Acusado era bajito.

—¿Y Roger Yul era el novio formal de Denise?

—Sí, pero no en aquel momento. Habían roto justo antes de las vacaciones.

—¿Salió con él alguien más de la sororidad?

El pánico se abrió camino en mi interior como el gruñido de un perro guardián. Veronica Ramira, a diferencia del Acusado, se había graduado en una Facultad de Derecho y ejercía No estaba allí para tonterías, sino para ganar el caso.

—Sí, con Bernadette Daly.

—¿Y cuánto tiempo salieron?

—Yo diría que solo una vez.

—¿Y qué hicieron esa vez que salieron?

Noté sudor en la tira del sujetador, pero me obligué a seguir poniendo buena cara.

—Me contó que fueron a ver una película.

—Y ¿qué pasó después de la película, en el coche de él? —Veronica Ramira enfatizó la palabra «coche». Lo sabía—. ¿Le habló Bernadette de algo que pasara en el coche de Roger?

Notaba que la sangre me rugía en la cabeza. Carl y Tina eran las dos únicas personas del mundo que sabían lo que Roger le había

hecho a Bernadette y, si Carl estaba intentando ganarse la simpatía del Acusado, ¿no sería este el tipo de información que le habría ofrecido como prueba de que había alguien más que era capaz de atacar la Casa?

—Sí, pero de forma confidencial —comenté resentida.

—A estas alturas ya no podemos aferrarnos a los lazos de hermandad de su sororidad —soltó Veronica Ramira con ese tono exasperante de «siento tener que ser yo quien te lo diga», como si estuviéramos allí por mi culpa, aireando nuestros asuntos privados y personales—. ¿Qué le contó Bernadette que le había pasado con Roger?

Me di cuenta de que no podía enfadarme con Carl por haber filtrado aquello a la defensa. Era como dejar la basura fuera y culpar a los mapaches de que la revolvieran. Carl Wallace solo estaba haciendo lo que todas y cada una de esas ratas de la prensa hacían por aquel entonces.

—Me dijo que Roger le empujó la cabeza a su regazo.

—Para que le practicara sexo oral, ¿no?

Sentí que el cuello se me enrojecía de golpe.

—Sí.

—¿Le explicó Bernadette cómo se sintió al respecto?

Aquello era como ir en un vehículo que avanzaba a toda velocidad, con las manos atadas al volante y un ladrillo en el acelerador. Veía que el punto de impacto se iba acercando y, aun así, no podía ni girar, ni bajar la velocidad. El impacto iba a ser inevitable y mortal.

—Me dijo que tenía miedo y que no quería hacerlo —respondí impotente.

—¿De qué tenía miedo?

—No podía respirar. Tenía miedo de que Roger la matara por accidente.

—¿Tuvo usted también una experiencia aterradora con Roger Yul en enero de 1978, aproximadamente una semana después de que asesinaran a Robbie y a Denise?

—Sí.

—¿Qué sucedió?

—Se puso al volante de un coche en el que yo iba de copiloto y empezó a conducirlo sin mi permiso.

—Y presentó usted cargos contra él por eso, ¿no es cierto?

—Sí.

—Cargos por secuestro por agravantes… por los que lo

encarcelaron el otoño pasado, ¿no es así?

—Así es.

—Tuvo usted la posibilidad de no presentar cargos y, aun así, lo hizo. ¿Por qué?

La respuesta era la base del árbol, que venía hacia mí a doscientos por hora.

—Porque me parecía una persona peligrosa que debería estar entre rejas.

—No tengo más preguntas. —Veronica Ramira se volvió hacia el Acusado, al que en unos pocos meses describirían en el *New York Times* como «un hombre muy guapo con el pelo castaño y los ojos azules, parecido a Kennedy», justo después de que el *Miami Herald* se preguntara: «¿Es este estudiante calmado y brillante un asesino en serie?». Aunque todos los destellos de brillantez en aquella sala lúgubre provinieran de Veronica Ramira, nadie quería recordarlo así.

—No tengo más preguntas —convino el Acusado con una sonrisa de parásito, sintiéndose muy satisfecho de sí mismo por no haber hecho nada más que pegarse a una mujer que era buena en su trabajo.

PAMELA

TALLAHASSEE, 2021
DÍA 15.826

Eileen me dijo en una ocasión que era como que te sacaran un diente: presión cuando deberías sentir dolor. La adrenalina, la novocaína natural del cuerpo. Esa es la zona peligrosa de la que pocos vuelven, le explicaron más tarde los médicos. El dolor es la forma en que el cuerpo te dice que algo va mal, pero que aún estás a tiempo de remediarlo. La presión, en cambio, son solo cuidados paliativos.

Me despierto con una fuerza inhumana, aferrándome ciegamente hasta que siento piel bajo mis cortas uñas. La presión se abre de par en par, como el telón de un teatro, y revela el dolor. Abro los ojos con la profunda gratitud que sigue a una pesadilla hiperrealista. Si me duele, es que aún estoy a tiempo de remediarlo.

La habitación tiene todo el sentido del mundo en un primer momento y ninguno de repente. Me recuerda al despacho de la enfermera del instituto de mi hija. La camilla contra la pared, los zumos de manzana junto a los montones de gasas limpias, el armarito con la jarra de cristal en la que hay un montón de piruletas. Es un lugar donde dispensar atención médica, pero no la que se necesita para salvar una vida.

Alguien toma aire entre los dientes y suena como un silbido. Miro en esa dirección y veo a una mujer de setenta y pocos años con cascadas de ondas plateadas limpiándose con algodón humedecido los arañazos que tiene en un brazo. Parece que la haya atacado un gato.

—Hola —me dice la mujer mientras sigue limpiándose las heridas.

—Lo... —«siento mucho» estoy a punto de decir justo cuando noto que algo que parece un hierro al rojo recién sacado del fuego me pincha. Me paso la lengua por el labio inferior y percibo la rugosidad de los puntos.

—También podría haber llevado mangas —comenta la mujer, dando por hecho que estaba a punto de disculparme. Me sonríe y se toca su propio labio para indicarme que—: Solo son dos puntos. He podido hacerlo aquí, pero quiero que te lleven al Tallahassee

Memorial para que te hagan unas pruebas.

—Ha venido a por mí —digo despacio, recordando no tanto la cara de Carl, sino su figura, con el salacot, cargando hacia mí... Que ese ridículo sombrero no se le haya caído ni cuando nos caíamos nosotros de rodillas sobre la hierba...

Pongo las manos a los lados de los muslos y me incorporo con un gruñido de dolor. Noto el cuello sensible y tenso. Me ha puesto las manos alrededor de la garganta, pero recuerdo que he pensado que podía respirar, que se tardan varios minutos en asesinar a alguien estrangulándolo y que pronto llegaría ayuda, por lo que no tenía que asustarme. Estaba calmada cuando me he desmayado por la falta de oxígeno.

—No ha habido incontinencia fecal, lo que significa que, muy probablemente, las heridas son superficiales.

Enarco las cejas.

—A mí también me gusta dar las buenas noticias al final.

La doctora Linda Donnelly se ríe con ganas. No nos conocíamos en persona, pero estoy segura de que es ella; tiene la edad adecuada y lleva un colgante de un búho con los ojos de rubíes en la pulsera de oro que lleva en el brazo que le he arañado. Es el símbolo de la sororidad que más lucimos.

—¿Tengo que ir al hospital?

—Me sentiría mucho mejor si fueras.

—Si voy, ¿me permitirás hablar con él mañana?

En algún punto de la estancia, empieza a vibrar un teléfono móvil.

—Tienes que entender lo difícil que ha sido esto para mí —dice la doctora Donnelly mientras va hacia la puerta de la enfermería, donde hay un perchero de pared del que cuelga mi bolso—. Escribirte. Podrían acusarme de violar mi juramento del Acta de Responsabilidad y Privacidad de Información de Salud... y con razón. —Me tiende mi móvil, que no deja de vibrar como si le estuviera dando un ataque—. Tienes a tu marido como contacto de emergencia, pero su ayudante no lograba dar con él, así que me ha proporcionado el número de teléfono de tu hija.

Me apresuro a pulsar el botón verde con la yema del dedo.

—Hola, cariño —respondo con ternura para que no se ponga nerviosa.

—¿Mamá? ¿Estás bien? ¿Estás en Florida? —Allison hace hincapié en esta última palabra como si estuviera molesta porque no se lo hubiera contado y el pecho se me hincha con un poco de calidez y

mucha sensación de culpabilidad.

Le cuento a mi hija la mayoría de las cosas, que es el efecto bumerán de haber tenido una madre que me daba de lado, pero sé muy bien que yo también he cometido muchos fallos. Por ejemplo, he convertido a mi hija en una persona que se preocupa por todo y, aunque eso me provoca remordimientos, también hace que sienta una compasión por mi madre que jamás había sentido por ella hasta que yo también tuve que ejercer el cargo, así que es como si se hiciese una especie de extraña justicia, como si se equilibrasen las tornas, lo que, en definitiva, es bueno para el mundo en general. O al menos, eso es lo que me digo a mí misma.

—Fue una decisión de última hora.

—Y ¿te ha pasado algo? —me pregunta con un tono de voz que me hace ver que le da miedo escuchar la respuesta.

Sostiene el móvil con el hombro y oigo cómo golpetea su teclado. Allison diseña recursos gráficos para películas y televisión, y a menudo tiene que hacer objetos que se ajusten a la época en la que acontece la historia. Le fascinan los objetos del pasado hasta tal punto que no le gusta trabajar en nada contemporáneo y, a veces, también me siento mal por esto, en especial, cuando se refiere a sí misma como una joven vieja. Las «jóvenes viejas» son personas que han tenido que madurar antes de tiempo. Me he pasado casi toda la vida quejándome de los agentes de la ley de Colorado que, de haber hecho bien su trabajo, podrían haber prevenido la última matanza del Acusado. Pero ¿quién soy yo para señalarlos con el dedo cuando yo también tenía una labor que hacer?

—Todo está bien —le aseguro—. Aquí hay alguien que podría saber algo acerca de lo que le sucedió a Ruth y he venido a hablar con él.

Deja de teclear. Sin aliento, me pregunta:

—¡¿En serio?!

—Por favor, no le digas nada a Tina. No quiero que empiece a albergar esperanzas de nuevo y que resulte que esto no es sino una falsa alarma.

Cuando estaba en secundaria, Allison acostumbraba a pasar los veranos con su madrina en la casa que esta tenía en la isla de Vashon —Tina también cogía vacaciones de verano—. Desde el año 2000, las clases de Tina en la Universidad de Washington se llenan a los pocos minutos de empezar el día de la matrícula. El nombre de la asignatura suena un poco como a libro de autoayuda turbio, que es lo que es y lo

que siempre dice Tina desde el estrado de madera de Kane Hall en la primera clase de Encontrando la posibilidad en un duelo imposible: «Podéis poner los ojos en blanco —ha estado diciéndoles a un mar de alumnos curiosos desde el año 2000, cuando el por entonces nuevo presidente de la universidad la invitó a crear un currículo—, pero sé que lo es porque fue mi editora quien me sugirió el título».

Los estudiantes se sienten atraídos por el curso porque quieren oír de primera mano lo de esa época en la que estuvo dando caza al asesino en serie de su estado natal en el campus en el que este estuvo matriculado un breve periodo de tiempo estudiando Psicología, pero son muchos los que se le acercan el último día del semestre para preguntarle, nerviosos, tímidos, si pueden darle un abrazo.

A lo largo de los años, Tina trabajó con su mentora, Frances, para adaptar el concepto de «duelo complejo» al concepto que utiliza ahora. El «duelo imposible» hace referencia a los casos en los que los mecanismos para procesar el dolor están obstruidos, como una tubería taponada. Como los familiares de la gente que estaba en las torres el día en que estas cayeron y a los que nunca les han dado unos restos que enterrar. O las mujeres a las que agredió sexualmente un compañero de clase, un novio, un amigo, y a las que casi todo el mundo les dice que lo que les ha pasado no se puede considerar una agresión. El duelo imposible es un duelo que no se adhiere a un contrato social de justicia o a los rituales humanos que existen desde el amanecer de los tiempos. Una muerte sin cadáver, una violación por parte de alguien a quien no se considera el agresor. Una mujer cuya relación no estuviera reconocida como legítima cuando perdió a su pareja. Tina enseña a la gente a superar esa obstrucción para que el dolor siga su camino por los canales adecuados sin que nada lo detenga. Nunca dejará de correr por tus venas, pero mejor eso que un coágulo que amenace tu vida.

—¡Tina lleva persiguiendo esto casi medio siglo! —exclama Allison emocionada.

Estoy mirando a la doctora Donnelly cuando le digo:

—Y tampoco te emociones tú, aunque estoy haciendo lo imposible por llegar al fondo del asunto.

Colgamos y la doctora Donnelly coge su paraguas. Por la ventana aún se ve el sol, pero hay nubes muy negras en el cielo. Me ofrece su brazo y me pongo de pie con su ayuda.

—Si en el hospital dicen que estás bien —comenta mientras vamos poco a poco por el aparcamiento—, mañana lo intentaremos de nuevo.

No me gustaría que esto no hubiera servido para nada. Me cuesta mucho romper las reglas... Seguro que me comprendes perfectamente.

Así es. Más que nadie. Le doy las gracias una y otra vez mientras entramos en su coche y vamos al mismo hospital en el que declararon legalmente muerta a Denise hace prácticamente medio siglo; algo que no han hecho aún con Ruth.

RUTH

ISSAQUAH
VERANO DE 1974

Pusieras la emisora que pusieras, era imposible no oír hablar de la ola de calor que iba a caer sobre Seattle el domingo 14 de julio. Tina y yo llevábamos toda la semana planeando pasar el día en el lago Sammamish, y no éramos las únicas. Tuvimos que ir a tres ferreterías para encontrar una en la que no se hubieran agotado las neveritas portátiles. El verano es el momento del año más bonito en Seattle, pero las temperaturas tienden a ser suaves; son raros los buenos días de playa y que alguno de ellos caiga en fin de semana, más raro todavía. Nos despertamos temprano y yo me puse a preparar la comida mientras Tina cargaba el coche con las tumbonas, las toallas y la crema con protección solar.

Tina me encontró en el vestidor, con su bikini negro y mirando un vestido de color azul marino con el que me la imaginaba en alguno de esos almuerzos en los que servían agua con hielo en copas de vino. Tenía las manos blancas por la crema de sol.

—Se ha abierto la tapa… ¿Te pongo un poco?

Negué con la cabeza.

—¿Seguro? Estás muy blanca. —Y se rio.

Pensé en mentirle, en decirle que no me encontraba bien, que fuera ella y disfrutara del día sin mí y, luego, escabullirme. Pero aquella palabra…, «escabullirse»… No podía hacerle aquello.

—Creo que, después de todo, quiero ir a la ceremonia en honor de mi padre.

Tina me miró, incapaz de creérselo.

—No, Ruth. Ya hemos hablado de esto. Sé que es duro, pero sería un gran paso atrás para ti que participaras en esa pantomima ahora que has aprendido lo que es una pantomima.

Me encogí de un solo hombro.

—Hoy hace un año de su muerte. Debería estar con mi familia.

—No tenemos por qué ir a la playa. —El tono de voz de Tina se volvió suave—. Podemos ir al cementerio si lo prefieres. Tú y yo solas.

Me quedé mirando la alfombra verde del vestidor, del mismo tono intenso que una pista de tenis, y le devolví una volea:

—Es que no oíste el tono de mi madre anoche. Sabe que se equivocó. Lo único que quiere es que estemos juntos en el día de hoy.

Tina dio un paso hacia mí y se puso en mi línea de visión.

—Pero ¿quiere que estéis juntos o demostrarle a la gente que lo estáis?

—Para ser honestos, lo más probable es que un poco de ambas.

—Pero honesta no estás siendo —protestó Tina—, porque, si lo que quisiera es que estéis juntos, no esperaría que aparecieras hoy escondiendo quién eres realmente. Igual que tu padre escondía quién era realmente. Eso es de cobardes, joder. —Para ese momento ya le había contado a Tina cómo había muerto mi padre.

Abrí los ojos como platos al oír la palabra «cobardes».

—Oye..., ¡que te jodan!

Tina asintió como si acabara de darle la respuesta correcta a una pregunta que no me había hecho.

—Eso está bien. Estás enfadada. Y deberías estarlo, pero no conmigo. Puedes estar enfadada con tu padre y quererlo. Joder, incluso puedes estar enfadada con tu madre y quererla. Ahora bien, es con ellos con quienes tienes que enfadarte.

Tina gesticulaba mientras hablaba y yo quité el vestido azul marino de la percha, lo doblé sobre mi brazo y lo apreté contra mi cuerpo como para protegerlo porque no quería que se manchara de crema.

—Vale —empecé a decir con un tono de voz feo—, pues no volveré a hablar de mi familia si eso es lo que quieres.

—No, no es eso lo que quiero, Ruth, lo que quiero es que tengas con ellos una relación de igual a igual. Una relación en la que no sean solo ellos los que se sienten bien; una relación en la que tú también te sientas bien.

La miré boquiabierta.

—¿Acaso crees que con lo que tenemos tú y yo me siento bien? —Empecé a desabotonar la espalda del vestido—. Mi familia se está preparando para asistir a la celebración del primer aniversario de la muerte de mi padre y yo soy la única que no va a ir. ¡Mi madre está abatida!

—¡Es adulta y no le va a pasar nada! —gritó Tina mientras yo pasaba una pierna por el interior del vestido. Bajó la voz, intentando, claramente, que la conversación cambiara de rumbo—. Mira, Ruth, sé

que esto no es fácil. Yo lo pasé con mis propios padres y...

—¡Y no habláis nunca! —Y me reí con mala leche—. No tienes familia, y no es eso lo que yo quiero. No quiero ser como tú.

Tina levantó las manos mientras yo me abría paso por delante de ella, con cuidado, porque no quería que me manchara de crema el vestido. Después de eso no le dije nada más, pero sí que la escuché cuando iba por el camino de entrada de la casa y me dijo que entendía por qué tenía que hacer aquello y que sabía que se me iría pasando, que lo único que había que hacer era dejar que transcurriera el tiempo, que me amaba y que, si cambiaba de opinión, ya sabía dónde encontrarla. Ella se puso al volante de su Cadillac de señora rica y yo pasé una pierna por encima del sillín de mi bicicleta oxidada y, al final del camino de entrada, ella giró a la izquierda, hacia el lago, y yo giré a la derecha.

PAMELA

MIAMI, 1979
DÍA 540

El juicio empezó el lunes 9 de julio de 1979, un día en el que en Miami hizo muchísimo calor. El paseo que había del hotel al edificio de los juzgados —de terracota y en el que la lluvia había ido dejando manchas— era de apenas cinco minutos, pero fue suficiente para que Tina y yo llegáramos con idénticas marcas de sudor en la parte baja de la espalda. En Met Square, de ladrillo, una jungla de medios y espectadores nos ralentizó, todos ellos entrando y saliendo despacio, como la melaza, por la única puerta del edificio. El Acusado explotaría contra la «prensa sanguinaria y virulenta» que había agredido a su madre en aquellas mismas escaleras, deformando tanto la palabra «virulenta» por el desdén con el que la pronunció que la taquígrafa judicial la recogería como «macilenta». Aquello era, muy probablemente, lo único en lo que coincidíamos. ¿No habrían podido dejarnos entrar por alguna puerta lateral?

Pacientemente, avancé arrastrando los pies con el resto de la multitud, intentando no romper las bolsas de la compra que llevaba en cada mano, con pastas, fruta y yogures en una y termos con café en la otra. Como quien dice, yo me escondía a plena vista entre las demás jóvenes que se habían peinado con raya al medio y se habían puesto sus mejores galas de domingo. Era imposible saber quién de nosotras estaba allí para comerse con los ojos al «Kennedy de los asesinos» y quién para testificar contra el alcohólico que se comía los mocos y había desarrollado una dependencia a la heroína en la cárcel.

—Merecería la pena escribir sobre este caso práctico —comentó Tina mirando a una chica que no podría tener más de dieciséis años y que saltaba de puntillas y estiraba el cuello como si se encontrara en un concierto de los Beatles intentando ver a Paul.

—Ay, si supieran lo que sabemos nosotras —comenté.

—Lo saben —respondió Tina desanimada.

A día de hoy, Tina sigue teniendo la teoría profesional de que la mayoría de las jóvenes —si no todas— que poblaron los cien asientos

de aquella sala de justicia de Miami, riéndose cada vez que alcanzaban a ver al hombre que los periodistas habían descrito como «fascinante», «impresionante» y «con una rara especie de magnetismo», habían experimentado algún tipo de abuso sexual en el pasado. Las víctimas se sienten atraídas por hombres que les recuerdan a sus agresores. Los medios en ningún momento se tomaron la molestia de explorar el fenómeno de las seguidoras del juzgado más allá de preguntar a jovencitas que no dejaban de mascar chicle si estaban allí porque el Acusado era guapo.

En el vestíbulo de mármol gastado hacía un frío inclemente y no se oía sino el ruido que hacían los tacones. Para cuando acabara el día, mi sudor se habría congelado hasta convertirse en una película quebradiza que se podría quitar con la uña. Aún no había conocido a ninguna profesora de Derecho que me enseñara cómo vestirme adecuadamente incluso en lo más húmedo del verano porque el termostato del Gobierno y de las oficinas gubernamentales está dispuesto para que los hombres con traje de lana estén cómodos; los hombres, que tienen tasas metabólicas más altas a lo largo de todo el año. Algo que acabaría aprendiendo después de aquellos ocho meses es que no te puedes concentrar cuando tienes frío. Así que me tiré el día soplándome en las manos y preocupándome por que los abogados no fueran a confundir mi incomodidad con los nervios de los que mienten.

—¡Pamela! —Bernadette me saludaba con la mano—. ¡Aquí! —Estaba a medio camino de la escalinata central.

Tina y yo nos miramos como los regulares en el andén del ferrocarril durante la guerra.

—¡Voy a entrar y a coger sitio! —nos dijo con la rotundidad con la que acaban las películas.

Yo no me atrevía a hablar. Me parecía que oír la voz que saldría de mí —infantil y perdida— me demolería. Me quedé mirando la tela de mi vestido azul, que había planchado y almidonado la noche anterior y también por la mañana y asentí con los labios bien apretados.

—Es normal que estés nerviosa —me dijo Tina—. Eso no quiere decir que, cuando te toque subir al estrado, no vayas a hacer un buen trabajo.

Pero lo que me pasaba no eran solo nervios. Tenía una sensación fatídica acerca del mundo en el que intentaba abrirme paso. En una ocasión, un médico me había explicado que, estadísticamente hablando, hay un número de situaciones catastróficas que han de

pasarle cada año a un cierto número de personas —enfermedades raras, accidentes increíbles y, sí, ataques de asesinos en serie—. Pequeños granitos de arena de tragedia transportados por el viento. Podía llegar a entender que uno de esos granitos hubiera acabado cayendo en mi parte del mundo; sin embargo, el encontronazo con el inverosímil Acusado había amplificado algo en mi terreno diario que me estaba costando aceptar: el hecho de que no era que personas como Roger llegaran a nuestras vidas por caprichos del destino, sino que estaban arraigadas en ella y se extendían por todas partes.

Había noches en las que no me podía dormir, tumbada en la cama, apática, pensando en que el Acusado podría haber ido a cualquier lado del país, haberle hecho lo mismo a otro grupo de mujeres, y que la defensa conseguiría volver a establecer una duda razonable con señalar con el dedo al Roger que viviera en esa zona. Porque había Rogers por todos lados; cabezas de turco de la duda razonable a la espera de un caso como este. No había ni una sola prueba forense que conectara al Acusado con el escenario del crimen de la Casa. Este era un caso de pena capital y estaba en juego la vida de un hombre —con un aspecto completamente normal y que parecía normal—.

—Ya has hecho lo más difícil —me dijo Tina, refiriéndose a la declaración de la vista previa, en la que el equipo del Acusado había pasado al ataque y había dicho de mí que era «una testigo bienintencionada pero en la que no se puede confiar». Hice como que no me daba cuenta de la manera en que se hundió el señor Pearl en su silla, aliviado, cuando el juez Lambert decidió que podía testificar ante el jurado. Sin mi testimonio, lo único que teníamos era una pseudociencia conocida como «análisis de la mordida». El Acusado había mordido a Robbie en el pecho izquierdo y en las nalgas, y un odontólogo estaba preparado para testificar que solo cinco dentaduras de todo el mundo habían podido dejar esas marcas y que la del Acusado era una de ellas. La defensa argumentaría que eso no eran más que conjeturas y, a decir verdad, estaría en lo cierto. Tanto, de hecho, que, en los años posteriores a aquel juicio, muchos estados han prohibido los análisis de mordida como prueba en los juicios.

Bernadette volvió a llamarme por mi nombre y me apresuré a reunirme con ella, con las bolsas de la compra dando botes y rozándome la cara externa de los muslos. Desde allí arriba lo veía todo y a todos, incluido a Carl, sentado en un banco con unos colegas, todos ellos con la identificación de prensa colgando del cuello. Sorbían de vasitos de papel y se tomaban el pelo mientras esperaban a que el

vestíbulo se despejara para ocupar su lugar en la sección para los medios, que estaba delimitada con una cuerda. Carl había asistido al juzgado todos los días de la vista preliminar y estaría allí cada día de las seis semanas que habrían sido cinco de no ser por las rabietas y los espectáculos del Acusado. Apreté la mandíbula de esa manera que hacía que mi cuello se llenara de venas al ver a Carl bromeando como si estuviera matando el tiempo antes de que su banda favorita saliera al escenario.

—Oye —dijo Bernadette, observando la escena del vestíbulo—, ¿a dónde se supone que tenemos que ir?

Volví a mirar el banco y vi que, a pesar de que los colegas de Carl seguían allí, él se había ido. Me había visto, estaba segura.

Bernadette llamó la atención de un agente de policía, que nos llevó hasta otro agente de policía, que nos llevó al despacho de un juez cuya secretaria dio con el alguacil, que nos llevó a la sala de los testigos, que estaba en la segunda planta. Eileen ya estaba allí, junto con otra joven con el pelo rubio rojizo y peinado hacia atrás con una cinta elástica de color melocotón y con el audífono bien a la vista para los miembros del jurado. Era Sally Donoghue, la alumna de último curso de la UEF que dormía en el apartamento de fuera del campus, en Dunwoody Street, cuando el Acusado entró por la ventana de la cocina y le propinó seis golpes en la cabeza antes de que los vecinos la oyeran gritar y fueran en su ayuda. Esa mañana, aún caminaba con bastón.

—He traído comida y bebida —comenté—. Sally, ¿te preparo un plato? Hay fruta, magdalenas, yogur...

—¡Ay, qué bien! —exclamó Eileen, que me estaba ayudando a sacarlo todo de las bolsas, cuando dio con lo mejor de lo mejor—, aquí el café está malísimo.

En el juicio oí cosas que ya sabía y otras que no. Sabía que Eileen había perdido dientes, pero descubrí que habían sido nueve. Sabía que habían tenido que coserle la mandíbula con alambre, pero no sabía durante cuánto tiempo: siete semanas, más otras seis, cuando los médicos se dieron cuenta de que no estaba curándose adecuadamente y no tuvieron más remedio que volver a rompérsela. Sabía que Jill no recordaba el ataque, pero no sabía que su primer recuerdo lo tuvo cuando iba en la ambulancia, cuando los paramédicos intentaban cortarle la parte de arriba del pijama y empezó a implorarles que no lo

hicieran. No tenía ni idea de que le había cortado un dedo casi por la mitad y que, como consecuencia, había perdido un anillo con un ópalo que le había regalado su abuela. Hasta el día de hoy, aún no se ha recuperado el anillo.

Estas eran cosas de las que las chicas jamás habrían hablado, pero que tuvieron que mencionar bajo juramento. No querían que la gente las compadeciese o pensase que se estaban quejando. A nadie le gustan los quejicas y nosotras queríamos que la gente tuviera un buen concepto de nosotras.

«Un espeluznante día de testimonios lacrimógenos —escribiría Carl para el artículo del día siguiente—, pero sigue sin saberse nada de la única testigo ocular del estado».

Estuve esperando todo el día mientras el alguacil iba llamando a las testigos a la sala, una a una, hasta que solo faltaba yo, y tenía un sabor ácido en la boca porque había bebido mucho de aquel café tan malo que tenían allí.

—Pamela, siéntate, por favor —me había pedido Eileen durante horas—. Me estás poniendo nerviosa.

No obstante, no quería arriesgarme a arrugar el vestido. El juez había permitido la presencia de cámaras en la sala y parecía un asunto de vida o muerte que nadie pillara a la testigo estrella ni siquiera con un mechón despeinado.

Al final no importó, porque el juicio se aplazó y el alguacil me dijo que me fuera a casa, recordándome antes que no leyera los periódicos ni viera la televisión hasta que no hubiera testificado. Tina recopilaría todos los titulares de esa semana y me los guardaría para que los leyera, algo que no hice hasta tiempo después de que hubiera acabado el juicio… por una extraña sensación de superstición.

Caminé por el vestíbulo de puntillas, esforzándome por localizar al señor Pearl. ¿Por qué no me habían llamado al estrado? Tenía un billete para volar a Nueva York a la mañana siguiente. ¿Tenía que cambiar mi vuelo? Ese verano estaba de becaria en una empresa del centro y ya había utilizado todas las ausencias justificadas para hacer el viaje al juicio.

—¡Pamela! —El señor Pearl dio conmigo primero.

Me volví y vi que venía hacia mí, dándose prisa por alcanzarme, inclinado hacia delante, como si estuviera subiendo una cuesta, con el maletín cerrado pero con papeles asomando. Me concentré en aquellos papeles sintiendo un agujero en el estómago; el señor Pearl había cerrado el maletín a toda prisa.

—Tienes que volver a tu habitación del hotel —me dijo en cuanto estaba a una distancia a la que podía oírle— y no veas ni las noticias ni leas nada; tú, solamente, espera a que me ponga en contacto contigo. ¿Es posible? —Me puso una mano en el hombro como si pretendiera consolarme.

—Sí, pero…

—Tengo que ir al despacho del juez Lambert. De inmediato. Pero necesito que hagas lo que te he pedido, ¿vale?

Asentí: «Vale».

—Pero mi vuelo sale mañana a…

—No lo cambies todavía.

El pánico me agarrotaba los pulmones. ¿Que no lo cambiara?

—Pero, si no cambio el vuelo, no podré dar mi testimonio.

El señor Pearl me apretó el hombro, pero esta vez no para confortarme, sino por pura frustración.

—Por favor, tú… Te lo explicaré en cuanto pueda.

Y me quedé mirando cómo se alejaba mientras me latía el hombro.

Di el paseo de cinco minutos que había hasta el hotel en tres y medio. Imaginaba que el teléfono de mi habitación empezaba a sonar antes de que me diera tiempo a llegar, así que fui lo más rápido que pude e incluso crucé una calle llena de tráfico a pesar de que había un agente con la mano levantada.

—¡Señorita, cuidado! —me gritó por encima de la furiosa percusión que dejé a mi paso.

El único momento en que el vestíbulo del hotel se quedó tranquilo fue a última hora de la tarde, después de que el juicio se hubiera aplazado, porque los mirones eran prácticamente todos de la zona y los miembros de la prensa estaban en el noveno piso —convertido en su centro de información—, editando su cobertura del juicio para que estuviera lista para las noticias de la noche. Por eso vi a la mujer de inmediato. Estaba rechoncha y llevaba uno de esos cortes de pelo tan prácticos que no había que peinar y estaba sentada en uno de los sofás del vestíbulo con las manos cogidas sobre el regazo, dándoles vueltas a los pulgares sin parar, por lo que parecía impaciente y nerviosa al mismo tiempo. Cuando entré volando por la puerta, se levantó y me interceptó.

—Disculpe —me dijo con un tono que parecía que acabara de pisarle y que tuviera que pedirle perdón.

Acababa de ignorar la mano levantada de un policía y había esquivado coches en una calle con mucho tráfico, pero, al parecer, aquel iba a ser el obstáculo que me impidiera llegar a la habitación. Tenía ante mí la presencia confusa y potente de Shirley Wachowsky, la madre de Ruth.

RUTH

ISSAQUAH
14 DE JULIO DE 1974

Había veinticinco feroces kilómetros desde la casa de Tina, en Clyde Hill, al Colegio Católico de Issaquah. Las invernales coníferas estaban inmóviles, padeciendo el calor, demasiado cansadas como para balancearse. Para cuando llegué, tenía unos cercos húmedos en las axilas de un tono más oscuro que el vestido azul marino de Tina. Rebecca me dio un abrazo amplio, dejando el espacio suficiente entre su pelvis y la mía como para que cupiera el Espíritu Santo, y me informó de que estaba sudada. Mi hermano consiguió mostrarse aún más distante dándome un abrazo con un solo brazo y metiendo a mi sobrina entre ambos. La bebé me cogió del dedo con su mano pegajosa y lo examinó con los ojos muy grandes, fascinada con lo que acababa de encontrar. Allen miró mi piel limpia y mis sandalias de cuero italianas como si algo no encajara y se fue a jugar con sus primos en la hierba —que habían cortado a primera hora de la mañana para la celebración, según me dijo mi madre, como si aquello la convirtiera en alguien muy importante—. Las hortensias de color morado que había en el jardín de mi padre estaban recién florecidas con un femenino toque rosa. Era como si aquella fuera su manera de desbaratar el esquema de color de mi madre desde el cielo. Mi madre se había vestido como una uva gigante con la idea de ir a juego con ellas, pero con las hortensias en rosa, ahora solamente parecía una uva gigante.

—Me he tomado la libertad de copiar unas líneas de las Escrituras que sería bonito que leyeras —me dijo mientras me ponía en la mano una hoja de papel amarillenta.

Mi madre no acostumbraba a hablar así —«las Escrituras»—, pero la hermana Dennis y el padre Evans estaban allí, con pinta de tener picores con aquellos hábitos de lana y los cuellos rígidos. ¿Qué dirían si les contase que ni siquiera teníamos una biblia en casa, que seguro que mi madre había ido a la biblioteca o se la había pedido a algún vecino y que no habría acudido a la iglesia a por una a menos que no

le hubiera quedado más remedio?

—Ruth... —oí que decía una voz que me resultaba familiar. Era C. J., mi exmarido (que se suponía que no iba a estar allí), con su barrigón rechazando los botones de un mal traje—. ¡Vaya, pareces recién salida de una revista de moda!

Lo abracé con fuerza, sinceramente aliviada. Aunque fuera el mujeriego menos cauteloso del mundo, su presencia hacía que no me sintiera tan sola cuando estaba con mi familia. Es más, era la personificación de lo que Tina estaba intentando que se me metiera en la cabeza: que aquel día nada tenía que ver con estar juntos, como una familia, sino con que mi madre representase una unidad para los demás... y puede que incluso para ella misma. Supuse que el hecho de que yo estuviera allí le permitía acallar esa vocecilla interior, la que le hablaba en la soledad de la noche y la torturaba con la verdad: nuestra familia estaba irrevocablemente rota.

—Creía que Martha te había prohibido venir —le dije a C. J. al tiempo que me maravillaba que fuera capaz de sonar tan dulce y obediente cuando, por dentro, estaba viviendo una verdadera rebelión.

—¿Te refieres a Martha Denson? —me preguntó el padre Evans.

Martha también había asistido al Colegio Católico de Issaquah. La primera esposa de mi exmarido era alumna de último curso cuando yo empezaba primero y la tercera esposa de mi exmarido era de primero cuando yo estaba en último curso. C. J. bien podría haber escrito un gran éxito *country*.

—Deberíamos sentarnos ahora que nuestros sitios aún están a la sombra —sugirió mi madre antes de que al padre Evans le diera tiempo de hacer más preguntas inconvenientes, aunque perfectamente razonables.

Todos empezamos a dispersarnos. Mi madre tardó un minuto en darse cuenta de que yo estaba volviendo por donde había venido.

—¡Ruth! —me llamó y se rio un poco, como si, por error, hubiera cogido la dirección contraria.

Me detuve por ella, aunque debo admitir que no fue sino una cortesía. Era imposible que intentara persuadirme para que me quedara. Algo etéreo y sereno había descendido sobre mí, como si el propio Dios me hubiera dicho: «Ruth es hora de irse».

—He venido porque pensaba que C. J. no estaría aquí —le dije, sin sentirme enfadada ni con ganas de culparla de nada.

Mi madre me había engañado para convencerme de que viniera.

Así era ella y así sería hasta que se muriese. Era responsabilidad mía aceptarlo. Como en un destello que hizo que me sintiera ligeramente aturdida, vi a Tina en la cocina de Frances la noche en que nos conocimos, acariciando al negro Nixon. «Es raro porque vienes aquí y piensas que van a darte consejos y que, si sigues esos consejos, mejorarás. Pero, en realidad, a lo que aprendes es a responsabilizarte de lo que te sucede». Aquel fue un sensacional momento de lucidez que deseé compartir cuanto antes con la persona que lo había profetizado.

—¡Y pensé que no vendría! —Mi madre agitaba los brazos, desesperada por recuperar su control sobre mí—. Supongo que se habrá quedado en casa. —Y sonrió y puso los ojos en blanco: «Esa arpía de Martha...». Pero ya no había más que decir, mi expresión mostraba aburrimiento e indiferencia. Debía de ser aterrador para mi madre darse cuenta de que me había perdido por completo, y eso me dio pena—. Por favor, Ruth, no montes una escena —añadió, al borde del pánico—. Estás aquí... y estás tan... —Movió los brazos en dirección a mí, al vestido, sin saber qué decir; y no porque estuviera tan guapa que no sabía cómo expresarlo, sino porque mi madre nunca me hacía cumplidos y debía de estar buscando alguno en un cajón lleno de cuchillos afilados. Su cerebro, sin embargo, no estaba donde buscas las cosas suaves y cálidas—. Venga, rehazte —acabó diciendo—, que sería una pena que... que esto se desperdiciase.

Pero no se iba a desperdiciar; Tina me iba a ver. Tina, a la que no le costaría lo más mínimo decirme lo guapa que estaba, cuyo cerebro no estaba rodeado de alambre de espino, sino curvado igual que unas gafas, para concentrar la luz y representar la vida con claridad.

—Lo siento, mamá —Y di un paso para alejarme de ella—, pero no me parece que esto esté bien.

Mi madre se quedó perpleja.

—¿Que... no te lo parece...? Pero es que no te lo tiene que parecer a ti. Tu padre está muerto.

—No me refiero a eso. Me refiero a fingir que sigo casada; que somos una familia feliz cuando, en realidad, no lo somos.

Mi madre puso esa cara de desdén con la que se hacía la víctima y que le resultaba tan cómoda, pero estaba tan rota como mis pantalones vaqueros preferidos. Siempre me había dado miedo que fuera capaz de encontrar algo divertido en la decepción. Como si viviera a la espera de que la vida la desilusionase, convencida de que pasaría, y, entonces, se hubiera echado a reír porque había sido lista y

estaba preparada hasta para lo peor.

Era la misma mirada de desdén que le había visto la mañana en la que mi padre había muerto en un accidente de tráfico de camino al lugar en el que nos encontrábamos en ese momento, después de sufrir un conato de infarto tras una discusión que habíamos tenido los tres mientras desayunábamos. Yo me había quedado a pasar la noche en casa de mis padres después de que C. J. y yo tuviéramos nuestra última y explosiva pelea por un pasador de pelo con el que había llegado a casa, tardísimo una vez más. En ese desayuno había informado a mis padres de que C. J. y yo no íbamos a arreglarlo, que iba a pedir el divorcio porque yo era homosexual, y que los dos sabían bien que lo era porque mi padre también lo era.

—Sabía que ibas a hacer esto —soltó mi madre como si acabara de triunfar. Tenía la cara enrojecida y con gotitas de sudor—. Mira que me lo he dicho una y otra vez…: «Quizá es mejor que Ruth no venga». Porque sabía que solo pensarías en ti. Aun así, te tendí una ramita de olivo y ya ves, aquí estoy, haciendo lo que sabía que tendría que hacer, reconfortarte, cuando soy yo quien necesita consuelo.

Le agradecí que me ofreciera una representación tan exagerada de su crueldad, que hasta ese momento había repartido con mano izquierda, de poco en poco, para tenerme siempre a su merced, deseosa de volver a por más. Me había puesto tan fácil —y no solo fácil, estaba siendo un placer— que me alejara de ella… Me subí a la bici y me dirigí hacia el agua, donde no solo estaba la brisa, sino también Tina.

PAMELA

MIAMI, 1979
DÍA 540

El teléfono empezó a sonar justo cuando abrí la puerta de la habitación del hotel.

—Tengo que responder —me encontré diciéndoles, a un tiempo, a Tina y a la madre de Ruth. Pero ninguna de las dos me prestó atención. Ambas se miraban la una a la otra como lo harían en el cuadrilátero dos eternos rivales. —¿Pamela? —Era el señor Pearl—. ¿Podrías cambiar tu vuelo?

Sentí como si pudiera respirar de nuevo de repente.

—Por supuesto —respondí mientras exhalaba lentamente—. ¿Para qué día tendría que cambiarlo?

Hubo una pausa incómoda.

—Esa es una buena pregunta. —El señor Pearl se rio de tal manera que me sentí un poco indispuesta. Era la risa de alguien que se había pasado todo el día batallando con un bebé y que lo único que quería era tirarse por el balcón—. El juez Lambert quiere reunirse contigo en su despacho mañana por la mañana y será entonces cuando decida si sigues en la lista de testigos o no.

Quería sentarme porque tenía ampollas en los pies y me dolían de estar todo el día de pie; pero no quería sentarme, porque tendría que planchar el vestido de nuevo. Aunque no estaba cayendo en la cuenta de que puede que diera lo mismo, porque cabía la posibilidad de que no llegara a testificar.

—¿Cómo que será entonces cuando lo decida? ¿Qué está pasando, Henry? —Creo que jamás había llamado «Henry» al señor Pearl.

—La defensa ha presentado otra moción para invalidar tu testimonio argumentando que está influenciado por tu relación con Martina Cannon. Han proporcionado una declaración jurada de la madre de una de las chicas desaparecidas en el lago Sammamish.

Miré a la autora de esa declaración, que estaba allí mismo, en mi habitación, con la espalda contra la pared como si Tina la hubiera amenazado físicamente —aunque Tina estaba junto a la puerta con los

brazos cruzados, dando golpecitos en el suelo con el pie, impaciente —. Hablé con calma a pesar de que la histeria se estaba apoderando de mí:

—¿Qué dice esa declaración?

—La madre está convencida de que su hija huyó debido a sus problemas psicológicos. Al parecer, estuvo internada un tiempo y su madre había estado planteándose enviarla allí de nuevo. Está convencida de que Martina Cannon manipuló a su hija y se aprovechó de ella y que su insistencia en que a Ruth la asesinaron aquel día no es sino su rechazo a aceptar que Ruth se dio cuenta de que su relación estaba mal y huyó.

—Bien —dije con un tono de voz cortante—, pero no entiendo qué tiene que ver eso conmigo.

—No, no tiene nada que ver. O no debería. El juez solo quiere hablar contigo para asegurarse de que estás en tus cabales y que la señora Cannon no te ha manipulado de ninguna manera. Porque ella no te ha manipulado, ¿verdad?

—¡No!

—Es lo que suponía, pero tenía que preguntártelo.

—¿Qué sucederá si decide que sí, que me ha manipulado?

Miré a Tina, que dejó quieto el pie al oír aquella palabra: «manipulado».

—A ver —empezó el señor Pearl con tono severo, pero se quedó callado un rato. «¿Que vea el qué? ¡¿El qué?!», estuve a punto de chillarle—. En los casos como este... —siguió, pero ya no tan seguro. Se me cayó el alma a los pies. Iba a decirme algo parecido a lo que mi padre llevaba meses diciéndome, estaba segura—. Cuando se trata de asesinatos en serie...

Se me doblaron las rodillas y, de pronto, sin darme cuenta, estaba sentada en el borde de la cama. A la mierda; ya volvería a planchar el vestido. O no. Igual no era necesario. Me llevé una mano a la boca, echa polvo al ser consciente de que algún tecnicismo podía impedirme que le contara la verdad a todo el mundo, que ganara el caso para Denise,

—... no siempre se consiguen condenas por todas las víctimas —acabó diciendo el señor Pearl a modo de triste justificación—. Ahora bien, lo bueno es que, como hay tantas víctimas, alguna prueba forense sólida suele haber, que es como acaban cayendo estos criminales.

—Como cuando detuvieron a Al Capone por evasión de impuestos

—comenté como si fuera gracioso.

El señor Pearl gruñó.

—Estoy haciendo lo imposible para ganar este caso por Denise y por Robbie, y por todas vosotras, pero, si el juez Lambert decide anular tu testimonio, hay pruebas forenses sólidas en el caso de Kimberly Leach. No va a salir vivo de Florida, te lo prometo.

Cerré los ojos. Había querido que lo dijera, pero, ahora que lo había dicho, deseaba que el tiempo volviera atrás; aunque fuera para mantener un mínimo hilo de esperanza. Sin mi testimonio, el Acusado ganaría. La que no sabía si saldría viva de Florida en caso de no testificar era yo.

—A las nueve menos cuarto como un clavo mañana, ¿vale? —me dijo.

Estaría allí a las ocho y media.

La madre de Ruth habló antes de que me diera tiempo de colgar el teléfono:

—Esta joven merece saber la verdad —le dijo a Tina en el intento más descarado que he visto jamás de mostrar magnanimidad—. Puede que no seas capaz de aceptarlo, pero eso no te da derecho a ir pasándoles tus delirios a personas en situación vulnerable.

—¿Conoces la definición técnica de «delirio» según la psiquiatría, Shirley? —Tina arqueó las cejas, esperando una respuesta de la madre de Ruth—. ¿No? Pues bien... —Tina se apoyó en la puerta y bostezó mientras respondía, claramente buscando enfurecer a la otra mujer—, el delirio es una creencia falsa continuada a pesar de que haya pruebas incontestables de lo contrario. —Se tapó la boca—. Disculpa, pero es que eres tan previsible que aburres.

Shirley se quedó boquiabierta.

—Eres mala persona —le dijo antes de dirigirse a mí e insistir—. Esta de aquí es una mala persona.

Tina ni se inmutó.

—Hay testigos que vieron a Ruth en el lago Sammamish ese día hablando con un hombre que encaja con la descripción del Acusado. Es más —Tina levantó los brazos como si Shirley jamás fuera a creer lo que estaba a punto de decir y Shirley giró la cara hacia la pared como si Tina le hubiera dado una bofetada de revés, aunque estaban tan alejadas la una de la otra como lo permitía la habitación—, Ruth era feliz y nadie se escapa de una vida que le hace feliz.

Shirley dejó de mirar hacia la pared.

—Entonces, ¿cómo es que no han encontrado su cadáver? —

Entrelazó las manos como si se fuera a poner a rezar y las movió adelante y atrás mientras me miraba: «Por favor, olvídate de esto»—. Han pasado cinco años. Encontraron el cadáver de la otra chica que desapareció ese día, pero no el de Ruth. ¿No te parece raro? —Shirley me lanzó una mirada con la que parecía que quisiera decirme: «Sé sensata». —¡Porque nadie la está buscando! —tronó Tina—. ¡La madre de la otra chica fue a todas las televisiones y habló con todos los periódicos que quisieron recibirla! ¡Estuvo tres meses yendo a diario a la comisaría de policía! ¡Fue como un puto perro con un hueso! —Tina golpeó la pared con el puño y gritó frustrada—. Pero tú... ¡para lo único que te has esforzado es para asegurarte de que nadie la busque! Si la madre de una chica desaparecida le dice al detective asignado al caso que, en realidad, la desaparición de su hija no tiene nada de sospechoso..., ¡la va a creer!

—Normal —empezó Shirley, que hizo un despreciable movimiento de cabeza como si estuviera orgullosa de sí misma—, porque soy madre; pero ¿qué eres tú? Tú no eres nada.

Al oír aquello, Tina se tambaleó, herida, reducida. Un fuego protector se encendió en mi interior, como si Tina no solo fuera mi hermana, sino mi hermana pequeña. Cuando estaba de duelo, el mundo me trataba como si fuera la adulta porque no había nada en mi duelo que resultara desagradable.

—Yo no creo que usted delire —le dije a Shirley—. Lo que creo es que prefiere que todo el mundo piense que su hija se escapó porque, como su nombre se conecte con todo esto, la gente podría empezar a escarbar y alguien podría acabar descubriendo que Ruth vivía la vida de una manera que usted considera vergonzante y que, por lo tanto, cabe la posibilidad de que prefiera que no se sepa qué fue de *su* propia hija o que se descubra dónde está enterrada para que no se enteren de que no era «perfecta». ¿Qué tipo de madre haría algo así?

Shirley me miró y parpadeó, sin saber qué decir... y entonces empezó a llorar. O al menos fingió que lloraba, porque se llevó las manos a la cara y empezó a hacer todos los ruidos típicos del llanto. Lo hizo el tiempo suficiente como para darse cuenta de que no iba a retirar lo que acababa de decirle, que no iba a reconfortarla y a asegurarle que no había querido decir aquello, que, como era madre, su figura era sacrosanta. Como vio que lo único que yo hacía era dejar que siguiera lloriqueando, bajó las manos y me miró fijamente con unos ojos secos y duros como el pedernal, y, con un deje de rabia en la voz, como si la estuviéramos reteniendo, dijo:

—Me gustaría marcharme.

Tina le abrió la puerta y movió el brazo en un semicírculo exagerado: «Por aquí».

—¡Pues muy bien! —exclamó Shirley, arreglándose la blusa y mirándome con una expresión de decepción—. Por una vez, un periodista dice la verdad: estás completamente hechizada por ella. Buena suerte, jovencita. —Y salió disparada por la puerta, con la cara roja como un tomate.

Tina y yo nos quedamos mirándonos largo rato después de que la madre de Ruth se fuera, al mismo tiempo incrédulas y conscientes de lo que acababa de suceder. Debería haber una palabra para eso. Qué poco puede llegar a sorprenderte la gente. No sé, tal vez la palabra sea «insensible», pero eso es algo que yo no soy. Porque en la otra parte de esta situación estaba una persona como Tina, que me enseñó que no debería sorprenderme de que las personas puedan ser tan buenas como para que estés dispuesta a perder una semana de trabajo, conducir toda la noche y enfrentarte al peligro por ellas. Algunas personas son tu mirlo blanco.

PAMELA

TALLAHASSEE, 2021
DÍA 15.826

Carl lleva una camiseta en la que pone: «Que vuelvan a hacer ficción orwelliana» y, a pesar de todo lo que nos hizo, siento una pena infinita al imaginármelo diseñando la prenda en Redbubble desde uno de los ordenadores comunitarios de la sala de Internet de la residencia tutelada en la que vive.

—Cuando llegué a Seattle —dice Carl refiriéndose al día en que nos separamos en Aspen—, hablé con todas las personas que quisieron hablar conmigo del caso y oí un rumor. —Levanta un dedo, muy holmesiano—. En realidad, era más bien una teoría.

Es la una de la tarde del jueves y Carl resulta convincente. Su mejor hora es justo después de comer. La puesta de sol cada vez acontece antes y a Carl le está costando algo más quitarse esa neblina mañanera, como quedó patente con nuestro anterior encuentro, durante la anterior hora segura, que son las once de la mañana. Me dejaron marcharme del Tallahassee Memorial porque no había signos de contusión cerebral ni de sangrado interno y los puntos del labio se me reabsorberán en dos semanas. Mis heridas no son nada en comparación con el sangrado cerebral que sufrió uno de los celadores de la residencia recientemente debido a que Carl le lanzó una silla a la cabeza. Fue entonces cuando la doctora Donnelly empezó a pedir que las visitas firmaran una exención de responsabilidad.

—¿Cuál es esa teoría? —le pregunto sin dobles intenciones, interesada, pero no desesperada. Los momentos de lucidez de Carl son escasos y pueden desaparecer sin más ni más, como experimenté ayer de primera mano. Como Carl detecte algo amenazante o impaciente en mi tono, el Carl que ha estado escondiéndonos información cuatro décadas se irá y puede que nunca vuelva.

—La teoría —Carl habla con una voz extraña, como si no se estuviera dirigiendo a mí, sino dando una charla, como dio muchas en las décadas posteriores a la publicación de su libro— tenía que ver con las cintas del interrogatorio que llevó a cabo el detective de Seattle

cuando fue a Utah a interrogarle después de su primera huida.

Carl se refiere a Colorado, no a Utah, pero la doctora Donnelly me ha advertido de que no lo corrija. Asiento y, con intención de que siga, digo:

—Recuerdo haber visto esas cintas en la lista que me enseñaste. —«El día en que te besé», esto no lo digo, pero no puedo evitar recordarlo y sentir cierta vergüenza.

Carl chasquea los dedos y me señala: «Exacto». Sorbe el café que le ha preparado un celador. Está frío, para que nadie acabe con quemaduras de tercer grado.

—Existía la teoría —continúa— de que su confesión estaba en esas cintas.

—¿Por qué iba a confesar? —me pregunto como si nada, a pesar de que está a punto de salírseme el corazón del pecho.

—Oh… —musita Carl como si pudiera deberse a muchas cosas. Está provocando mi interés, disfrutando de tener público. A mí, en cambio, me va a dar algo. Por fin, dice—: en Utah —otra vez por Colorado— había pena de muerte, pero en Washington no. Y ya sabes, después de su huida se encontraba en muy mal estado. Había pasado una semana intentando sobrevivir en las montañas, sin refugio, sin comida, sin dormir. Su estrategia era cebar al detective de Seattle, darle algo que lo animara a pedir la extradición. Ya sabes, para salvarse del juicio por lo de Caryn Campbell, que estaba casi seguro de que perdería después de haber huido. Los inocentes no escapan. Sabía que, como el caso de Caryn Campbell llegase a los tribunales, el fiscal utilizaría aquello contra él y acabaría con una soga al cuello.

Enarco las cejas.

—Eso tiene mucho sentido —murmuro.

Y es que, en efecto, lo tiene. Carl no dice nada más durante un rato y levanto la mirada para ver en qué se está fijando y resulta que está mirando de mal humor la puerta de la sala de las visitas. Pero allí no hay nadie. En la sala pintada de caqui con los sillones a rayas rojas y el sofá marrón claro con cojines con rayas rojas a juego solo estamos él y yo. Esto es lo que se denomina lujo para ancianos, aunque el edificio parece un hotel de cuatro estrellas construido a principios de los años ochenta y en el que nadie haya invertido desde entonces.

—A la policía de Seattle no le gustó eso —sigue Carl, y el recuerdo del que habla lo anima. Vuelve a concentrarse en mí, rebosante de alegría porque recuerda sus duros días de periodista—. La presión de la gente para que lo llevaran de vuelta a Florida era muy intensa.

Seattle estaba haciendo un esfuerzo para retrasar la devolución para ver si lograban encontrar la manera de imputarlo, pero, cuando lo quieres hacer bien, eso lleva su tiempo. No querían precipitarse y acabar diciendo únicamente que habían hecho algo, como en las demás jurisdicciones. No obstante, no están consiguiendo nada y se dan cuenta de que tienen que proporcionarme algo. —A Carl se le han dilatado las pupilas y sus mejillas están tan rojas como las mías después de una mañana bien invertida en el gimnasio—. Uno de los detectives me sugiere que hable con la madre de una de las víctimas. Esa madre... —Carl silba, tiene los ojos abiertos como platos: «¡Qué joyita, la tía!»— me dice que no cree que su hija sea una de las víctimas. —Pone cara de que no puede creérselo. Está compartiendo todo esto conmigo en presente, como si estuviera en la puerta de Shirley en ese mismo instante—. Es evidente que está ocultando algo, pero, entonces... —Carl se calla de golpe, como si alguien lo hubiera desenchufado.

No puedo evitarlo:

—Entonces, ¿qué?

Carl se lleva los puños a las orejas, como si lo estuviera juzgando y no lo soportara.

—Lo atrapan. Y todos quieren hablar con él y que les cuente su historia. —Me mira y parpadea, como un niño, completamente arrepentido. Casi no le quedan cejas, pero sus ojos siguen siendo de color verde mineral.

—Y ¿cómo se lo sacaste tú? —lo pincho con cuidado.

Carl se pone las manos alrededor de la boca y confiesa entre susurros:

—Le escribí. Le escribí y le dije... —Vuelve a mirar hacia la puerta de la estancia, donde sigue sin haber nadie— que tenía pruebas para apoyar su inocencia en uno de los crímenes de los que lo habían acusado y me puso en la lista de visitas de inmediato. A partir de ahí desarrollamos una especie de amistad y... —Carl vuelve a hablar en pasado, como si necesitara distanciarse de la persona que ha hecho esto. Mira a la puerta y vuelve a mirarme a mí, y así unas cuantas veces—. Por favor... —me implora y se encoge como si tuviera muchísimo miedo.

Pongo los hombros de lado y me alejo un poco de él para adoptar una posición que no le suponga ninguna amenaza, tal y como la doctora Donnelly me ha recomendado que haga en caso de que me diera la impresión de que empezaba a ponerse agresivo.

—Si te cuento dónde encontrarlo —Carl, aterrado, habla entre susurros—, ¿podrás hacer que la mujer me deje en paz?

Con «la mujer» doy por hecho que se refiere a mí.

En un mundo perfecto, Carl no sería una persona disminuida incapaz de soportar una feroz reprimenda por mi parte, algo con lo que fantaseaba cuando era más joven y tenía las manos atadas por mi propia inexperiencia. Esa, sin embargo, es una fantasía que ha ido perdiendo urgencia con el tiempo, a medida que he ido reordenando los peldaños de mi escalera de prioridades. Lo de darle su merecido a Carl ha ido estando cada vez más abajo hasta que lo ha superado algo mucho más sofisticado que la venganza.

—No te molestará nunca más —le prometo sin molestarme siquiera en fingir amabilidad.

Tina lo mandó al infierno muchos años antes y, sin duda, allí es donde está ahora.

PAMELA

MIAMI, 1979
DÍA 541

El juez Lambert estaba copiando algo de un expediente cuando su secretaria me escoltó hasta su despacho, cinco minutos más tarde de la hora a la que habíamos quedado.

—Buenos días, señoría —lo saludé al tiempo que bajaba la cabeza y me mantenía a una distancia respetuosa de su gigantesco escritorio, igual que hago hoy en día cada vez que la persona que está por delante de mí en la cola del cajero automático introduce su número secreto en el teclado. El señor Pearl me había advertido de que no debía sentarme hasta que el juez no me invitara a hacerlo, a lo que le había respondido: «Ya lo sé», aunque, en realidad, no lo sabía; porque aquello no era parte de la etiqueta estándar, sino que eran cosas del juez Lambert.

El juez Lambert no me prestó atención. Su secretaria me puso una sonrisa maternal, como si pretendiera darle cierta calidez humana al lugar, tras lo que se marchó y se encogió un poco cuando la puerta emitió un ligero chirrido mientras la estaba cerrando. Aquella era la misma expresión que pondría yo en el futuro, intentando salir de la habitación de mi hija sin hacer ruido después de haberme pasado horas acunándola para que se durmiera.

Permanecí allí, de pie, un minuto entero, observando cómo el juez Lambert anotaba frases clave de la moción de última hora del día anterior. Había imaginado que su despacho sería una especie de antigua taberna inglesa —con el techo bajo y paredes rojizas de madera de nogal, con muebles de cuero rayados y bebidas marrones en bandejas de latón—, pero el sitio resultaba soso, con un mobiliario tapizado con un brocado metálico y cuadros de flores de estilo francés amarillecidos en las paredes. El juez Lambert cerró la carpeta, levantó la vista y se sorprendió visiblemente.

—Está usted tan callada que ni siquiera recordaba que estaba ahí —dijo, infundiendo cierto tono de broma a sus palabras—. Por favor, siéntese, que me está poniendo nervioso.

Era la segunda vez en veinticuatro horas que alguien me decía lo mismo.

—Gracias, señoría —respondí mientras me hundía en el duro cojín de una silla con un patrón de rosas que me hizo pensar en el tejido que Denise tenía colgado en su dormitorio de Jacksonville, ese que Carl había estado admirando el día en que lo conocí. Era un trozo desgastado de una manta de los navajos y era evidente que la mujer que lo había trenzado lo había hecho bajo presión, me explicó Denise en una ocasión: «Fíjate en el patrón de las líneas», me había destacado, un patrón que subía y bajaba violentamente en horizontal, creando una serie de diamantes caóticos. Aquellas formas habían empezado a aparecer a mediados del siglo XIX, cuando las familias hispanas del suroeste capturaban y esclavizaban a mujeres y niños navajos. Los textiles eran valiosos y a las mujeres las obligaban a tejer o trenzar para que la familia que las tenía esclavizadas obtuviese beneficios. Con intención de desafiar esta situación, inventaron una nueva secuencia con la que comunicaban que aquellas alfombras no estaban hechas por gusto.

Yo le mostraba respeto al juez Lambert no porque lo respetara, sino porque no tenía más remedio si quería subirme al estrado.

—Al parecer —empezó con un tono jocoso—, ha estado usted en compañías cuestionables —Movía el dedo mientras me hablaba y chasqueó la lengua. Qué bien se lo estaba pasando teniéndome allí sentada, aferrándome a los bordes de mi salud mental, que empezaban a desmoronarse—, llenándose la cabeza con todo tipo de invenciones..., si me creo esta declaración jurada.

Lo miré con ojos de cordero.

—Señorita Schumacher —dijo, impaciente de pronto—, ¿tengo que creérmela?

—En absoluto, señoría.

—¿En absoluto? —Enarcó las cejas de súbito—. No hay nada absoluto en la vida, señorita Schumacher.

—No, señoría —me mostré de acuerdo rápidamente.

Se reclinó y se cogió las manos y se las puso sobre su dura tripa de anciano, con la bandera de Florida a un lado de sus sienes plateadas y las barras y estrellas al otro, con tal aspecto de sapo que, hasta cierto punto, esperaba que croara de un momento a otro.

—Cuénteme cómo conoció a Martina Cannon.

—La conocí en el hospital, señoría. En el Tallahassee Memorial. El lunes siguiente al ataque.

—Y ¿cómo fue?

—¿A qué se refiere, señoría?

Irritado, volteó una mano sobre sus tripas.

—¿De qué hablaron? ¿Cuándo se enteró usted de que era de Seattle y de que estaba conectada con una supuesta desaparecida de allí?

—Ese mismo día. —Me di cuenta de que las respuestas cortas podían hacer que pareciera que estaba a la defensiva—. Me llevó a casa en coche y me explicó quién era y que creía que la persona responsable de lo que había pasado en mi sororidad era la misma persona responsable de la desaparición de su amiga.

—¿Fue esa la primera vez en que oyó el nombre del Acusado?

Por mucho que me doliera, lo admití:

—Sí, señoría.

—Vaya —murmuró el juez Lambert para sí, como si le sorprendiera que, después de todo, sí que hubiera algo de cierto en aquella declaración jurada. Se quedó sentado en una especie de silencio contemplativo unos momentos, mientras yo sentía que me estaban quemando viva.

—Si se me permite decir una última cosa, señoría —y puse cara de dolor, segura de que iba a reñirme por haberle hablado sin su permiso. Sin embargo, me sorprendió ver que el juez Lambert me miraba con expresión abierta y curiosa—, creo que, si tiene usted oportunidad de repasar mi declaración oficial a la policía, verá que insistí una y otra vez en que el hombre que yo había visto en el vestíbulo era un desconocido. Sé que en un primer momento dije que me había parecido que se trataba de Roger, pero también dije que fue una idea que se me pasó un mero instante por la cabeza y que enseguida me di cuenta de que jamás había visto a aquella persona. Y fui consistente en mi declaración con todo aquel con el que hablé en las siguientes, no sé, treinta horas, mucho antes de que apareciera Martina Cannon. Con mis hermanas, con mi novio…, incluso con la exalumna que nos acogió en su casa esa noche. Y, más tarde, por mucho que el sheriff Cruso se centrase en Roger esas primeras semanas, yo seguí en mis trece. Insistí en que no era a Roger a quien había visto, a pesar de que me habría hecho la vida mucho más sencilla haber sucumbido a la presión. Y…, creo que lo que estoy intentando decirle con esto… —y me ruboricé un poco porque los ojos del juez Lambert ya se habían vidriado para ese momento («Los jueces aprecian la brevedad en el testimonio», nos había advertido recientemente un profesor de la

facultad)—, es que no soy alguien que se deje manipular.

El juez Lambert chasqueó los labios mientras deliberaba.

—Quiero revisar esas declaraciones y hablar con esas personas cara a cara. Va a darle usted al señor Pearl los nombres de los testigos que pueden corroborar sus palabras.

De nuevo la mano aquella, solo que esta vez movió los dedos. Bien podría haberme dicho: «¡Hasta luego, cocodrilo!».

—Gracias, señoría —me despedí con un patético tono de servilismo que me sigue atormentando aún hoy en día.

PAMELA

MIAMI, 1979
DÍA 542

En la habitación del hotel me quedé mirando por la ventana, deshinchada. Veía un cartel de *El año de la victoria*, con Dennis Quaid bloqueando la vista del océano y, durante los dos primeros días, aquello me pareció un buen presagio. El tercer día, sin embargo, me di cuenta de que en el hotel también se alojaban miembros de la defensa, así que, ¿quién me decía a mí que aquel buen presagio no lo era, en realidad para ellos? A partir de ese momento decidí tener las cortinas cerradas.

No es que tuviera prohibido salir. Podía ir adonde me apeteciera siempre y cuando no me perdiera las llamadas del señor Pearl con alguna actualización. En una ocasión me planteé ir a dar un paseo más o menos cuando empezaba la vista, considerando que sería muy improbable que el teléfono sonara en ese momento. Sin embargo, cuando apenas me había alejado media manzana, recordé que el método preferido de desacato del Acusado era aquella tardanza crónica suya y decidí dar media vuelta y volver corriendo a la habitación. Estaba tan paranoica porque no quería hacer nada que estropeara mi credibilidad a ojos del juez Lambert que ni siquiera le permitía a Tina que me trajera un café por la mañana, antes de ir al juzgado. «¿Ni aunque te lo deje aquí fuera?», me preguntó desde el otro lado de la puerta. «¡Por favor, vete!», le había siseado yo, preocupada porque algún periodista oyera aquel intercambio de palabras y escribiera que el testigo cuyo testimonio podría estar manipulado conversaba con la mujer a la que se acusaba de haberlo manipulado.

Estaba desinflada, que no es lo mismo que volverse loca. En los siete días que pasé en la habitación de hotel de Miami esperando a que el juez Lambert dijera algo, no perdí contacto con la realidad en ningún momento, pero es cierto que algunas convicciones empezaron a pudrirse en mi interior como un molar que se va poniendo negro. Fue con ese mismo dolor sordo que tienes cuando se te infecta un

diente como empecé a cuestionarme máximas que hasta ese momento me habían parecido incuestionables.

Ese verano estaba trabajando de becaria en el departamento de fusiones y adquisiciones de una empresa muy importante, incapaz de admitir que no era solo que odiara la cara de culo de mi supervisor, al que le encantaba recordarme que a los becarios no nos pagaban por lo brillantes que fuéramos, sino por nuestra disponibilidad, que aquel era el tipo de trabajo que no solo afectaba a tu vida personal, sino que era tu vida personal. Lo que más odiaba, lo que me dejaba con una sensación de vacío prácticamente nihilista, era la idea de pasarme la vida representando a empresas y no a seres humanos de verdad. La mayoría de las personas que acababan dedicándose al Derecho Corporativo, como mi padre, se veían arrastradas por la impersonalidad de su trabajo. Lo último que querían hacer en la vida era tratar con un cliente en mitad de una crisis, con alguien que estuviera viviendo un divorcio, una batalla por la custodia de los hijos o una situación de insolvencia. Cuando era pequeña, mi padre siempre se reía de lo horroroso que sonaba todo eso y yo siempre me mostraba completamente de acuerdo con él por necesidad, porque aquello era lo único que teníamos en común. Sin embargo, sentada en aquella habitación de hotel a oscuras, obligada a pensar en cómo me sentiría si sonaba el teléfono y me decían que el juez Lambert había decidido prescindir de mi testimonio —con lo que el jurado encontraría al Acusado no culpable—, también me veía obligada a considerar cómo les caería a la señora Andora, a los padres de Robbie, a Jill y a Eileen, y a Sally tener que ver la sonriente cara de engreído del Acusado en los periódicos, con el puño levantado en señal de victoria. ¿Me sentiría capaz de vivir con ello, en caso de que esta situación acabara de esa manera? Y sabía que la respuesta a esa pregunta no la encontraría asegurándome de que empresas grandes y ricas estuvieran en conformidad con la ley de manera que pudieran seguir haciéndose más grandes y más ricas.

El cuarto día, cuando llamé al supervisor de voz gangosa para decirle que seguía en Miami, esperando a saber si finalmente podría testificar y cuándo, me informó con demasiada impaciencia de que estaba aventurándome por el terreno de las ausencias injustificadas. El día de orientación nos habían advertido de que podían despedirnos si perdíamos más de tres días de trabajo.

—No puedo hacer nada al respecto —le dije al supervisor, cuyo nombre ya no recuerdo, aunque no se me olvidan ni su bizquera ni su

voz de moco.

—En la vida real —empezó a decir como si todo aquello le hiciera gracia porque sabía mucho más que yo de los inconvenientes que la vida te pone en el camino—, a nuestro cliente no le importan tus circunstancias, por excepcionales que puedan ser. En la vida real, sencillamente, habrías perdido a tu cliente.

La idea se me presentó con claridad; era, de hecho, como si alguien me la hubiera susurrado al oído: «Me importa una mierda así de grande».

—Es posible que esto dure un tiempo —dije con tono neutro. Con todo lo que estaba pasando a mi alrededor, había sido agotador tener que fingir que me importaba perder el trabajo. Mi fortaleza estaba hecha andrajos—, y no quiero decepcionar a la empresa más de lo que la he decepcionado ya. Hoy mismo enviaré mi carta de renuncia.

Tartamudeando, el supervisor me respondió:

—A ver, n-no nos precipitemos.

—Muchas gracias por haber sido tan paciente conmigo —le dije amablemente— y le pido disculpas por cualquier inconveniente que haya podido causarle. Cuídese.

Y colgué a todo correr, no fuera a ser que el señor Pearl estuviera intentando ponerse en contacto conmigo.

PAMELA

MIAMI, 1979
DÍA 548

En el estrado, cuando el señor Pearl me preguntó si el hombre que había visto en nuestro vestíbulo se encontraba en la sala, respondí:

—Sí. Es ese.

Entonces, mientras levantaba el brazo derecho para señalárselo a los miembros del jurado, me di cuenta de que me estaba poniendo de pie, que la compulsión por hacerlo era tan instintiva como en la noche de la matanza en la Casa, cuando había corrido hacia él en vez de en la dirección contraria. En la sala estábamos, más o menos, a la misma distancia a la que habíamos estado aquella noche: a cuatro metros, solo que, en esta ocasión, él me miraba, verdaderamente aburrido, con un codo apoyado en la mesa y la cabeza apoyada en la mano. Llevaba una hora de testimonio y aún me faltaba otra, y no iba a ser él quien me hiciera las preguntas. La manera en que su equipo había tenido que encargarse de él, llamando a testigos intrascendentes al estrado para que hiciera alguna pregunta sin torpedear su propia defensa, me recordaría más tarde a un bebé al que le das uno de esos teléfonos móviles de juguete porque eso es lo que tienen los adultos, teléfonos móviles, y él no es ningún bebé.

—Tranquila —La orden venía del estrado más importante.

Aunque el juez Lambert había permitido que testificara, lo despreciaba con todo mi ser. Esa manera en que tenía de dirigirse a mí como «señora» y al Acusado como «joven»... —¡¿por qué no ya «vaquero», «compadre» o «compañero?!—. Yo tenía veintitrés años y el Acusado, treinta y dos. Yo había sacado las mejores notas posibles en mi primer curso en la Facultad de Derecho. Yo era la joven, la compadre, estaba mucho más próxima a él que el Acusado, pero jamás lo habrías dicho por la manera en la que le hablaba.

Me senté a mi ritmo y me alisé el vestido a la altura del regazo.

—¿Qué estaba haciendo usted —prosiguió el señor Pearl— justo antes de bajar y ver al Acusado?

—Estaba durmiendo.

—¿Cómo había pasado la noche hasta ese momento?

—Trabajando en el horario de las actividades voluntarias para algunas de nuestras fiestas solidarias de primavera. Después de eso, acabé una lectura que tenía pendiente para la clase de Economía.

—Una noche atareada. ¿Y vio usted a Denise?

—Sí. Se pasó por mi habitación porque quería que le prestara uno de mis abrigos y preguntarme si la acompañaba a una fiesta.

—¿Y qué le respondió usted?

—Que no podía porque tenía mucho trabajo.

—¿Y cómo reaccionó ella?

—No era lo que quería oír e intentó hacerme cambiar de opinión.

—¿Qué le dijo?

—Me dijo que era nuestra última primavera allí y que me merecía un poco de diversión. —Giré las rodillas para hablar directamente al jurado. El señor Pearl me había dicho que intentara buscar a la jurada que llevaba unas gafas de ojos de gato y una cruz de plata al cuello. La mujer era enfermera y madre soltera, una mujer que, muy probablemente, simpatizaría con la historia de otra mujer agobiada por los plazos de entrega y las responsabilidades—. Me dijo que solo era una fiesta y que tenía toda la vida para ser Pam Perfecta.

—¿Así es como la llamaba, Pam Perfecta?

—Sí. Era el mote que me había puesto. Era por ese aerosol para cocinar de los anuncios. Ya sabe, ese que te promete que te ayudará a ahorrar dinero, calorías y tiempo. —Las mujeres que había en el jurado se miraron y sonrieron y asintieron—. Al final del anuncio te enseñan el plato y tiene un aspecto delicioso y es cuando dicen eso de que ha salido «Pam Perfecto».

—¿Y por qué la llamaba «Pam Perfecta»?

Veronica Ramira protestó aduciendo que se trataba de una especulación.

—¿Qué opinaba usted del apodo que le había puesto Denise?

—Cuando ella estaba presente me reía, pero, en realidad, me daba un poco de vergüenza. Nadie quiere ser perfecto.

—¿Ah, no? —me preguntó el señor Pearl con el ceño fruncido.

—No, al menos, entre los colegas de la universidad. Esa es una época en la que se supone que tienes que divertirte y yo no buscaba la diversión. Yo me presionaba mucho para hacerlo todo según las reglas y sigo haciéndolo. —La madre soltera me miraba con atención.

—¿Cabría decir que el apodo estaba bien elegido?

—Sí, eso es precisamente lo que me avergonzaba. No podía

defenderme cuando Denise me llamaba Pam Perfecta porque sabía que era verdad.

Cuando llegó el turno del contrainterrogatorio y antes de levantarse, Veronica Ramira revisó sus notas un momento. Llevaba el pelo recogido con un pasador a ambos lados, lo que le daba un aspecto juvenil, aniñado. Yo sabía muy bien que aquello era intencionado, una ilusión óptica para el jurado —igual que una joven podía acusar a su cliente de un acto horrible, otra podía creer en su inocencia—. Era un detalle inteligente por su parte, aunque nunca nadie se lo dijo.

—Buenas tardes, señorita Schumacher —empezó con tono agradable.

—Hola.

Nos sonreíamos, aunque nos odiábamos.

—Quiero empezar por el sábado por la noche, el 14 de enero —me dijo mientras se paseaba alrededor de su mesa con las manos entrelazadas a la altura del ombligo—, antes del ataque. ¿A qué hora se fue a dormir?

—No lo recuerdo exactamente, pero algunas de las chicas entraron en mi habitación y me dijeron que iban a por pastel de ganache caliente a Jerry's, que cerraba a medianoche. Recuerdo que dijeron que les iba a dar tiempo a llegar por poco. Jerry's está como a unos diez minutos a pie de la Casa, así que di por hecho que tenían que ser las doce menos veinte o menos cuarto. Para cuando volvieron a la Casa, ya me había quedado dormida.

—Y eso, ¿cómo lo sabe?

—Porque más tarde una de mis hermanas dijo que había subido a avisarme de que habían vuelto con el pastel y que había visto que estaba dormida y había decidido dejarme seguir durmiendo.

—Así que, como muy tarde, se quedó usted dormida a las doce y cuarto de la noche.

—Sí —asentí—, podría decirse que sí.

—Y dice usted que algo la despertó unos minutos antes de las tres de la mañana, ¿no es así?

—Así es.

—Dos horas y cuarenta y cinco minutos es un tiempo de sueño considerable, ¿no le parece?

—Para mí, es prácticamente toda una noche.

Algunas de las integrantes del jurado se rieron, pero Veronica Ramira ni se inmutó. Resultaba preocupante; algún as se guardaba en

la manga, estaba claro.

—No sé usted, pero yo estoy bastante adormilada cuando me despierto de un sueño profundo.

No dije nada. No había preguntado nada.

—¿Estaba usted adormilada?

—Un poco al principio, pero cuando salí al pasillo y vi que la araña del vestíbulo seguía encendida, me desperté de golpe. Soy una maniática del orden, y, cuando algo no está como debería, me concentro en corregirlo. Estaba decidida a descubrir por qué no funcionaba el temporizador. Eso hizo que dejara de sentirme somnolienta.

—Y eso, ¿forma parte de ser Pam Perfecta?

Uno de los hombres del jurado se rio por lo bajo, pero cuatro de las mujeres que se sentaban con él lo miraron con severidad, reprimiéndolo, y su risa desapareció, sustituida por una sonrisa de disculpa.

—Si Denise estuviera aquí… —empecé a responder—, y no sabe cuánto me gustaría que así fuera… —me tembló la voz al pensar en cuánto le gustaría a ella también—, le diría que sí.

Me esforcé por no llorar y miré al señor Pearl. «Un poco de emoción está bien —me había dicho antes de advertirme—, pero el juez Lambert no tiene paciencia con los histéricos». El señor Pearl me hizo un gesto prácticamente imperceptible con la barbilla: «Ya es suficiente».

—¿Qué sucedió a continuación?

Lo conté por última vez. Lo del capítulo repetido de *Te quiero, Lucy*. Los platos sucios en la sala de juegos. La corriente de aire proveniente de la puerta de atrás. El golpe. El impulso reptiliano de ir a por el Acusado.

—Y creyó usted que la persona a la que vio en el vestíbulo era Roger Yul, ¿no es así?

—Apenas por un instante, pero entonces miré mejor y me di cuenta de que se trataba de un desconocido.

—Y ha dicho que la araña estaba encendida —Veronica Ramira levantó la vista a los rieles de luz del techo, lo que volvió de color púrpura su zona del párpado inferior—. ¿Diría usted que el vestíbulo estaba tan bien iluminado como esta sala?

—Parecido.

—Y, aun así —prosiguió Veronica Ramira sin parpadear—, pensó que se trataba de Roger.

—Un mero instante —respondí, sintiéndome relativamente aliviada al pensar que su estrategia por fin había quedado al descubierto. Si eso era todo lo que tenía contra mí, podía con ello—, porque prácticamente de inmediato me di cuenta de que no conocía de nada a aquella persona.

Veronica Ramira siguió a toda prisa:

—¿Cuál era su relación con Roger Yul?

La agitación que sentía en el estómago se intensificó, pero yo también respondí rápido porque no quería que nadie creyera que me estaba pensando la pregunta.

—Era un amigo. Era miembro de la misma fraternidad que mi novio y Denise, y él llevaban años saliendo y dejándolo.

—Así que pasaba usted mucho tiempo con él, ¿no?

—Roger andaba por ahí. Solíamos encontrarnos en los mismos sitios y quedábamos con la misma gente bastante a menudo.

—Y…, ¿nunca solos?

Aquí fue donde vacilé.

—N-no, claro que no. Nunca pasábamos tiempo a solas.

—Entonces, ¿nunca estuvo a solas con Roger? —me preguntó Veronica Ramira como si no pudiera creérselo.

—No sé…, alguna vez nos quedaríamos a solas a lo largo de los años. Sí, puede que, cuando alguien fuera al cuarto de baño, nos quedáramos solos unos minutos.

—Durante una de estas veces… —siguió Veronica Ramira—, ¿se besaron Roger y usted?

El estrado del testigo está pensado para ser el segundo lugar más prominente de la sala, más bajo que el del juez pero más alto que el del jurado, lo que pretende representar la importancia de la persona que da testimonio. Una consecuencia no intencionada de esta disposición es que proporciona al testigo claras líneas de visión — puedes ver a todos los espectadores de la sala—. En ese momento, me fijé en la señora Andora, que se acababa de quedar como si hubiera tenido una revelación religiosa. Sabía lo que estaba pensando, que por eso había sido la ruptura tan mala, que por eso había acabado Denise en el hospital por deshidratación.

La voz de Veronica Ramira cortaba como un cuchillo:

—Le he preguntado si Roger y usted se besaron, señorita Schumacher.

Tenía que saber lo malo que era aquello, así que miré al señor Pearl mientras contestaba:

—Él intentó besarme en una ocasión.

Uf..., sí que era malo.

—Pero ¿se besaron?

—Él me besó a mí y yo lo aparté de inmediato. Estaba muy borracho y no creo ni que lo recordara al día siguiente.

Veronica Ramira sonrió con suficiencia, como si aquella fuera exactamente la descarga de culpabilidad que esperaba de una chica que había besado al novio de su mejor amiga.

—Fue después de eso cuando Denise y Roger rompieron, ¿no? En el diciembre previo al ataque, ¿no?

—Así es, porque le conté lo que Roger había hecho. Ella estaba muy avergonzada y me obligó a prometer que no se lo diría a nadie.

Y no lo había hecho, ni a los detectives, ni al señor Pearl, porque pensaba que no importaría, porque solo dos personas más en el mundo sabían lo del beso y una de ellas estaba muerta. Había dado por hecho que Roger estaba demasiado borracho como para recordarlo, y no solo porque se me había tirado encima como si fuera un muerto viviente, sino porque, cuando Denise rompió con él, le preguntó si sabía por qué rompía con él para siempre y él le imploró que se lo dijera, pero Denise se negó, considerando que sería un castigo más duro hacer que Roger no dejara de darle vueltas a qué podía haber propiciado aquello. Jamás descubriría cómo les había llegado lo del beso al Acusado y a su equipo, pero tuvo que deberse a que, en algún momento, Roger lo había recordado. A alguien le habría contado que se había hecho el tonto con Denise cuando, en realidad, lo recordaba todo.

—Seguro que estaba muy avergonzada —Veronica Ramira se mostró de acuerdo conmigo—, su mejor amiga y su novio. Tuvo que dolerle mucho.

Me encendí cuando Veronica Ramira sugirió que alguien más, aparte de su cliente, le había hecho daño a Denise.

—Yo jamás le habría hecho daño a Denise. La quería.

—Pero Denise estaba molesta con usted.

—Denise estaba molesta, pero no conmigo.

—Pensaba que había dicho que... —Veronica Ramira me dio la espalda un momento para rebuscar en sus notas, que estaban en su mesa. El Acusado le adelantó unas páginas y me quedó claro, por la manera en que levantaba la mirada, chispeante, y sonreía, que Veronica Ramira le había sonreído antes—. Gracias, letrado —le dijo al Acusado antes de volverse hacia mí recordándolo todo a la

perfección y viniendo a por mí a muerte—. En una de sus declaraciones del principio, le confesó usted al sheriff Cruso que había habido algún que otro tira y afloja entre Denise y usted poco antes de que Denise muriera.

Una pegajosa gota de sudor se escapó de la tira de mi sujetador y rodó con la puntería de un jugador de bolos hacia la huesuda calle de mi columna. Dudo mucho que en la sala hicieran más de 18 ºC y me estaba quedando helada.

—Lo dije —admití—, pero en referencia a mi cargo de presidenta. A veces, Denise me consideraba mandona.

—Y supongo que el hecho de que hubiera besado a su novio no ayudaba.

—Ella no lo veía así porque no es eso lo que sucedió.

Uno de los hombres que formaban parte del jurado sonreía de forma nauseabunda. Dos mujeres cuchicheaban la una con la otra. Así era como nos había oído. Quería darme una ducha. Quería bajar de aquel estrado y llevar mi frío y sudado vestido directo a la tintorería.

—Y, unas semanas después, usted cree ver a su novio, a quien había besado, en su vestíbulo y, después, su historia cambia para protegerle. ¿Es eso lo que sucedió?

Antes de que pudiera señalar que había insertado su interpretación en la pregunta, el señor Pearl objetó por lo mismo:

—Argumentativa, señoría.

—Se admite —dijo muy despacio el juez Lambert.

Veronica Ramira se encogió de hombros como si hubiera estado preparada para este revés.

—Gracias, Pamela. No tengo más preguntas.

—Descanso hasta la una del mediodía para comer —dijo el juez Lambert antes de golpear el bloque con la maza.

La gente se puso de pie como al final de una misa y se oyó el frufrú de perneras y el crujido de huesos sedentarios mientras el juez Lambert se cogía el bajo de la toga y bajaba del estrado con las rodillas tiesas, desapareciendo por su pasillo privado y seguro. Las salas de los juzgados siempre están diseñadas para que el juez no tenga que pasar por las zonas públicas para llegar a su estrado, pero raramente se tiene esa misma consideración con los testigos y eso significó que los obturadores de las cámaras, que sonaban como el zumbido de los insectos al abrirse y al cerrarse, captaron el desafortunado momento en el que me crucé con el Acusado cuando él se levantaba para ir a comer. La prensa había vertido tanta tinta

acerca de su brillantez táctica que yo misma estaba a punto de empezar a creerme su adoctrinamiento, así que apreté las muelas cuando vi que cabía la posibilidad de que me sonriera de esa manera caballerosa suya y se inclinara para abrirme la puertecita baja que dividía al público del resto de participantes en el juicio. «Usted primero, señora», me diría.

«El atractivo abogado muestra su caballerosidad a la alumna que lo acusa de asesinato» habría titulado Carl la imagen.

Sin embargo, al darse cuenta de que íbamos a encontrarnos, el Acusado hizo algo típico de los niños. Y digo niños, no hombres, porque, de repente, con la torpeza propia de un quinceañero con espinillas, resultó que no sabía qué hacer con las manos ni adónde mirar con aquellos ojos pequeños, mezquinos. Aquel era el hombre al que la prensa consideraba un Casanova, un hombre como jamás se había visto otro entre las mujeres, y, en cambio, se asustaba ante la mera presencia de un miembro del sexo opuesto. El Acusado me dio la espalda y puso las manos en la partición de madera que separaba nuestra zona de la del público y le dijo algo a su madre, que tenía el pelo canoso y lo llevaba por encima de los hombros y a menudo vestía como un ama de casa de los años 50, con falda de capa y una chaqueta de punto encogida. La mujer me miraba a los ojos y, mientras que su hijo había demostrado cómo era realmente, era la cara de ella la que seguiría viendo mucho después de que el juicio acabara, el juicio que haría que mi vida descarrilara durante un breve periodo de tiempo pero que, luego, la encarrilaría para siempre.

PAMELA

ISSAQUAH, 2021
DÍA 15.858

En 1996, cuando se realizó la enmienda a la Ley de libertad de información para incluir los archivos de audio y vídeo como documentos de acceso público, pedí la grabación de la supuesta confesión del Acusado sobre lo del lago Sammamish, esa de la que Carl me había hablado en el salón formal de la Casa. Pasaron meses hasta que recibí respuesta, en la que me decían que no se podía llevar a cabo mi petición porque dicho archivo no existía. Como para demostrármelo, o puede que como premio de consolación, los agentes del Gobierno me enviaron copias de todas las conversaciones divagantes del Acusado con el detective de Seattle que se desplazó a Aspen a interrogarlo unos días después de su primera huida.

Escuché la cinta hasta el final para asegurarme y, en efecto, allí no había ninguna confesión, pero admitía algo que resultó interesante para mí porque tenía que ver con la identidad del padre del Acusado.

La historia que corría por todos lados era que la madre del Acusado se había quedado embarazada con dieciséis años, consecuencia de una corta historia de amor con el heredero de unos grandes almacenes de Filadelfia que había muerto en un accidente de tráfico. Sin marido en la ecuación, la madre del Acusado se había visto obligada a permanecer bajo el techo de sus padres. Durante sus primeros años de vida, el Acusado disfrutó de una educación idílica en la casa que sus abuelos tenían en Filadelfia, hasta que se mudó al otro lado del país, a Seattle, para vivir con unos familiares.

Pero en aquella cinta que oí en 1996 había algo mucho más siniestro. En ella, el Acusado despotricaba contra su madre, de quien decía que era una mujer débil que no había conseguido protegerle de las brutales palizas que su abuelo le daba con el cinturón y que ni siquiera se molestaba en cerrar la puerta de su habitación por las noches, que era cuando el hombre daba rienda suelta a su depravación con su hija adolescente. Cuando el detective lo presionó para que fuera un poco más allá, el Acusado se cerró en banda.

Poco se puede hacer para confirmar el rumor de que el Acusado era hijo del incesto, pero hay suficientes eslabones en la cadena lógica como para que esté convencida de ello. En 1996, este fue el empujón que necesité para dejar la firma de Derecho de Familia para la que había trabajado durante quince años y establecerme por mi cuenta, dedicada exclusivamente a la mediación.

La mediación es una opción muy extendida hoy en día, pero en los años ochenta y a principios de los noventa era una alternativa experimental a los litigios de divorcio que los expertos en bienestar infantil no solo esperaban que sirviera para que disminuyeran las disputas, sino también para que redujera la carga de trabajo del sistema judicial. Columbia, mi *alma mater*, ofrecía un programa de entrenamiento piloto al que me apunté por curiosidad y que acabé siguiendo con fervor evangelista. Era la primera vez que oía a alguien proponer una lectura de la ley que situara en el centro el bienestar de las mujeres y los niños. La mediación pretendía que las familias no llegaran a pisar los tribunales, preservar el civismo y promover la capacidad de sus integrantes de trabajar juntos en el futuro; eran familias con mujeres que tenían la misma expresión inquietante que la madre del Acusado el día en que testifiqué contra su hijo.

En mi trabajo percibo ecos de mi pasado como presidenta del capítulo más sureño de mi sororidad; los retos y las recompensas de presidir a treinta y ocho mujeres brillantes y tercas que se supone que se apoyan unas a otras como si las impulsase la misma sangre. Pero, sobre todo, sigo sintiéndome atraída por la mediación porque sé mejor que nadie que los asesinos sexuales estadounidenses no nacen, sino que provienen de hogares rotos y maltrechos, de sistemas humanos que les fallan mucho antes de que lleguen a los sistemas penales y que los sueltan a un mundo que les dice que las mujeres somos depositarias lícitas de su rabia y su impotencia.

Es siete veces más probable que los niños que se crían en ambientes hostiles se conviertan en perpetradores violentos cuando alcancen la edad adulta y yo tengo la oportunidad única de alterar ese patrón. Porque, en la curva de la carretera en la que me encuentro con una señal de tráfico que indica la mejor trazada a seguir, no tengo más alternativa que sentir una gratitud beligerante.

Me recuerdo todo esto —tantos años después— cuando la respuesta de la vieja amiga de la Facultad de Derecho que trabaja en el Departamento de Justicia y que aceleró mi petición de las grabaciones me llega como si me acabaran de dar un golpe en la

cabeza. La razón de que no pudieran responder a mi petición en 1996 no se debe a que no exista la cinta, sino a que la cinta no estaba donde les había dicho que buscaran —en los archivos del detective de Seattle que visitó al Acusado en su celda de la cárcel de Aspen después de su primera huida—. En ese momento no había tenido ni idea de la confesión que había obtenido Carl, una segunda grabación que, a mediados de los años noventa, era aún parte de una investigación activa acerca del caso del lago Sammamish y que, por lo tanto, no se podía entregar al público. Y tampoco sabía que, cuando cerraron el caso, el archivo debería haber pasado a estar a disposición del público, pero que alguien le puso las manos encima y pidió que se destruyeran todas las copias; una mujer llamada Rebecca Wachowsky, de Issaquah, Washington.

Rebecca sigue casada con el hermano de Ruth y sus dos hijos ya son mayores; de hecho, los hijos de Allen ya van a la universidad, a la de Washington, me explica Rebecca cuando se da cuenta de que estoy haciendo un recorrido cronológico de su vida por las fotografías que tiene en la repisa de la chimenea: partidos de la liga infantil, recitales de baile, vestidos de graduación y de boda, y los bebés de ambos.

—La mía va a cumplir treinta el mes que viene —le digo mientras acepto el vaso de agua de limón que me ofrece.

El líquido está muy ácido y me rasca la garganta; ha debido de dejar la cáscara de limón mucho tiempo macerando. Le he explicado que soy la abogada que representa a un miembro de la familia de una de las víctimas del Acusado y que estoy trabajando en una lista de objetos probatorios que el estado no ha sido capaz de localizar. Llevo una orden judicial en el bolso por si no me dejaba entrar, pero lo ha hecho, amablemente, y me ha informado de que, después de que la madre de Ruth muriera, en 2001, descubrió una comunicación del Departamento Federal de Prisiones en una pila de correo viejo en la que le alertaban de la liberación de las pertenencias de su hija como prueba y le explicaban qué tenía que hacer para pedir los objetos. Rebecca había seguido limpiando la casa, dando por hecho que encontraría una caja con las cosas de Ruth, pero hasta que no miró en todas las baldas y en todos los armarios no se paró a pensar que era muy probable que su suegra se hubiera limitado a leer el aviso y a dejarlo a un lado.

—A Shirley le costaba reconocer aquello que le resultaba…

desagradable —me explica Rebecca mientras me guía por las escaleras enmoquetadas que dan al sótano—. Cuando Ruth murió, raras veces volvimos a hablar de ella. Fue muy triste, como si ni siquiera hubiera existido. Yo no soportaba la idea de que sus cosas estuvieran en un almacén, así que respondí al aviso.

Pulsa el interruptor y la luz deja al descubierto una estancia que es en parte una sala para ver la televisión y en parte un trastero de cajas con cosas de los dormitorios, de los baños, etc.

—Enseguida me di cuenta de que con las cosas de Ruth debían de haberse mezclado las de otra pobre chica. Siempre me he preguntado a quién le pertenecerían.

Rebecca se sienta en una alfombra de color gris y le quita la tapa a una caja de polipiel con diseño hexagonal. Yo diría que tengo una igual.

Empieza a sacar los objetos que no cree que sean de Ruth: una blusa de tirantes con estampado de flores amarillas, un pasador blanco de plástico, una novela de bolsillo con la cubierta rota. La novela empieza: «Bajo el ala de ante de su sombrero de vaquero, su mirada era de un penetrante color azul». Rebecca inclina la cabeza sobre la caja, mirando aquí y allí, y coge la tapa para cerrarla.

Doy un paso adelante con un brazo estirado como diciendo: «¡Alto!».

—¿Le importa que eche yo una ojeada? Por si acaso a usted se le ha pasado algo.

La sonrisa de Rebecca es, a un tiempo, protectora y ligeramente amenazadora.

—No hay nada más. Eso es todo lo que no era de Ruth. Puede quedárselo. Con un poco de suerte, la familia reconocerá los objetos. ¿De quién se trata, si no le importa que se lo pregunte?

Por un segundo me planteo si debería presionarla para mirar en la caja antes de confesar, pero ella ha hecho la pregunta a bocajarro y a mí me va a costar mucho recuperar su confianza más adelante como recuerde este momento y se dé cuenta de que no he sido honesta cuando he tenido la oportunidad de serlo.

—De Martina Cannon.

La cautelosa expresión amistosa de Rebecca se convierte en una expresión de pánico. Rodea la caja con brazos y piernas, anclándola a su persona como si fuera un luchador y le estuviera haciendo una llave.

—Salga de mi casa antes de que llame a la policía.

Pretende mostrarse amenazadora, pero está exagerando. Tiene demasiado miedo de perder a Ruth.

Busco en el bolso y saco la carpeta en la que llevo la orden judicial.

—Si la llama, los agentes se verán obligados a poner en práctica esta orden judicial.

Rebecca se niega a soltar la caja, pero coge la orden. Antes de soltarla, decido explicársela a grandes rasgos:

—Se trata de un documento jurado por la señora Cannon en el que lista los objetos que tiene derecho a heredar como pareja de hecho registrada de Ruth Wachowsky.

Rebecca me arranca el documento de las manos y me provoca unos cortes con el papel. Siseo por lo bajo mientras ella va directamente a leer los objetos listados. Resopla de malas formas.

—Bueno, pues yo no tengo lo que está buscando.

—Si sigue leyendo —le digo—, verá que de nada sirve que mienta al respecto.

Rebecca escanea el lenguaje a la desesperada. Me doy cuenta con claridad del momento en que lo lee —prueba irrefutable de que el activo en cuestión se lo dieron a ella— porque se queda completamente rígida. Es la respuesta de mi antigua compañera de facultad confirmándome la identidad de la persona que pidió las grabaciones de Carl después de que se cerrara el caso del lago Sammamish, además de la copia del informe de entrega, que negaba el acceso público al archivo dado que pertenecía legalmente a la familia en caso de que no hubiera habido ninguna detención. La cinta con la confesión es característicamente humana, hereditariamente única. No hay copias, no hay más oportunidades si no aprovecho esta.

—Solo nos quedaremos la grabación el tiempo suficiente como para hacerle una copia a mi cliente —le explico—. Ella no tiene inconveniente en devolverle a usted el original.

Rebecca deja caer la orden, cuyas páginas llegan flotando al suelo. Inclina su cuerpo sobre la caja y apoya la mejilla en sus ángulos como si se tratara de una almohada. Está realizando profundas y ruidosas respiraciones de yoga, gimoteando ligeramente al exhalar.

—Tiene nuestra palabra de que le devolveremos el original —le aseguro.

—Bah, no lo quiero —responde Rebecca petulante, llorando—; no después de que lo haya tocado ella. —Me mira con la nariz llena de mocos y furiosa—. Ruth y yo nos conocíamos desde que teníamos tres años. Yo la conocía.

—Nuestra intención es no llegar a juicio —le digo con ese tono de comisario que utilizo en mediaciones tremendamente emocionales varias veces a la semana—, pero la única manera de que así sea y de asegurarse de que su esposo no descubre la relación que tenía usted con su hermana es que se muestre usted dispuesta a cooperar.

—¡Se la voy a dar, ¿vale?! —ladra Rebecca—. Es solo que... —Se aferra a la caja como si se tratase de una balsa en mitad del Atlántico — que nunca ha habido lugar para mis sentimientos. Los únicos momentos en los que no tengo que esconder cuánto la echo de menos es cuando bajo aquí.

Hace un gesto para dejarme claro que se refiere al sótano: donde la vieja Atari de Allen sigue estando en el mismo armarito de siempre, el que tiene los bordes astillados; donde guarda empaquetados y escondidos los restos de una vida que nunca quiso, objetos que ya no le producen felicidad, si es que algún día se la produjeron.

Siento un profundo desprecio por ella. «Tuviste tu oportunidad de hacerte con ese lugar, pero fuiste una cobarde», pienso. Y puede que yo también lo hubiera sido de no ser por Tina. No me cabe duda de que habría sido abogada aunque el Acusado hubiera atacado otra sororidad esa noche, pero habría sido la mía una práctica carente de pasión, algo que habría intentado conectar con mi padre porque ni yo tenía ninguna conexión conmigo misma. Sin embargo, había vivido los últimos cuarenta y tres años con un propósito, pero no a pesar de lo que había sucedido en aquella madrugada del 15 de enero de 1978, sino por ello.

Me parece justo que le quite a Rebecca lo que por derecho le pertenece a la persona que me ha ayudado a vivir tan bien con mi dolor.

Rebecca vive en uno de esos barrios con una comunidad de vecinos activa, gente que se compra perros para tener una excusa para patrullar el barrio unas cuantas veces al día y hablar sobre ello en Internet. «Dios, parezco una paranoica», me ha dicho Tina con una risa forzada y nerviosa. Antes de dejarme frente a la casa de Rebecca me ha señalado un QuikTrip que hay un poco más adelante y me ha dicho que me esperaba allí. Le preocupaba que Rebecca la viera e hiciera alguna locura, como romper la cinta con los dientes.

Cuando me estoy acercando al aparcamiento del QuikTrip, veo que Tina está sentada al volante de su coche, con las manos sobre el

regazo y los ojos cerrados. Por un momento pienso que está muerta, que, finalmente, esta preocupación intermitente por cómo acabará este asunto le ha provocado un ataque al corazón. Toco suavemente la ventanilla con los nudillos porque tampoco quiero provocarle yo el infarto si lo único que está haciendo es meditar.

Tina exhala y levanta los hombros, así que me queda claro que está viva. Ahora bien, está tan asustada que no se atreve a abrir los ojos. Asiento para que lo primero que vea sea un «sí». «Sí, la tengo». «Sí, se ha acabado».

Por fin me mira y asiente ella también, estoicamente. Es cuando rodeo el coche por detrás cuando hace ese sonido. Es algo que sale de sus dientes delanteros, violento y devoto, un sonido que lleva atrapado dentro de ella desde la administración Carter, más antiguo que el Elmo Cosquillas y el té helado de Snapple. Subo al asiento del copiloto y lloro, porque uno de mis mayores miedos en la vida era que jamás se liberara de ese sonido, pero ahora estoy segura de que lo ha hecho y de que, a mi manera, yo también.

RUTH

ISSAQUAH
14 DE JULIO DE 1974

Los presentadores de las noticias de la noche de Seattle habían apostado en directo sobre cuánta gente iría al lago Sammamish el domingo. La mujer con el pelo teñido de rojo había dicho que era imposible que fueran más de treinta mil y, mientras pasaba junto al cartel de madera del parque rodando sin pedalear, pensé en que el lunes le iba a tocar pagar.

Los coches estaban aparcados tan pegados los unos a los otros que muchas familias tenían que salir de su vehículo por el portón trasero. Había un estandarte que saludaba a los miembros del Departamento de Policía de Seattle a su pícnic anual de verano y otro que anunciaba pintas a veinticinco centavos en una cervecería de la zona, música en directo y helado gratis. Los perros perseguían frisbees voladores y, a lo lejos, los barcos de vela salpicaban el horizonte. Tina podría estar en cualquier lado, pero decidí empezar por la playa Tibbetts, que estaba junto al campo de softball. Esa zona solía estar más tranquila, porque atraía a grupos de alumnos del instituto quemados y, por lo tanto, había menos niños, aunque, ese día, no había lógica entre la multitud. Los chavales se pasaban porros cerca de bebés que jugaban con cubos y palas. Nadie se quejaba y nadie amenazaba con llamar a la policía; todos estaban contentos por haber encontrado un sitio.

En la playa Sunset hacía tanto calor y se estaba tan a disgusto que no lo soporté ni un minuto más. Dejé la bici y me quité el vestido azul marino —por debajo llevaba el bikini negro de Tina—. Un grupo de quinceañeras se me quedaron mirando las piernas mientras me acercaba al agua a darme un baño rápido.

El lago estaba caliente y aceitoso por la crema solar, pero me fui metiendo más y más hasta que el agua estaba de un verde musgoso tan profundo que me costaba verme las piernas; entonces, me pincé la nariz y metí la cabeza debajo del agua. Bajo el agua, me reí maravillada para mis adentros. No hay nada en el mundo como saber que has hecho exactamente lo que tenías que hacer. Se lo contaría

todo a Tina punto por punto en cuanto diera con ella: cómo por fin me había enfrentado a mi madre y que, al hacerlo, había honrado la memoria de mi padre más de lo que lo habría hecho jamás quedándome allí sentada, en silencio, sudando, en su jardín, mientras unos y otros iban poniéndose de pie para mentir acerca de quién era. Tina escucharía cada palabra con atención y era muy probable que me pidiera que volviera a contárselo.

Regresé a la orilla retorciéndome el pelo. Lo tenía muy largo. Las chicas de instituto me ofrecieron una toalla cuando vieron que me secaba con el vestido de Tina. Noté que me miraban el cuerpo igual que solía mirar yo a las mujeres bonitas cuando era pequeña, preguntándome si, algún día, cuando creciera, me parecería a ellas.

Les di las gracias, extendí la toalla en la hierba, me tumbé de espaldas y cerré los ojos, dejando, por una vez en la vida, que fuera el sol quien decidiera qué hacer conmigo. Tenía veinticinco años y prácticamente no había pasado tiempo en bañador. Los bañadores eran para las piscinas y la playa, y las piscinas y la playa eran para mujeres que no necesitaban maquillaje..., pero, ahora, por alguna razón..., ¡yo era una de esas mujeres! Pasé los dedos por la hierba, imaginando cómo miraría Tina más tarde mis muslos bronceados.

Una sombra fría cayó sobre mí.

—Disculpe, señorita.

Abrí los ojos esperando ver a alguien mucho mayor; nadie de mi quinta diría «disculpe» —¡hasta a ellos les parecería raro!—. Aquel tipo, no obstante, tendría mi edad. Iba vestido todo de blanco, como si viniera de jugar al tenis, y eso resaltaba su bonito bronceado. Iba peinado con la raya a un lado y llevaba el brazo izquierdo en cabestrillo, pegado al cuerpo. Era bastante guapo.

—¿Le importaría ayudarme? —Y sonrió tímidamente.

Me incorporé de inmediato.

—Se suponía que iba a reunirme aquí con unos amigos para que me ayudaran a cargar mi lancha en el coche, pero es que no los encuentro. —El joven entrecerró los ojos mirando entre el enjambre de personas, como haciendo un último intento por dar con ellos—. Lo haría yo, pero... —Se miró el brazo en cabestrillo y sonrió.

Todo el mundo se había quedado callado a mi alrededor. Noté que las quinceañeras se inclinaban hacia nosotros, a ver qué oían, curiosas por presenciar la manera en que las mujeres y los hombres se conocían en el mundo real. Algo parecido a la solidaridad emanaba hacia mí de un ama de casa que tenía a la derecha, las dos lo

suficientemente mayores como para reconocer qué pretendía en realidad aquel tipo.

Di unas palmaditas en la toalla.

—¿Por qué no te sientas un momento y lo hablamos? ¿Dónde está la lancha?

El hombre se acuclilló con cuidado, encogiéndose de dolor mientras apoyaba su brazo herido en la rodilla.

—Está aquí mismo, en Issaquah, en casa de mis padres. Muy cerca.

—Seguro, yo también soy de Issaquah.

—¡Ah, ¿sí?! ¿De dónde?

—De más allá del claro, pero ahora vivo más cerca de la universidad.

—Eso tiene que ser cerca de uno de mis bares preferidos.

—El Dante —dijimos ambos a la vez.

—Mis amigos tocaron allí el sábado pasado. Los Lily Pad. ¿Los conoces?

Me encogí de hombros. No había oído hablar de ellos.

—Suenan genial. Hacen música folk, pero bailable. Deberías ir a verlos la próxima vez que toquen por aquí. ¡Podríamos ir juntos!

Miré al ama de casa, que me lanzó una mirada con intención mientras le ponía crema en la cara a uno de sus hijos, que no dejaba de intentar zafarse. La mujer llevaba un traje de baño modesto que empezaba en la clavícula y acababa a escasos centímetros de las rodillas. Supuse que estaría pensando que, no hacía tanto, era una jovencita como yo.

—Puede... —respondí, porque no quería herir sus sentimientos ni inflamar sus esperanzas.

—Podría dejarte en casa después de que subamos la lancha a la camioneta —se ofreció—. O podrías venir a navegar con mis amigos y conmigo una vez dé con ellos.

—Y ¿por qué no te ayudan tus padres?

—A mi padre acaban de operarlo de la espalda y mi madre... —se llevó un dedo a los labios y bajó la voz, como si lo que estuviera a punto de decir no fuera nada agradable—, no está precisamente en forma.

—Entiendo —respondí con voz entrecortada—, así que has estado buscando a la mujer más en forma de la playa.

—Estaba buscando a la más inteligente —me dijo con voz suave.

Había algo como aristocrático en su manera de hablar, en su cuerpo delgado y en aquellos pantalones cortos blancos y

almidonados. Me daban ganas de decirles a las chicas de instituto que, por lo normal, los hombres no eran tan educados cuando te entraban, que, de hecho, aquel me parecía tan raro que no me lo imaginaba teniendo novia, ni siquiera con ese grupo de amigos que decía que estaba buscando. De repente, me sentí mal por él y me pregunté si sus amigos no lo habrían dejado colgado. Desde luego, parecía ese al que se suele dar de lado.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté.

Arrugó los ojos mientras respondía.

—¿Y tú?

—Ruth.

—Ruth. —Y extendió el brazo bueno y nos estrechamos la mano firmemente mientras nos mirábamos a los ojos.

Señalé su brazo.

—¿Cómo te lo has hecho?

—Jugando a ráquetbol.

Me reí. No pude evitarlo. No conocía a nadie que llevara unos pantalones blancos como esos y jugara al tenis, pero ¿al ráquetbol? Por un momento, me dio la sensación de que me estaba tomando el pelo. Aquellas eran las típicas tomaduras de pelo de la Costa Este.

Inclinó la cabeza como avergonzado.

—He aprendido para jugar con mi jefe, pero resulta que no se me da muy bien.

—¿A qué te dedicas?

—Soy abogado. Bueno, estudio para ser abogado. Me quedan dos cursos. Ahora mismo estoy de becario en una firma del centro de la ciudad.

—¿Qué firma?

—Baskins-Cole. ¿La conoces?

—¡Pues claro! Creo que he visto alguno de sus anuncios en el periódico.

—Nos dedicamos, sobre todo, al Derecho de Sociedades —y se encogió de hombros como si, en caso de que no hubiera oído hablar de ellos, con aquello lo explicara todo.

Acaricié la hierba adelante y atrás con la palma de la mano mientras observaba cómo el sol punteaba la superficie del lago. El ama de casa moderaba ahora una discusión entre dos de sus hijos sobre quién se comía el último polo.

—Se suponía que iba a reunirme con mis amigos aquí —dijo el joven con aire de pena—, junto a las mesas para pícnic de la playa

Sunset… —miró alrededor una vez más por si acaso hubieran aparecido mientras hablábamos—, pero es probable que me hayan dejado tirado.

Se rio, pero no parecía que estuviera de broma. Me sentí mal por él. Era un tipo femenino, de esos a los que les cuesta hacer amigos hombres. Mi hermano le habría hecho la vida imposible en el instituto. C. J. también. Me acordé del viajante que había entrado en el bar en el que trabajaba mi padre cuando era joven, hacía ya tantos años, lejos de casa y buscando solamente unos minutos de conversación.

—Venga, será mejor que me presentes a tus padres —le dije mientras me levantaba y me ponía el vestido azul marino por encima del traje de baño aún mojado. Seguía habiendo algo en él que me chirriaba y no quería ser demasiado amable para que no me malinterpretara. Quería que entendiera que iba a acompañarle porque necesitaba ayuda y porque me daba la impresión de que era alguien a quien solían rechazar, porque aquel domingo había habido una explosión galáctica de sol y libertad, porque la vida tiene su propia manera de escalonar los hitos y porque estaba convencida de que me las arreglaría hasta que tocase el siguiente.

Ya en el coche me dije a mí misma que algo malo tenía aquel tipo, pero, debido a una interacción letal entre la negación y el decoro, mantuve la conversación viva y con una cadencia destellante.

Parloteé sobre la escuela de cocina y sobre cómo había ayudado a mi amiga Tina a aprobar su examen de Jurisprudencia. Vi un indicio de frialdad en él cuando le mencioné lo del examen. Me pareció resentimiento, pero no tenía sentido; al fin y al cabo, él estaba de becario en Baskins-Cole, por lo que, jerárquicamente, su resentimiento habría sido imposible.

Salimos de la I-90, giramos a la izquierda en un semáforo y empezamos a ascender las montañas. No habíamos sido capaces de cerrar el maletero con la bici dentro, así que me había prometido que conduciría despacio. Al decirme que sus padres vivían en Issaquah, había imaginado una calle como la mía: casas unas encima de otras, niños jugando en los jardines y padres cortando la hierba con los mocasines de domingo. No es que aquello no fuera Issaquah, era solo que muchas de las casas que se veían eran segundas residencias de familias pudientes de Utah.

—¿Y viven tus padres aquí todo el año?

—Ahora sí —y me puso una sonrisa como si quisiera hacerme ver que aquella había sido una gran pregunta—. Vendieron la casa que tenían en el este cuando mi padre se jubiló.

Así que era de la Costa Este. ¡Lo sabía!

—¿En qué parte de la Costa Este?

—En Filadelfia —respondió mientras se internaba por el camino de entrada de una casa de estilo alpino grande, con el techo verde y contraventanas, y escondida en el bosque.

Era una casa apartada y la zona era muy tranquila, pero había un brillante Chevy negro en el camino de entrada que era evidente que alguien había lavado recientemente y había luz en la casa.

—Es el coche de mi padre —me indicó señalándolo rápidamente con la barbilla—. ¿Mitiga eso cualquier preocupación que pudieras tener? —Y se rio como si se estuviera juzgando a sí mismo.

Lo miré y parpadeé. No tenía muy claro si debía corregirlo o no.

—Preocupación… —dije.

Paró el coche y me miró como si algo lo afligiera:

—¿Cómo dices?

—Que has dicho «procupación» en vez de «preocupación».

Se rio como si nada, pero me quedaba claro que estaba avergonzado.

—¡Pues llevo toda la vida diciéndolo mal! ¡Qué bien! —Abrió su puerta—. La lancha está en el garaje.

Dudé.

—Has dicho que ibas a presentarme a tus padres.

Miró la casa mientras se balanceaba sobre los talones. Había una luz en el piso de arriba y otra en la parte de atrás de la casa, que daba al lago.

—Parece que mi padre se ha levantado. Lleva una temporada durmiendo hasta tarde por las pastillas que toma para el dolor. Y parece que mamá está en la cocina. —Movió las cejas arriba y abajo con picardía—. Está preparando un estofado para la cena. Siempre le estoy diciendo que debería comer más pescado. ¡Oye, puedes quedarte a cenar si tienes hambre!

Abrí la puerta del coche y salí al camino de gravilla.

—No quiero molestar —dije a pesar de que, en cierto modo, tenía la impresión de que estaba participando en una pantomima diseñada para que estuviera tranquila y cooperara. Sabía que había un motivo más siniestro tras la invitación a cenar y, aun así, seguía albergando la

esperanza de entrar en la casa y encontrarme con su madre rehogando cebollas y zanahorias en la cocina.

La casa era muy bonita, estaba construida con mucho gusto. Me resultó normal que una persona como él viviera en un sitio así y eso hizo que me relajara, que me encajara ese amaneramiento europeo que tan raro me había parecido en un principio, casi como si acabara de salir de otra década. Mientras recorríamos la casa hacia la parte de atrás, me di cuenta de que, sencillamente, había nacido siendo rico —porque Tina no había nacido siendo rica—. Era como si resultara comprensible que una persona así actuara de manera un poco extraña. Al fin y al cabo, tampoco es que hubiera muchos como él en el mundo.

La casa estaba decorada como si fuera una casa de vacaciones o un hotel de lujo para el invierno. Sobre la chimenea de ladrillo colgaban cornamentas de diferentes tamaños. El mobiliario era de cuero marrón oscuro con cojines de franela y tenía alfombras puestas por encima. Habían invertido mucho dinero para que resultara cómoda, aunque, a decir verdad, daba la sensación de que las estancias estuvieran abandonadas. Es posible que en un día nublado no lo hubiera notado, pero el sol abrasador de aquel domingo dejaba a la vista una capa de polvo en el salón. Miré las fotografías de sus padres en una mesa que había cubierta con un tapete y me puse a temblar. Eran muy normales y estaban cubiertos con una capa de suciedad.

Oí que hablaba con su madre en la cocina:

—No he encontrado a mis amigos, pero he encontrado a un alma caritativa para que me ayude con la lancha. ¡No sabes cómo está el lago!

Seguí su voz hasta la cocina y me arreglé el pelo para su madre y me tiré del dobladillo del vestido azul marino de Tina.

—Mira, aquí está —le dijo a su madre mientras yo entraba en la cocina.

Había una sonrisa en su voz, pero no en su rostro. Tenía el brazo doblado en un ángulo de noventa grados, con el codo apoyado en la caja torácica y la pistola a la altura de la cadera y un tanto ladeada, así que, hasta cierto punto, me pareció que cabía la posibilidad de que, de un momento a otro, soltara: «¡Eh, mira lo que he encontrado!» con ese extraño acento británico suyo. Es que... me apuntaba al tiempo que me enseñaba el arma.

Debí de parecerle tan idiota cuando me puse a buscar a su madre por la cocina con la mirada... Primero a derecha, luego a izquierda,

como si me estuviera preparando para cruzar la calle. El tipo acababa de hablar con ella, ¿no? Puede que hubiera ido a la despensa a por harina. Puede que el estofado requiriese un *roux*. Pensé en que no tardaría en emplear palabras así con otras personas como yo, personas que no me mirarían como si tuviera dos cabezas. «*Roux*». «A la pimienta».

—Desvístete —me dijo.

Había oído describir a violadores y a asesinos; que los ojos se les quedaban en negro y se veía en ellos la maldad más pura. No obstante, el hombre que tenía delante era la misma persona que me había abordado en el lago y me había traído en el coche. En todo momento había sido el mismo hombre. Había venido con él porque me había pedido ayuda y a mi madre se la había negado esa misma mañana. Tendría que ser una zorra de campeonato para decirle que no a otra persona en veinticuatro horas.

—No vas a utilizarla —le dije.

El mío era un comentario descabellado, pero justo por eso lo había hecho. Esperaba hacerle entender el vacío que se extendía entre lo que estaba haciendo y quién era, porque aquel era un abismo insalvable, una altura imposible para un estudiante de Derecho vestido con ropa de tenis que se había roto el brazo jugando al ráquetbol...

No me había dado cuenta en un primer momento, pero, cuando lo vi, sentí que un terror frío se apoderaba de mi pecho. El cabestrillo colgaba alrededor de su cuello, arrugado por el sudor y aborrecible, como un condón usado. Desde luego, aquel hombre tenía algo roto, pero no era ninguno de los huesos del brazo.

Con C. J., también había habido veces en las que me había sentido a disgusto, en las que no había querido que nuestros cuerpos se tocaran, en las que había apretado los dientes y había deseado que acabara cuanto antes. «Al menos, esta vez no voy a tener que fingir que disfruto», pensé. Al menos.

Después, me amordazó con un trapo de cocina mohoso y me ató a una silla que había dispuesto entre dos ventanas con la misma soga con la que habríamos atado la lancha una vez la hubiéramos subido al coche. El trapo putrefacto impedía que pudiera echarme a reír. «Ay, Ruth, por favor..., ¡que no hay ninguna lancha!».

Desde donde estaba sentada se veía el lago, a cientos de metros y mucho más abajo. Aún olía su agua en mi pelo. Era como si aquel tipo

quisiera que disfrutara de la vista. Oí que cerraba una puerta y arrancaba el coche, el sonido de los neumáticos en la gravilla. Se marchaba. Me puse a llorar porque aquello ya había acabado y tampoco había sido tan malo, ¿no?

Retorcí las muñecas para ir aflojando la cuerda, en silencio en un primer momento. Los gritos que había en mi interior estaban preparados, pero quería esperar a que el tipo se hubiera alejado un poco más para ponerlos en práctica. Intenté rotar las muñecas, menearlas, incluso saltar con la silla, pero la cuerda estaba tan fuerte que ni siquiera rozaba mis muñecas. Grité y grité hasta que se me caía la baba y empecé a ver puntitos, unos agujeritos negros con el reborde rojo anaranjado.

Volví en mí con un alivio similar al que se debe de sentir tras despertar de una operación temida. «Se acabó. Detrás de mí. Ya puedo seguir con mi vida». El horizonte del lago cortaba el sol por la mitad como los magos cortan a mujeres en sus cajas y lo teñía de naranja. La cocina estaba a oscuras y olía a humedad. Miré hacia abajo y vi que mis bronceadas rodillas tenían la piel de gallina. Hacía mucho que no me ponía morena.

Volví a pensar que aquello no había sido tan malo, teniendo en cuenta lo que podría haberme sucedido. Este tipo de cosas nos pasaban a las mujeres a diario y, aun así, seguíamos enamorándonos, trabajábamos y teníamos hijos si ellos querían. No me había desfigurado ni había perdido ninguna habilidad fundamental, como el sentido del olfato o del gusto. No había perdido a la persona que amaba. Pensé en Tina y el alivio se tornó en una gratitud tan pura e intensa que me pregunté si el tipo no me habría drogado.

Fue en ese momento cuando oí la voz de la mujer. Su dulzura me animó aún más. «¡Es mucho más bonita de lo que me has dicho!». Incluso después de procesar las palabras de ella y oír la respuesta de él —con aquella afectación peculiar y malévola—, una especie de euforia se apoderó de mí y me acompañó hasta el final.

Me encontraba de espaldas a la pared, con el camino de entrada a la casa detrás de mí y la puerta principal a la derecha. Era imposible que los viera a ninguno de ellos por las ventanas. Pensé en Tina, en la manera en que se sentaba en la encimera de la cocina, balanceando los pies y comiendo pellizcos de queso rallado mientras yo cocinaba, de manera que siempre me tocaba rallar más; y pensé en la escuela de cocina en la que iba a aprender a cortar hierbas en *chiffonade*; y me maravillé ante lo inútil que era todo aquello, a que hubiera tenido que

pasarme justo en ese momento, como si la vida tuviera su propia agenda. Porque, ¿por qué no un año antes, cuando no había nada que arrebatarme? Era como si el tipo hubiera rastreado la playa en busca de la mujer más llena de vida.

La chica dijo desde fuera:

—¡Oh!

No me quedó muy claro si le hacía gracia o si estaba molesta, pero, a continuación, ambos entraron a un tiempo, como a presión, por la puerta que tenía a la derecha, como si fueran un dúo cómico de esas películas en blanco y negro con las que mi padre tanto se reía en la tele. Ella era bastante más joven que yo, lo suficiente como para creerse invencible, intocable, y no tenerle miedo a nada a pesar de que le estuvieran marcando la mejilla con el cañón de una pistola. Me daban ganas de refugiarme en su soberbia adolescente el tiempo que me quedara de vida, pero esa soberbia se rompió en añicos en el momento en que vio la terrible pena que atenazaba mi rostro.

«Digamos que fue un caos —comentaba el Acusado como si le hiciera gracia—. Allí…, los tres… Fue un caos».

La cara de Tina se ve muy normal, allí, bajo la luz del sol poniente de Seattle. Estamos sentadas en unas sillas de teca en el patio trasero de piedra de su casa en la isla de Vashon, con forros polares de Patagonia y la cremallera subida hasta la barbilla. Las montañas Cascade se reflejan en el espejo del sonido y tenemos un pie en ambos mundos; ese en el que imaginamos cómo acabó la cosa para Ruth y ese otro en el que no hay por qué hacerlo.

La gente muere de todo tipo de cosas: de cáncer, en accidentes de tráfico, de vieja. Esta chica, cuyo nombre jamás sabré, a cuyos padres nunca conoceré, murió luchando. Vi cómo sucedía. Se golpeaba la cabeza, el cuello, con el puño derecho, con el izquierdo. Con el último golpe que se dio, fue como si conectara con un enchufe invisible. Se produjo como la sacudida de una explosión, igual que en un apagón eléctrico. La alteración de los campos magnéticos hizo que la casa temblara y lo envió a él volando lejos de ella. El tipo aterrizó hecho un guiñapo, enredado en sus propios brazos y piernas, e incluso perdió la conciencia durante un momento. En el fondo, deseaba con todo mi ser que tuviera una conmoción cerebral, que le estuviera sangrando la

cabeza por dentro, que hubiera muerto… y aunque no conseguí nada de eso, supongo que conseguí lo siguiente mejor.

Lo vi en toda su esencia mientras se ponía de pie trastabillando; besándose los nudillos, que tenía chamuscados; con la baba haciéndole brillar la cara. La otra chica le había metido el miedo en el cuerpo. Resulta que el tipo era tan mortal como yo, que se había hecho más pequeño por lo que fuera que había ahí fuera, lo que fuera que le había dado a ella esa luz blanca al final.

No me quedaba mucho, pero me quedó el tiempo suficiente para volver a la cocina con Tina, para oler la albahaca y la mantequilla quemada. Nunca debes dejar de mirar la mantequilla cuando la estás dorando, pero tenía que rallar más queso —Tina y esos deditos suyos — y no me di cuenta de la espuma negruzca hasta que era demasiado tarde. Me vi limpiando la sartén y regañando a Tina y riéndome: «¡Mira lo que me ha pasado por tu culpa!».

—Lo siento —dice Tina mientras se lleva la mano a la nariz y empieza a llorar y a llorar—. ¡Dios mío, Ruth, lo siento!

El juez: ¿Hay algo que quiera decirle a esta Corte, joven?

El acusado: Claro que sí. ¿Pensabas que te ibas a librar de que hablara?

El juez: Oh, no, si lo pensara, no se lo habría preguntado.

El acusado: Me gustaría hablar sobre la elección de abogado, pero brevemente. Recuerdo cuando saqué el tema, hace cosa de una semana, de que quería representarme a mí mismo. La Corte dijo: «Bueno, si fuera usted neurocirujano no se operaría a sí mismo».

Y empecé a pensar en la perspectiva real de esa analogía y respondí: «Bueno, hay que tener en cuenta la educación que ha recibido un neurocirujano. Porque preferiría que me representaran en un juicio algunos neurocirujanos a que lo hicieran algunos abogados».

Centrémonos en la profesión médica. Cuatro años en la facultad de Medicina, más seis, siete u ocho años de residencia antes de que puedan establecerse por su cuenta. Piénsalo.

Hay abogados que están realizando «neurocirugías» después de tres años. Ya me entiendes, en un sentido figurado. No hay nada que impida a un estudiante recién graduado de la facultad de Derecho representar a una persona en un juicio de pena capital y, a mi entender, ese es un defecto de la profesión legal.

Es como alguna de esas increíbles tragedias griegas. En algún momento tuvieron que escribirse. Alguna de esas obras griegas tiene que retratar las tres facetas del ser humano. Y no sé cómo el Tribunal puede aceptar esos tres roles, porque, a mi entender, los unos se incluyen en los otros. Y creo que el Tribunal, al final, a pesar de toda su experiencia y sabiduría, no es más que una persona.

Así que quiero decirle al Tribunal que no puedo aceptar el veredicto porque, aunque el veredicto dictamine que, en parte, queda probado que esos crímenes se han cometido, yerra al intentar dar con quién los ha cometido y, por lo tanto, no puedo aceptar la sentencia, aunque se me vaya a imponer. Y no puedo aceptarla porque es la sentencia que se le tendría que estar imponiendo a alguien que no está hoy aquí.

PAMELA

NUEVA JERSEY, 2019
DÍA 14.997

No hace mucho, estaba esperando en la cola del Starbucks de Summit, cuando oí por detrás de mí la característica voz del juez Lambert, arrastrando las palabras. Me pasé la lengua por los dientes y me peiné con el nudillo los rebeldes pelos de las cejas antes de darme cuenta de que daba igual que no llevara bien puesto el pintalabios, porque la persona que se merecía la más hija de puta de mis sonrisas llevaba una década muerto.

—Yo diría que es más por el final —dijo una voz de chica antes de que se oyera como el sonido de un vídeo deteniéndose y volviendo a empezar y parte de las ocurrencias del juez Lambert en sus conclusiones finales a pesar de que estuviera condenando a una persona a morir en la silla eléctrica.

«De este Tribunal como para contar dos de la imputación…».

—Te has pasado.

—No, es después de la sentencia.

—Es en la marca de los cuarenta y siete minutos —metió baza una tercera voz femenina—. Sé que da miedo que me sepa algo así, pero es que estoy enganchadísima.

—¡Tía, ¿y quién no?! —preguntó la chica que llevaba la sudadera de la Universidad de Drew.

Para ese momento ya me había atrevido a hacer como que miraba dónde estaba el baño y las había visto en la cola. Había salido un nuevo documental, producido con muchos medios, y lo había visto tanta gente —yo incluida— que me aterraba pensar que la cara del Acusado nunca fuera a desaparecer de la página de inicio de mi televisión.

—¡Ahí! —gritó la tercera voz justo cuando yo llegaba a la caja.

No me preguntes por qué, pero pedí un Venti Chai Latte mientras el juez Lambert le decía al Acusado aquellas famosas palabras de que, algún día, dentro de poco, la electricidad pasaría por su cuerpo hasta que el alguacil determinara que estaba muerto y que —y esto era lo

más absurdo de todo— se cuidara.

«Gracias, señoría», respondía el Acusado con un tono de voz como deteriorado, que es lo que pasa cuando coges un vídeo antiguo y lo cuelgas en YouTube. Inserté mi tarjeta de crédito en el lector de tarjetas, una tecnología que, igual que la empatía del juez Lambert por mí y por mis hermanas asesinadas, no existía en julio de 1979.

«Se lo digo sinceramente, joven —reiteraba el juez Lambert con tono paternalista—, cuídese. Es una tragedia para este Tribunal la terrible falta de humanidad que se ha visto en ella».

Pulsé la propina típica, un dólar, porque el veinte por ciento de mi pedido eran ochenta y un centavos y dejar esa propina es peor que no dejar ninguna.

«Es usted un joven brillante —continuaba el juez Lambert solemnemente (una de las tres chicas musita: «Gilipollas» y su amiga le chista para que se calle)—. Habría sido usted un gran abogado y me habría encantado que practicara en mi sala, pero ha tomado otro camino, compañero. Cuídese. No siento ningún rencor hacia usted y quiero que lo tenga presente».

—¡Puf! ¡¿Compañero?!

—Qué bien que no sienta ningún rencor hacia él... ¡¿Y qué pasa con las familias de las chicas que asesinó?! ¡¿Sabemos siquiera cómo se llamaban... o algo acerca de ellas?!

—Claro que no. Ahora bien, ¿cuántas películas han hecho de él? ¡Y esta vez lo va a interpretar Zac Efron!

—Tampoco estaba tan bueno. Mirad esos ojitos mezquinos que tiene.

Había cierta vibración en aquellas últimas palabras y me quedó claro que la chica acababa de estremecerse como cuando algo te da yuyu.

Tenía ganas de darme la vuelta y decirles que vieran lo que había precedido al amable discurso de despedida del juez Lambert. Quería explicarles que el Acusado no solo había pedido permiso para dirigirse al Tribunal, sino que se lo habían concedido y se había tirado treinta y cuatro minutos —lo cronometré— quejándose amargamente de que era inocente. Si lo hubieras dejado en una calle mal vestido, la gente habría pasado de largo, sin mirarlo, haciendo, de hecho, lo imposible por evitar el contacto visual con aquel loco y, aun así, a la representación de aquel asesino el juez respondió con una disertación compasiva, invistiendo al Acusado en una especie de sabio. Quería volverme y decirles a esas chicas que seguían manipulándolas, porque

el director del documental había omitido todas esas veces en las que el Acusado hablaba y no se entendía qué quería decir; o, sencillamente, puede que no hubiera investigado lo suficiente; ¡o, peor aún, que hubiera considerado que la estulticia del Acusado no era relevante en la historia! Lo que merecía su enfado no era que un anciano que aparecía en un video antiguo estuviera sufriendo por el potencial perdido de su protegido, sino que no habría tenido que sufrir por nada. El Acusado había alardeado de su verdadera naturaleza con audaces muestras de ineptitud una y otra vez, y quería decirles a aquellas chicas —a todos los que estaban en ese Starbucks, en realidad —, que deberían estar enfadadas por que se hubiera invertido tanto esfuerzo y dinero en desempolvar aquella historia y en contarla para una nueva generación... y que el director llevase las mismas anteojeras que los que habían escrito los titulares cuarenta años antes.

—¿Su nombre? —me preguntó el camarero con un rotulador negro a escasos centímetros de la taza de cartón.

—Pamela —respondí antes de apartarme.

Las chicas pidieron cafés helados con mucha espuma a pesar de que estuviéramos en febrero y afuera apenas estuviéramos a cuatro grados. No podían ser mayores que Denise, que tendría veintiuno para siempre, como esa tienda de ropa a la que mi hija siempre me pedía que la llevara de compras pero a la que nunca me atrevía a entrar justo por ese nombre que tenía.

Había sido mi hija la que me había hecho ver que, a pesar de que hubieran rodado otros documentales, lo que era diferente de esta última adición al canon no era su estética de película, sino la implicación de las redes sociales, todas esas mujeres de Twitter e Instagram que, unidas contra estas mierdas, consiguieron que esposaran al productor —ganador de un Oscar— y que sacaran del Senado en mitad de su legislatura a un senador acaparador. El de hoy en día es un clima que le da más valor a mi parte de la historia. No es que yo respondiera a ninguna de las peticiones que me hicieron de entrevistarme —ni siquiera a las de la buena gente en los buenos lugares—, el riesgo de que los medios comerciaran con partes de mi historia y le hicieran un traje a medida al Acusado con ellas era demasiado grande.

Sin embargo, mientras escuchaba a esas chicas resaltar el educado chovinismo de esos minutos de video, me pregunté si no iría siendo hora de sacar mi nombre de las notas al pie y desentrañar la mentira que había tejido el Acusado.

PAMELA

ISSAQUAH, 2021
DÍA 16.145

Tina aparca en el arcén de una colina de Issaquah que no tiene nada de destacable. Nos adentramos por la antigua pista forestal de tierra con helechos de un tipo y de otro que nos llegan por el pecho. Por encima de nuestras cabezas, las ramas están moteadas de brotes con forma de lágrima, señal de la primavera después de un invierno gris y lluvioso en Seattle. Las condiciones climáticas son ideales para el desarrollo de las plantas, según el jefe de la sección de viveros de Lowe's.

Cuando llegamos al primer mirador, pregunto si podemos detenernos y tomar un poco el aire. Tina ha cambiado con el paso de los años, y no de las maneras evidentes en las que todos cambiamos —canas en sitios insospechados, escepticismo ante los nuevos sonidos de la radio—, sino que se ha convertido en una acérrima ciclista de montaña. Su cuerpo está fibrado y muy moreno allí donde no le tapa la licra. Es una de esas personas que se lanza por los senderos de montaña para ciclistas avanzados al amanecer y se relaja al anochecer con un cigarrillo y dos dedos de bourbon.

—¿Estás bien? —me pregunta.

—Sí —respondo, respirando con dificultad y sin tener muy claro para qué coño me están sirviendo las clases de *spinning*.

Seguimos avanzando y nos encontramos con una docena de rosas —demasiado rosas como para ser de Tina— marchitándose, más o menos en el lugar donde el Acusado dejó a Ruth en julio de 1974. Tina y yo no sabemos de quién son, pero doy por hecho que Rebecca ha estado aquí.

Dejo la mochila en el suelo y abro una de las cremalleras. Dentro llevo dos palas plegables, enraizante, unas tijeras de jardinería, una lata de almendras tostadas Blue Diamond y agua, aunque no la suficiente.

—Voy a empezar aquí —le digo, señalando uno de los varios marcadores de cobre plantados, al parecer al azar, en el claro.

Tina se pone un guante de lona que parece de hombre y se acerca a otro de los marcadores de ese diseño casual pero preciso.

Cuando la noticia de las desapariciones en el lago Sammamish apareció por primera vez en los periódicos en 1974, Tina recibió una llamada de una mujer llamada Gail Strafford que, en ese momento era la jefa del Departamento de Antropología Forense de la Universidad de Tennessee. Había conocido a Ruth en la conferencia médica de Aspen y le contó a Tina la conversación que habían tenido en la puerta de la habitación de Ruth y Tina —lo de cuál era el campo de trabajo de Gail, que se estaba utilizando para acotar la línea temporal de la muerte de Caryn Campbell—. A Gail le sorprendió enterarse de que Ruth había desaparecido menos de cinco meses después y que se sospechaba que se debía a algún delito cometido contra ella. Si alguna vez había algo en lo que pudiera ayudarle, le había dicho Gail a Tina, no debía dudar en ponerse en contacto con ella.

Hoy en día, Gail Strafford está jubilada, pero envió un equipo a las colinas de Issaquah, que, a lo largo de las siguientes semanas, realizó unas pruebas minuciosas en la zona donde el Acusado había confesado haber tirado los restos de Ruth y consiguió delimitar un radio en el que el suelo mostraba cambios dinámicos en el perfil de los nutrientes del ecosistema local. Los miembros del equipo marcaron unas zonas y nos pidieron que plantáramos en ellas cualquier tipo de helecho robusto que le gustara la sombra. A los seis meses volverían y examinarían la reflectancia del follaje de dichos helechos, ya que se había descubierto que las plantas adoptaban una tonalidad rojiza cuando la tierra contenía restos humanos, incluso en lugares donde el cadáver se hubiera descompuesto hacía décadas.

Durante las siguientes horas, cavamos agujeros poco profundos, desenmarañamos las raíces de media docena de helechos de canela, los plantamos, rociamos la tierra con enraizante y racionamos el agua embotellada.

Colocamos la última planta en dirección al sol, que ya se está ocultando, y Tina se apoya con fuerza en la pala, cerrando los ojos. Sus labios se mueven en silencio con unas palabras que reconozco: «Te llevo como si fueras mi propia máquina del tiempo cada vez que me pinto los labios, sonrío y salgo a una fiesta».

Es un verso de una de sus poetisas favoritas, Donna Carnes, cuyo marido salió a navegar en la bahía de San Francisco y nadie volvió a verlo. A mí también me gusta mucho ese verso. ¿A cuántas fiestas no habré ido a lo largo de los años en las que, mientras me reía, mientras me lo pasaba bien, hacía lo imposible por mantener a Denise cerca de mí?

Algo cambió en mi interior cuando obtuvimos aquel veredicto de culpabilidad. Fue un poco como ir al quiropráctico por un tirón de espalda y conseguir recuperar toda la movilidad. Mucho antes de que mi madre me contara lo de los cuatro días que había pasado perdida en los pantanos de Florida, había sentido que parte de mí se había extraviado. Había ido al estado de Florida en peregrinación para encontrarla, sin entender por qué necesitaba estar allí, sabiendo únicamente que tenía que ir. Limpiaba, ordenaba y organizaba en un intento de poner orden en mi entorno, porque por dentro era un caos. Me había quedado en casa las noches en las que debería haber salido porque ponerme unos tacones y beber unas cervezas en una fiesta no me parecía tan divertido como a otras personas de mi edad. Aquel era el manantial de la vergüenza, la sensación de que era diferente, de que, por alguna razón, había algo mal en mí. En las semanas posteriores al juicio, esa convicción fue reblandeciéndose primero y descamándose después, en fases, a medida que la vida me revelaba que había sido exactamente quien debía ser y que había estado exactamente donde debía estar, porque yo era la única persona sobre la faz de la Tierra que podía enviar a la silla eléctrica al asesino de Denise.

La corta vida de Denise tuvo significado: me ayudó a fusionar las partes de bordes irregulares, partes que, ergonómicamente hablando, no deberían haber encajado, pero que, por alguna razón, lo hicieron. Fue un alineamiento, el alivio de un dolor que habría sido crónico. Fue el último regalo que me hizo Denise, un regalo para siempre.

El cielo tiene brochazos de rosa y lavanda mientras recogemos; estiramos el cuello, que se nos ha quedado tieso; y volvemos colina abajo, con los pantalones asquerosos a la altura de la rodilla. Nuestra esperanza es que, cuando volvamos en otoño, alguno de los helechos delate cuál es el lugar de descanso final de Ruth. Aunque puedo hacer algo mejor que albergar esperanza: puedo tener fe, porque la naturaleza es el mejor ejemplo de integración. Todo crece distinto

cuando está dañado, lo que nos demuestra cómo ocupar sitios extraños y nuevos en los que florecer en rojo en vez de hacerlo en verde. Nos encontrarán y seremos más brillantes que antes.

AGRADECIMIENTOS

Antes que nada, quiero expresar mi más profunda gratitud a Kathy Kleiner por responder a mi correo electrónico en 2019 y por tener la generosidad de compartir su historia conmigo. Me impresionan tu espíritu indomable, tu coraje y, por encima de todo, tu capacidad para ser feliz. De una superviviente a otra, te veo y me inspiras.

Gracias también a ti, Pauline Boss, una pionera a la que no he conocido en persona, pero cuyo libro —*The Myth of Closure*— me sirvió de inspiración para el trabajo de Tina con el «duelo complejo». A todo aquel que lo esté pasando realmente mal con el pasado o con algún trauma generacional le recomiendo esta lectura corta pero poderosa, que a mí me ayudó a encontrar el significado de algo que durante mucho tiempo consideré insignificante y me dio una nueva sensación de poder influir en mi vida.

Muchas gracias a Marysue Rucci, mi incomparable editora, que me llevó —casi— hasta el punto de ruptura; pero esta novela lo necesitaba —y yo también—. Todo lo que escriba a partir de ahora será mejor gracias al estándar que me hiciste buscar para esta historia.

A Alyssa Reuben —amiga, confidente y extraordinaria agente literaria—. No tendría esta vida de no ser por ti. Gracias por los empujones —por los amables y por los que no lo fueron tanto— y por decirme siempre las cosas como son, de manera que, cuando me dices algo bueno, sé que puedo creerte.

A todo el equipo de Marysue Rucci Books: Jessica Preeg, Richard Rhorer y Andy Jiaming Tang —gracias por vuestra amistad y apoyo—. A Elizabeth Breeden, gracias por ser como eres. Te seguiría hasta el infierno.

A Bruna Papandrea, a Erik Feig, a Jeanne Snow, a Casey Haver, a Julia Hammer, a Samie Kim Falvey —gracias por reunir a la banda—. ¡Hagamos algo grande!

Muchísimas gracias a Alice Gammill, mi ayudante y mi Pamela Schumacher personal, que pone el punto a todas las íes y la barrita a

todas las tes, y que quiere a mi gorda y gran bulldog como si fuera su segunda madre y que me procuró cientos de páginas de transcripciones e informes de los archivos de Florida durante la pandemia —una tarea durísima, casi imposible, pero ante la que nunca te rendiste—. No habría podido contar esta historia sin ti.

A Michelle Weiner, a Joe Mann, a Cait Hoyt y a Olivia Blaustein, gracias por vuestros sabios consejos, la hábil negociación y por conseguir que mis sueños hollywoodienses se hagan realidad.

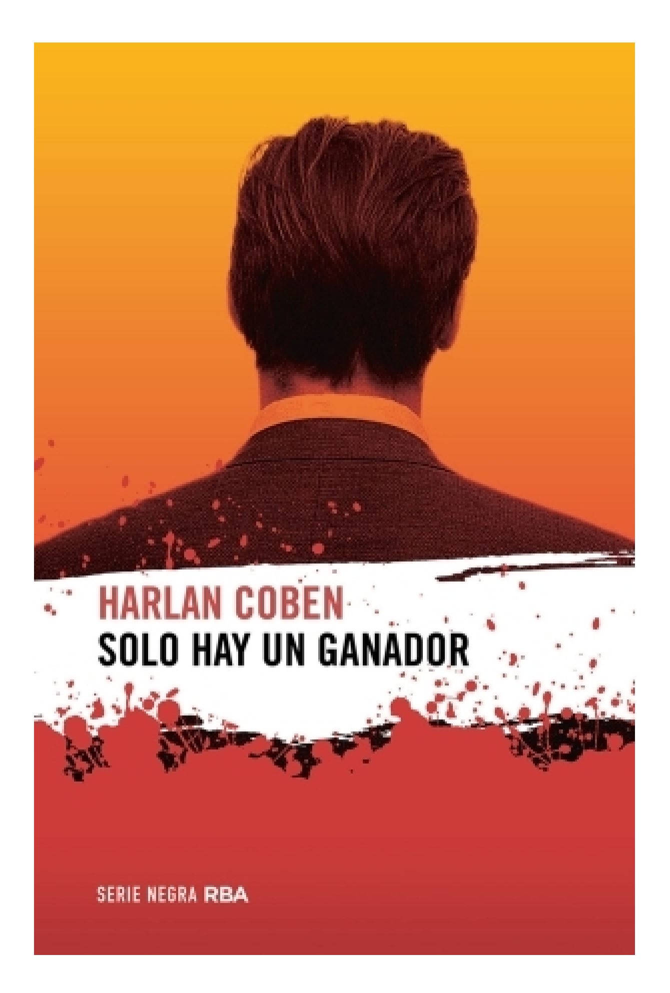
A Christine Cuddy, que te encargaste de que siempre hubiera alguien en todas las bases. Contigo tengo la seguridad necesaria para ser creativa. Gracias.

Al equipo de Sunshine Sachs: Kimberly Christman, Keleigh Thomas Morgan y Hannah Edelman. Valéis vuestro peso en oro. Os agradezco lo que veis en mí.

A Briana Dunning, la peluquera con más talento de Los Ángeles y a la que no solo tengo que agradecerle un corte de pelo de infarto, sino todos sus conocimientos nativos de Florida. Ella fue la que me enseñó eso de que, en Florida, cuanto más al norte vas, más al sur estás. Y a mi pastora de Seattle, Bethany Heitman, gracias por avisar que Seattle no es la ciudad del país en la que más llueve ¡justo antes de que la novela fuera a imprenta!

Gracias a Tori Telfer, cuyo potentísimo perfil de Kathy Kleiner en la *Rolling Stone* de 2019 hizo que los engranajes de mi cabeza empezaran a funcionar y que, después, no tuvo ningún empacho en compartir conmigo sus recursos cuando hice «correo electrónico frío» con él. Me recuerdas lo afortunada que soy de formar parte de esta comunidad de escritores.

Y, en cuanto a la suerte, tengo un poco gracias a ti, lector. Así que, gracias por comprar esta novela, por tus mensajes y por etiquetarme en Instagram. Sin ti, esto que tienes en las manos no sería posible. Ojalá la espera de la tercera haya merecido la pena.


HARLAN COBEN
SOLO HAY UN GANADOR
SERIE NEGRA RBA

Solo hay un ganador

Coben, Harlan

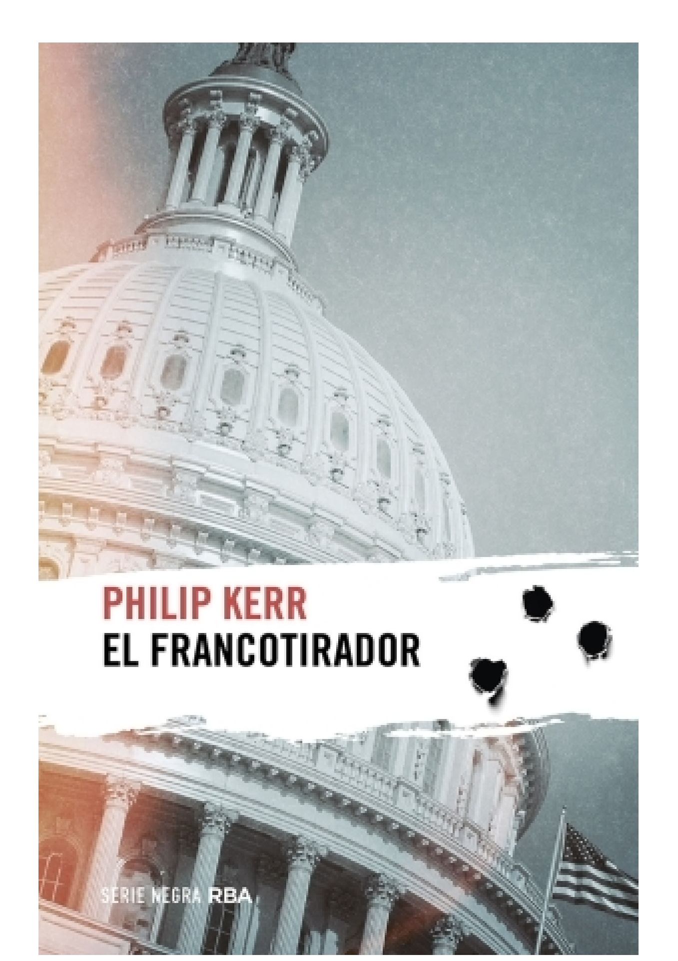
9788411323529

432 Páginas

"Yo llegaré a donde no llegue la ley".

Hace más de veinte años robaron un Vermeer y un Picasso a la familia Lockwood. Poco después, Patricia Lockwood fue secuestrada y su padre, asesinado. Ella pudo escapar tras cinco meses de cautiverio, pero los responsables del robo y del secuestro nunca aparecieron. El tiempo acabó enterrando estos episodios traumáticos hasta ahora.

En lo más alto de un edificio de Manhattan acaban de encontrar un cadáver, el cuadro de Vermeer y una maleta que perteneció a Windsor Horne Lockwood III, o Win, como le llaman sus amigos. Win, el primo de Patricia, tiene dinero, inteligencia, frialdad y un particular sentido de la justicia. Se enfreta a una situación delicada en la que el honor de su familia puede verse salpicado, pero él no es de los que perdonan, ni de los que esperan a que otros resuelvan sus problemas.


PHILIP KERR
EL FRANCOTIRADOR
SERIE NEGRA RBA

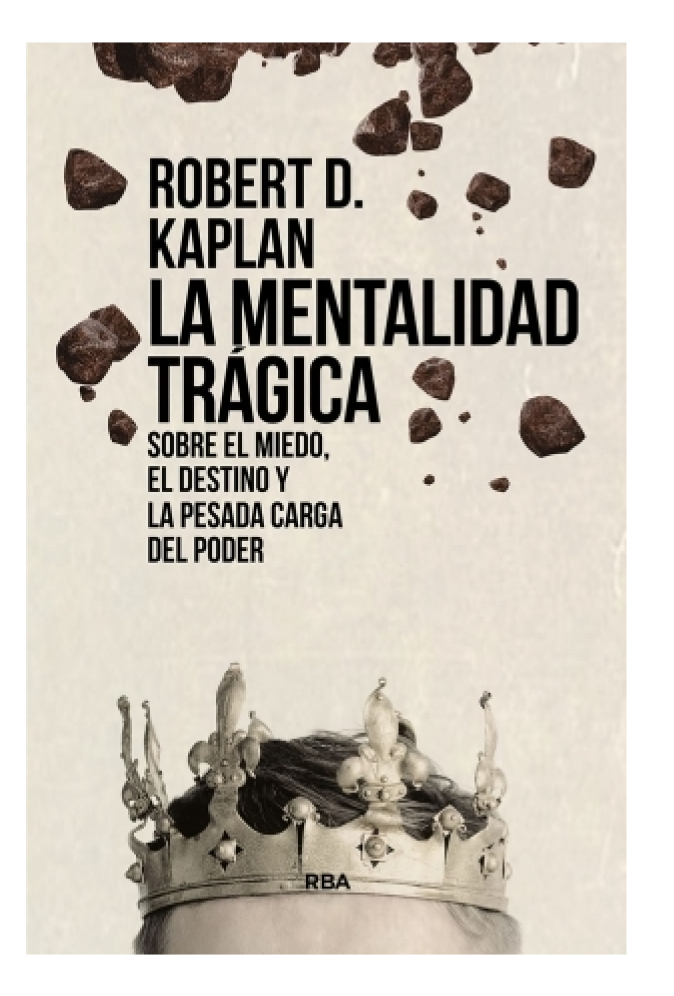
El francotirador

Kerr, Philip
9788411323567
432 Páginas

¿Y si la historia no es como nos la han contado?

1960. Mientras Estados Unidos se prepara para saber si su próximo presidente será Richard Nixon o John F. Kennedy, el veterano de guerra Tom Jefferson se dedica a algo que sabe hacer bien: matar por encargo. Existen otros como él, pero Jefferson posee dos cualidades que lo distinguen del resto: está casado con una mujer que aprueba su manera de ganarse la vida y es el mejor en lo suyo. Por eso, el crimen organizado y la CIA piensan que es la persona ideal para cometer un magnicidio, el de Fidel Castro. Tanto el gobierno como la mafia quieren recuperar la influencia en la isla caribeña que la Revolución cubana les ha arrebatado. Sin embargo, un fatal descubrimiento de Jefferson lo cambia todo. Castro deja de ser el objetivo para pasar a ser alguien aún más importante.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


ROBERT D.
KAPLAN
LA MENTALIDAD
TRÁGICA
SOBRE EL MIEDO,
EL DESTINO Y
LA PESADA CARGA
DEL PODER
RBA

La mentalidad trágica

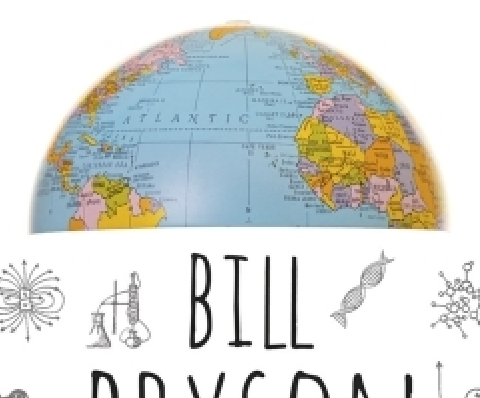
Kaplan, Robert D.
9788411323574
208 Páginas

La tragedia define los límites de la naturaleza humana y de los acontecimientos mundiales.

Tras una larga experiencia como periodista internacional, corresponsal de guerra e influyente asesor de altos organismos estadounidenses, Robert D. Kaplan está convencido de que se precisa algo más que conocimientos geopolíticos para comprender cómo actúan los individuos y cómo deciden los gobernantes. Para él, las claves para entender el espíritu humano y los entresijos de la política internacional nos las da la tragedia. En su máxima expresión, Shakespeare y los trágicos griegos nos muestran, entre otras muchas cosas, las consecuencias imprevisibles que acarrean las decisiones difíciles, el enfrentamiento entre orden y caos, la convivencia con el miedo y la lucha constante que determina el destino de las personas.

Obra breve pero extraordinariamente rica en ideas y propuestas, *La mentalidad trágica* es una profunda reflexión sobre la tragedia política hecha desde la experiencia vivida en primera persona a la que se añade el conocimiento de los clásicos.

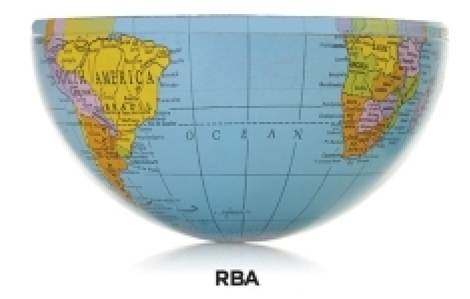
Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



BILL BRYSON



Una breve historia de casi todo



RBA

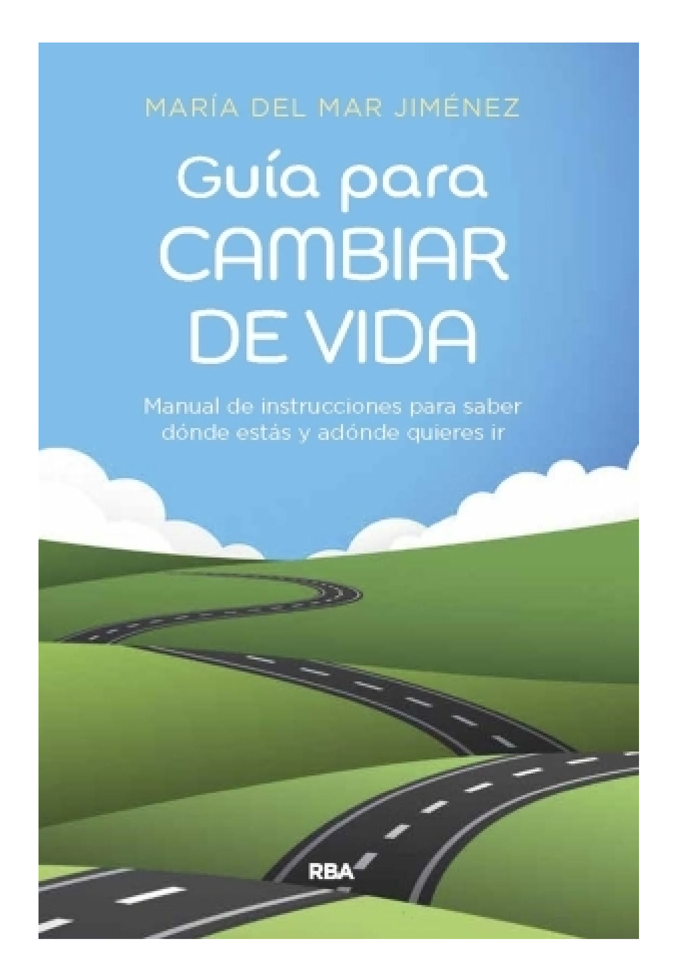
Una breve historia de casi todo

Bryson, Bill
9788411323680
640 Páginas

Uno de los escritores más queridos y **autor de varios bestsellers** nos lleva hacia las preguntas más intrigantes e intratables que la ciencia busca responder. Con este título ganó el **Premio Aventis** de divulgación científica y fue finalista del **Premio Samuel Johnson**.

¿Puede un solo libro convertirse en la perfecta introducción para adentrarse en disciplinas tan dispares como la astronomía, la geología, la física, la química y la biología? ¿Puede un trabajo de divulgación científica ofrecer razonamientos y datos precisos, y al mismo tiempo ser tremendamente entretenido? ¿Puede una única obra narrar la historia de los grandes descubrimientos de la ciencia y contarnos también divertidas anécdotas relacionadas con estos extraordinarios logros y con los hombres que los alcanzaron? Una breve historia de casi todo es, sin lugar a dudas, ese libro y mucho más.

Viajero empedernido y **divulgador brillante** y entusiasta, Bill Bryson nos propone un fascinante recorrido por la **historia del universo** que nos rodea y los conocimientos que nos han llevado a comprenderlo un poco mejor. Con una curiosidad innata, una prosa fluida y una admirable capacidad de síntesis, Bryson logra explicar en *Una breve historia de casi todo* los grandes acontecimientos y las razones fundamentales que han llevado al cosmos, a nuestro planeta y a todos los seres vivos a ser como son.


MARÍA DEL MAR JIMÉNEZ
Guía para
CAMBIAR
DE VIDA
Manual de instrucciones para saber
dónde estás y adónde quieres ir
RBA

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)